

20



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE CIENCIAS POLITICAS Y SOCIALES

LA DIALECTICA MUNDIAL: REVOLUCION Y
RESTAURACION EN EL SIGLO XX. 1900-1939.

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE
LICENCIADO EN RELACIONES INTERNACIONALES

P R E S E N T A :

VICENTE LEOPOLDO FERREIRO MORLETT

MEXICO, D. F.

SEPTIEMBRE DE 1986



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

LA DIALECTICA MUNDIAL: REVOLUCION Y RESTAURACION

EN EL SIGLO XX. 1900-1939.

INDICE GENERAL

	PAGINA
INTRODUCCION GENERAL	1
CAPITULO 1. EL EQUILIBRIO DE PODER IMPERIALISTA	6
CAPITULO 2. SOCIALISMO Y REVOLUCION	28
CAPITULO 3. LA REVOLUCION DE OCTUBRE Y EL FRENTE IMPERIALISTA	62
CAPITULO 4. LA CRISIS DE LA DEMOCRACIA	104
CAPITULO 5. TOTALITARISMO Y DEMOCRACIA EN ALEMANIA (1920-1934)	138
CAPITULO 6. REVOLUCION Y FASCISMO EN ITALIA	162
CAPITULO 7. EL MUNDO SUBVERTIDO	194
CAPITULO 8. DEMOCRACIA Y REVOLUCION EN CHINA	228
CAPITULO 9. ESPAÑA: LA DIALECTICA MUNDIAL CONCENTRADA	259
CAPITULO 10. REVOLUCION EN LAS RELACIONES INTERNACIONALES	314
NOTAS	329
BIBLIUGRAFIA	340

LA DIALECTICA MUNDIAL: REVOLUCION Y RESTAURACION
EN EL SIGLO XX. 1900-1939.

"Las relaciones internacionales ¿preceden o siguen (lógicamente) a las relaciones sociales fundamentales? Es indudable que las siguen. Toda innovación orgánica en la estructura modifica orgánicamente las relaciones <absolutas> y <relativas> en el campo internacional, a través de sus expresiones técnico-militares."
Antonio Gramsci.

INTRODUCCION GENERAL.

El análisis histórico es la fuente de las reflexiones teóricas en las relaciones internacionales. El problema que se abordará en este trabajo es el de la estructuración del poder internacional. El problema del poder visto como una relación dialéctica entre gobernantes y gobernados, entre dominantes y dominados. Las relaciones de poder vistas como dobles: desde la perspectiva del dominante y desde la perspectiva del dominado.

La estructuración de las relaciones internacionales es siempre una constitución violenta. La irrupción de Francia revolucionaria en el corazón del antiguo régimen, obligó a las testas coronadas a un cambio de política y a un giro de la hegemonía internacional. La ruptura burguesa de las relaciones feudales se impuso con los ejércitos franceses, que llevaban en sus bayonetas las prácticas, ya no las

ideas, del liberalismo. A la ruptura revolucionaria siguió la restauración. Pese a los esfuerzos de Metternich, la Santa Alianza nada podía contra la marea revolucionaria que fundaba nuevas relaciones internacionales.

Poco más de cien años después de la derrota de Napoleón, nuevas fuerzas irrumpían con estruendo en la escena internacional. Ya no eran los cañonazos de las tropas de la burguesía, eran los gritos estentóreos de las masas desposeídas que entraban en liza. Las relaciones internacionales entraban en una nueva fase de su desarrollo, como resultado de un esfuerzo por instaurar una hegemonía internacional de manera violenta, la revolución. Otra vez la revolución se alzaba como fuerza básica de la reconfiguración de las relaciones internacionales.

No podría explicarse el contexto de 1917 sin hacer una referencia clara a la constitución del poder internacional de fines del siglo XIX, característica de la elaboración teórica del poder mundial de Lenin. Por tanto se elabora una extensa exposición sobre el imperialismo, basada en las tesis leninistas.

El período posterior a 1917 y anterior a la segunda guerra es generalmente considerado como el de "entreguerras" y pocas veces se le piensa como constitutivo de una nueva fase de las relaciones internacionales. Sin embargo, lo es. Por ello, el trabajo que presento se ocupa de analizar la oleada revolucionaria de principios de siglo como período constitutivo de las actuales relaciones internacionales. El

análisis se reduce al estudio de los sucesos revolucionarios en Rusia, Alemania, Italia, China y España, así como el marco internacional en que se desarrollan, para demostrar su efecto constituyente en el mundo contemporáneo.

Partiendo de los criterios marxistas expuestos por Antonio Gramsci en un pequeño artículo titulado "Análisis de las situaciones. Correlaciones de fuerzas" (*Antología*, Siglo XXI editores, Madrid, 1974.), trato de realizar una de las partes del proyecto ahí contenido, abarcando incluso la experiencia del autor en la concreción de su proyecto, mucho más vasto, de la revolución. El criterio básico del análisis es la exposición, luego de un período de acumulación de información e investigación, de las contradicciones de clase a nivel nacional para explicar las conductas internacionales posteriores. Por ejemplo, la política imperialista del gobierno fascista de Italia que le condujo a las alianzas agresivas de 1936-1937 y, finalmente, a la guerra, es incomprendible sin el análisis de la lucha de clases que determinó ese curso. Generalmente se presenta al fascismo como un dato. Al contrario de ello intento explicar el papel del fascismo en Italia y en la situación internacional, sin poner empeño en describir sus características internas por se, sino en función de lo que realmente era: la restauración de una dominación de clase que llegaba a su agotamiento. En este tenor son tratados algunos de los protagonistas principales del curso seguido

por la política mundial, vgr. el imperio japonés o el gobierno estadounidense. El centro de la atención es el proceso revolucionario. La línea de interpretación de las relaciones internacionales de la época está enteramente basada en los trabajos de Vladimir Ilich Uliánov. La concepción general contenida es perfectamente aplicable a los periodos históricos subsiguientes, lo cual dejo como proyecto para otro momento.

En atención a las necesidades de la exposición se siguió un criterio cronológico. De esta suerte las descripciones de los hechos se intercalan con los análisis de los mismos en términos de la lucha de clases. Todas las referencias a los instrumentos jurídicos, tratados, disposiciones legales, etc., fueron anotados como datos marginales, como productos secundarios del triunfo de alguna de las partes en conflicto. Asimismo, la base económica es referida de manera superficial, teniendo en cuenta su desarrollo como fondo, más que como primer plano. Al contrario, los discursos políticos y las confrontaciones, así como la vida de las fuerzas revolucionarias, es atendida privilegiadamente. Estoy conciente de que muchos datos son ignorados y aspectos importantes de la lucha de clases soslayados, no obstante, hice un esfuerzo por centrar el discurso en el desarrollo de la conciencia de los protagonistas. También sé que buena parte del trabajo se carga de datos y referencias lisonjeras hacia una parte de los protagonistas. Soy conciente de ello y, es más, declaro

abiertamente mi parcialidad al considerar que por encima de las personalidades, lo que realmente importa son los pueblos, los verdaderos hacedores y protagonistas de la historia, por más que los menos de ellos la escriban. Con esto, a riesgo de ser redundante, quiero rendir un modesto homenaje a los miles de héroes anónimos que ofrendaron su vida por un mundo mejor.

Finalmente, este trabajo es la exposición de una concepción que debo en gran medida a la discusión con infinidad de compañeros que en México se esfuerzan por un mundo mejor. Gracias a varios de ellos he localizado muchos de mis errores. Gracias al estímulo de sus cuestionamientos he corregido parte de mis limitaciones. Sobre todo debo reconocer que la acción real de los trabajadores me ha indicado más de lo que los libros podrían hacerlo. También agradezco a mis alumnos del CCH Sur la actitud receptiva y, a veces crítica a veces ecéptica, con que recibieron las primeras exposiciones de esta elaboración. Por lo demás, el total de las limitaciones y errores yo solo las perpetré.

LA DIALECTICA MUNDIAL: REVOLUCION Y RESTAURACION 1900-1939.

Capitulo I. EL EQUILIBRIO DE PODER IMPERIALISTA.

Introducción.

Referirnos al proceso de transformaciones profundas en el mundo durante el presente siglo requiere algunas anotaciones sobre el desarrollo previo, sobre el periodo de formación de las relaciones internacionales que se despliegan en el siglo actual, el siglo de la revolución mundial. Ese periodo fundamental es la segunda mitad del siglo XIX. Como veremos, es el periodo de maduración del capitalismo y, simultáneamente, de gestación de las condiciones necesarias para el surgimiento del socialismo. En efecto, se trata del periodo en el que se definen los imperios que conducirán al mundo a las guerras más devastadoras que haya conocido la historia. Con toda su violencia y barbarie, las guerras de conquista de los siglos precedentes resultan pequeñas frente a la capacidad de destrucción de la vida humana alcanzada por las potencias. El saldo en muertes de la I Guerra Mundial, entre ocho y nueve millones de europeos (1), resulta elocuente.

La tesis leninista de la naturaleza agresiva del imperialismo ha sido palmariamente demostrada por el desarrollo de los acontecimientos mundiales del presente siglo, por lo cual resulta perfectamente lógico suponer válida la afirmación de que el periodo de maduración de esta fase del capitalismo se ubica en la segunda mitad del

siglo XIX y, en consecuencia, es el capitalismo en descomposición "la antesala de la revolución social del proletariado" (2). Pero no se trata de una revolución social que, según las concepciones voluntaristas, realice la creación de una sociedad nueva por decreto y al instante, sino del proceso de elevación de la conciencia de clase del proletariado que mueve a las masas a la toma de los instrumentos decisivos de la política y la economía en sus propias manos, la revolución que realmente transcurre y no aquella que transcurre en las febriles mentes de los seguidores de la "purísima concepción". Precisamente porque se trata de la revolución que realmente transcurre vamos a desarrollar la exposición del proceso de conjunto de la reestructuración en curso de las relaciones internacionales. No vamos aquí a repetir las tesis leninistas, sino vamos a exponer a la luz de esas tesis el desarrollo de la revolución mundial en sus rasgos fundamentales.

La revolución.

Es común considerar a la revolución francesa de 1789 el prototipo de la revolución. La referencia corriente a la misma parece conducir a la errónea idea de que es el proceso iniciador de una larga cadena de revoluciones, más o menos sucesivas, más o menos semejantes. Sin embargo hay una profunda ruptura entre los procesos revolucionarios que se desarrollaron después de la revolución francesa, a partir de las jornadas de junio de 1848, al plantearse el

proletariado la toma del poder en Francia. Tampoco es la francesa la primera revolución de una supuesta serie, puesto que la independencia de Holanda en 1647, lograda después de 80 años de guerra, la revolución inglesa de 1647-1649 y la independencia de los Estados Unidos en 1776, construyeron las bases del capitalismo en esas naciones en el terreno político como resultado de las modificaciones en la estructura económica. No obstante, la francesa es algo así como un modelo y hasta a las diferentes facciones revolucionarias en periodos posteriores se les denomina con nombres adoptados de los acontecimientos de 1789-1795.

Después de la revolución de 1848, Marx escribió: "La revolución social del siglo XIX no puede sacar su poesía del pasado, sino solamente del porvenir. No puede comenzar su propia tarea antes de despojarse de toda veneración supersticiosa por el pasado. Las anteriores revoluciones necesitaban remontarse a los recuerdos de la historia universal para aturdirse acerca de su propio contenido. La revolución del siglo XIX debe dejar que los muertos entierren a sus muertos, para cobrar conciencia de su propio contenido." (3). Definición categórica que muchos pueblos han seguido, confirmando la previsión de Marx, que resultó equivocada en la determinación del periodo histórico, puesto que es totalmente válida hasta el siglo XX y no en el XIX, el siglo que Marx vivió intensamente, con la convicción de que el proletariado del que era contemporáneo encabezaría la revolución social. Sin

embargo, la derrota de 1848 y el desarrollo ulterior de la lucha de clases, sin quebrantar la convicción revolucionaria de Marx, le demostraron que el proletariado aún debería aprender múltiples lecciones para alcanzar la primera parte de su inmensa tarea.

Apenas la burguesía ha eliminado las trabas feudales y se ha constituido en clase dominante en Europa y ya el proletariado intenta disputarle el poder. La victoria de la burguesía sobre las fuerzas reaccionarias del feudalismo y sobre las novísimas fuerzas del proletariado en 1848 en Francia abre el período de su predominio mundial. Veamos, brevemente, los rasgos básicos de la época de la burguesía.

Prosperidad industrial de occidente.

A mediados del siglo XIX se vive en Europa una expansión generalizada de la economía, a la que sigue un período de depresión (1873-1895), no obstante, aumenta el producto nacional de las naciones capitalistas avanzadas. Las potencias europeas, encabezadas por la Inglaterra victoriana, habían alcanzado niveles de producción muy altos y sin precedente (4). Los Estados Unidos de América despegaban en su impresionante desarrollo industrial y tenían niveles de producción superiores a los de su antigua metrópoli (5). Las relaciones comerciales de estas naciones alcanzaban todos los continentes y sus imperios coloniales se extendían por todos los puntos cardinales. La derrota de los españoles y portugueses en América había

sido apenas un compás de espera en el ulterior desarrollo del colonialismo en este continente. De las naciones extraeuropeas, con excepción de los Estados Unidos, casi todas quedaron integradas en el sistema colonial imperialista. También el Japón evitaría ser devorado por la vorágine del progreso y la civilización occidentales, a condición de ingresar a marchas forzadas en el mismo tren y a costa de una inmisericorde y terrible explotación de las masas del archipiélago japonés y de otros territorios, luego conquistados por el imperio del sol naciente.

La superficie alcanzada por las posesiones coloniales de 6 grandes potencias (Inglaterra, Rusia, Francia, Alemania, Estados Unidos y Japón) pasó de 40.4 millones de kilómetros cuadrados en 1876 a 65 millones en 1914, controlando estas seis potencias un total de 81.5 millones de kilómetros cuadrados de territorio, incluidas las metrópolis, en el año de inicio de la Primera Guerra, algo así como cuarenta veces el actual territorio mexicano (6).

Ante este brillante panorama el movimiento revolucionario titubeó, se debilitó y dió paso a la hegemonía, en su seno, de posiciones "moderadas", como dirían actualmente los "observadores políticos". De tal suerte que, incluso, las ideas mecanicistas acerca de la inevitabilidad de la destrucción del capitalismo por efecto de las crisis económicas periódicas, cayeron en el descrédito y, aparentemente, fueron desechadas. Pero, al mismo tiempo, fueron desechadas nociones revolucionarias.

Pasaron al olvido las lecciones sobre la necesidad de la revolución y de la construcción de un aparato estatal propio del proletariado. La dirigencia de la socialdemocracia, ante sus avances electorales en los modernizados estados burgueses constitucionales, cayó en el convencimiento de la imposibilidad de la revolución y asumió la histórica tarea de hacer surgir de las entrañas del capitalismo la sociedad socialista, enteramente nueva, pero mediante los civilizados y razonables procedimientos que dictaba la avanzada cultura europea, occidental y cristiana. Desde luego, sólo operaba en los territorios metropolitanos, pues acerca de las condiciones de vida de los encuerados aborígenes de los territorios coloniales, dado su atraso secular, difícil era que pudieran incorporarse a esta era de civilizados procedimientos parlamentarios, complicadas legislaciones y prolongados juicios, resultados todos de la "igualdad de los hombres ante la ley". Sin embargo, estos preceptos, defendidos hasta bien entrado el siglo XX, caían ante las andanadas de la propia prosperidad capitalista y sus contradicciones, así como ante la contundencia de las acciones revolucionarias de los despreciables proletarios aborígenes de los países atrasados.

En efecto, la prosperidad capitalista traía aparejadas la miseria y la explotación de las masas, tanto de los países avanzados como de las colonias. Sin embargo, el fermento más activo de su descomposición estaba en el seno

mismo de las clases dirigentes de los países avanzados. La lógica de la ganancia imponía una despiadada competencia, legítima desde el punto de vista de la libertad consagrada por las normas burguesas del derecho, tanto a nivel nacional como internacional, y aunque no fuera legal, era legitimada por la fuerza. Esta despiadada competencia siempre se dirimió civilizadamente, como veremos.

Nacionalmente la prosperidad de la segunda mitad del siglo XIX inició con la concentración de la producción. Lenin ubica el período de maduración de los monopolios entre 1860 y 1870 y con ello la etapa que él llamó la "última fase del capitalismo". Aunque haya quien discuta si efectivamente se trata de la maduración de las grandes corporaciones, es un hecho que a mediados del siglo XIX los índices de producción de los países europeos y de los Estados Unidos habían crecido mucho en lo que hoy llamamos industria pesada. Precisamente de esa época datan las fortunas más grandes del globo. La construcción de las redes ferroviarias, fuente de notable enriquecimiento y de progreso social, exigió la concentración y movilización de enormes masas de capital.

Especialmente la producción de hierro colado y de acero se vio incrementada entre 1870 y 1900. El hierro pasó de 12 millones de toneladas a 40.2 millones de toneladas de producción mundial en ese período, es decir se triplicó. Mientras la producción de acero, gran descubrimiento de la época, pasó de 4.3 millones de toneladas en 1880 a 28.3

millones de toneladas en 1900 en su total mundial, es decir, casi se septuplicó en sólo 20 años (7). De este total mundial Inglaterra producía la mitad del hierro colado del mundo (6.059 mill. de toneladas) en 1870 y la tercera parte en 1900 (9.103 mill. de toneladas), con un crecimiento del 50%; la producción de acero creció de 3.7 a 5.9 millones de toneladas en Gran Bretaña en el periodo indicado, es decir, en un 59%. El liderazgo británico era indiscutible, pero pronto perdería terreno frente al formidable poder productivo de los Estados Unidos y al desarrollo industrial de Alemania. Mientras, en Francia el crecimiento industrial no era tan espectacular, pero sí constante, logrando un incremento de la producción de hierro colado del 84.5%, pasando de 1.1 a 2.7 millones de toneladas en el periodo indicado, y en el acero se incrementó en un 46% la producción del periodo 1880-1900, pasando de 1.3 a 1.9 millones de toneladas. Alemania comenzó rezagada con respecto a Inglaterra, pero logró progresos espectaculares: su producción de hierro colado se incrementó en el periodo 1870-1900 en un ¡500%!, pasando de 1.262 a 7.550 millones de toneladas y la producción de acero creció de 1.5 a 7.4 millones de toneladas entre 1880 y 1900, superando la de Inglaterra, con un índice de poco menos del 400%. He aquí una de las claves de la terrible rivalidad anglo-alemana. La Rusia de los zares, en los mismos periodos, se incorporó tardíamente a los procesos de industrialización con ayuda de los capitales extranjeros,

especialmente franceses, pero para principios del siglo XX habia alcanzado los indices de Francia: en el renglón del hierro colado pasó de 0.6 millones de toneladas en 1877 a 2.9 millones en 1900 y en el del acero de 0.6 millones de toneladas en 1877 a 2.7 millones en 1900 (8). Así, la producción industrial mundial en 1870 quedaba distribuida, entre las cinco principales potencias, de la siguiente manera: Gran Bretaña 31.8%, EEUU 23.3%, Alemania 13.2%, Francia 10.3%, Rusia 3.7% y el resto de las naciones 17.7%. Para 1900 se habian operado algunos cambios: Estados Unidos aportaba el 30.1%, seguida de Gran Bretaña con el 19.5%, Alemania el 16.6%, Francia el 7.1%, Rusia el 5% y el resto del mundo con el 21.7% (9). Es evidente que esta multiplicación de la producción exigió la multiplicación de fuentes de materias primas y de mano de obra aplicada a la producción en gran escala de plusvalor y, consecuentemente, de altas utilidades. Ante tan elocuentes datos es perfectamente válida la tesis leninista de que es a mediados del siglo pasado cuando maduran, nacionalmente, las condiciones para la exportación de capitales. Si eso no fuera suficiente, podemos remitirnos a la historia de la deuda pública de los países iberoamericano, la que tan costosamente hemos pagado gracias a los gobiernos "independientes" con que nos han dotado las clases dirigentes de nuestras naciones. Cabe recordar que ya en 1824 México recibe empréstitos de la Casa Barclay y Co. y de Goldschmidt y Co. de Londres por 6 millones 400 mil

libras esterlinas equivalentes a 32 millones de pesos (10), participando desde entonces en el proceso mediante el cual el conjunto de los países iberoamericanos se incorporó a la división internacional del trabajo impuesta por las potencias capitalistas, recibiendo el "beneficio" de amplios créditos e inversiones extranjeras. Proceso que llenó toda una etapa del desarrollo americano en la segunda mitad del siglo XIX, en lo que Halperin Donghi llama la celebración de un "nuevo pacto colonial" (11), alcanzando la cifra de 51 mil millones de marcos en toda América, para 1910, la inversión y empréstitos de los capitalistas extranjeros (12).

Escribió Lenin: "la exportación de capitales alcanzó proporciones gigantescas sólo a principios del siglo XX. Antes de la guerra, el capital invertido en el extranjero por los tres países principales (se refería a Inglaterra, Francia y Alemania) era de 175 a 200 mil millones de francos. Al modesto interés del 5 por ciento, esta suma debía dar un beneficio de 8 o 10 mil millones anuales. ¡Una buena base para la opresión y explotación imperialista de la mayoría de los países y naciones del mundo, para el parasitismo capitalista de un puñado de estados acaudalados!" (13). Estos son solamente los datos de la expansión financiera de las potencias imperialistas, aparentemente legítima y necesaria, así como civilizada y "progresista", en el sentido del desarrollo de las fuerzas productivas.

La competencia colonial.

Para la colocación de los capitales y de las mercancías del progreso, los métodos fueron también muy civilizados. A mediados del siglo pasado, en medio del progreso, los ingleses habían aplastado a los indios y los sometieron a su imperio, mientras belgas, portugueses y franceses "imponían la civilización" en vastos territorios del África central y de las costas africanas en los océanos Índico y Atlántico, así como los propios ingleses se enseñoreaban en el África del Norte y los holandeses en el sur. Los ingleses encabezaron una importante empresa colonial en China y lograron, mediante el Tratado de Nankín (1842), privilegios comerciales que rápidamente fueron extensivos para todos los "occidentales". Estados Unidos incursionó con enorme éxito en México y el Japón, aunque no le resultó rentable su procedimiento filibustero en Centroamérica. La expansión colonial alcanzó su máxima expresión civilizada en la Conferencia de Berlín en 1884-1885: Europa, a la que se sumaron Turquía y los Estados Unidos, sin disparar un solo tiro, disponía del continente africano en la mesa de las negociaciones, claro, después de tomar posiciones a todo lo largo y ancho del continente y después de haber concluido tratados de protectorado con los soberanos locales, en los casos que fue necesario, debido a que la penetración colonial no había conseguido establecer el control extranjero. Todo ello a pesar de que los descubrimientos alcanzados hasta entonces

se limitaban a los yacimientos de diamantes, ya controlados, y a algunos productos primarios de fácil y rentable explotación, como la palmera de aceite del Níger (14). Incluso habría posteriores reajustes en el control colonial sobre África: Inglaterra se anexaría el África austral mediante una sangrienta guerra, protagonizada por los republicanos bóers, hasta entonces independientes de las potencias, quienes integraron un ejército guerrillero después de haber sido superados en los enfrentamientos de línea, resistiendo al ejército colonial británico entre 1899 y 1902, año en que se promete a los racistas bóers devolverles más adelante la autonomía y se les somete como colonias de la corona inglesa, que explotará en adelante los yacimientos diamantíferos y auríferos (15).

En este contexto, los Estados Unidos también aprovecharon los movimientos republicanos e independentistas de las naciones caribeñas y de Filipinas para desarrollar su propia guerra colonialista, disfrazada de "sagrada misión democrática". En 1898 desataron su descarada intervención en Cuba y Puerto Rico para impedir la independencia de estas naciones y eliminar, de una vez, el enclave español en la "América para los americanos". En la llamada "guerra hispano-americana" la disparidad del potencial bélico, resultado indiscutible del potencial industrial, condujo a la Marina estadounidense hasta el Asia, donde obtuvieron una rotunda victoria y un importante botín de guerra: el Archipiélago de Filipinas.

No siempre se respetaron las zonas conquistadas por una u otra potencia, como lo revela el "incidente" de Faschoda, Sudán, en septiembre de 1898. Las tropas francesas se vieron forzadas por el ejército colonial británico a abandonar Sudán, en un gesto violento de los ingleses que no aceptaban compartir su "esfera" colonial. Finalmente, se impuso la razón y, civilizadamente, las potencias involucradas se entendieron, como veremos más adelante.

Vale la pena indicar que en este mismo período las potencias imperialistas, incluida Alemania, se lanzaron al asalto de China, obteniendo el Imperio alemán Tsingtao en arriendo forzoso; Rusia Puerto Arturo, a la vez que avanzaba en Manchuria e intentaba penetrar en Corea; Francia ocupaba Hainan e Inglaterra se quedó con Wei-Kaiwei (16).

De esta suerte el mundo quedaba, para fines del siglo XIX repartido y, satisfechas o no, las potencias imperialistas vivían un equilibrio de poder. En efecto, nuevamente la diplomacia de las grandes potencias establecía un "sistema de poder", basado en la capacidad de conquista y en el antecedente decimonónico de la actual "disuasión", basada a su vez en la amenaza de la guerra, integrando un equilibrio imperialista mediante una complicada red de alianzas y contraalianzas siempre pragmáticas. No obstante, este equilibrio estaba desde su inicio amenazado. Las potencias que apenas llegaban a un nivel de industrialización capaz de generar la exportación de capitales y, por ende, de integrarse a la competencia por

los territorios coloniales no quedarían satisfechas, pero esperarían sus mejores oportunidades en un futuro. Especialmente Prusia y Austria-Hungría reservarían sus reivindicaciones coloniales, tanto europeas como extracontinentales.

En 1904 se rompió el famoso equilibrio de poder en Asia, esta vez a favor de Japón, a costa de un aliado francés. La guerra ruso-japonesa puso en evidencia la debilidad del sistema de poder. Tanto Francia, aliada del Imperio zarista, como Inglaterra, ahora aliada del Japón, debieron mantenerse neutralizadas, mientras los Imperios de Europa Central vieron con alegría la derrota de su vecino oriental y consideraron favorable el revés. La balanza de poder que se había construido con tanto trabajo podía desmoronarse en cualquier momento. Peor aún, y esto no lo advirtieron los gobernantes imperialistas, estos reveses para el equilibrio del poder eran, realmente, un llamado para las masas. La descarnada competencia imperialista envolvía el fermento de la revolución. Los yanquis, en su afán colonialista utilizaron el proceso revolucionario cubano para cobrar presas a costa del imperio español y, cuando frustraron con su intervención el éxito de la empresa de los patriotas caribeños encabezados por Martí, iniciaron en toda la línea la histórica misión de encarar la revolución, como adalides de las fuerzas conservadoras, pese a que a principios de siglo, dadas las condiciones, aparecieran como una de las fuerzas más progresivas del

mundo. Puede decirse que los Estados Unidos, efectivamente, respondían a su "destino manifiesto" e iniciaban, exitosamente, su loca carrera contra el futuro.

Cuando señalo que los EUA desarrollan una carrera contra el futuro, solamente estoy indicando que, en la misma medida que sus gobernantes consideran a esa nación de América el modelo insuperable para todos los pueblos del mundo, se oponen al desarrollo de la humanidad, convirtiéndose en la fuerza más conservadora que la historia haya conocido jamás.

En el breve recuento que hemos hecho hasta aquí, destacan cuatro variables del desarrollo histórico, a saber: el condicionamiento de la política mundial por el desarrollo de las fuerzas productivas nacionales; las relaciones entre las potencias colonialistas; las relaciones entre éstas y los pueblos sometidos y; las posiciones y relaciones políticas guardadas por las fuerzas del orden y de la revolución, tanto nacional como internacionalmente.

En el primer caso, resulta evidente que a mayor desarrollo industrial, mayor competitividad internacional y mayor apetito colonial. Los países donde los monopolios alcanzan un grado mayor de complejidad tienden a desarrollar políticas de expansión más agresivas, dado que logran una mayor realización de capital y, en consecuencia, la acumulación creciente exige una permanente búsqueda de actividades productivas que mantengan activos sus capitales. De este modo, las mayores concentraciones de capital,

alcanzadas en Inglaterra, Francia, los Estados Unidos, Prusia y el Japón empujan a la constitución de mercados cautivos o seguros. Las esferas de influencia de principios del siglo XX sólo tienen razón de ser por este mecanismo de la reproducción del capital, incluso, aunque parezca paradójico, constituyen políticas proteccionistas. En efecto, para garantizar la reproducción de los capitales arriesgados por las grandes firmas financieras de los países mencionados, los gobiernos se ven obligados a desarrollar políticas de competencia, protección, seguridad y disuasión, con las consiguientes movilizaciones militares. En primer lugar con respecto a los pobladores de los territorios donde han sido instaladas las sumas de capital, bajo la forma de empréstitos o de fábricas, infraestructura, etc. En segundo lugar, con respecto a sus competidores, los monopolistas de las otras potencias. De este modo vemos crecer los proyectos expansionistas, con sus variables políticas, económicas y militares. Los Estados Unidos pretenden asegurarse América y ya han desplazado a los capitales ingleses y de otras naciones europeas de las economías iberoamericanas, luego de una dura lucha durante las tres últimas décadas del siglo XIX (17). Inglaterra controla las franjas costeras de África del norte y le disputa el Mediterráneo a Italia y al Imperio Otomano, demasiado débiles para enfrentar a la flota más poderosa del mundo de la época; por la misma razón, se ha asegurado el control del Mar de China, del Indico y de las

g r a n d e s

islas del Pacífico del Sur. Francia, al mismo tiempo que Bélgica se han apoderado de extensos territorios africanos, a despecho de los italianos, otomanos, prusianos y austrohúngaros. Rusia imperial ya ha conservado sus vastos territorios asiáticos, pero el Japón desea Asia para sus propios proyectos de progreso. El equilibrio de las potencias implica, necesariamente, un pacto colonial. Cada una de las potencias ha sido capaz de desarrollar sus propios métodos de sujeción. No obstante, una es la norma, casi al estilo del señor feudal: sojuzgamiento político y/o militar y exacción económica, es decir, dominio extranjero y miseria popular. En América parece reinar la democracia, a diferencia de los otros continentes. Los países iberoamericanos, demasiado atrasados, carecen de la capacidad para explotar sus propias riquezas, pero las clases dominantes, la pequeñaburguesía en especial, tiene su proyecto burgués aunque inviable como la clase que lo porta, por lo que defiende su independencia y su metrópoli económica es sólo un socio, en apariencia. El pacto colonial se establece mediante la fácil vía de la exportación de capitales, no sin intervenciones militares: los estadounidenses tratan de asegurarse el control de Centroamérica y realizan diversas acciones entre 1853 y 1876; es digna de recordarse la "aventura mexicana" de Napoleón el pequeño (1861-1867).

La lucha de clases.

Así, para principios del siglo XX, los monopolios, fuertemente respaldados por sus gobiernos y sus ejércitos, han establecido un pacto colonial. Entre las potencias se ha alcanzado un equilibrio y se permite la competencia, sobre la base liberal de asumir las consecuencias de invadir áreas de los competidores. Las potencias han sojuzgado continentes enteros y han establecido alianzas con las clases dominantes aborígenes, nuevos lazos de poder unen a los pueblos por encima de las ancestrales formas de dominio; por encima de los terratenientes y de los jefes tribales están los extranjeros, quienes, a su vez, han escogido a la aristocracia de los aborígenes para constituir sus capas de políticos, gerentes, administradores y capataces intermediarios de la contradicción entre los nacionales y los imperialistas. Los monopolios han establecido su pacto colonial: prestan o invierten dinero, llevan el progreso y la civilización y los aborígenes ofrecen trabajo y riquezas naturales para que continde la infinita gracia del desarrollo capitalista y de la sociedad industrial. "La exportación de capitales influye en el desarrollo del capitalismo en aquellos países a los que ha sido exportado y lo acelera extraordinariamente ..." escribió Lenin en su época, a lo que debe agregarse que ese aceleramiento es sólo en términos de la acumulación en las metrópolis, como lo han demostrado las recientes décadas de experimentos capitalistas de "desarrollo" en los países atrasados.

Naturalmente, en los países sojuzgados se desarrollan sentimientos nacionalistas, pero las políticas coloniales se basan en el viejo principio de "divide y vencerás". Privilegios a grupos sociales o religiosos, nacionales o tribales, prejuicios y persecución para otros; integración de colonias sobre la base del territorio que se arrebató a los aborígenes y a otros conquistadores, sin importar las unidades naturales de religiones, etnias o naciones. Esto retrasa los esfuerzos nacionalistas, pero los radicaliza y nunca los elimina. Por otra parte, mantener en la miseria y la ignorancia a los pueblos sojuzgados es una norma del pacto colonial, reduciéndolos a sus concepciones locales e impidiendo su entroncamiento con la cultura mundial y, sobre todo, con las corrientes revolucionarias que desde mediados del siglo XIX se desarrollan en las propias metrópolis. En estas se viene desplegando una contradicción muy profunda: al mismo tiempo que maduran las condiciones para el nuevo pacto colonial, para el equilibrio imperialista, maduran las condiciones subjetivas para el rompimiento de este orden imperialista y de todo orden explotador. Desde mediados del siglo XIX las luchas obreras de Europa entran en una nueva fase de sus desarrollo y entroncan con el pensamiento socialista. En la época que Lenin sitúa el proceso de maduración de los monopolios, se funda la Asociación Internacional de Trabajadores, dirigida por Carlos Marx. Cuando ha concluido la maduración de los monopolios el proletariado francés desarrolla la primera experiencia de

gobierno obrero revolucionario: la gloriosa Comuna de París de 1871.

Definitivamente, los esfuerzos por conservar para siempre el equilibrio imperialista están condenados al fracaso desde el surgimiento del orden mismo. Los hechos mismos, desde aquel consistente en que las abundantes ganancias de los grandes monopolios se realizan a causa de mantener en la miseria a la mayor parte de los proletarios de las colonias y de las metrópolis, hasta el hecho de que están en pie las condiciones subjetivas para la revolución y -
enderezar los hombres que habrán de protagonizarla, señalan que el orden mundial erigido por la burguesía está al borde de su crisis general.

Sin embargo, no es una cuestión de esperar que todo ello suceda, como creían los mecanicistas. Escribió Marx en el 18 Brumario de Luis Bonaparte: "...las revoluciones proletarias, como las del siglo XIX, se critican constantemente a sí mismas, se interrumpen continuamente en su propia marcha, vuelven sobre lo que parecía terminado, para empezarlo de nuevo, se burlan concienzuda y cruelmente de las indecisiones, de los lados flojos y de la mezquindad de sus primeros intentos, parece que sólo derriban a su adversario para que este saque de la tierra nuevas fuerzas y vuelva a levantarse más gigantesco frente a ellas, retroceden constantemente aterradas ante la vaga enormidad de sus propios fines, hasta que se crea una situación que no permite volverse atrás..."(18). Como es evidente, para

Marx la intervención de los humanos, de los sujetos de la revolución social, también es determinante en el curso de los acontecimientos máximos de transformación social, de modificación del espectro de poder. Para él, el factor subjetivo ha sido elevado al nivel más importante del proceso revolucionario, en cuanto se plantea a la revolución socialista como una revolución consciente, en la cual el nivel de conciencia más importante no es el de los dirigentes de los partidos u organizaciones activas de la clase revolucionaria y en ciernes de obtener el poder, sino del conjunto de los elementos de la clase revolucionaria, es decir del proletariado.

Los grandes imperios coloniales se formaron y desarrollaron sobre la base de ignorar a las fuerzas emergentes que el capitalismo, naturalmente, engendraba. Los dirigentes y gobernantes de los países más avanzados de la tierra en el siglo XIX se ocuparon de desarrollar una política basada en la mentira y el ocultamiento de sus verdaderos y, hasta cierto punto y desde cierto punto de vista, legítimos intereses. Enmascararon en "la sagrada misión de la evangelización" (en todo lo discutible que ello pueda ser), la descarnada misión de la conquista; convencieron a los desposeídos de sus propios países de la necesidad de que "los pueblos superiores" dominaran a los "inferiores", aprovechando la ignorancia en que los mantenían y disfrazando su propio dominio; sometieron bajo la ilusoria promesa del progreso a multitud de países

atrasados y compraron, mediante el "frío pago al contado", a sus clases dirigentes, a su vez, disfrazadas de "nacionalistas". La mentira ha sido un arma básica de la dominación capitalista. No sólo bajo su forma de "obsequiosa" compensación del trabajo, sino esencialmente bajo su forma de "progreso humano". Si bien en un periodo el régimen del trabajo asalariado, bajo todas sus vestiduras de mejoramiento y avance, constituyó la opción más progresista de la humanidad, como también lo reconoció el propio Marx (19), también constituyó la expresión más patente de la desigualdad entre las clases sociales como lo evidenció la disputa política, denominada "filosófica" por sus protagonistas, sobre "la cuestión social". El siglo XIX ha procreado y dominado al siglo XX, pero sus engendros, como los aprendices de brujo, han desatado fuerzas que no pueden dominar.

CAPITULO 2. SOCIALISMO Y REVOLUCION (1900-1914).

Como hemos visto hasta aquí, el equilibrio de poder imperialista se basó en la enorme fuerza del capitalismo en su período monopolista ascendente. La reproducción ampliada de capital tenía un correlato político: la victoria de la burguesía. Entre la insurrección de junio de 1848 y la Comuna de París el proletariado de Francia y, a través de él el de Europa, avanzó mucho en su conciencia. Cuando la revolución de 1848, el socialismo científico era conocido por los miembros de la Liga de los Comunistas y, apenas, unos cuantos obreros cercanos a ellos. Para la insurrección de 1871, los comunards estaban dirigidos por los blanquistas, pero ya el marxismo era una fuerza de importancia entre los obreros de toda Europa y los proletarios avanzados comprendían la necesidad de la toma del poder. Así, durante veinte años, se desarrollaron políticamente los "enterradores" del orden burgués. Pero fueron derrotados en sus intentonas. De esas derrotas aprendieron y para principios del siglo XX, en pleno ascenso de la competencia imperialista por la hegemonía mundial, conformaban ya importantes partidos de masas que actuaban en la arena democrática de los estados burgueses. No obstante, su capacidad de acción estaba limitada. De ahí que los esfuerzos por la organización internacional tomaran cuerpo y se fundara en 1889 la II Internacional en la que participaron los partidos socialistas de Francia, el socialdemócrata ruso y el alemán, así como

socialdemócratas y sindicalistas de Suiza, Inglaterra, Holanda, Italia, España y otros países.

La lucha política entre los partidos representativos de la burguesía y el proletariado adquiría niveles de un enfrentamiento de clases sólo en circunstancias extraordinarias. Las fuerzas del orden dominaban la escena, bien mediante gobiernos cesaristas del tipo del de Bismarck o Luis Bonaparte, bien mediante gobiernos abiertamente dictatoriales como el zarista, el turco y el austro-húngaro. Desde las victorias del siglo XIX, la burguesía europea avanzaba por calzadas reales en su dominación política en las metrópolis y las colonias. Ello dio lugar a que en el campo del movimiento revolucionario avanzaran las posiciones oportunistas y reformistas. Bien pronto se verían las fisuras en el movimiento socialista frente al problema del "equilibrio de poder" de las burguesías nacionales europeas. Otra vez, como durante los primeros años del siglo XIX en la discusión sobre la "cuestión social", el campo de los desposeídos viviría un profundo y agudo debate, del cual saldrían fortalecidas, vía la demostración práctica, las posiciones revolucionarias, encabezadas por los bolcheviques. Pero fue el enfrentamiento entre las potencias imperialistas, impulsadas por la lógica de la acumulación capitalista, el que dió origen a la lucha entre los revolucionarios, al plantear un problema estructural: la guerra como salida a la crisis. La lucha entre los

diferentes estados nacionales involucró la lucha entre las diferentes facciones revolucionarias.

Correlación internacional de fuerzas.

La correlación política de fuerzas estaba bien definida al empezar el presente siglo. A nivel nacional, la burguesía dominaba en los países avanzados y en los países de relativo atraso industrial compartía el poder con los representantes de los grandes terratenientes, sojuzgando a la mayoría de la población, incluidas las capas medias, integradas por la pequeña burguesía urbana y los pequeños y medianos propietarios agrícolas, explotando al proletariado del campo y la ciudad; sin embargo, se gestaban movimientos populares en el fondo social. En el nivel internacional, las potencias industriales, cinco o seis, controlaban los mercados, monopolizando el comercio y el transporte, exaccionando las colonias y sometiendo a su control económico y político al resto de los países independientes o semicoloniales. A la vez, entre esas grandes potencias se definían campos de poder y se disputaban la hegemonía mundial. Inglaterra, la más poderosa potencia naval e industrial, como vimos, perdía terreno a gran velocidad frente a un poderoso rival como Alemania y frente a su aliado Estados Unidos. De esta competencia, así como de antiguas reivindicaciones, surgía un enorme conflicto militar.

Tras las grandes potencias, tras los objetivos coloniales, las naciones europeas se agruparon y se

perfilaron a una colisión. Frente al desnudo poder imperialista el derecho de los pueblos era poco menos que polvo. Las aspiraciones a la independencia, a la identidad nacional, contenidas por el dominio de los imperios, eran una impetuosa fuerza que minaba el famoso equilibrio de las potencias. Las relaciones internacionales estaban determinadas por una clara política: el más fuerte podía ejercer por sí y para sí la soberanía sobre cualquier territorio. El derecho internacional, codificado durante siglos, solamente era un marco de referencia para dirimir las diferencias entre pares y como la desigualdad estaba, en la práctica, convertida en la regla básica del ejercicio del poder, resultaba un mero juego maquiavélico. En este marco, la fuerza era el mecanismo básico de hecho y de derecho, por lo cual había que alcanzarla, bien para ejercer legítimas aspiraciones, bien para impedir las y mantener el orden de desigualdad y explotación.

En consecuencia, las coincidencias de interés material dieron cuerpo a dos sistemas de alianzas contrapuestas. Al principio sólo como correlatos políticos de sus integrantes, pero siempre respaldados por los respectivos ejércitos, los cuales acabaron por acceder al centro de la escena. Mucho se ha escrito sobre las motivaciones y los procesos moleculares que llevaron a la conformación de las alianzas enemigas de principios de siglo en Europa (20), por lo que aquí nos referiremos a su acuerpamiento y peso militar y político, como marco del desarrollo de las

fuerzas que rompieron con el esquema del poder imperialista internamente "equilibrado". Es decir, de un lado, veremos las contradicciones de las potencias imperialistas y, de otro, trazaremos las líneas generales de desarrollo del movimiento revolucionario en sus vertientes socialista y de liberación nacional.

El reparto de rapiña.

Después de la Conferencia de Berlín, en "las cuestiones de política internacional entre los años de 1885 y 1892, reinaba, por así decirlo, la calma que precede a la tempestad. Una vez más, los viejos problemas europeos acaparaban toda la atención" dice Mommsen (21) al referirse al concierto de las potencias europeas, ordenadas bajo la diplomacia de Bismarck, pese a la calidad de primera potencia de Inglaterra. Pero ese concierto, desde antes de la dimisión del "canciller de hierro" en 1890, entraba en franca inarmonía. En 1887 la cuestión búlgara creará una crisis en las relaciones germano-rusas, pero Bismarck lo resolverá mediante el Tratado de Reaseguro, aunque falla en su intención de acercamiento a Inglaterra que rechaza la alianza, firme en su política de gran potencia. Una profunda modificación de las alianzas bismarckianas sucederá a este último intento alemán de hegemonizar el concierto imperialista.

Nuevamente, los apetitos coloniales impedirán el "racional" equilibrio. La orientación imperialista de las potencias europeas y el expansionismo de Guillermo II

conducirán a la situación opuesta del sistema de Bismarck: ahora el aislado sería el Imperio Alemán. Italia de hecho abandona la Triple Alianza (firmada con Austria y Alemania en 1882), al acordar con Francia la cesión de Marruecos a cambio de Trípoli en 1902 (Pacto Berrère-Pinetti), iniciando el aislamiento de Alemania. Previamente, la negativa alemana de renovar el Tratado de Reaseguro en 1890, orientó a Rusia a la alianza con Francia, lo que aumentó los capitales de ésta en aquélla. A la vez Inglaterra había logrado, después del incidente de Fashoda y mediante el Tratado de Sudán en 1899, un acuerdo muy racional con Francia: ésta renunciaba a toda influencia en Egipto y Sudán y obtenía manos libres en el occidente africano, lo que lograría mejor con el acuerdo italo-francés, a cambio, Inglaterra continuaría su política de expansión en Asia, por lo cual establece en 1902 una alianza con el Japón. Este, en curso de colisión desde 1895 con Rusia por los intereses de ambos en el control de Manchuria y Corea, se encuentra en condiciones de exigir a los zaristas la delimitación de intereses, especialmente Puerto Arturo, exigencia que al ser rechazada conduce a la guerra de 1904-1905 en la que se evidencia la ineficacia y atraso de la potencia rusa, por lo cual se ve derrotada y, gracias a la mediación de Estados Unidos, se firma la paz de Portsmouth, con la cual el Japón ingresa al "club" imperialista obteniendo el protectorado sobre Corea y Manchuria meridional, Puerto Arturo y la parte sur de las

islas Sajalín, a costa de la poderosa Rusia... en el papel. Inglaterra y Francia forman en 1904 la Entente Cordial, basada en el acuerdo de Sudán. Con esto, Rusia se ve orientada a un acuerdo con Inglaterra y el cerco en torno a Alemania está cerrado. Pero ha empezado el derrotero de la guerra.

La lucha por la hegemonía imperialista.

En efecto, Alemania y Austria Hungría han recibido rudos golpes en la competencia por los mercados y la hegemonía imperialista. El Imperio Otomano, por su parte, más bien parece ser víctima del reparto colonial que un par de los otros imperios. En vista de esta situación, Alemania inicia una decidida política de expansión, primero protestando en 1905 por la penetración francesa en Marruecos, con objeto de compartirlo, para que, luego, la Conferencia de Algeciras (1906) confirme la "política de puerta abierta" en Marruecos dado el predominio de la Entente. Posteriormente, Alemania decide incrementar su flota de guerra y en general su armamento. "Alemania será la sal de la vida" declara Guillermo II y rechaza las propuestas de desarme. Rusia, en 1908, formaliza el cerco a Europa central al integrar la Triple Entente con Francia e Inglaterra.

Las potencias europeas, aislada Alemania, continúan su política de expansión colonial. Por una parte Inglaterra y Rusia (en plena mascarada del constitucionalismo luego de la revolución de 1905), restablecen la constitución liberal

de 1906 a costa del Sha! en Persia en 1909, luego de un civilizado acuerdo entre ellas repartiéndose las zonas de intereses respectivos en ese país. Por otra parte, la lucha por la modernización de Turquía conduce al desmembramiento de la parte europea del Imperio Otomano, lo que propicia la llamada "crisis balcánica", constituida por la disputa de las monarquías eslavas, apoyadas por las grandes potencias, para anexarse esos territorios. Precisamente la enconada lucha de los imperialistas contribuye al avance de la revolución de los "Jóvenes Turcos". Pero, naturalmente, conducirá a la guerra.

Ninguna potencia comprendió la lección rusa de 1905. La consecuencia esencial de la guerra ruso-japonesa, más allá de las pérdidas territoriales a favor del Japón, que a la larga éste también perdería, fue el desarrollo de la revolución rusa. A la vez, de ésta, Lenin decía que se habían obtenido como resultado esencial los órganos del futuro poder obrero y "el ensayo general" de la revolución. También en el curso de la lucha de los "Jóvenes Turcos" se manifestó la relación dialéctica entre la expansión militar del imperialismo y la revolución, relación característica del siglo XX y que aparecía en germen en estos dos iniciales movimientos. Cuando Italia invadió Trípoli y el Dodecaneso, generando la guerra italo-turca en 1911-1912, la incapacidad del gobierno monárquico, en franco retroceso, permitió un avance esencial a los "Jóvenes Turcos", quienes se hicieron del gobierno, aún

bajo la monarquía, ahora constitucional, y, posteriormente, la primera guerra les permitiría imponer la república ...temporalmente, para terminar en la dictadura. Estos hechos contenían concentradamente la dialéctica esencial de las relaciones internacionales durante el presente siglo. Era evidente que ninguna potencia iba a entender esta lección, los pueblos eran despreciables elementos de una descarnada política y sus aspiraciones recibían como respuesta la represión. Las potencias, a tono con la época, estaban ensoberbecidas y ansiosas por expandirse aún más.

La crisis de guerra.

Es en este contexto que la crisis balcánica inicia el incendio de Europa. El movimiento de los "Jóvenes Turcos" debilita aún más el ya decadente Imperio Otomano. En 1908 Grecia se anexa Creta; Austria-Hungría se anexiona Bosnia y Herzegovina, ganándole la partida a Serbia, previo un acuerdo con Rusia para distribuirse el "botín". Todo esto precipita la enemistad entre Serbia y Austria, que es realmente una continuación de la enemistad entre las otras potencias, de un lado, la Triple Entente y, de otro, Alemania. Estas rivalidades son un preludio dramático para la Primera Guerra, rivalidades cuyo motivo central es la distribución de territorios. En vista del resultado de esta primera crisis, Italia y Rusia concluyen un acuerdo secreto con objeto de mantener el "statu quo" en los Balcanes y aunque bien pronto se verá que es imposible, sirve ese

acuerdo para debilitar más las alianzas alemanas, que se reducen a Austria-Hungría y, a través de ésta, alcanzan Turquía. Y como si se tratara de obtener compensación, Alemania vuelve a la carga en Marruecos, obteniendo concesiones en el Camerún, mediante el acuerdo franco-alemán sobre el Congo, en 1911. Apenas ha pasado esta "compensación" a costa de un pueblo no europeo y nuevamente los Balcanes son escenario de una nueva crisis y de guerra. Otra vez el movimiento nacionalista, esta vez en Albania, da pie a los intereses expansionistas. Servia y Bulgaria pretenden oponerse a que Albania caiga en la esfera austriaca -bien poco les importa el movimiento popular por la liberación nacional-, pero se interesan en desmembrar a Turquía, para lo cual fundan la 1.ª Liga Balcánica, a la que se unen Grecia y Montenegro. Declaran la guerra a Turquía en 1912, a la cual vencen, pero sus pretensiones involucran a Austria y a Italia, mientras Rusia apoya a Servia. Los aliados iniciales de la Liga se enfrentan. En tanto, a su vez, mantienen alianzas con Austria y Rusia, rivales entre sí. Finalmente, la intervención de Inglaterra y Alemania logra que en 1913 se firme el Tratado de Paz de Londres, todo a costa de Turquía, que cede: las islas del Egeo a Grecia, a la vez que se formaliza la anexión a ésta de Creta, el sur de Macedonia y Salónica; el norte de Macedonia a Servia; Bulgaria obtiene Tracia y la costa del Egeo y cede Silistra (Dobrudja) a Rumania, pero desea el norte de Macedonia. Esta última reivindicación

lleva a una nueva guerra balcánica, pero Rumania, Grecia, Montenegro y Turquía intervienen a favor de Serbia, por lo que Bulgaria reclama la intervención de su aliado imperial Austria-Hungria, quien es, a su vez, contenido por sus aliados mayores Alemania e Italia. Bulgaria, en la Paz de Bucarest, pierde Macedonia y Dobrudja y Albania se convierte en principado independiente, remedo de la liberación reivindicada por el pueblo, pero a tono con los regimenes autocráticos. Los resentimientos están contruidos y esta paz es extremadamente precaria. Austria-Hungria cobrará revancha y romperá la paz balcánica, luego del incidente de Sarajevo, en que Princip, estudiante de nacionalidad bosnia, asesina al inspector general del ejército danubiano y heredero al trono, archiduque Francisco Fernando y a su esposa el 28 de junio de 1914.

El Mariscal Montgomery escribió: "Ninguno de los estadistas o los pueblos de Europa deseaba positivamente la guerra. Nadie la maquinó concientemente." Aunque luego agregó: "Según me parece a mí, nadie intentó impedir la guerra." No obstante, más adelante explica que el plan de guerra germano dictó el curso inicial de los acontecimientos y que este "plan había sido elaborado por el conde von Schlieffen, jefe del Estado Mayor Central desde 1891 hasta 1906, quien ya había muerto en 1914." (23) Es decir, que para Alemania había un proyecto claro de guerra y, por tanto, si se planeó. Cualquiera puede decir que era una eventualidad. No obstante, toda la actuación alemana de

la caída de Bismarck en adelante consistía en la provocación de la guerra. Como escribiera Lenin, en el capitalismo "(...) las guerras imperialistas son absolutamente inevitables bajo ese sistema económico, en tanto subsista la propiedad privada sobre los medios de producción." (24) ¡Si hasta los pueblos atrasados eran propiedad privada de los monopolios! Como muestra: Rhodesia.

Claramente puede verse que la guerra se suscitó de un proceso largamente larvado, el proceso de reparto "de rapiña" de los restos del Imperio Otomano, en primera instancia, pero en realidad del mundo entero. La propia guerra era el esfuerzo enconado para sojuzgar a los antiguos pares. Los tratados secretos posteriores al inicio de las hostilidades así lo demuestran. Al principio, durante el mes de agosto de 1914, en el cual se desatan los combates, la guerra se limitaba al enfrentamiento entre la Triple Entente, por un lado, y, por otro, Alemania y Austria-Hungría, los Imperios Centrales. Ya a fines de ese mismo mes el Japón, de motu propio, declara la guerra a Alemania con objeto de arrebatarse sus concesiones en China. Una vez ocupadas, China reclama su soberanía, pero el Japón responde con mayor agresividad: exige las "21 reclamaciones" de 1915, que el Imperio Celeste no tiene más remedio que aceptar. China del norte pasa a ser "zona de influencia" japonesa. En 1916, se firma el tratado secreto ruso-japonés en el que se acuerda "la defensa de China" por ambas potencias. Italia firma en 1915 el Pacto de Londres,

también secreto: intervendrá en la guerra del lado aliado a cambio de que su frontera con Austria se extienda hasta el Brenner, obtenga Istria y Dalmacia a costa de Austria, Libia, Eritrea y concesiones mineras en Asia Menor. Bulgaria obtendría, luego de entrar en la guerra al lado de Alemania, Macedonia *serviz por lo que* firma un pacto de alianza en 1913. Rumania se une a los aliados en 1916 a cambio de Bukovina y Transilvania. En 1916, se realiza el acuerdo Sykes-Picot: Inglaterra se reserva Palestina e Irak y Francia se quedará con Siria y Líbano, a costa de Turquía. Francia y Rusia también acuerdan secretamente en 1917 el desmembramiento de Alemania.

Resulta evidente el carácter de la guerra. Un reparto de rapiña. Alemania y Austria se proponían, la primera, destruir el imperio británico desde Marruecos hasta la India y ampliar sus propias colonias, controlar Bélgica y hegemonizar el centro de Europa, mientras la segunda sólo quería Servia, Montenegro y Rumania.

El movimiento revolucionario.

Por su parte, el movimiento revolucionario preveía desde los conflictos balcánicos el estallido de la guerra. En consecuencia, en 1912, en el Congreso de Basilea de la II Internacional se emitió un manifiesto dirigido a los proletarios del mundo en el cual se condenaba la guerra y se advertía de las desastrosas consecuencias que traería para la clase trabajadora, concluyendo con la consigna de que debería convertirse la guerra imperialista en guerra civil.

Esta consigna, evidentemente, suponía la existencia de organizaciones revolucionarias capaces de enfrentar esa tarea, así como de la disposición de las masas explotadas y oprimidas a sacudirse el yugo de los opresores.

La base de estas suposiciones estaba debidamente documentada y demostrada por la historia. De un lado, la existencia de partidos socialistas en la mayoría de los países europeos, algunos muy numerosos y de fuerte raigambre como la Socialdemocracia alemana, cuyos organizadores y militantes desde la década del 60 en el siglo XIX tenían una presencia significativa en la política alemana. Por lo menos así lo demuestran los acuerdos de Bismarck y Lassalle en los años 1863-1864 (25), por cierto, anticipos de la conducta de los dirigentes de esta organización a principios de la guerra. Así también lo demostraba la ley represiva contra los socialistas en 1878, a sólo tres años de la fusión de los eisenachianos y los lassalleanos en el Congreso de Gotha en 1875, congreso de fundación del Partido Socialdemócrata Alemán. Asimismo existía el Partido Socialdemócrata Obrero Austriaco, activo en la lucha política desde 1867, y con fuerza electoral suficiente al punto de obtener diputaciones en el Reichsrat de 1897. Otras organizaciones posteriores, como el Partido Obrero Francés, fundado en 1882, la organización clandestina polaca "Proletariado", fundada en 1881; el Partido Socialista de los Trabajadores Italianos, organizado en 1893 sobre los antecedentes del antiguo Partido Obrero

Italiano; el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, fundado en 1898, organización de combate y de gran capacidad ideológica del proletariado ruso, constituido en el extranjero dada la represión zarista. Organizaciones clasistas todas y probadas en diversos combates frente a los gobiernos autoritarios, cuya actividad era responsable en gran medida de los avances democráticos de esos gobiernos. También se basaban en el hecho de que no sólo los socialistas se proponían la transformación social. En casi todos los países europeos del centro y este de Europa se desarrollaron múltiples organizaciones terroristas, claro que también las hubo en el occidente europeo, pero fue en los países al este del Rhin donde alcanzaron mayor impulso dadas las condiciones de opresión monárquica, en el sentido de autoritarismo y de sujeción nacional. Proliferaron las organizaciones secretas con objetivos de terrorismo individual, como puede verse el caso de "Unidad o Muerte", organización a la que pertenecía Princip y que quizá jamás proyectó conscientemente el resultado del magnicidio de junio de 1914. A la vez, bajo diferentes formas, desde las tradicionales estructuras tribales hasta la organización de frentes nacionales, los pueblos oprimidos por los imperios reaccionarios resistieron, primero, y luego enfrentaron la dominación exterior. Las organizaciones nacionalistas también eran una base de las previsiones de la Internacional Socialista.

De otra parte, la más importante, la consigna convertir la guerra imperialista en guerra civil contra la burguesía, se apoyaba en la experiencia de las revoluciones recientes. Para 1912, los atentos sentidos de los revolucionarios habían percibido los diferentes gritos libertarios de los pueblos del mundo. Precisamenté, advertían, estaban ahí las fuerzas, las personas de carne y hueso, los hombres concretos, que podrían realizar su llamado. La disposición de las masas se había manifestado claramente por la revolución. De hecho, el amanecer del siglo XX comenzó con un empuje revolucionario. Podríamos afirmar que el siglo XIX se cerró con las últimas llamaradas levantadas en las guerras coloniales y el siglo XX se abrió con el fuego de las candelas de los miles de anónimos combatientes por un mundo nuevo.

Rusia, 1905.

En enero de 1905, en el curso de la guerra librada por el "control de Asia" entre Rusia y Japón, se desarrolló una huelga en la fábrica más grande de Rusia, ubicada en San Petersburgo. A causa de la crisis que padecía el país y de la guerra, se desplegó una gran efervescencia política, cuya característica fue la participación creciente de las masas de campesinos y obreros. El objetivo inmediato de la huelga en la fábrica Putilov era la reinstalación de cuatro despedidos, que, dada la salvaje respuesta del gobierno zarista, pronto fue rebasado por objetivos cada vez más amplios. El 9 (de acuerdo con el

calendario actual el 22) de enero los obreros en huelga, encabezados por el pope Gapón, agente de la Ojraza en funciones de controlador, se presentaron en masa en el palacio del gobernante, quien ni siquiera se encontraba en la ciudad. Habían elaborado una petición en la que se invocaba justicia y protección del zar, señalando que preferían la muerte a las penurias a que se veían sometidos, pero también pedían libertades democráticas, el fin de la guerra y una asamblea constituyente. Enterada con detalle de los preparativos de la manifestación, incluso quizá orquestada por ella misma, la policía dirigida por el gobernador de la ciudad, Trépov, pidió el auxilio de las tropas. La manifestación fue reprimida ferozmente; calculándose alrededor de mil los muertos y más de cinco mil heridos (26). Pero no acabó con la huelga, al contrario, abrió los ojos de miles de trabajadores que ahora seguirían a los socialdemócratas y, peor aún, aceleró el proceso al estallar otras huelgas en diferentes ciudades del país. " Se diría que teme usted a la revolución ; observó en aquellos días el zar Nicolás II a Bulyguin (Ministro del Interior). Este le respondió: ' Majestad, la revolución ya está en curso: En realidad, pocos meses más tarde, Lenin, desde el exilio podrá escribir: ' Hemos entrado hoy en una nueva época, se ha iniciado un periodo de trastornos políticos y de revolución.' Esto no sólo era válido para Rusia, sino para el mundo entero. Sin embargo, la batalla

comenzado en Rusia." (27) (El subrayado es mío). Así, durante todo 1905 se sucedieron las huelgas, en las que llegaron a participar tres millones de obreros, fuerza jamás vista en el mundo, movimiento simultáneo al de las insurrecciones campesinas, aunque nunca coordinado. La autocracia zarista estaba acorralada, pero no vencida.

Giuseppe Boffa escribe: "La característica de las luchas obreras de 1905, ya obvia en la primavera y cada vez más y más marcada, era su definición claramente política. Las reivindicaciones económicas eran en general la chispa que provocaba la explosión. Pero la lucha se desarrollaba después con consignas mucho más avanzadas --jornada de ocho horas, derrocamiento de la autocracia, asamblea constituyente, libertad de palabra y reunión-- y, frente a la feroz resistencia del poder, tendía a transformarse en movimiento insurreccional. Era el signo de la creciente influencia de los socialdemócratas (...)" (28). En el curso de la lucha también se presentó un fenómeno revolucionario clave: la insubordinación, primero, y luego la incorporación de marineros a la revolución (el Potiomkin y el Oshakov), lo que demostraba que también los militares podrían desafiar el poder autocrático. De otra parte, el movimiento campesino, también desarrollábase en oleadas, cada vez más grandes, en el curso de las cuales se manifestó la consigna central: la propiedad colectiva de la tierra. Asimismo, el movimiento

campesino impulsó el desarrollo de su partido político revolucionario: el socialrevolucionario.

En su propia dimensión, pero también interesada en la modificación de la situación política se movía la burguesía rusa. A su vez desarrolló sus partidos políticos: la "Unión 17 de octubre" y el Constitucional Democrático. En esta clase giraba buena parte de la alternativa revolucionaria, pero ella no estaba dispuesta a eliminar la autocracia y aspiraba a compartir con la nobleza el poder: la monarquía constitucional. En torno del papel dirigente de la clase burguesa se desarrolló un debate más entre las alas de la socialdemocracia, pues mientras los menchevique sostenían que debería dirigir la revolución democrática y el proletariado jugar el papel de aliado activo, los bolcheviques sostenían la tesis de que podría ser el proletariado la dirección de la revolución y, mediante la "dictadura democrática de obreros y campesinos", cumplir las tareas democráticas y avanzar hacia la revolución socialista. Pero, precisamente el 17 de octubre de 1905, la autocracia, que a su vez tenía un partido, la "Unión del pueblo ruso" con su brazo armado y paramilitar, las centurias negras (prefiguración de posteriores organizaciones contrarrevolucionarias), ofreció la creación de una Duma de Estado que aprobaría las leyes y podría ser elegida hasta por los estratos pobres del país. Lenin señaló que era una patraña liberal e indicaba el camino de la guerra civil. Para la burguesía parecía

haberse cumplido su objetivo y los partidos liberales y oportunistas se preparaban para las elecciones. Mientras, la revolución continuaba y se perfilaba a su mayor expresión: la insurrección.

En efecto, entre el 26 de octubre y el 5 de diciembre (del antiguo calendario), los obreros y marineros de Kronstadt, Vladivostok y Sebastopol, así como el proletariado de Moscú, dirigidos por los soviets --que habían surgido a partir del de Ivánovo-Voznesiensk en mayo--, se insurreccionaron. La explosión espontánea, pese a la presencia de militantes bolcheviques, la insuficiente organización y la falta de coordinación entre estos centros revolucionarios, facilitaron la labor represiva, feroz y sangrienta que acabó con el movimiento en diciembre. No obstante, para 1906 continuaban las huelgas y movilizaciones campesinas por la tierra y la formación de gobiernos republicanos, a los que el régimen respondió con el mismo tratamiento, arrasando aldeas y arrestando a miles de proletarios del campo y la ciudad. En cuanto a su promesa de la Duma, el zarismo redujo sus ofrecimientos: la representación mayoritaria era para los terratenientes y la burguesía, un diputado por cada dos mil de aquéllos y uno por cada siete mil de estos, por cada treinta mil campesinos habría un diputado y uno por cada noventa mil obreros. Además, por encima de la Duma estaría una Cámara Alta, de cuya representación la mitad era nombrada por el zar. Sin embargo, apenas dos meses después de su instalación la

Duma fue disuelta y le siguió el terror reaccionario desde 1907, dirigido por el nuevo ministro del interior Stolypin. La revolución fue derrotada, pero dejaba preparado el terreno para la lucha posterior. Había terminado el "ensayo general". Para Lenin "la originalidad de la revolución rusa consiste precisamente en el hecho de que fue democrática burguesa por su contenido social, pero proletaria por sus medios de lucha." (29)

La oleada revolucionaria por la democracia.

Como dijo Boffa, la época revolucionaria que se abría en el siglo XX se había iniciado en Rusia, cuya revolución hemos resumido con cierto detenimiento. Sin embargo, los disturbios alcanzaron otros países. La base de la consigna de la II Internacional en su manifiesto de Basilea estaba extendida. La primera oleada revolucionaria del siglo XX, de carácter social, tuvo mayores alcances que los confines del imperio de los zares. En su extensión concentró los rasgos característicos de nuestra época. Si en Rusia las reivindicaciones democráticas no alcanzaron su objetivo, algo muy diferente ocurrió en Persia, Turquía, China y México, donde las masas irrumpieron en la vida política y comenzaron la larga cadena de revoluciones sociales que Marx supondría se desataría en el siglo que le tocó vivir. Los socialistas que convocaban a oponerse a la guerra y convertirla en revolución social se basaban en este proceder novedoso de las masas trabajadoras. No obstante, la revolución había iniciado sus pasos en países atrasados y

los protagonistas de las provocaciones guerreristas eran las potencias avanzadas y "civilizadas", los países de mayor desarrollo.

Poco conocido por su escasa influencia y espectacularidad, pero inscrito en la oleada revolucionaria de principios de siglo, el movimiento democrático de 1906 en Persia se dirigió contra la antigua monarquía, alcanzando solamente el establecimiento de un régimen constitucional. No obstante, este movimiento burgués, apoyado en las masas campesinas corrió la misma suerte que la Duma rusa, la constitución fue abolida por el Sha Mohammed, que, siguiendo el ejemplo ruso, desató desde 1907 una dura represión. Sin embargo, los campesinos, organizados por sus nexos tribales y ligados a la oposición de la burguesía urbana desarrollaron una serie de levantamientos armados. Su resultado: la intervención, en 1909, de Inglaterra y Rusia, que se habían repartido el país en zonas de intereses, para reinstaurar la constitución!. No les importaba a los invasores la democracia (menos a Rusia), sino utilizaron el movimiento revolucionario para sus objetivos imperialistas. Este fue un resultado que cortó los alcances de la oleada revolucionaria. Más tarde, con el triunfo de la revolución rusa, Inglaterra mantendría su "influencia" en Persia.

En la misma época, otro esfuerzo por imponer la democracia se desplegó en Turquía. Los movimientos nacionalistas y el progresivo desmembramiento del Imperio

Otomano, así como la crisis del gobierno monárquico, bajo su forma arcaica, el sultanato, dieron pie para que se desarrollaran organizaciones nacionalistas entre las filas de los oficiales del ejército y la intelectualidad urbana.

Los "Jóvenes Turcos" que mencionamos anteriormente, era una organización democrática de carácter burgués, fundada en Damasco en 1905, resultado de la fusión de la organización secreta de Mustafá Kemal con grupos de oficiales, como el Comité de "Unión y Progreso", y cuyo objetivo central era la modernización de Turquía, claro al estilo europeo, es decir, pretendían impulsar el desarrollo industrial y hacer de su país, de nuevo, una potencia. No contaba a su favor la creciente inversión de capitales extranjeros, específicamente ingleses, sin embargo su movimiento también por objetivos democráticoburgueses, tuvo un mejor desenlace que las anteriores experiencias referidas. En 1908 se inicia un período de sublevaciones y contrarrebeldión que culminan con la promulgación de una constitución y un nuevo monarca, Mohammed V. Las guerras balcánicas y con Italia hacen que este régimen adopte un fuerte carácter nacionalista y, dado su atraso, busque apoyo extranjero en sus esfuerzos de modernización, acercándose a Alemania en la reorganización de su ejército y a Inglaterra para la construcción de una flota.

La oleada revolucionaria en el este continuó hasta el triunfo bolchevique, interrumpida y acelerada por la I Guerra. En China, el movimiento revolucionario venía

fermentándose desde el siglo XIX. A la opresión monárquica, realmente delegada en la multitud de mandarines y militares que expoliaban a las masas campesinas, vino a sumarse la creciente intervención extranjera, que sólo por sus alcances localizados no puede ser calificada de verdadera invasión. De esta manera, se superpusieron en China las formas capitalista sobre las relaciones feudales. La incipiente clase obrera vino a dar a China un sello diferente en el curso revolucionario, caracterizado por el precoz desarrollo del movimiento comunista, rasgo específico del desarrollo político de los pueblos asiáticos, a diferencia de los europeos (30). Asimismo, la sucesión de las rebeliones, antiimperiales, de los Taiping y los Bóxers, crearon una tradición revolucionaria que fue aceleradamente asimilada por la población china, por lo que no resulta sorprendente la rápida caída de la dinastía manchú en 1911. La creación de la Tung Meng Jui (Liga Jurada) en la Conferencia de Tokio en 1905, con objetivos nacionalistas, agrarios y democráticos, fue el antecedente organizativo más importante para la creación de la moderna china. Los grupos secretos revolucionarios, la descomposición del régimen manchú y el fermento popular se combinaron para iniciar en Uchang una rebelión militar el 10 de octubre de 1911, misma que se extendió rápidamente, por imitación, a multitud de centros urbanos y guarniciones militares en el campo. Sun Yat Sen, dirigente de la Liga se encontraba fuera del país y regresó

ser elegido Presidente de la flamante República el 1 de enero de 1912 (31). Los objetivos de la Liga parecían llamados a cumplirse, pero la maquinaria burocrática y militar del Imperio se encontraba intacta y la fuerza de las masas trabajadoras era informe y desorganizada. La revolución democrática china correría la misma suerte que las otras revoluciones de esta primera gran oleada: caería abatida bajo la fuerza de la contrarrevolución. Sólo que en China se trató de un virtual golpe de estado en febrero de 1912, encabezado por Yuan Shi Kai, jefe de gobierno del régimen manchú en el momento de la revolución y jefe de una de las camarillas militares que dominaban China. Sun dirigió la fusión de la Liga con cuatro pequeños grupos políticos en ese mismo año y adoptaron el nombre de Kuomintang o Partido Nacional Popular (32), preparándose para posteriores combates por los "tres principios".

Finalmente, en la lejana América los socialistas veían también la confirmación de la existencia de bases humanas para la consecución de su consigna antibelicista. En el mismo tiempo de la lucha de las revoluciones en el este de Europa, en México se desarrollaba una revolución democrático-burguesa. Durante los meses finales de 1910 y a principios de 1911 los ejércitos maderistas deponían una dictadura y proclamaban la democracia. Sin embargo, también este movimiento se enfrentaría a la contrarrevolución. Inicialmente una escisión en su interior por el cumplimiento del punto programático agrario mantendría la

movilización campesina, posteriormente, la debilidad de los dirigentes maderistas, al negarse a cumplir ante su propia base revolucionaria, los aisló y facilitó el avance de la reacción al poder mediante el golpe de estado de 1913. El movimiento revolucionario habría de continuar hasta 1917, en que la fracción burguesa de las fuerzas revolucionarias se hizo del poder y, con intermitentes rebeliones, asonadas y asesinatos, consolidó su poder en 1920. Fue este movimiento revolucionario el más largo de los que iniciaron el siglo de la revolución, pero también el que manifestó la más profunda crisis de dirección política y de incumplimiento del programa revolucionario enarbolado por las masas trabajadoras.

En estos movimientos, todos por objetivos democráticos, se basaban las expectativas de los socialistas. Habían demostrado que las condiciones estaban maduras para la revolución.

La Primera Guerra Mundial.

Cuando los Imperios Centrales declararon la guerra, Austria-Hungría a Servia el 28 de julio y Alemania a Rusia el 1 de agosto de 1914, desencadenando la serie de ultimátums y declaraciones de guerra cruzadas entre Servia y los miembros de la Triple Entente contra los Centrales, se presentó en el terreno real el tema tan discutido por los socialistas en sus Congresos de Stuttgart (1907), Copenhague (1910) y Basilea (1912). Ya no se trataba de guerras aisladas sino de una lucha generalizada que involucraba a las grandes potencias. Era el momento de unir las palabras a los hechos. La posición de principios de la lucha socialista contra la guerra estaba a prueba. El Congreso de Basilea ratificó los acuerdos sobre la guerra adoptados en Stuttgart, cuya resolución decía: "Si existe la amenaza de que estalle una guerra, es deber de la clase obrera en los países implicados, y deber de sus representantes parlamentarios, con la ayuda del Comité Internacional como órgano activo de coordinación, hacer todos los esfuerzos posibles para impedir la guerra por todos los medios que le parezcan más apropiados, medios que varían naturalmente según la intensidad de la lucha de clases y la situación política en general.

"Si a pesar de todo estallara la guerra, su deber es intervenir para que ésta toque a su fin lo antes posible, y utilizar con todas sus fuerzas la crisis económica y política creada por la guerra para levantar a las capas

más profundas del pueblo y precipitar la caída de la dominación capitalista." Este último párrafo fue incluido a petición de Lenin (33). Al leer el manifiesto, Lenin comentó a Zinoviev: "Nos han firmado un gran pagaré; veremos cómo lo cancelan." (34) "Este pagaré venció en julio de 1914 con el ultimátum austrohúngaro a Serbia. Los partidos de la Segunda Internacional trataron de enfrentar esta grave crisis llevando adelante el primer mandato de la resolución (...) " (35). Se convocó a una sesión de emergencia del Comité Internacional en Bruselas el 29 de julio y éste organizó manifestaciones contra la guerra en Alemania, Austria, Italia, Francia y Bélgica. En Alemania los socialdemócratas organizaban mítines multitudinarios por la paz el 11 de agosto. El día anterior había sido asesinado Jean Jaurès, líder del Partido Socialista Francés, por un chovinista. En el Manifiesto de Basilea se reconocía el carácter imperialista de la guerra y los socialistas presionaron a sus respectivos gobiernos para que no iniciaran las hostilidades. Fue inútil, pues las declaraciones políticas son insuficientes para detener el interés de las burguesías. La guerra se iniciaba y era necesario hacer válida la segunda parte de la resolución: levantar a las masas para destruir el régimen capitalista. Los gobiernos de las potencias decretaron la movilización general y la unidad de la Segunda Internacional se hizo añicos, más bien dicho, tres pedazos. Estalló la crisis en el movimiento socialista, la única fuerza que se oponía

organizada y sistemáticamente al imperialismo. La mayoría de los partidos se inclinó por "la defensa de la patria", constituyendo, de hecho, una fuerza aliada al imperialismo, tal como se demostraría a lo largo de su trayectoria posterior y, especialmente, ante el problema de la revolución: era la derecha de la Internacional. Al contrario de esta posición, pero en franca minoría, se encontraban los defensores de la línea aprobada por los congresos de la Internacional, encabezados por Lenin y los bolcheviques, impulsaban la necesidad de convertir la guerra imperialista en guerra civil: era el ala izquierda. Una parte de los partidos y de los dirigentes socialistas oscilaba entre estas posiciones, pretendiendo la defensa de la unidad del socialismo y reconociendo de palabra la traición a los principios por parte del ala derecha: constituía el centro de la Segunda Internacional, encabezado por Karl Kautsky.

Los diputados socialdemócratas al Reichstag votaron, el 4 de agosto de 1914, a favor de los créditos de guerra. 14 de 110 de estos diputados se opusieron en la reunión de fracción parlamentaria previa a la sesión del órgano legislativo, pero Haase, líder de los centristas, leyó una declaración en la que aceptaban el "horrible" hecho y se disciplinaban a la mayoría. Sólo Karl Liebknecht, dirigente del ala izquierda de la socialdemocracia alemana, valientemente intervino en los debates del Reichstag para condenar la guerra, consecuente con las resoluciones de la

Internacional Socialista. En Bélgica, el presidente del Comité de la Internacional, Emilio Vandervelde, no sólo dirigió el apoyo de su partido al gobierno monárquico, sino que se integró al gabinete como ministro de guerra!. En Francia fue proclamada la "unión sagrada" de todos los partidos en "defensa de la patria", con la activa participación de los socialistas y de los sindicalistas. En Inglaterra, luego de los mítines contra la guerra el 1 y 2 de agosto, los laboristas y los sindicatos apoyaron al gobierno en su guerra, excepto los laboristas independientes y una tendencia pacifista del Partido Laborista encabezada por Ramsay MacDonald. En Austria sucedió lo mismo. (36)

La guerra dividió a las tendencias del socialismo internacional en su sentido histórico. La minoría internacionalista mantuvo sus contactos y, en septiembre de 1915, logró reunirse en la Conferencia de Zimmerwald, histórica reunión de 42 delegados que mantendría viva la lucha por la organización mundial del proletariado revolucionario. A lo largo de la guerra esta tendencia multiplicaría sus fuerzas en la medida que la práctica demostraba a las fuerzas proletarias el camino correcto de la revolución, porque parece olvidarse en este resumen que la mayoría de la Internacional lo era no sólo por el número de los delegados, sino por la cantidad de obreros que dirigía.

Por su parte, las potencias, divididas mucho antes que los revolucionarios, mantuvieron sus posiciones belicistas.

Si al principio del conflicto la táctica alemana dictó las pautas de la guerra, una vez que se encontró con fuerzas superiores a las calculadas fue incapaz de avanzar más, a la vez que sus oponentes resistían pero eran incapaces de avanzar. La guerra de trincheras y las tácticas de ataque frontal estancaron el conflicto a costa de millones de vidas humanas. Aunque las vicisitudes de la guerra permitieron a los aliados tomar la iniciativa, fueron dos factores, digamos externos a los rivales, los que inclinaron la balanza definitivamente. Uno, el más importante, la revolución rusa y, dos, la entrada de los Estados Unidos al conflicto, curiosamente, opuestos entre sí, pero operados en el mismo bando bélico: la Entente.

La crisis del capitalismo.

El proceso de desarrollo de las potencias capitalistas entró en una fase sumamente contradictoria en su auge. Lenin la describió como la última. El mundo, por fin, quedó involucrado en un proceso de producción histórico mundial. Pobreza y riqueza extremas se presentaron, los monopolios alcanzaron a controlar las políticas gubernamentales y dictaron los destinos de pueblos enteros. La clase dominante de Inglaterra lo era también de la India, de Sudáfrica y de China, asociada con las clases dominantes de las otras potencias.

La producción industrial, gracias a la introducción continua de nuevas técnicas, alcanzaba niveles masivos de mercancías, pero las masas no alcanzaban a consumirlos

sumidas en las condiciones de miseria a que las condena la esclavitud asalariada. La prosperidad sonriente que los capitalistas veían en sus cuentas bancarias y en las innovaciones incesantes de la vida moderna, debidas al mercado mundial y al descubrimiento y explotación de infinidad de fuentes de materias primas por todo el orbe y, sobre todo, al trabajo de millones de hombres de todas las nacionalidades y credos, estaba cercada por la miseria de esa misma población creadora de la riqueza. La prosperidad caminaba al colapso.

En cada potencia capitalista se veían, en su incesante crecimiento, limitadas las posibilidades de continuarlo, era menester encontrar en el mundo nuevas fuentes de riquezas, y si éstas ya estaban descubiertas y, peor todavía, ya tenían propietarios, había que encontrar la manera de "transferir" esa propiedad: compra-venta, arrendamiento, asociación o, simplemente, crimen y despojo. Pero ya no se trataba de despojar a los aborígenes primitivos, salvajes e infieles; ahora eran competidores iguales, religiosos y civilizados. No sólo en los confines lejanos del Asia o Africa, sino en la propia Europa. La competencia, la sagrada igualdad de competir, llevó a un callejón: la ventaja de las armas. El método civilizado de occidente: la guerra.

Pero de este método "civilizado", llevado a su más alta expresión en el conflicto europeo denominado la Primera Guerra Mundial, la burguesía no obtuvo los resultados esperados, sino entre otros muchos y dramáticos,

tres centrales: 1) Se profundizó la competencia imperialista, ahora agravada por las inicuas condiciones de paz y el revanchismo derivado de ellas; 2) La revolución volvió a estremecer las sociedades nacionales y, ahora, en las condiciones del imperialismo, al mundo entero, y; 3) El capitalismo entró en una crisis general por permanente y estructural: el socialismo se organizó como una potencia, nacional y mundialmente.

Es evidente: "Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas. Y se abre así una época de revolución social. Al cambiar la base económica, se revoluciona, más o menos rápidamente, toda la inmensa superestructura erigida sobre ella." (37)

El capitalismo vive una época de revolución social desde la Primera Guerra. Como fenómeno histórico universal, alcanza todas las esferas de nuestra vida. Historia y Relaciones Internacionales son componentes idénticos en nuestra época. El análisis de las relaciones entre los pueblos, bajo los diferentes organismos que usen o, incluso, mediante los individuos, es un campo de la Ciencia Política en pleno desarrollo, en el cual la

imaginación y el rigor aportan luz sobre su ensombrecido despliegue. La dialéctica entre la revolución y la restauración en el mundo del siglo XX es una sugerente fuente de explicaciones a los fenómenos actuales del complejo interrelacional de los pueblos.

Hasta aquí, de manera más o menos detenida, hemos desplegado el fondo histórico, el entramado, en el que se basa la construcción de las explicaciones que en adelante presentaremos, las raíces de las conductas de los protagonistas que ya hemos presentado en esta sección del trabajo. Su comprensión es, pues, básica para inteligir las elaboraciones políticas que dan cuenta de una serie de fenómenos históricos, integrados en una trama dialéctica continua: la lucha de los pueblos por construir con sus propias cabezas y manos sus destinos, la lucha de los pueblos por su autodeterminación. Dicho esto sin demagogia, sino como una variable independiente en el análisis que intentamos, análisis opuesto a las explicaciones en boga que, interesadamente, pretenden la existencia de fuerzas externas a los pueblos, de fuerzas supuestamente responsables, por sus recursos y habilidades, de todo el acontecer histórico de nuestra contemporaneidad.

CAPITULO 3. LA REVOLUCION DE OCTUBRE Y EL FRENTE IMPERIALISTA.

Introducción.

Es común estudiar el fenómeno revolucionario como una totalidad en su dimensión nacional. Incluso se habla de sus condicionantes internos y externos. No es la excepción el análisis de los procesos ocurridos en el presente siglo. En forma contraria, la realidad se presenta como una totalidad mundial, en tanto el capitalismo es un fenómeno histórico mundial. En efecto, desde la constitución del mercado mundial, las relaciones entre los pueblos alcanzaron una imbricación tal que el ulterior desarrollo de los pueblos se basó en esa condición internacional: "Toda la organización interior de los pueblos, todas sus relaciones internacionales, ¿son acaso otra cosa que la expresión de cierta división del trabajo?, ¿no deben cambiar con los cambios de la división del trabajo?"(38). De este modo, las modificaciones de la estructura de cualquier pueblo o nación, desde entonces, tienen un innegable efecto en la situación mundial. Mas aún, como lo afirmamos líneas antes, el curso de la historia del siglo XIX demuestra la presencia de "oleadas revolucionarias" por la instauración de la democracia burguesa. Lenin ya había observado este fenómeno, señalando que existió una época de la revolución burguesa (39). En rigor, en la teoría marxista este planteamiento del carácter mundial de la revolución es un postulado central, ligado al carácter internacional

de las clases sociales fundamentales del capitalismo, derivado de la transformación de la historia en historia universal (40). Es necesario destacar que el proceso de transformación, más bien, de "derrocamiento del orden existente", es desigual y abarca un período más o menos largo de choques entre las clases, es decir, la revolución mundial se presenta durante toda una época (41). Por tanto, el terreno de análisis de las revoluciones, pertinente en el campo de las relaciones internacionales, es el de la concatenación y mutua influencia de las variadas luchas nacionales por el derrocamiento del orden existente. Desde luego, se trata de observarlas en su interrelación dialéctica, de la contradicción entre lo "nacional" y lo mundial. Mejor dicho, de la situación mundial a su expresión concentrada nacionalmente.

La guerra es el motor más potente de la historia, decía Lenin, refiriéndose a las transformaciones que implicaba ese crimen contra los pueblos, conocido como la I Guerra Mundial, cuyo curso iba desarrollando hasta el extremo las contradicciones sociales. Frente al conflicto interimperialista, la II Internacional se dividió. Consecuentes con su posición antimperialista, los diputados bolcheviques ante la IV Duma de Estado, votaron en contra de los créditos de guerra en julio (agosto); la respuesta de la autocracia, en noviembre, fue rotunda: fueron detenidos y acusados de alta traición. Esto no sucedió a los socialdemócratas alemanes y, menos, a los franceses y

belgas que integraron los gabinetes de guerra, a quienes Lenin llamó socialchovinistas. La burguesía europea premió a los socialistas que traicionaron el Manifiesto de Basilea. Había logrado un gran triunfo que prepararía el terreno para otras victorias posteriores, más importantes: salvarían el régimen. Ese motor potentísimo aceleraría el desarrollo de la historia: generaría una nueva concentración del poder mundial, trasladando la hegemonía imperialista a un sólo polo, el anglosajón. También abriría el camino de la nueva época revolucionaria, la época de la revolución socialista.

El eslabón más débil de la cadena imperialista. El periódico *Excelsior* del 9 de noviembre de 1917, como muchos otros diarios del mundo, informaba, en un ambiente de descenso revolucionario en México (42) lo siguiente: "El nuevo gobierno de Rusia pactará la Paz. Kerensky depuesto por el grupo radical. Los 'maximalistas' para efectuar el movimiento contaron con el apoyo de las fuerzas de guarnición en Petrogrado. No hubo derramamiento de sangre. El nuevo gobierno se propone entablar inmediatamente negociaciones de paz con los Imperios Centrales. Se reunirá desde luego una Asamblea Constituyente." (43). El cable noticioso era remitido por la agencia Prensa Asociada, que destacaba el interés imperialista: Rusia abandonaba a los aliados. La misma noticia decía que Skobeleff era la primera figura del gobierno, porque formaba parte del Comité Ejecutivo del Soviet de Diputados Obreros y Soldados

de Petrogrado; en realidad, el dirigente menchevique se había retirado del Congreso de soviets, pero la confusión que expresaba la nota era una proyección de los deseos de los círculos imperialistas de que el control del gobierno siguiera en manos de los dirigentes que se habían sometido a los designios de la burguesía rusa. A esta inicial confusión, las noticias fueron corrigiendo la información e indicaron, el día 11, que el nuevo gobierno, nombrado por el Congreso de los Consejos de Obreros y Soldados, "lo integran exclusivamente miembros del grupo de Bolshevikis" y, ¡horror! "el presidente es el conocido agitador socialista Nikolai Lenine" (44). Sorpresa y pesar reflejaban estas notas ¿Cómo habían llegado los "maximalistas" al poder? ¿Constituían una amenaza para los demás gobiernos "civilizados"? Eran preguntas sin respuesta en México y en el resto del mundo, más bien, con respuestas falsas. Los gobiernos burgueses dejaron caer inmediatamente una ola de calumnias contra el joven poder proletario, preludio de su posterior intervención en defensa de la "civilización". En efecto, el mismo diario mexicano de fecha 10 de noviembre decía, como miembro de Prensa Asociada: "El golpe de Estado en Rusia es obra de Alemania. Esa es la opinión en Londres, donde se cree el triunfo de los maximalistas pasajero. Varios periódicos de la capital inglesa atacan a Kerensky tachándolo de debilidad" (sic).

A esas preguntas podríamos responder con sumarias afirmaciones de Lenin. En 1907 escribió: "Si a finales de

1905, siguiendo al partido de varios miles de luchadores conscientes de vanguardia de la clase obrera, se levantó un millón de proletarios, ahora, nuestro partido, que cuenta con decenas de miles de socialdemócratas fogueados en la revolución y vinculados durante la propia lucha más estrechamente con las masas obreras, llevará tras de sí a una decena de millones y vencerá al enemigo." (45). Lenin ya veía, apenas derrotada la primera insurrección proletaria, la respuesta al problema central de la revolución, el problema del poder: concentrar a la mayoría de la clase revolucionaria, ganarla para la causa comunista. Línea política desarrollada consecuentemente por los bolcheviques desde ese momento hasta las jornadas de 1917, como veremos más adelante.

En cuanto a la segunda cuestión, era claro para la burguesía que el poder obrero de Rusia se alzaba como la más formidable amenaza contra el poder del capital. Ya no era una cuestión de doctrina, sino una realidad actuante y ¡en qué país! Antes de la I Guerra, en 1899, Rusia era vista de la siguiente manera por un gerente e ideólogo del capital financiero yanqui, Charles A. Conant: "Otros diez años de desarrollo económico, como los que ha presenciado Rusia en los diez que acaban de transcurrir, la harán enormemente más fuerte de lo que es ahora: treinta años la harán virtualmente irresistible. Con un gobierno controlado por el propósito único de promover el desarrollo nacional, con el mejor conocimiento económico de todos los pueblos

bajo su dominio, con recursos naturales casi ilimitados y con un equipamiento de su planta productiva y el suficiente capital ahorrado para permitirle un progreso constantemente acelerado, Rusia promete volverse en una generación más en el gran competidor de la raza anglosajona por la supremacía comercial y militar del mundo." (46) Esta era la versión de un agente de los magnates, un apologista del "big bussines" y, por tanto, esta previsión estaba planteada en los términos de la política imperialista, pero para los capitalistas era claro como el día que el poder proletario, el poder que Marx había anunciado como el "enterrador" del capital, estaba asentado en una potencia, quizá mucho más claro que para los obreros del mundo. En consecuencia, el triunfo de la revolución representaba un viraje enorme en la historia universal. No iba a ser tolerado.

Lenin, por su parte, escribía en 1916, en El programa militar de la revolución proletaria: "El desarrollo del capitalismo sigue un curso extraordinariamente desigual en los diversos países. No puede ser de otro modo bajo la producción mercantil. De aquí la conclusión indiscutible de que el socialismo no puede triunfar simultáneamente en todos los países. Triunfará primero en uno o en varios países, mientras los demás seguirán siendo, durante algún tiempo, burgueses o preburgueses. Esto no sólo provocará rozamientos, sino incluso el intento directo de la burguesía de los demás países de aplastar al proletariado triunfante del Estado socialista. En tales

casos, la guerra sería, de nuestra parte, una guerra legítima y justa. Sería una guerra por el socialismo, por liberar a otros pueblos de la burguesía." (47) Los bolcheviques eran conscientes del enorme papel que les tocaba jugar en el curso de la historia: encarnarían el esfuerzo por hacerla verdaderamente universal en términos de Marx y Engels (48). En 1919, en medio de la guerra civil y la intervención extranjera, Lenin subrayaba que "la revolución socialista no será sólo, ni principalmente, una lucha de los proletarios revolucionarios en cada país contra su burguesía; no, será una lucha de todas las colonias y todos los países oprimidos por el imperialismo, de todos los países dependientes contra el imperialismo internacional". (49) Este viraje de la historia fue consecuencia de circunstancias muy especiales generadas por la lucha de clases a nivel mundial.

La guerra había sido preparada pacientemente por las potencias imperialistas. Propiamente dicho, las potencias se entregaron a la dinámica de la acumulación capitalista. Aunque su pretensión era "dominar el mundo", realmente eran dominadas por la lógica del desarrollo del capitalismo mundial. Entre 1878 y 1914 alcanzaron la máxima expansión posible, maduró el imperialismo. Rusia, enorme potencia de la época, árbitro de los Balcanes, era, realmente, un socio menor del capital anglofrancés. Era la mayor, pero la más atrasada de las potencias beligerantes, por ende, la más débil.

Para cumplir sus compromisos imperialistas y satisfacer sus propios proyectos, el gobierno de Nicolás II se empeñó en una guerra que de antemano estaba perdida para el Imperio. No obstante, el alto mando del ejército zarista, dirigido por el general Suchomlinov, "general derrota", intentó lo mismo que los otros jefes de ejército beligerantes: tomar la iniciativa. Sorpresa: logró avanzar en los primeros meses contra los austrohúngaros. Pero, en la primavera de 1915 los alemanes derrotaron a sus fuerzas de avanzada y los hicieron retroceder. El mismo emperador tomó la dirección del ejército, conduciéndolo tan expertamente como dirigía los progromos: enviando a la muerte a miles de soldados rusos. Sólo la técnica de trincheras y de cargas masivas, así como la abnegación de los rusos, impidieron que los alemanes derrotaran al ejército del "ladrón coronado", equilibrándose el frente de batalla. No obstante, la guerra llevó al colapso a la economía rusa, haciendo crisis en los transportes y el suministro de pertrechos y alimentos para el frente y, también, para la población civil. La economía rusa era incapaz de soportar el esfuerzo bélico y, pese al endeudamiento con los capitalistas franceses y británicos, para 1916 se había fraccionado en regiones aisladas. El curso que seguía el zarismo era el del desastre. La indignación popular crecía ante la incapacidad de las terribles autoridades para resolver el problema básico: la alimentación. Por el contrario, la burguesía, subalterna

en el poder monárquico, avanzó a pasos agigantados en su cuota de poder, dado que el esfuerzo bélico dependía esencialmente de la industria y se enriquecía con el conflicto, es decir, con la muerte de miles de personas, y con la especulación comercial y financiera (50).

Situación revolucionaria.

Las masas rusas empezaron a manifestar su enorme descontento. En el frente, los soldados se negaban a combatir, mientras los campesinos empezaban a reclamar las tierras y, en las ciudades, la población se agitaba exigiendo solución al problema básico de la alimentación, encabezada por el proletariado revolucionario. La consigna "paz, pan y libertad" empezó a inundar las calles de la capital rusa. El gobierno zarista sólo tenía una respuesta a las demandas populares: la represión. Para 1916 las huelgas obreras habían recuperado la magnitud del periodo de 1905: un millón de obreros en lucha (51). Como en 1905 sus reivindicaciones económicas entroncaban directamente con las demandas de carácter político; pronto prendió una central: ¡abajo la autocracia! Por su parte, la burguesía, que había experimentado un importante crecimiento en su organización y control de aparatos políticos, bajo la sombra del zarismo, criticaba abiertamente al gobierno. Este estaba controlado por las camarillas reaccionarias de la nobleza terrateniente, encabezadas por la zarina, cuya relación con Rasputín evidenciaba el alto grado de descomposición de la clase dominante, de la criminal clase

dominante, como la lloraba Lenin, al punto de decidir la composición del gabinete por las revelaciones, en fin por el cretinismo religioso de que hacía gala. En fin, el gobierno zarista estaba entrecruzado por las intrigas en plena descomposición: era absolutista, pero también ya absolutamente incapaz de gobernar. La monarquía estaba en plena bancarrota.

Así, es perfectamente lógico que se diera el "milagro" de que la sanguinaria dictadura de la nobleza fuese derrocada en sólo ocho días!. Entre el 23 de febrero y el 2 de marzo de 1917 (7-15 de marzo según el calendario actual) condiciones excepcionales se combinaron para dar ese resultado. Todas las fuerzas políticas de Rusia se aliaron para dar un empujón al agonizante zarismo y derrumbarlo prácticamente sin resistencia (52). Uno de los gobiernos más agresivos del planeta era derrocado fácilmente. La fuerza motriz de esa hazaña, de ese giro dramático de la historia, había sido el proletariado ruso. La única clase consecuentemente revolucionaria, como habría de confirmarlo el ulterior curso de los acontecimientos. Mientras Boffa sostiene que los obreros más decididos, habitantes del barrio de Vyborg y autores de las iniciativas centrales que condujeron al derrocamiento de la autocracia, eran bolcheviques, otros autores sostienen que este partido nada tuvo que ver en el desarrollo y desenlace provisional de estos acontecimientos, ya que siendo una minoría insignificante apenas eran conocidos por

la población (53). Empero, los bolcheviques constituirían el partido más decidido y se encontraban entre los núcleos obreros de vanguardia, aquéllos que conducirían, como en 1905, la suerte de la insurrección. A la vez, sin la defección del ejército hubiera sido imposible la insurrección y, precisamente, la acción represiva de la autocracia de enrolar en el ejército a los obreros más rebeldes, destacadamente los bolcheviques y sus simpatizantes, había dado la posibilidad a estos de crear en el puntal del poder del Estado comités revolucionarios. Así, la reconstitución del Soviet de la capital y la creación del Comité Militar del mismo dieron al proletariado revolucionario las claves del poder político: la famosa "Ordenanza N° 1" del Comité pasó, de un golpe, el control del ejército al organismo de poder del proletariado. Originalmente planeada esa orden para asegurarse el mando de la guarnición de la capital fue espontáneamente seguida en todo el país y, sobre todo, en el frente de guerra. Así actuaba la masa revolucionaria: por su propia iniciativa procedió a nulificar los centros de poder del odiado régimen, desarmó, detuvo y dispersó a la policía, tan temida apenas un día antes del 27 de febrero; interceptó y absorbió a las tropas enviadas a reprimirle; creó su propio órgano de poder, de manera natural, y comenzó a detener a los prisioneros del gobierno autocrático. Si el zar hubiera estado en la capital, rápidamente hubiera sido detenido.

Rosa

Luxemburgo,

emocionada ante el espectáculo de la creación revolucionaria de las masas, comparaba este proceso con las jornadas revolucionarias de 1789-1793, destacando que el pueblo revolucionario de Rusia realizaba en días las tareas para las cuales los franceses habían requerido de años (54). Es que las conquistas de las clases revolucionarias de una determinada época son el punto de partida, en la siguiente época revolucionaria, para nuevas y superiores conquistas.

El doble poder.

El proletariado revolucionario, encabezando a las capas empobrecidas de la sociedad, había creado su propio poder, del cual no era plenamente conciente y esperaba las directrices de las organizaciones revolucionarias. Todos los partidos de la democracia revolucionaria, tanto los eseristas (Partido Socialrevolucionario) como las dos alas del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (bolcheviques y mencheviques), estaban de acuerdo en constituir el régimen democrático y, como la masa, no velan su propio poder, pretendiendo entregar la dirección de la sociedad a la burguesía, incluso a fuerza. Sólo los bolcheviques, más precisamente Lenin, asumían decididamente que el futuro de la revolución estaba en las manos del proletariado y no de la burguesía. Efectivamente, los dirigentes de la burguesía, los jefes de los cadetes y de los octubristas, aspiraban, por el contrario, a restaurar la monarquía, mediante la fórmula de la abdicación. Imposible: la fuerza

revolucionaria de la clase obrera organizada en el Soviet exigía la república. Los dirigentes mencheviques y eseristas del Soviet le rogaron a la burguesía que tomara el poder y, pese a las reticencias, Rodziánko, Guchkov y Miliukov, dirigentes burgueses, aceptaron integrar el primer Gobierno Provisional. No obstante, lo integraron recibiendo del zar la abdicación en un gesto legitimista: recibieron un poder inexistente. El 2 de marzo, un día antes, habían llegado a un acuerdo los dirigentes del Comité Ejecutivo del Soviet y los del Comité de la Duma, es decir entre mencheviques y eseristas, por un lado, y cadetes y octubristas, por otro, mediante el cual se integraría el gobierno provisional, incluyendo a Alejandro Kerensky, "socialista" dirigente del Soviet, es decir, la burguesía recibía el verdadero poder. Sin embargo, era un préstamo de poder, pues sin la aprobación del Soviet nada podían hacer los ministros burgueses. Había surgido el PODER DUAL. En sus Cartas desde Lejos, Lenin planteaba el carácter estrictamente temporal de tal situación y el inevitable desenlace de esa situación mediante la supresión violenta de uno de los dos polos gubernamentales (55). Los bolcheviques se preparaban para hacer que esa contradicción se resolviera: ¡todo el poder a los soviets!

A pesar de la propia burguesía rusa, el proletariado revolucionario había cumplido las tareas de la revolución democrática burguesa. El propósito de restauración de la monarquía no había sido abandonado por completo, aunque

pasase a un segundo término. Para el gobierno provisional lo central estaba en restablecer el orden , continuar el proyecto de la Rusia imperialista. Este programa chocaba frontalmente con las aspiraciones de las clases oprimidas. Estas ya habían señalado su "programa", sintetizado en la consigna "paz, pan y libertad". El gobierno provisional no quería ni podía conceder ninguna de esas demandas. Los propios trabajadores habían impuesto la libertad, ellos mismos alcanzarían las otras demandas. La satisfacción del hambre popular pasaba, en primer lugar, por la expropiación agraria de los grandes terratenientes y por las mejoras sustanciales de las condiciones de vida del proletariado industrial y agrícola. El gobierno provisional, a petición de los dirigentes mencheviques y socialrevolucionarios, enfrentaría tareas políticas y dejaría las modificaciones al régimen social a una Asamblea Constituyente, misma que era sucesivamente pospuesta. En realidad el gobierno de la burguesía y de los terratenientes no tenía la menor intención de satisfacer las demandas populares. La paz era impostergable por el sufrimiento del pueblo y, por tanto, exigida en todos los tonos, en primer lugar por los soldados. La contradicción entre el gobierno provisional y el programa popular sólo podía ser resuelta mediante el derrocamiento de aquél.

El poder soviético.

En abril regresaron al país los revolucionarios exiliados. Lenin inmediatamente propuso al partido pasar a

la ofensiva. Las tesis de abril (56) establecían los puntos programáticos que resolverían el futuro de la revolución y asegurarían la transición al socialismo. El poder debería pasar a los soviets, pasando a segundo plano la constituyente; había que expropiar todos los bancos e industrias, lo mismo que nacionalizar la tierra y lograr una paz sin condiciones ni anexiones, una paz democrática sobre la base del derecho de autodeterminación de los pueblos. Para tal programa, el proletariado debería lograr una estrecha alianza con el campesinado, bajo hegemonía obrera, arrastrando tras de sí a las masas empobrecidas y, mediante el poder de los soviets, instaurar la dictadura del proletariado. La mayoría del Comité Central bolchevique no estaba de acuerdo, creía aún en la necesidad de la dirección burguesa. Finalmente Lenin, con su inmensa autoridad y poder persuasivo, se impuso. La vanguardia revolucionaria iniciaba su trabajo sistemático y certero. La propaganda bolchevique pronto empezó a dar sus frutos y el problema central del poder empezaba a resolverse. La bolchevización de los soviets de obreros y soldados estaba en curso.

El "gobierno provisional", preso de los compromisos imperialistas, preso de la política burguesa se alejaba más y más de la fuente de su poder: los soviets. En primer lugar, Miliukov, Ministro del Exterior, se había visto obligado a comunicar a sus aliados y socios mayores, los gobiernos burgueses de Francia e Inglaterra, la seguridad de

la continua participación de Rusia en la guerra y en el cumplimiento de los tratados rapaces concertados por el zarismo. Contradicción absoluta con el llamamiento del Soviet de Petrogrado a los pueblos de todo el mundo para que se rebelasen contra los gobiernos burgueses y acabasen, en un esfuerzo común, con la guerra imperialista. Miliukov fue forzado a reconocer abiertamente la decisión del gobierno en esta materia y fue eliminado de su cargo. Pese a esto, los "provisionales" decidieron continuar con el esfuerzo bélico y, a fines de junio, con la aprobación del nuevo gabinete, se lanzó la última ofensiva del ejército ruso. La ofensiva Kerensky (ministro de guerra) fue un fracaso y generó la caída de ese gabinete y el exacerbamiento de la lucha revolucionaria. En julio, el proletariado de Petrogrado se insurreccionó, en un movimiento más espontáneo que organizado, fracasando la tentativa. Los bolcheviques pasaron a la clandestinidad, perseguidos por el gobierno de Kerensky, ahora integrado por "socialistas" solamente, tanto mencheviques como eseristas. Esta aparente victoria envalentonó a las clases reaccionarias, planeándose un golpe de estado para aplastar a los soviets y destruir al partido bolchevique, especialmente, de tal manera que la burguesía pudiera tener manos libres para desarrollar su criminal política imperialista. Laurus Kornilov, gris e inepto militar, fue reconocido como el hombre fuerte de la burguesía, el hombre de la restauración. Esta conspiración, ejecutada en agosto, de

la cual fue cómplice encubridor Kerensky, constituyó el último esfuerzo restaurador: simplemente las tropas que deberían realizar las acciones de fuerza del golpe se pasaron a las órdenes del soviét después del primer contacto con los guardias rojos. Los erróneos cálculos políticos de la reacción, su obstinada política imperialista y la resistencia revolucionaria del proletariado condujeron al fracaso al gobierno provisional. La provisionalidad del mismo se debió a su carácter de poder agónico de la burguesía.

Los bolcheviques acrecentaron su prestigio tras el fracaso de la reacción y obtuvieron mayoría en los soviets de las ciudades industriales. La vanguardia del proletariado alcanzaba la dirección formal y real de la revolución. Nuevas y heroicas jornadas se abrían así. Lenin consideró llegado el momento propicio para el paso del poder a los soviets y planteó la insurrección al CC del POSDR (b). Este adoptó la decisión el 10 de octubre (del viejo calendario), pero fue hasta el día 16 que se adoptó en forma definitiva, integrándose un "centro" dirigente de la insurrección que la coordinaría con el comité militar revolucionario del soviét de Petrogrado (dirigido por los bolcheviques) y cumpliría la tarea de su planeación y ejecución. En un trabajo brillante de organización militar y política, dirigido por Svérdlov, los bolcheviques prepararon en 9 días la acción de masas más importante de la historia hasta nuestros días. De esta manera,

la

mañana del 25 de octubre los obreros armados y los soldados revolucionarios pasaron a la ofensiva y en un solo día, prácticamente sin derramar sangre, controlaron todos los puntos estratégicos de la capital rusa, procediendo, en las acciones, a detener al gobierno provisional, cuyo primer ministro, Kerensky, huyó. El soviét anunció al país, en un boletín escrito por Lenin, lo siguiente: " ¡A los ciudadanos de Rusia! El gobierno provisional ha sido depuesto. El poder estatal ha pasado a manos del órgano del soviét de los diputados obreros y soldados de Petrogrado, el comité militar revolucionario, que está a la cabeza del proletariado y de la guarnición de Petrogrado. La causa por la que el pueblo ha luchado, la inmediata propuesta de una paz democrática, la abolición de la gran propiedad rural, el control obrero de la producción, la creación de un gobierno soviético, esta causa está asegurada. ¡Viva la revolución de los obreros, de los soldados y de los campesinos!" (57).

Al anocheecer de esa jornada se reunió el Segundo Congreso Panruso de los Soviets de Obreros y Soldados, con la asistencia de 648 delegados: 338 bolcheviques, 98 socialrevolucionarios de izquierda, 88 socialrevolucionarios de derecha, 49 mencheviques internacionalistas (cercaños a los leninistas) y 36 mencheviques y 43 de organizaciones minoritarias (58). Inmediatamente se discutió el punto esencial: la cuestión del poder. Esta se estaba resolviendo de manera rotunda aún: uno de los presidentes del Congreso,

el bolchevique Antónov se encontraba dirigiendo el asalto al Palacio de Invierno. Los delegados mencheviques y socialrevolucionarios de derecha protestaron contra la decisión del soviet y abandonaron el Congreso. Pese a ello, esta instancia de organización aprobó, el 26, tres decretos: el de la paz, el de la expropiación sin indemnización de la gran propiedad terrateniente, que entregaba la tierra a las organizaciones campesinas, y el de la integración del gobierno, el Soviet de comisarios del pueblo. Había triunfado la revolución. Lenin, al tomar la palabra para leer el proyecto de decreto de la paz, dijo, según Reed (39): "¡Ha llegado el momento de emprender la construcción del orden socialista!". Sin embargo, este optimismo se vería enfrentado a duras lecciones aún: el enemigo apenas estaba herido en una pequeña parte de su dimensión mundial. Apenas se extendía la insurrección a Moscú y a otras ciudades y ya el "atamán" de los cosacos, general A.M. Kaledin, asumía el poder en la región del Don mientras se restablecía el orden: la contrarrevolución rápidamente se organizaba.

En lo antes descrito vemos la respuesta a las preguntas que suscitaban las amañadas noticias sobre el triunfo bolchevique: ¡fue el triunfo de las masas oprimidas!

La reacción imperialista.

La audacia de los bolcheviques había llevado al proletariado al pináculo del poder. El joven gobierno obrero y campesino ganaba un país en bancarrota, con multitud de problemas. Todos muy urgentes, pero entre ellos reclamaba un lugar inmediato el que había hecho posible el triunfo de la revolución socialista: la paz. El pueblo desheredado había hecho su elección y al interior del vasto país empezaba a expandirse el gobierno de los soviets con suma rapidez. Los críticos reaccionarios suelen atribuir el triunfo de la revolución a la decadencia y podredumbre del régimen anterior, para señalar irónicamente que casi no requiere esfuerzo la victoria revolucionaria. Al contrario, puesto que, precisamente, de la descomposición generada por el régimen caduco debe obtenerse una superación de toda la sociedad, la obra constructiva del nuevo poder es tanto más trabajosa y difícil cuanto más profunda la herida putrefacta causada por el antiguo régimen. Peor todavía, cuando los restauradores se empeñan en recuperar su perdido control y, en caso de fracasar, se dedican a destruir aún más los recursos que les han sido arrebatados. Dramático había sido el giro histórico que el proletariado ruso, ahora soviético, había dado en la Europa imperialista; el parto de la nueva sociedad sería también muy dramático. Paz, pan y libertad demandaron las clases oprimidas y las clases opresoras sistemáticamente impidieron la satisfacción de

esas aspiraciones elementales, aún desde la oposición seguirían impidiéndolas, ahora con toda la fuerza del capitalismo mundial. El problema de la paz lo revelaría nitidamente.

La paz de Brest Litovsk.

Sometidas las fuerzas principales del anterior gobierno, el Sovnárkom (Sovet Narodnij Komissarov. Consejo de Comisarios del Pueblo) decidió ejecutar su plan de paz. Trotsky, Ministro de Asuntos Exteriores, envió un comunicado a los gobiernos de las potencias beligerantes con la proposición de una paz general sin anexiones ni reparaciones. A la vez, se hizo contacto con el alto mando alemán proponiendo un armisticio. Las potencias de la Entente, las "democracias occidentales", ni siquiera contestaron, empeñadas en sus objetivos imperialistas; el 15 de diciembre de 1917 (en adelante sólo anotaremos la fecha según el calendario gregoriano, adoptado en Rusia en febrero de 1918), ante los hechos, se concretó un armisticio entre Rusia y los imperios centrales en Brest Litovsk. Los dirigentes soviéticos contaban con la movilización de los trabajadores de los países beligerantes, quienes presionarían para lograr la paz, también anhelada por los explotados de esos países y, con ello, el eventual estallido de la revolución mundial. Esta esperanza determinó la posición soviética. El 22 de diciembre comienzan las negociaciones de paz entre Rusia y los imperios centrales. La delegación soviética,

encabezada por Ioffe, propone una paz general, sin anexiones ni reparaciones, basada en el derecho de las naciones a la autodeterminación, incluidas las colonias, es decir, propone, simplemente, la disolución del sistema imperialista. Evidentemente, Rusia, agotada por la guerra y la crisis económica, no estaba en condiciones de imponer semejante solución, pero la táctica de la nueva diplomacia soviética estaba dirigida a los pueblos y no a los políticos burgueses, era un mecanismo de agitación internacional por la revolución mundial. Las cartas ganadoras estaban en manos de los imperialistas, más exactamente, en las de los más agresivos y despiadados, el partido de los militaristas alemanes, cuyos dirigentes eran Luddendorf y Hindenburg.

En efecto, los interlocutores de los soviéticos no pensaban ni por un instante abandonar sus objetivos de guerra, pero hábiles políticos, con objeto de manejar la situación política de sus respectivos países, deteriorada por la larga y cruel guerra, en los cuales también se desarrollaban movimientos populares por la paz, maniobraron. Se unieron a la propuesta de una paz general sin anexiones ni reparaciones, pero ignorando la aplicación del derecho de autodeterminación en los territorios dominados por ellos, desde luego aplicable a los territorios del antiguo imperio ruso, a condición de que la Entente hiciera suyas las proposiciones. Se suspendieron las negociaciones entre el 29 de diciembre de 1917 y el 8 de enero de 1918, para que

se unieran a las mismas los representantes de las potencias de la Entente.

La propuesta soviética tenía un enorme peso. Ante los pueblos del mundo se manifestaba una potencia sin intenciones opresivas. La sola propuesta era, como el poder soviético de obreros y campesinos, una ruptura revolucionaria del orden mundial capitalista que, aunada a la publicación de los tratados secretos del zarismo, echaba por tierra toda la demagogia e hipocresía de los dirigentes burgueses. Las "democracias" imperialistas se vieron forzadas a manifestarse. Tanto David Lloyd George, en Inglaterra, como Woodrow Wilson, en Estados Unidos, justificaron su empeño en los objetivos de guerra que se habían trazado, utilizando el derecho de autodeterminación de los pueblos en la versión mutilada que les era propicia: se aplicaba a los territorios sometidos a sus enemigos.

Exactamente lo mismo que habían hecho los alemanes, pero Wilson lo disfrazaba aún más: quería un orden europeo "democrático", no monárquico. Por tanto, como Lloyd George, proponía una Sociedad de Naciones que se encargara de garantizar la seguridad de los diferentes pueblos del mundo, claro, en términos del orden que impusieran los vencedores del conflicto. A los imperialistas siempre les importó un comino la autodeterminación de los pueblos. Por ello, era indispensable, pensaban los bolcheviques, la revolución mundial, única garantía efectiva de que disponían los pueblos para hacer valer sus derechos.

Todas las potencias imperialistas estaban empeñadas en lograr sus mezquinos objetivos de guerra. Las "democracias" veían con pesar la situación rusa, cuya defección era considerada como una gran pérdida: sus inmensos recursos pasarían a las manos de los imperios, dando a éstos una nueva carta de triunfo. En el mismo sentido iban los razonamientos de los gobernantes de la Europa central. Reanudadas las negociaciones, a Alemania se le ofrecía la oportunidad de obtener dividendos económicos, territoriales y bélicos de la paz separada con Rusia. Se desharía de la preocupación del frente oriental, separaría de Rusia las naciones limítrofes, invocando su torcida "autodeterminación" y le impondría sanciones económicas para obtener recursos indispensables y continuar la guerra en el frente occidental. Los soviéticos, conscientes de la situación tan difícil en que se encontraban, del enorme riesgo para la revolución que significaba una eventual decisión alemana de destruirla mediante una guerra sin cuartel, decidieron, luego de una intensa discusión, seguir una táctica dilatoria en espera de la revolución mundial. Los alemanes, en cambio, plantearon un virtual ultimátum el 10 de enero: de ser necesario recurrirían a la fuerza para lograr la "autodeterminación" para territorios ocupados por ellos: Curlandia, Lituania y Polonia, además de la autonomía de Ucrania, bajo un acuerdo con el derrotado gobierno reaccionario de la Rada. La delegación soviética protestó y se retiró.

El imperialismo es un poder desnudo y despiadado. Con las cartas a su favor, los alemanes arrinconaron al joven Sovnarkom y plantearon una durísima prueba para el Partido Bolchevique. Tres tendencias se manifestaron al interior: la de Lenin, minoritaria y pragmática, que propugnaba el sacrificio, por el momento, firmando la paz tal como se les exigía; la de Bujarin, mayoritaria, que propugnaba una guerra revolucionaria a costa de la propia revolución, como posibilidad de estimular la revolución mundial; y la de Trotsky, también de minoría, pero intermedia de las anteriores: no firmar y declarar terminada la guerra. En realidad, cualquier medida era costosa para el joven estado obrero. Los alemanes sólo esperaban, en cualquier caso obtendrían ganancia. Finalmente, se adoptó una decisión próxima a la de Trotsky, "ni guerra, ni paz" (60). El 10 de febrero de 1918, los negociadores alemanes presentaron a la delegación soviética, encabezada por Trotsky, un acuerdo de paz firmado con el gobierno fantasma de Ucrania, la Rada, ante lo cual el jefe de la delegación soviética protestó enérgicamente, declarando que el nuevo gobierno de Rusia se negaba a firmar la paz inicua que se proponía, pero declaraba terminado el estado de guerra, suspendiendo las negociaciones. Esperaba la reacción del proletariado europeo, especialmente del alemán y, claro, el efecto de esta situación en el Reich, pues durante el mes de enero se habían realizado importantes huelgas políticas en Viena, Berlín, Leipzig y otras numerosas ciudades. Pese a ello, el

partido militarista veía una muy favorable coyuntura en Rusia y, ante la plena desmovilización del ejército ruso, logró un importante avance por ferrocarril de los ejércitos del imperio central amenazando a Petrogrado. Se impuso, ante la clara imposibilidad de llevar adelante la guerra revolucionaria, el criterio de Lenin: paz a toda costa. El 3 de marzo, sin nuevas negociaciones, el joven poder soviético se rendía ante el imperialismo alemán, firmando una costosa y dura paz. Pero, al fin, Rusia tendría un respiro para iniciar su curso pacífico de construcción socialista.

La acción depredadora del imperio alemán fue posible por la situación de guerra, pero si otras hubiesen sido las circunstancias, la reacción internacional hubiera sido concertada. Los compromisos en curso impidieron que las potencias "democráticas" intervinieran rápidamente para reestablecer el orden y acabar con la "anarquía", para salvar la sagrada propiedad privada, bastión de la civilización, así como contribuir a la modernización de Rusia, haciéndola un baluarte de la libertad. Sin embargo, el próximo fin de los imperios centrales permitiría a las civilizadas potencias poner en práctica su piadosa misión.

La organización soviética.

A pesar de que la revolución "ha revelado al pueblo ruso una aristocracia de estadistas como ninguna otra nación posee; se trata de un par de millares de hombres que han dedicado toda su vida al estudio (experimental) de las

ciencias políticas y económicas" (61), a pesar de toda su brillantez, tiene que aprender mil lecciones y asimilarlas al pueblo en el poder. Una de ellas, dolorosa, ha sido la de la paz. No por la pérdida del territorio en sí (que es ya un golpe a la propiedad colectiva de quienes han sido sumidos en la miseria durante generaciones), sino por la dura demostración de que la revolución mundial no está aún madura. El asalto al capital es una tarea mundial, pero en 1918 sólo lo habían iniciado los proletarios en Rusia, por tanto, había que avanzar en aquellos renglones que aproximaran a Rusia y al movimiento revolucionario mundial. En primer lugar, la fuerza que había arrebatado al país en el vendaval revolucionario debía ser vertebrada en un esfuerzo constructivo. La creatividad y espontaneidad que habían sido desplegadas durante la disolución del régimen capitalista, la energía de las masas proletarias, tenía que ceder su lugar a la centralización, al esfuerzo concentrado. El socialismo debía ser abordado en todos lados. La tarea inmediata, luego de la paz, asegurar el pan. La reanudación de la producción era prioritaria. A ella se oponían sistemáticamente los burgueses, cerrando las fábricas, boicoteando los servicios bancarios y de comunicaciones incautados por el proletariado, ocultando los viveres y, en general, tratando de sacar el mejor partido de la desorganización, tanto en la ciudad como en el campo. Ahora, el partido de la revolución se convertía en el

partido del orden. La consigna: contra el caos. El medio: la organización.

Para el asalto al poder, fue el proletariado, encabezando a las capas oprimidas de campesinos y pequeñaburguesía, el que llevó la iniciativa. Su organización, espontáneamente militarizada era la clave de la organización que ahora se requería. La dictadura del proletariado debería someter a los embozados enemigos de la revolución. Los soviets eran la base de esta forma de gobierno proletario, en torno de ellos, progresivamente se pasó al control de la economía y la política. A la vez, a partir de ellos, del proletariado industrial, se solucionaría el problema que impidió imponer una paz democrática: la existencia de un ejército propio de la revolución. Los guardias rojos serían la base de ese ejército. La paz inicua de Brest dió un respiro para poder avanzar en esas tareas. Fue un respiro de poco más de tres meses. En abril de 1918 la contrarrevolución entraba en choque frontal con el poder obrero: la columna checa atacaba en el centro del país y auspiciaba la formación de centros de organización de la reacción. Nueva prueba sangrienta al poder proletario.

En 1919 escribía Gramsci "¿Qué reclama aún la historia al proletariado ruso para legitimar y hacer permanentes sus victorias? ¿Qué otra poda sangrienta, qué más sacrificios pretende esta soberana absoluta del destino de los hombres?" (62), impresionado por los esfuerzos que

habían desarrollado los rusos desde el triunfo del movimiento revolucionario. La marcha ascendente y exitosa, casi sin efusión de sangre, de los obreros comunistas se transformó, por efecto de su enfrentamiento, inevitable, con el imperialismo, en la más dramática y sangrienta epopeya del pueblo desposeído, impulsado por la seguridad de obtener, además de sangre y sufrimiento, las confusas líneas del futuro trazado por la decisión y audacia de los bolcheviques. En efecto, el poder proletario derrotó en un primer enfrentamiento con facilidad a la burguesía, pero realmente enfrentó al capital hasta el choque con el imperialismo en Brest y luego en la guerra civil. Inevitable en la era del capitalismo, la revolución social es un enfrentamiento internacional. Las relaciones internacionales están caracterizadas por la lucha entre lo nuevo y lo viejo, entre la revolución y la restauración, entre el socialismo y el capitalismo, lucha que, exasperada, solamente puede ser violenta.

Entonces, las exigencias de la revolución rusa, en su contexto nacional, son las de un cuartel general en una guerra mundial. La organización soviética, la dictadura del proletariado, era una necesidad imperiosa, vital. En efecto, la lucha por garantizar el pan pasó de una "petición" al gobierno a una acción de las masas. Se organizaron entre los propios obreros las brigadas contra la especulación; entre los campesinos expropiadores, la disciplina estatal para cumplir con el impuesto en especie.

Frente al caos propiciado por la burguesía, indispensable resultó la disciplina revolucionaria. No fue un invento de los bolcheviques. Era una tendencia en las masas. Cuando se asaltó el Palacio de Invierno en el "octubre rojo", al penetrar a las salas abandonadas por los junkers, los guardias rojos y soldados revolucionarios se lanzaron contra los cajones que había allí, según testimonio de Reed, y los rompieron, sacando tapices, lencería y vajillas, de las que los desposeídos estaban muy necesitados, "en cuanto empezó el saqueo alguien gritó: ¡Compañeros! ¡No toquéis nada! ¡No toméis nada! ¡Esto pertenece al pueblo! Inmediatamente le apoyaron veinte voces por lo menos (...) ¡Disciplina revolucionaria! ¡Propiedad del pueblo!" (63). Por ello Lenin no dudaba en remitirse a las masas para muchas cuestiones prácticas: en ellas palpitaba la revolución. De ahí que los bolcheviques se plantearan, en torno a los soviets, el control obrero de la producción que la obstinación burguesa convirtió en expropiación; así, las brigadas contra la especulación; la milicia obrera; la expansión efectiva del poder soviético se debió a esa tendencia revolucionaria palpitante en las masas: la revolución les dió Rusia. Pero la dictadura del proletariado, como decía Lenin, la más perfecta democracia pues se basa en la propiedad colectiva de los medios de producción, no es solamente la libertad de hablar, sino la de realizar. Al principio del poder soviético, espontánea y dispersamente, pero después, centralizadamente. Para ello

fueron necesarias varias decenas de congresos. Finalmente, la dictadura del proletariado es el pueblo armado, el único garante de la seguridad del estado proletario. Por eso, es comprensible que el ejército rojo, dirigido por ese gran organizador que fue León Trotsky, haya comenzado de prácticamente cero en enero de 1918 y ,en un tiempo brevísimo, pasado a la lucha contra ejércitos bien entrenados y disciplinados, obteniendo victorias a ocho meses de su creación. El proletariado, otra vez, cargó con ese peso, pero le imprimió su abnegación y heroísmo. Por lo cual en un período muy corto pasó de la asfixia a la ofensiva triunfal. Así, la clase obrera rusa alcanzó su nivel máximo: ser un ejército de producción y de paz.

De esta manera, la dictadura del proletariado alcanzó una meta indispensable: contar con su propio ejército. En la teoría del estado socialista, "estado en extinción", Lenin destacaba la necesidad de destruir la maquinaria del antiguo estado burgués y construir una propia. Parte de esa maquinaria es el armamento general del pueblo. Este es un rasgo esencial de la revolución social, pues atañe a uno de los aspectos centrales del problema del poder, la cuestión esencial de la revolución.

La guerra civil.

La organización soviética, basada inicialmente en la iniciativa de las masas, pasó a ser centralizada. La lucha por el pan pasó, del control obrero y la nacionalización de las industrias en las ciudades, al control de los

campesinos pobres sobre la producción agrícola. La tendencia de las masas campesinas a satisfacer las necesidades de su entorno inmediato, aldeas y pueblos, limitaba su contribución al esfuerzo de solucionar el hambre de las zonas urbanas. La alianza obrero-campesina avanzó en la integración de las brigadas contra la especulación, que dieron la alimentación a las fuerzas revolucionarias, mediante las medidas rigurosas que exigía la lucha contra los kulaks o campesinos medios y terratenientes en el campo, y contra la burguesía y la reacción armadas, a la vez que constituyó la base social del ejército rojo en la guerra civil.

Las reivindicaciones imperialistas alemanas se vieron reforzadas por la acción de las tropas de la Entente, empeñadas en destrozar a sus rivales e imponer una paz que les diera el control del globo terráqueo. El intervencionismo de que hacían gala los embajadores de Inglaterra y Francia durante el gobierno provisional, se vio ratificado por las tropas aliadas, después de la paz de Brest. Sin importar para nada la decisión soviética, los bandidos "democráticos" decidieron reabrir el frente oriental. La ofensiva alemana de marzo y abril en el frente occidental había asustado a los aliados. Los ingleses desembarcaron tropas en Murmansk, en el norte de Rusia y en el sur, desde Persia, ocupando los yacimientos petrolíferos de Bakú; mientras, japoneses y estadounidenses desembarcaban tropas en Rusia oriental, a espaldas de las tropas que

comandaba el contrarrevolucionario general Kólchak, "gobernador supremo" del imperio ruso. La Legión checa, entrenada en Rusia zarista, pretendía trasladarse al frente europeo contra los alemanes, pero se convirtió en la cabeza de la intervención reaccionaria mundial. Con objetivos inmediatos diferentes, pero con el mismo propósito histórico, se concentraron las fuerzas de los antiguos aliados de Rusia, los reaccionarios jefes monárquicos de los ejércitos blancos, los partidos "democráticos" rusos que apoyaron el gobierno provisional, los movimientos nacionalistas burgueses de las naciones oprimidas por el zarismo y los alemanes! En realidad, después de Brest, les parecía a todos ellos que la debilidad manifiesta del gobierno proletario permitiría, para unos la restauración, y, para otros la disección y distribución del imperio. Los dirigentes alemanes habían pensado en la intervención, pero la lucha en el occidente, así como la imposibilidad de explotar los recursos que habían arrebatado al proletariado para su fortaleza bélica y, también la actitud cada vez más pacifista del propio pueblo germano, les disuadió de semejante acción; no obstante, se contentaron con imponer, en agosto, cuando era evidente que no podrían vencer en el frente occidental, nuevas cesiones territoriales a Rusia: Estonia, Lituania y Georgia "independientes".

Paralelamente, desde abril, los aliados habían "cobijado" a los diversos ejércitos reaccionarios, con los cuáles colaboraban los social-revolucionarios y

mencheviques de derecha. En el sur, en el norte y el oriente, los ejércitos de Denikin, Miller y Kolchak, depredaban y ejercían el terror "blanco" asesinando a los militantes soviéticos. Por fin, había llegado la alianza salvadora del imperio: los socios anglofranceses acudían al rescate. Nicolás Romanov vió esa presencia, pero no vivió para el juicio que le tenían reservado las masas revolucionarias, fue ajusticiado en Ekaterinburg antes de que la ciudad cayera en manos de los blancos. No importó mucho su muerte, el asunto esencial era impedir a toda costa la construcción de la nueva sociedad. El antibolchevismo de los protagonistas del esfuerzo restaurador era lo único que tenían en común. Eso y la acción sucesiva del proletariado europeo y estadounidense impidió que se concretara una alianza más que coyuntural. A la vez, la encarnizada resistencia y el heroísmo sin fin del proletariado ruso, terminaron por romper ese esfuerzo criminal de la contrarrevolución mundial. Para diciembre de 1918, el ejército rojo, encuadrando a más de un millón de revolucionarios, había logrado derrotar y hacer retroceder al cuerpo central contrarrevolucionario, además de eliminar la amenaza de la legión checa. Sus esfuerzos sucesivos, durante todo 1919 y parte de 1920, en el sur, norte y suroeste, completaron la victoria, muy costosa y sangrienta. De la guerra civil, el poder proletario salió asentado, pero recuperó un país devastado.

La revolución rusa trastornó el curso ascendente del capitalismo. La epopeya del proletariado ruso tiene una dimensión histórico mundial. Tal como Lenin se lo proponía, el movimiento comunista empezó a convertirse en una fuerza decisiva de la política mundial. En forma alguna se trata de un fenómeno nacional. No son sus aspectos, digamos, "exteriores", es decir, la intervención extranjera durante todo el curso de la instauración de la dictadura del proletariado, lo que hacen de la revolución un asunto de importancia, vale decir, de pertinencia mundial. Es la estructura que se rompe con la imposición de una nueva estructura lo importante. Desde la revolución rusa los pueblos irrumpen en la política mundial; ya no son peones en un manejo de los grandes dirigentes. Enseguida veremos cómo y por qué sucedió esto.

Revolución y restauración.

Los pueblos de Europa, agotados por la guerra y sometidos a la dictadura de la burguesía, bien monárquica, bien republicana, reaccionaron ante el estímulo del proletariado ruso. Era posible la revolución, contra lo que predicaban los dirigentes socialdemócratas. La quiebra política de la II Internacional era completa, ya no sólo por su apoyo al crimen masivo de la guerra de rapiña, también por la evidente colaboración que mantenían con los dirigentes burgueses. No obstante, las masas aún seguían a los líderes socialdemócratas. Empero, la revolución se presenta mundialmente. A principios de 1918

se desplegó una oleada obrera (64). En Alemania y Austria-Hungría cerca de dos millones de obreros estallaron la huelga contra las condiciones impuestas en Brest, es decir, era un movimiento político de solidaridad con la revolución proletaria, prólogo de las jornadas revolucionarias en Alemania. En Finlandia, separada por los alemanes de Rusia, estalló, a fines de enero, la revolución proletaria. También se desarrollaron movimientos de resistencia en Francia, Inglaterra, Estados Unidos, Japón e Italia. Sólo la intervención represiva de los gobiernos burgueses impide el crecimiento de los movimientos. En particular, la derrota de la República Obrera Socialista de Finlandia, sólo es posible mediante la intervención de tropas imperialistas alemanas y de la acción de las guardias blancas que ahogaron en sangre el movimiento.

Los imperialistas alemanes que en marzo y agosto de 1918 arrebataron a Rusia territorios, sólo podían ser frenados por sus pares imperialistas y por los obreros de su propio país. La suerte de la guerra se definió, precisamente, en agosto de 1918. Las tropas alemanas no podían continuar en la lucha, estaban agotadas, y la intervención de las tropas estadounidenses inclinaron la balanza a favor de los aliados. El gobierno de Estados Unidos, frente a la proposición alemana de concertar una paz inmediata, exigió la "democracia" y la abolición del imperio. Las clases trabajadoras no necesitaban de un aliado

tan circunspecto. Por su propia dinámica, iniciaron en noviembre de ese año la revolución proletaria desde las propias bases obreras. Mientras, en las cúpulas, los burgueses concertaban su teatro "democrático": precisamente los socialdemócratas, los socialtraidores, eran los encargados de organizar el gobierno parlamentario. Philip Scheidemann y Friedrich Ebert, jefes derechistas de la socialdemocracia alemana, encabezaban el flamante gobierno republicano, digno de la confianza de los Estados Unidos para negociar la paz ansiada por los pueblos. Alemania quedaba retirada de la agresión a la joven República Soviética.

Simultáneamente, en Bulgaria se insurreccionaron los soldados y proclamaron la república, siendo reprimidos por las tropas de los imperios centrales. En Austria-Hungría, la derrota aceptada en el armisticio del 3 de septiembre de ese 1918, inició el desmoronamiento del imperio Habsburgo, pues las naciones oprimidas desarrollaron el movimiento democrático burgués nacionalista que llevó a la fundación de las nuevas repúblicas en Austria, Hungría, Checoslovaquia y Polonia y el Reino de los Servios, Croatas y Eslovenos (Yugoslavia, 1929).

Durante 1919, mientras la guerra civil se desplegaba en Rusia, los pueblos del mundo vivían un complejo proceso de movilizaciones revolucionarias, incluidas algunas colonias en contra del yugo imperialista, como Indonesia, la India, lo que son hoy Siria y Libano, Irak, Egipto, Libia, Sudán

y Somalia. En China se desató un importante movimiento revolucionario, llamado del "4 de mayo". En fin, la oleada revolucionaria convulsionó los imperios. La "locomotora de la historia" barria con los elementos atrasados como lo dijera Lenin (65), y completaba la obra de la oleada democrático burguesa de principios de siglo, pero abría el período de las revoluciones proletarias.

De este modo, durante 1919, el proletariado del mundo, encabezado por el de Rusia, golpeaba a la reacción internacional en diferentes escenarios del globo. El apoyo de las masas explotadas del mundo a la revolución rusa era una evidencia de la vitalidad revolucionaria mundial. También esa energía, como la de los rusos, había que organizar. Era, más que nunca, indispensable la organización del partido mundial del proletariado. Lenin ya lo había planteado a la Conferencia de la izquierda socialista en Zimmerwald y en Kienthal. El triunfo ruso y el fin de la guerra, así como el ascenso revolucionario de las masas en el mundo lo ponían al orden del día: crear la III Internacional.

La revolución mundial y el internacionalismo proletario.

Gramsci escribió en junio de 1919, estimulado por la experiencia soviética, que la sociedad futura sería, precisamente, "la Internacional Comunista" (66). Ahora está de moda entre los "comunistas críticos" europeos burlarse de la incapacidad revolucionaria del proletariado y sus

direcciones en el viejo continente, achacándola al movimiento en general, por lo cual concluyen que "la Internacional no será el género humano" (67). En realidad esa burla esconde el análisis de las condiciones en las que se desarrollaba el movimiento revolucionario, pues como lo veremos, las situaciones revolucionarias para un desenlace exitoso requieren de direcciones fogueadas y decididas, así como de un ascenso del movimiento de masas que se traduzca en organización y, desde luego, de la incapacidad de gobernar del bloque de clases dominante. En 1919 la revolución en Europa vivió momentos muy álgidos. Mas adelante haremos un breve recuento de estos movimientos.

En medio de la guerra civil se celebró en Moscú una conferencia internacional de la izquierda socialista: los internacionalistas. Convocada para la integración de la III Internacional, su primera sesión se dedicó a abordar la conveniencia de constituir en ese momento o en otro el partido mundial a petición de la delegación alemana. La importancia concedida a la posición alemana, en ese momento opuesta a la inmediata constitución de la organización, se debía a, por lo menos, dos cuestiones: la reciente revolución consejista en ese país y la importancia estratégica de derrotar a la burguesía alemana. Superada la cuestión, el 3 de marzo de 1919 la conferencia continuó sus trabajos en calidad de I Congreso (Constituyente). Asistieron 52 delegados de 35 organizaciones en 21 países. El único partido de masas era el ruso, pero los partidos de

Finlandia, Hungría y Alemania habían vivido la experiencia de la revolución, pese a su corta existencia como partidos comunistas. Las consignas centrales adoptadas por la naciente organización se referían a la dictadura del proletariado, gobierno basado en consejos de obreros y campesinos, cuya democracia es radicalmente diferente de la defendida por las tradiciones liberales burguesas. Basada en la propiedad colectiva de los medios de producción es, por naturaleza, opresiva con la clase de los antiguos propietarios. En consecuencia, se opone a los métodos parlamentarios de la democracia burguesa y propugna la organización de las clases desposeídas para ejercer directamente la democracia. Dictadura proletaria y expropiación de los expropiadores, armamento general del pueblo y destrucción de la máquina estatal burguesa eran las indicaciones de acción del Congreso. El órgano dirigente de la Comintern fue el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista (CEIC). La revolución mundial triunfaría mediante la actividad centralizada de los comunistas del planeta. Si Rusia, siendo un país atrasado, había alcanzado fases de desarrollo histórico en muy poco tiempo, la perspectiva de un desarrollo acelerado de la revolución en los países avanzados era lógica. Sin embargo, pese al optimismo de algunos dirigentes, como Lenin, que había declarado que la "victoria de la revolución proletaria está asegurada en el mundo entero" (68), el movimiento revolucionario entraba en descenso

y,

ademàs, en esos momentos, la labor de esta organizaciòn se viò obstaculizada durante la guerra civil rusa, en torno de la cual se centraron las actividades, debido, fundamentalmente a la derrota experimentada por el movimiento en esos años iniciales. El internacionalismo proletario practicado en esa època se centraba, dadas las condiciones, en la lucha solidaria con el pueblo ruso, en encarnizado combate contra las fuerzas reaccionarias. Circunstancia que pesaria en el curso posterior de la III Internacional.

La tarea que se proponia la Internacional entraba en franca colisiòn con los resultados de la guerra. El ordenamiento internacional, el nuevo equilibrio entre las potencias que deseaban los vencedores no comulgaba en forma alguna con la diplomacia que proponia y ejecutaba el nuevo gobierno de Rusia. A la intervenciòn imperialista en los asuntos de otros Estados, los comunistas oponian la intervenciòn revolucionaria. El ascenso revolucionario presente hacia ver a los dirigentes la inminencia de la revoluciòn. La revoluciòn rusa era el inicio de la guerra civil en que se habia trocado la guerra, confirmando las previsiones de Lenin. La revoluciòn social tenia como escenario el globo entero. La primera revoluciòn socialista rompìa con las relaciones internacionales impuestas por las potencias e invitaba, sobre la base del derecho de las naciones a la autodeterminaciòn, del derecho de los pueblos oprimidos a separarse de las naciones opresoras, a las

colonias y semicolonias a la revolución mediante la lucha de liberación nacional, misma que sólo sería exitosa en alianza con la lucha de clase del proletariado revolucionario de las naciones imperialistas, al cual se dirigía en primer término la política comunista. Así lo resolvió el II Congreso de la Comintern, celebrado del 19 de julio al 7 de agosto de 1920 (69).

La política bolchevique entraba de lleno en la liza mundial. La obra de la III Internacional, el reto revolucionario de la época, era resultado y parte de la revolución mundial, en la que la intervención conciente, el factor subjetivo de la historia jugaba un papel central. En 1918, Lenin se planteaba semejante tarea. Conciente de que el desarrollo de la revolución es desigual, contaba con la inevitabilidad de la misma, pero sabía que "son posibles derrotas de algunas revoluciones". El camino jamás se presentaría llano, muy al contrario, lleno de esfuerzos y penas para destruir las cadenas de la esclavitud asalariada. "Hemos hecho los mayores sacrificios en la lucha por destruir esos grilletes, pero los hemos roto." (70)

CAPITULO 4. LA CRISIS DE LA DEMOCRACIA.

Dictadura Proletaria y Democracia Burguesa.

"La locomotora de la historia" había barrido con lo caduco. De la guerra emergía un nuevo orden internacional. La hegemonía imperialista había pasado a poder de las naciones que mantenían el más alto nivel de industrialización, pese a la devastadora conflagración. Inglaterra, Estados Unidos y Japón, vencedores de la guerra, se distribuían las esferas de influencia. Se repartían el botín, asegurándose el control de los mercados de sus antagonistas. Los vencidos estaban obligados a pagar su tributo: la paz imperialista. El Tratado de Versalles y los tratados con Austria, Bulgaria, Hungría y Turquía, cumplen las promesas "de caballeros" hechas antes del conflicto: los vencidos son destazados. Alemania se compromete, como responsable de la guerra, a pagar una deuda enorme que se fijaría posteriormente al tratado (269 mil millones de marcos oro en 42 años), además de perder todas sus colonias y ceder territorios limítrofes, ser condenada a reducir su ejército y entregar su material de guerra, así como su flota pesquera. La Sociedad de Naciones será el garante de esta democrática paz. En cuanto al imperio austriaco, el desmembramiento es inmediato. Bulgaria también perdió territorios, pero como nación menor, se reduce su castigo. Turquía pierde territorios en todas sus fronteras, a favor de Italia, Grecia, Inglaterra y Francia, con lo que éstas dos ven ensanchados sus territorios

coloniales en gran medida. Las pretensiones de Wilson de disfrazar la situación como una victoria de la democracia están condenadas al fracaso. Peor aún, la propia democracia burguesa entra en un periodo de crisis. En la década de 1920 se despliega totalmente esta contradicción.

Puesta en sus rasgos más clasistas por la agresividad imperialista, la democracia burguesa, sólo válida para las clases dominantes de las potencias coloniales, es inútil para sostener el régimen. Está minada. Desmistificada en la práctica del pueblo ruso, se la condena a la desaparición histórica. La oposición entre democracia y totalitarismo pasa de un juego retórico a una lucha tenaz. Sin embargo, los defensores de un tipo de gobierno y otro se ven distorsionados. La confusión es muy grande. Los defensores de la democracia parlamentaria ejercen la más feroz dictadura sobre los pueblos que sojuzgan y no dudan en impedirla en su propio suelo en defensa de sus intereses de clase. Tanto los partidos liberales y monárquicos, como la socialdemocracia, desarrollan esa práctica. Por el contrario, con la denominación de dictadura, se desarrolla un régimen basado en la más amplia participación de las clases laborantes.

De ninguna manera debemos asumir lo antedicho en un sentido estrictamente lineal. El aspecto clave de este proceso contradictorio está, precisamente, en la actuación de las más amplias capas de la población. Los planes de los dirigentes imperialistas y de los dirigentes

revolucionarios son viables en la medida que sean encarnados por las masas. Con abnegación se lanzaban los ejércitos imperialistas por repartirse los territorios de los enemigos, pero también lo hacían por liberar a su clase los proletarios, con o sin uniforme, en las barricadas de Berlín, Petrogrado o Budapest. Una cosa es el programa de las direcciones y otra el curso real de la lucha de las masas.

La Comintern adoptó una resolución sobre la democracia. Basada en las tesis de Lenin, desarrolladas desde 1916, oponía a la democracia burguesa, democracia formal, la democracia directa de las masas. La lucha de clases a nivel del planteamiento del ejercicio del poder. La dictadura de una minoría era el real objetivo de los comunistas; clamaban en su momento antibolchevique los eseristas de derecha y los mencheviques; llegó su turno a los demócratas burgueses y a la socialdemocracia. La oposición frontal a la revolución llevó a las naciones imperialistas a invadir Rusia, so pretexto de "defenderla de Alemania". La lucha revolucionaria en los propios países imperialistas los llevó a sacrificar la democracia formal, recurriendo a la invasión y al asesinato de los líderes, "para salvarla". "Cuando se trata de derrocar a la burguesía, sólo los traidores o los idiotas pueden reclamar igualdad formal de derechos para la burguesía" (71). La revolución rusa proponía su forma de resolver el problema: la democracia la ejerce el pueblo.

garantizando los medios materiales para la reunión, manifestación, propaganda y organización de las clases trabajadoras se puede hablar de democracia. El centro de la oposición entre la dictadura del proletariado y la democracia parlamentaria burguesa está ahí: la propiedad de los medios de producción.

El mundo de 1920 salía de una guerra que profundizaba los problemas internacionales y nacionales. En 1914 se había utilizado el método de los imperialistas y los resultados eran desalentadores para los mismos. Aunque algunas potencias reforzaban su posición dominante, especialmente Gran Bretaña, la guerra había conducido a la caída de una potencia en manos de los revolucionarios, cuya política beligerante agitaba en el seno de los territorios coloniales y de las propias metrópolis el fermento de la revolución social. Para las clases dominantes era indispensable hacer frente al reto. La democracia, aparentemente el mismo régimen político, era defendida por la burguesía y por el proletariado, dando lugar a una batalla ideológica y política que llenaría todo el periodo de entreguerras, como veremos aquí. La lucha entre el totalitarismo y la democracia, como se le identificó en la época. En realidad, la lucha por el socialismo y la liberación nacional, enmarcada en la continuada lucha de las potencias imperialistas por la hegemonía mundial. Lenin distinguía, en 1920, tres contradicciones esenciales en el campo de las potencias imperialistas, la primera entre los

Estados Unidos y Japón por el control del Pacífico y de Asia; la segunda entre los Estados Unidos y el resto del mundo capitalista, resultante del enorme y definitivo papel jugado por ese país en la guerra, de la cual se beneficiaron mayormente Inglaterra y Francia, sin que así lo hicieran los estadounidenses; la tercera, entre la Entente y Alemania, derivada de las oprobiosas condiciones que el Tratado de Versalles impuso a los germanos (72). Al mencionar tales contradicciones, Lenin preveía una nueva guerra, inevitable, entre estos protagonistas, evidenciando su profundo conocimiento de las relaciones internacionales de la época. De nuestra parte, en el marco de tales contradicciones, trataremos de mostrar el curso seguido por la lucha de clases en los países que vivieron procesos revolucionarios. Veremos el despliegue de la dialéctica revolución-restauración en la lucha por la democracia proletaria.

Consecuencias de la guerra.

Más allá de los casi 10 millones de muertos y 20 millones de mutilados, la guerra europea dejó un saldo desastrosos para los pueblos. Las condiciones económicas derivadas de la guerra sembraron miseria y hambre. Alemania, Austria, Rusia y Francia, escenarios de guerra, así como Polonia y otras naciones, estaban prácticamente postradas por el esfuerzo bélico. Sin embargo, en algunas de ellas el pueblo, encabezado por los obreros comunistas, tuvo fuerzas para intentar la revolución. Pero también la burguesía,

mediante la ayuda internacional, sacó energías para oponerse a la revolución y reconstruir las maltrechas economías. Empero, no logró evitar la terrible crisis de 1929. Más bien, como resultado de su política de acumulación galopante, los monopolios condujeron la economía capitalista al "crack".

La reconversión de la industria bélica a objetivos mercantiles se ve obstaculizada al terminar la guerra por la baja demanda, resultado del licenciamiento y no ocupación de una enorme masa de soldados. Asimismo, la adopción de medidas proteccionistas para acelerar la recuperación de la economía en algunos países, reducen el intercambio comercial. Para 1924, con la aplicación del Plan Dawes, la racionalización de la economía mediante la monopolización, usando nuevas técnicas, propicia una expansión industrial con bajos rendimientos por la saturación del mercado, en vista de la incapacidad de la población de consumir por la desocupación y los bajos salarios, propiciando el desarrollo de la especulación financiera. En 1930 la crisis se presenta en casi toda Europa, que se ve sacudida por las quiebras bancarias. La intervención estatal se hace indispensable para lograr la recuperación a través de créditos y servicios subsidiados a la industria, así como la generación de empleos para aumentar la demanda solvente en el mercado. Los años de la depresión son periodos de miseria popular y de agitación. La lucha de clases se exacerba, presentándose

n u e v o s

esfuerzos por satisfacer las aspiraciones populares. De una parte, los frentes populares y, de otra, regímenes dictatoriales para impedirlos. La democracia parlamentaria entra en una profunda crisis. Los gobiernos burgueses encuentran una salida para la crisis económica: el rearme. A la vez, los grandes monopolistas encuentran una salida para la expansión industrial sostenida: la guerra. La expresión política de este proceso se concentra en un país atrasado, de bajo nivel industrial, donde se verificará el preludio a la Segunda Guerra: España.

Los resultados de la Primera Guerra, cerrada con una paz anexionista, son el detonante de la Segunda Guerra. El nacionalismo, natural compañero de la opresión externa, y la crisis de la sociedad capitalista, así como la derrota de los movimientos revolucionarios, permiten que los gobiernos imperialistas de Alemania, Italia y Japón desarrollen una política revanchista muy agresiva, arrebatando la iniciativa y, temporalmente, la hegemonía a las "naciones democráticas". Conviene destacar que, en esta transformación de las relaciones internacionales, tuvo un papel muy importante la división de los socialistas. Al igual que en el preludio de la Primera Guerra, los partidos de la II Internacional --en adelante los llamaremos socialdemócratas-- colaboraron eficazmente con las clases poseedoras para el éxito de sus objetivos, pero la ineficacia y el posterior fracaso de los partidos de la III

Internacional --comunistas-- también contó para la nueva masacre de los pueblos.

Entreguerra: revolución y reacción.

La defensa de la democracia era la consigna de la cruzada anticomintern. La burguesía identifica democracia con el régimen electivo, esencialmente parlamentario. Históricamente, en aquellos países donde la burguesía no pudo derribar al gobierno feudal, convino una asociación: la monarquía parlamentaria. Inglaterra es el país del desarrollo "clásico" del capitalismo, pero no de la república burguesa, ahí la monarquía ha soportado los embates de la democracia durante más de 300 años y el derecho divino se ha mantenido. La monarquía inglesa, esa fosilización gubernamental, se presenta como uno más de los gobiernos democráticos y en el periodo de entreguerra exigió su lugar, pese a mantener, "democráticamente" claro está, el más grande imperio colonial de la época. Cualquiera dirá que, en efecto, por las libertades políticas existentes allí se habla con toda propiedad de una democracia. Realmente, desde el punto de vista de la burguesía, lo es: la igualdad de los ciudadanos ante la ley se respeta sin limitaciones, claro, excepción hecha de la familia real; las elecciones son regulares y civilizadas. Destaco esto para contrastar la violencia e inestabilidad que caracterizan a los otros regimenes democráticos. Francia, el país de la "clásica" república burguesa, ha debido restaurarla cinco veces. A la llamada revolucionaria

de las masas, del "populacho", ha sucedido el golpe de estado, por lo menos durante el siglo XIX. Mientras, Alemania, gracias a la providencial intervención del presidente Wilson de los Estados Unidos, desarrolló, mediante una sangrienta lucha, su propia república, ahogada por el nazismo. Italia, siguiendo el ejemplo de Inglaterra, tenía su monarquía parlamentaria, también eliminada por el prometedor fascismo. Las repúblicas de América y de China, siempre inestables, campo de golpes de estado y asonadas, resultaban impedidas para la democracia. A despecho de estas vicisitudes, el proyecto democrático, el más civilizado de los gobiernos, era ofrecido a las clases subordinadas como alternativa al descarnado poder, repudiable por "totalitario", de la dictadura del proletariado. Sin embargo, en más de una ocasión pareció favorecerse el proyecto de la Internacional. Precisamente en países donde se intentó instaurarlo, fuera de Rusia, surgió el totalitarismo descarnado de la burguesía monopolista. Los partidos políticos se definían entre sí como democráticos o totalitarios. Finalmente, sólo había diferencia de métodos entre los defensores del capitalismo: unos proponían ejercer la violencia sobre las clases explotadas sólo en momentos indispensables, se denominaban demócratas; otros proponían, y disponían, usar la violencia permanentemente sobre las clases subordinadas, se denominaban fascistas. En el lado opuesto, en las filas de las clases subalternas, propulsoras del socialismo, también

se desarrollaban partidos de la democracia y del totalitarismo, antiguos compañeros de lucha: socialdemócratas y comunistas. Veremos los casos más significativos de este proceso político. Los revisaremos en sus contextos nacionales, sólo para efectos de exposición, pero es evidente que tienen una notable pertinencia en el nivel de las relaciones internacionales de la época, pues, finalmente, todo cambio en la estructura básica de los pueblos modifica directamente la estructura del poder internacional.

Democracia y dictadura en Alemania (1918-1920).

La trascendencia histórica del abandono de las posiciones revolucionarias por parte de los partidos de la II Internacional se expresa nítidamente en las definiciones por el poder. La actitud de los mencheviques y eseristas en la revolución rusa se repitió en la de los partidos socialistas de otros países en la década de los veinte y en la actualidad. La traición a la causa del poder proletario, al marxismo y a sus propios programas hizo de los partidos socialdemócratas y/o socialistas, meras comparsas de los partidos burgueses. Su identificación con las nociones de la democracia electoral, de la democracia burguesa, los llevó al poder y a la cima de los crímenes políticos, como lo reconocería en su momento Gustav Noske, líder oportunista de derecha de la socialdemocracia alemana. La clave de su importancia radica en el papel dirigente del movimiento obrero europeo, rol que han jugado

durante más de un siglo, lo cual les ha permitido convertirse en los principales interlocutores de la burguesía. Además, su política reformista ha resultado exitosa, convirtiéndose en el obstáculo más grande a la revolución en "occidente" y, a la vez, en la mejor garantía de continuidad capitalista. Como lo dijera una vez Willy Brandt: "somos la mejor defensa frente al comunismo". Precisamente el partido socialista europeo de masas más antiguo, en cuya definición programática intervinieron Marx y Engels, se convirtió en el enemigo más formidable de la realización práctica del marxismo en las sociedades europeas industrializadas. Es, quizá, la organización obrera que ha puesto más empeño en hacer imposibles las previsiones marxistas del paso al socialismo en los países industrializados.

Derrotadas las posiciones revisionistas de Eduard Bernstein, la socialdemocracia alemana pareció perfilarse, bajo la dirección de Karl Kautsky, a la lucha consecuente por el poder obrero. Sin embargo, ya vimos cómo la guerra imperialista llevó a la ruptura de la II Internacional. Y tal como lo dijo Lenin, las posiciones centristas fueron arrasadas por la guerra, imponiéndose una orientación cada vez más oportunista en la dirección de la socialdemocracia. Precisamente, la cuestión del internacionalismo y la posición frente a la revolución rusa generaron la escisión de su ala izquierda en 1917, la que organizó el Partido Socialdemócrata Independiente de

Alemania. Después de la guerra continuó esa orientación derechista del Partido Socialdemócrata Alemán, convirtiéndose en su política.

Para los bolcheviques, el triunfo de la revolución en Alemania era una condición indispensable para el triunfo de su propia revolución y, aún más, de la revolución mundial. Aunque los líderes de las potencias imperialistas no aceptasen esta tesis explícitamente, menos todavía los líderes de la burguesía alemana, toda su práctica, durante los años siguientes a la guerra europea, se realizó con base en esa premisa.

Habiendo obligado a Rusia soviética a acuerdos que expandían el poderío alemán y habiendo lanzado una ofensiva contra los franceses, lo que menos se esperaba en Alemania era la derrota. No obstante, la reunión de los jefes de los ejércitos de los imperios centrales, efectuada en Spa el 14 de agosto de 1918, concluyó con la convicción de que era imposible ganar la guerra. Los jefes alemanes, Paul von Hindenburg y Erich Ludendorff, para evitar el desmembramiento del ejército por efecto de la derrota y de la efervescencia revolucionaria, insistieron en septiembre en la necesidad de conseguir un armisticio, forzando a un cambio en el gabinete. El 3 de octubre Maximiliano von Baden encabezó el nuevo gobierno, en el cual ingresaron socialdemócratas, iniciando negociaciones con Estados Unidos. Son famosos los 14 puntos de Wilson para lograr una paz democrática. Apoyado en ese manifiesto, el presidente

de Estados Unidos fue tajante: sólo negociaría con un representante democráticamente elegido por el pueblo alemán. La presión popular era cada vez mayor. Además, Bulgaria se había visto obligada a firmar un armisticio el 30 de septiembre y en Austria había estallado la revolución democrático-burguesa el 20 de octubre, generando las declaraciones de independencia de Checoslovaquia (28 de octubre) y del reino de los serbios, croatas y eslovenos (29 del mismo mes). Simultáneamente con este último acto, los marineros insurreccionaron la flota en Wilhelmshaven. La revolución había comenzado, pese a los esfuerzos del alto mando. Otra vez la cuestión de la paz estaba en el orden del día de la lucha de las clases oprimidas.

El 1 de noviembre los marineros de Kiel se suman a la insurrección. Los obreros industriales pasan a la acción y entre el 3 y 6 de noviembre se forman "soviets", es decir consejos de obreros y soldados, en Kiel, Lubeck y Brunstüttel. El 7 es proclamada la república en Baviera. En sólo una semana, casi sin oposición, la revolución elimina la monarquía: Guillermo II abdica. Scheidemann proclama la república ese 9 de noviembre. Al mismo tiempo, se crean consejos en 48 ciudades más. Desde su inicio, la revolución alemana se caracteriza por el surgimiento de la dualidad de poder. La revolución parece encaminarse directamente a la constitución del poder proletario. En consecuencia, las clases sociales y los partidos políticos

que las representan, habrán de poner en máxima tensión sus fuerzas. Aquí, a diferencia de Rusia, no ha habido "ensayo general" y, además, el ejército no está descompuesto, no es un ejército derrotado, aunque está en retirada, pero se trata de casi los mismos actores. El partido obrero de mayor influencia es el socialdemócrata. Audazmente se han hecho del poder sus líderes. Así, el 10 de noviembre, mientras Scheidemann encabeza el "Consejo de Comisarios del Pueblo" creado por los consejos obreros, Friedrich Ebert preside el gobierno de la república burguesa y logra una "victoria": un acuerdo con el ejército, baluarte de la monarquía apenas dos semanas antes, para evitar la bolchevización de Alemania. El 11 del mismo mes, los aliados consideran a los socialdemócratas interlocutores válidos, es decir, democráticos, "legítimos representantes" del pueblo alemán y se firma el armisticio, en el cual se revoca el Tratado de Brest-Litovsk. Esto último más bien resultado de la presión revolucionaria que emanación del programa de la socialdemocracia. Al Partido Socialdemócrata (PSA) se le presenta la tarea histórica de definir la dualidad de poderes, que Lenin subrayaba era temporal y sólo podía terminar mediante la aniquilación de uno de los poderes. No se necesita una gran imaginación política para ver que esa definición en sentido revolucionario depende de la relación entre el carácter de clase de la dirección política y del nivel de conciencia y organización de la

clase proletaria. Es decir, del vínculo que identifica a los dirigentes con la fuerza de la clase revolucionaria. De una parte, la política consecuentemente revolucionaria y, de otra, la capacidad efectiva de tomar el poder, lo que da por resultado la dictadura del proletariado o, si se quiere, el poder de la clase trabajadora. Los dirigentes, orientados por una teoría revolucionaria, sensibles a las necesidades políticas y organizativas de la clase, deben ser capaces de vertebrar, de encauzar, el torrente creativo del proletariado en su ascenso revolucionario. Pues bien, los dirigentes de la socialdemocracia en verdad actuaron con celeridad y audacia. En los días posteriores, la "organización" del poder obrero avanza: se crea un Comité Ejecutivo, luego transformado en Consejo Central, como mecanismo de enlace entre los consejos locales y el consejo de comisarios. Desde luego, la composición de tales organismos es mayoritariamente socialdemócrata. Al mismo tiempo transcurre rápidamente una lucha al interior del Partido Socialdemócrata Independiente (PSIA), del cual habrá de desprenderse su ala izquierda, encabezada por Carl Liebknecht, Rosa Luxemburgo y Franz Mehring. El grupo "Internacional" del PSIA integra la Liga Espartaco en noviembre, en el transcurso de la primera fase de la revolución, con el programa de la dictadura del proletariado, convencido de la inminente traición de los líderes socialchovinistas. Ebert, en su política de fulgurante "consenso" de las clases en pugna, logra para el

15 de noviembre, apenas a dos semanas de iniciada la revolución, un acuerdo obrero-patronal que establece la jornada de ocho horas y comités de fábrica. Ese día se celebra el Congreso de Consejos Obreros de Alemania, en el cual son mayoritarios los socialdemócratas, quienes no tienen dificultad en lograr que este Congreso ceda el poder convocando a una Asamblea Constituyente para el 19 de enero de 1919.

La socialdemocracia cumplió magníficamente su papel hasta ese momento. Eficaz sustituto del partido monárquico o del partido burgués más avezado, hizo radicar el poder en sus manos, como "legítimo representante" del pueblo, utilizando el término del reconocimiento aliado, es decir, el estadounidense. A pocas semanas estaba la prueba definitiva entre los poderes existentes. La definición del punto crucial de la revolución. El proletariado no tenía su partido político, la socialdemocracia era, realmente, el partido de la pequeña burguesía, horrorizado ante la perspectiva de la revolución, de la "bolchevización". Por eso, desde diciembre se prepara la contrarrevolución: Ebert y el ejército han tenido nuevos acuerdos. Al contrario del curso revolucionario en Rusia, no es el proletariado el que se arma para someter a la burguesía, es el ejército dirigido por los monárquicos el que se apresta a la batalla, a defender la república. Para comenzar, hay que reprimir el alzamiento de los marineros y devolver la "unidad y disciplina" a la armada. El gobierno de los

socialdemócratas desconfía de los consejos, pese a que ejerce la dirección, por lo cual, bajo las órdenes del ministro del interior, Gustav Noske, se organizan las bandas de oficiales monárquicos antisocialistas, los "Freikorps" (73). El mando del ejército es renovado, pasando la dirección a un antiguo oficial monárquico, el general Hans von Seeckt, cuya posición es clara: frente a la revolución proletaria, defiende la república, pero no la defendería frente a la reacción. El poder de la burguesía y de los terratenientes ha quedado intacto y la socialdemocracia se ha entregado a la labor de construir la república. Las tareas que el PSA desea que cumpla la revolución son las democráticas exclusivamente.

A pesar de las condiciones adversas, el 30 de diciembre se efectúa el Congreso constituyente del Partido Comunista Alemán, a partir de la estructura partidaria de la Liga Espartaco y de los radicales de izquierda. La dictadura del proletariado, la expropiación de la banca y la industria, la nacionalización y distribución de la tierra, así como la lucha internacional contra el imperialismo, se cuentan entre los puntos del programa escrito por Rosa Luxemburgo. El congreso acuerda dar la lucha frontal al poder burgués y boicotear la asamblea nacional, pese a la oposición de la Luxemburgo (74). De hecho es el esfuerzo de los comunistas por dotar de una organización de combate al proletariado. Este esfuerzo se inscribe en la revolución mundial. La dilación en la construcción del partido del proletariado

resultaría muy costosa para la revolución. Apenas integrado, el PCA enfrentará la prueba de fuego de la lucha por el poder. En efecto, con un heroísmo y abnegación dignas del éxito, el proletariado alemán, poco preparado, especialmente por no contar de su lado siquiera una parte del ejército, se insurrecciona el 7 de enero bajo la dirección de los consejos obreros en manos de los comunistas y socialistas de izquierda. El gobierno socialdemócrata ya estaba preparado; había agrupado en torno suyo a la reacción y contaba con la fuerza íntegra del ejército. El ministro del interior, Noske, encabezó la sangrienta represión: "Que sea así. Alguien tiene que ser el perro sanguinario. ¡No temo la responsabilidad!". (75) Entre el 7 y el 16 de enero, son escenario del combate Berlín, Baviera, Hamburgo, Bremen, Sajonia, Magdeburgo y el Sarre. La noche del 15 son arrestados y brutalmente asesinados Rosa Luxemburgo y Carlos Liebknecht. El proletariado revolucionario es descabezado.

Las fuerzas de la revolución socialistas no estaban listas aún para la prueba de fuerza. Es verdad que se pudo armar a varios contingentes obreros, pero la mayoría de la clase obrera seguía a la socialdemocracia. La paz había sido asegurada previamente y se prometía un régimen de libertades con la constituyente, así como reformas sociales. La hegemonía de la clase obrera no existía. Aún en la propia clase obrera era hegemónica la política burguesa, mucho menos podía plantearse la vanguardia

constituir una alianza de obreros y campesinos con hegemonía proletaria. En cambio, la labor de la socialdemocracia en la defensa del régimen de la esclavitud asalariada, del régimen que había llevado a la masacre a 10 millones de personas y había dejado lisiadas otros 20 millones, era inexcusablemente correcta. A cambio, la burguesía le premiaría como a otros partidos socialistas del viejo continente: le dejaría gobernar en esos momentos difíciles. La traición de la socialdemocracia no podía ser más completa. Pese a la evidencia, a la prueba del crimen, millones de obreros europeos se mantenían ciegos y muchos socialistas insistían, desde la perspectiva centrista, mantener la unidad con semejantes engendros de la pequeña burguesía. Debemos asentar que en la actualidad, basándose en hechos reales, la socialdemocracia internacional minimiza su responsabilidad; acusa a los soviéticos de crímenes sin cuenta y se cubre con el manto de víctima del nazismo, pretendiendo ignorar su papel criminal y pavoneándose como campeón de la democracia. Veremos un poco más adelante como esa defensa férrea frente al proletariado se convirtió en docilidad frente a las bandas del capital monopolista.

Por fin, el 19 de enero de 1919, una vez reprimida la insurrección, se reunió la constituyente. De 421 diputados, 163 pertenecían al PSA. Al Centro Católico (Zentrum -Z-), partido pluriclasista de carácter confesional y oportunista, partido de gobierno, pertenecían

91 curules. Le seguía el Partido Demócrata Alemán (FDA), partido pequeño burgués republicano, con 75 diputados. Estas tres formaciones, las más numerosas en la constituyente, formaron la "Coalición de Weimar" para constituir una mayoría sólida y ganar el gobierno, cuyo proyecto era la defensa de la república burguesa. El resto de los diputados, menos de la cuarta parte, estaba compuesto así: 44 del Partido Popular Nacional Alemán (PPNA), partido de los terratenientes y de los campesinos dependientes de aquéllos, es decir la reacción; 22 comunistas; 19 del Partido Popular Alemán (PPA), partido de la burguesía industrial y 7 de organizaciones menores. Esta constituyente, a la que el PSA hipotecó el poder obrero, aprobó una constitución burguesa, que disponía la organización federal de la república, basada en un poder parlamentario y con elección del presidente por voto directo. El poder legislativo se encarga a una cámara de diputados electos (Reichstag) / a un consejo federal, integrado por representantes de los estados (Reichsrat). El presidente nombra a un canciller, quien es el jefe de gobierno. La constituyente también eligió presidente de la república, desde luego, al "artífice" de la misma; Friedrich Ebert, dirigente de la socialdemocracia, para un período de seis años. El canciller nombrado fue Philipp Scheidemann. Así, la socialdemocracia demostraba una agudeza política muy grande, había aprendido de la revolución rusa, sin duda. Confirmaba, a la vez, la

perspicacia de Lenin, enemigo irreconciliable de estos oportunistas desde 1914. Sabia el PSA que, para no ser eliminado de la liza, deberia tomar con toda decisi3n la bandera de la burguesia. El partido obrero de masas en cuyo seno se habian conservado las aportaciones del marxismo, como doctrina claro, derrotaba al proletariado y servia en bandeja de plata el poder a la burguesia. Triunfaba la ideologia burguesa en el movimiento obrero alemán.

En los dos siguientes años, el gobierno de la "Coalici3n de Weimar" se dedic3 a la magna obra de restaurar el orden icon la hostilidad del partido del orden! La alianza con el ej3rcito, que habia logrado una victoria inestimable al conservarse, daba la fuerza principal a la coalici3n, no su base social, concentrada esencialmente en los sindicatos, la pequeñaburguesia urbana y agraria y sectores de la burguesia industrial. Esta alianza aún hubo de librar un escollo revolucionario. En Munich, Baviera, bajo la direcci3n de Kurt Eisner, se funda el 7 de abril de 1919, la República Soviética de Baviera. Los obreros agrupados en los consejos respaldan al gobierno estatal, pero están aislados del resto de la clase. El socialdemócrata Hoffmann, presidente del estado federado, se apoya en el ej3rcito y, con la aprobaci3n del gobierno central, desata una ofensiva que culmina con la represión sangrienta del poder obrero y el asesinato de su lider, el 30 de abril. Sostenerse en el poder no resultaria fácil

para los demócratas burgueses. Aún deberían consolidar la república.

En primer lugar, las clases dominantes encargaban la tarea de lograr la paz. Alemania no podía imponer condiciones. Destruída por la guerra, en lucha interna aún y sometida al control de los ejércitos vencedores, sólo podía ser víctima de la paz imperialista, que ella misma, si fueran distintas las circunstancias, impondría. El Tratado de Versalles era una paz inicua, tanto o peor que la decretada por el alto mando alemán a la Rusia Soviética. Era un costo muy alto, pero debía pagarse. El 21 de junio de 1919 firmaban ese pagaré los representantes de Alemania, Hermann Muller y Johannes Bell. La derrota la asumía la socialdemocracia que había apoyado las reivindicaciones imperialistas alemanas. Pero las fuerzas de la reacción, a las que servía la coalición, no reconocían su responsabilidad en esa derrota. Lejos de ello, achacaban a la revolución y a su producto, la república, su propio fracaso, conspirando y hostilizando contra la obra de la socialdemocracia. Quedaba así atrapado por su propia "magia" el aprendiz de brujo encarnado en Ebert. El bonapartismo de la socialdemocracia tenía un futuro muy incierto, su seguro estaba en el ejército y, éste, estaba dirigido por antiguos monárquicos, como Seeckt. En consecuencia, los esfuerzos nacionalistas por restaurar el poder de los terratenientes pronto empezaron a brotar. El primero de ellos se presentó en mayo de 1920. Wolfgang von

Kapp encabezó un intento de golpe antirrepublicano, un "putsch", mismo que no fue secundado por el ejército. Seguido por sólo algunos Freikorps, el golpe fue eliminado mediante una huelga general. La clase obrera salvaba el poder de la burguesía. Poco después, los patrones industriales se oponían decididamente a las reformas sociales, como la jornada de ocho horas y la existencia de consejos de empresa, así como contribuciones de rentas y leyes antimonopolios, mediante la activa participación del Partido Popular Nacional. Nuevas amenazas se ciernen sobre la democracia. Las elecciones para el primer Reichstag se celebran, como solución, el 6 de junio de 1920. Otra vez es el PSA el partido que logra más diputados: de 459, tiene 102. Sin embargo hay un cambio importante en la conducta electoral del proletariado: el Partido Comunista logra el segundo lugar con 88 representantes. A la vez, el partido más derechista, el PPNA, llega a ser la tercera fuerza electoral, con 71 diputados. Siguen el PPA, 65 diputados; el Zentrum con 64; PDA con 39 y el Partido Popular Bávares (PPB), aliado del Z, con 21 representantes. Los avances logrados por el PCA y el PPNA, partidos antagónicos entre sí y con la república, expresan el nivel alcanzado por la lucha de clases. Expresan, en medio de la crisis económica derivada de la guerra, la crisis política a la que se enfrenta la democracia burguesa. Ambas organizaciones pretenden la eliminación de la república burguesa, como lo desea también el ejército, pero con objetivos opuestos:

uno quiere la dictadura del proletariado, los otros dos la dictadura de la burguesía y los terratenientes. La tarea del PSA es muy difícil, pero para 1920 ha logrado un precario equilibrio y, mientras la crisis lo permita, se mantendrá coaligado en el poder. Por lo pronto, la revolución mundial ha sido retrasada. Alemania es un eslabón muy fuerte en la cadena imperialista.

La revolución húngara.

Prácticamente simultánea a la revolución en Alemania, se desenvuelve la lucha por el poder proletario en Hungría. La tesis marxista acerca del desarrollo de la revolución en oleadas, del carácter mundial de la revolución, tenía una confirmación práctica al hilo de la victoria soviética en Rusia. Después de la "revolución de Viena", siguió al desmembramiento del imperio danubiano un complejo proceso.

En Hungría, la república se proclamó bajo la égida del conde Michael Karolyi el 16 de noviembre de 1918, dos semanas después de la formación del gobierno autónomo húngaro encabezado por el mismo noble. También en este país surgió el poder dual. Entre el 3 y el 16 de noviembre se formaron soviets de soldados y obreros. Casi inmediatamente chocaron el gobierno conservador y los soviets en torno a la cuestión agraria. Estos deseaban la nacionalización de la propiedad territorial grande y mediana, propugnaban su socialización. Debemos destacar que los campesinos estaban más bien dispuestos a la parcelación de la gran propiedad, contradicción que impediría la alianza de obreros y campesinos. La lucha entre ambos poderes se agudizó hasta entrado el año 1919. Mientras, un hecho marcaba un giro fundamental: la fundación del Partido Comunista. Con la revolución en curso, como en Alemania, se fundaba la organización de combate del proletariado, el 30 de noviembre de 1918,

dirigido por Bela Kun. La lucha de clases cobra mayor intensidad en febrero. El 20 de este mes se desarrolla una manifestación de obreros por la nacionalización de la propiedad de industrias y bancos, la cual es reprimida por el gobierno. En la misma, Bela Kun es detenido y encarcelado; el joven Partido Comunista pasa a la clandestinidad. Parece perfilarse una ofensiva contrarrevolucionaria, pero la movilización de las masas, especialmente la integración de los soldados en la lucha soviética, paraliza la acción de los restauradores monárquicos.

En Hungría la fuerza fundamental de la reacción está constituida por los terratenientes. La burguesía, al igual que en Rusia y Alemania, prefiere subordinarse a los terratenientes que enfrentar por sí sola a la clase obrera. De esta manera, las fuerzas de la restauración, como en Alemania, pretenden la defensa de la república como el mal menor.

Quizá estimulados por el proceso alemán, los terratenientes y la burguesía deciden un repliegue. El 20 de marzo de 1919, el conde Karolyi cede el poder republicano a la socialdemocracia. Esta organización, a diferencia de la alemana, se encuentra con un poder hueco. La fuerza está del lado de la revolución: el ejército. En consecuencia, se establece una rápida alianza entre el Partido Socialista y el Partido Comunista que, apoyados en los soviets, integran un nuevo gobierno. Se funda la República de los

Consejos el 21 de marzo, presidida por Garbei del PS, en cuyo gabinete figura Bela Kun como ministro del exterior. El gobierno convoca a elecciones para el 7 de abril. El resultado es definitivo: la absoluta mayoría vota por la coalición soviética. Por vez primera, se gana electoralmente el gobierno por una coalición socialista revolucionaria. La República Socialista Federativa Soviética Húngara es fundada. No obstante, apenas ha comenzado la verdadera revolución. Se crea el ejército rojo húngaro, se nacionalizan la banca y la industria, se implanta la jornada de 8 horas, se proclama la separación de Iglesia y Estado, se establece la enseñanza gratuita y se disponen los palacios, hoteles y hospitales para el servicio gratuito del pueblo. Los partidos Socialista y Comunista se fusionan en el Partido Socialista Comunista de los Trabajadores. La cuestión agraria es resuelta de manera radical, mediante la nacionalización de la propiedad territorial, incomprendida por el campesinado que aspiraba a la repartición agraria en pequeñas parcelas privadas. Esto da una fuerte base social a la restauración, pero es insuficiente para pasar a la contraofensiva. Sin embargo, así como la revolución se desenvuelve internacionalmente, la contrarrevolución opera igual. Del extranjero vendrá la fuerza necesaria para eliminar el naciente poder obrero.

El gobierno soviético húngaro entra inmediatamente en la lucha internacional. Acuerda con la RSFS Rusa la defensa mutua frente a la agresión imperialista, en consecuencia

con el planteamiento de la revolución mundial. Es más, es un hecho que la agresión imperialista está en curso contra el poder proletario de Rusia. Los ejércitos blancos reciben apoyo de los gobiernos de la Entente, a la vez que tropas de estos gobiernos operan en el territorio soviético. El ejército revolucionario húngaro se moviliza en parte del territorio de Eslovaquia, lo que da el preciso pretexto para que las tropas aliadas de Francia y Rumania lo ataquen. Una vez más queda clara la política imperialista de las hipócritamente llamadas "democracias": el ataque de las tropas aliadas no se detiene con la expulsión del ejército rojo de Eslovaquia. El pacto de ayuda mutua de los gobiernos soviéticos es impedido en la práctica por la intervención imperialista; entre los ejércitos rojos hay cientos de kilómetros de territorios ocupados por tropas imperialistas. Bajo el cobijo del avance de las tropas rumanas, se crea un gobierno contrarrevolucionario integrado por la aristocracia terrateniente, presidido por Pal Teleki y apoyado por la burguesía internacional. El almirante reaccionario Miklos Horthy es nombrado comandante supremo del ejército restaurador. Con la intervención extranjera se reorganiza la reacción y el ejército rojo es derrotado. El 1 de agosto termina la experiencia soviética en Hungría. Bela Kun se refugia en Rusia.

Hungría también era un eslabón débil de la cadena imperialista, la socialdemocracia húngara pasó a las filas revolucionarias por la enorme fuerza y organización del

proletariado, el ejército, decisivo en la lucha por el poder, estaba del lado soviético. Al igual que en Finlandia, sólo la intervención imperialista podía restaurar el poder de las clases opresoras. Sin embargo, todo apoyo de los imperialistas tiene precio. Hungría es forzada a ceder más de la mitad de su territorio, satisfaciendo los apetitos de los vecinos que tan solidariamente contribuyeron a la destrucción del poder obrero. El Tratado de Trianón, firmado por el gobierno reaccionario, fue el costo de la victoria restauradora. No obstante, la causa de la democracia burguesa perdió. Quizá no importara mucho, toda vez que era una bandera demagógica y no un principio. En Hungría se instauró un gobierno dictatorial, basado en el dominio de la aristocracia terrateniente, cuyas reivindicaciones territoriales le acercaron a las posiciones fascistas en la década de los treinta. El totalitarismo ganó aliados. Tal como los jefes del ejército alemán, el imperialismo de las "democracias" defendía la causa de la democracia a sangre y fuego frente al "totalitarismo" proletario, pero era aliado del totalitarismo reaccionario frente al ejercicio de la democracia. Es decir, la causa democrática era sólo un remedo de principio, un enmascaramiento. ¡Todavía lo es! Esta fue la política de la burguesía europea que la llevó a la II Guerra Mundial, como veremos en este trabajo.

El II Congreso de la COMINTERN.

La Internacional Comunista se fundó en medio de la guerra civil rusa, después de la insurrección alemana de 1919 y al hilo de la revolución húngara. El Congreso de marzo de 1919 estaba impregnado del espíritu revolucionario, el cual llevó a Lenin a su famosa frase : "La victoria de la revolución proletaria está asegurada en el mundo entero." (76). La reciente experiencia en Rusia, Finlandia, Hungría, Alemania y Bulgaria convencía a los dirigentes revolucionarios de la posibilidad e inminencia de la revolución mundial. Pese al esfuerzo de la guerra, las clases desposeídas habían desplegado una gran energía para impulsar la revolución. Precisamente en los países del centro de Europa y del este europeo, víctimas principales de la guerra, la revolución se había presentado con fuerza inaudita. Aún resonaban los ecos de los combates de clases, cuando los delegados de unos cuantos países decidían la fundación de la organización llamada a ser el partido de la revolución en el mundo. El resultado inmediato de la revolución había sido la irrupción de las masas en la política mundial. Para Lenin, la derrota de algunas revoluciones, posibilidad ya prevista, era una cuestión menor. Lo importante era el despertar de millones de hombres que se convencían de la posibilidad de tomar en sus propias manos su destino. El problema era que la dirección del movimiento no había estado preparada lo suficiente para encarar con éxito el problema del poder. En Alemania había sido evidente la importancia de contar con

una parte del ejército, cuando menos, pero también la fuerza que adquiría la burguesía al contar de su lado a la socialdemocracia, a la que era necesario derrotar o, cuando menos, paralizar y ganar sus bases sociales para la causa de la revolución. También contaba, y mucho, el poder de la burguesía, centralizado internacionalmente por los gobiernos hegemónicos del imperialismo mundial. Pero también pesaban las contradicciones entre las potencias imperialistas. El análisis de estas cuestiones, por la necesidad inmediata de la defensa de la revolución rusa, debió ser pospuesto para el siguiente Congreso.

Prácticamente simultáneo con la contraofensiva victoriosa del poder soviético, se celebró en Petrogrado y Moscú el II Congreso de la Internacional Comunista, del 19 de julio al 7 de agosto de 1920. En el mismo deberían abordarse las cuestiones esenciales de la estrategia comunista. Lenin había dicho que el comunismo se convertiría en una fuerza decisiva de la política mundial. La Comintern debería encarar esa tarea en la medida que contribuyera al desarrollo de la revolución mundial. Con la participación de 217 delegados de 37 países, el II Congreso adoptó las resoluciones más importantes de la organización (77). De hecho las resoluciones que han orientado la actividad de los comunistas desde entonces. En ese histórico congreso se trazaron las líneas directrices de la política comunista, resultado del análisis de la situación mundial de la época. Cabe destacar que, en medio

de la lucha contra los socialchovinistas y los "renegados" kautskianos, asistieron al congreso delegados, sin voto, del Partido Socialista Francés y del Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania; quizá fue definitiva esa participación: ambas organizaciones contribuyeron en 1920 a la creación de las secciones respectivas de la Internacional, aportando gran cantidad de cuadros y experiencia, pero también desviaciones.

En este II Congreso, se adoptaron los famosos "21 puntos" indispensables para la admisión de partidos comunistas como secciones de la Comintern. En ellos se establecían las líneas políticas históricas. Los partidos miembros de la Internacional se convierten en secciones nacionales ejecutoras de la política por la revolución mundial, su tarea central es la organización de la dictadura del proletariado y la expropiación de los expropiadores; se organizarán de acuerdo al principio del centralismo democrático, se denominarán comunistas y se subordinarán a las decisiones de los congresos de la Comintern, cuyas resoluciones son obligatorias, así como son "generalmente obligatorias de acuerdo a las condiciones particulares" las decisiones del Comité Ejecutivo de la IC. La lucha revolucionaria de los partidos comunistas debe atender las necesidades de conducir la revolución, en un proceso ininterrumpido, desde las tareas democráticoburguesas a las propiamente socialistas, luchando por la alianza de la clase obrera con los

campesinos y otras clases oprimidas por la burguesía y/o los terratenientes, en la cual buscará la hegemonía del proletariado industrial. En este proceso luchará contra las direcciones derechistas y centristas de la socialdemocracia de manera sistemática, pues su actuación es un peligro para la continuidad de la revolución. Los comunistas deberán realizar su trabajo de propaganda y organización tanto en el terreno legal, como en el ilegal, participando en el parlamento burgués y en la organización clandestina de los órganos de poder de la clase obrera. En la lucha contra el imperialismo, los comunistas lucharán por impedir la acción belicista de "sus" gobiernos. En tal sentido, se opondrán a la guerra de conquista, así como apoyarán la lucha democráticoburguesa y antimperialista de las burguesías de las colonias y semicolonias contra el imperialismo. Este último punto se basó en la concepción de que "por el atraso de las colonias" no era posible plantearse la revolución socialista directamente, pero, a la vez, la lucha de las burguesías nacionales de las colonias y semicolonias por la liberación nacional y las tareas democráticoburguesas, en el último estadio de la sociedad capitalista, el imperialismo, estaba destinada al fracaso, por lo cual sólo el proletariado, en alianza con los campesinos pobres y medios, podía asegurar el triunfo de semejante programa en un proceso ininterrumpido al socialismo. Lenin y Manabendra Nat Roy, militante comunista indio que participó en la organización del Partido

Comunista de México en 1919, pusieron a punto esta resolución sobre la cuestión colonial y nacional. El Congreso eligió un nuevo Comité Ejecutivo compuesto por representantes de 20 secciones, quedando compuesto el Buró de la siguiente manera: presidente, Gregor Zinóviev; vicepresidente, Nicolai Bujarin; secretario, M. Kobetsky; E. Meyer y A. Rudnyansky. Los tres primeros rusos y los últimos, alemán y húngaro, respectivamente.

Con estas resoluciones, la Comintern se proponía cumplir el papel de "fuerza decisiva" de la política mundial. Y, en efecto, rápidamente se extendió la lucha al interior de los partidos socialistas en torno de los 21 puntos, a la vez que el movimiento comunista mundial, basado en el único estado obrero triunfante, a partir de 1920 inició una ofensiva que conduciría al enfrentamiento entre las posiciones políticas extremas del proletariado y la burguesía. La democracia burguesa entraba en un proceso de profunda crisis: los "totalitarismos" ganarían la escena mundial muy pronto. Sin embargo, sería en España donde se pondría a prueba definitiva la famosa antinomia democracia totalitarismo, quedando en evidencia la demagogia e infamia de la burguesía internacional, como lo veremos al final de este estudio.

CAPITULO 5. TOTALITARISMO Y DEMOCRACIA EN ALEMANIA
(1920-1934).

El movimiento comunista.

El Partido Comunista Alemán se ve obligado, luego de la sangrienta represión a pasar a la clandestinidad. Reconociendo su situación minoritaria en el seno de la clase obrera, el Congreso clandestino de Heidelberg resuelve, en abril de 1920, acercarse al PSIA para potenciar su fuerza, sobre la base de la lucha por el poder obrero, con la cual el PSIA simpatizaba. Esta decisión provoca que el ala izquierda del PCA, promotora de la insurrección y opuesta a cualquier alianza o negociación con los reformistas, se escinda y constituya el Partido Obrero Comunista de Alemania (POCA). Escisión dolorosa y grave en las condiciones de derrota del movimiento comunista alemán. No obstante, en las elecciones de junio del mismo año, el PCA aumenta su fuerza electoral y obtiene 88 diputados, convirtiéndose en el segundo partido del Reichstag (78). Esa escisión fue compensada, pues en octubre del mismo año el Congreso del PSIA, celebrado en Halle, aprobó los 21 puntos y decidió ingresar a la Comintern, con lo cual avanzó hacia la unificación con el PCA. La fusión dio origen al Partido Comunista Unificado de Alemania, que, por su número de militantes, era el mayor en la Comintern, después del bolchevique. Este hecho constituía un gran avance en la lucha por la revolución en Alemania, eslabón clave, tanto del imperialismo como de la revolución.

mundial. Por lo tanto, la lucha de clases en Alemania cobraba una importancia estratégica. La realidad demostró este aserto, pues del resultado de la lucha dependió el curso de la política mundial en las siguientes décadas.

Las difíciles condiciones económicas derivadas de la guerra son enfrentadas por una política de recuperación que favorece a los grandes monopolios, pero impide el mejoramiento de la economía en su conjunto, perjudicando tanto a la clase obrera, que ve aumentar el paro forzoso, como a las capas de la pequeña burguesía urbana y rural en la producción agraria e industrial y en el comercio. La economía alemana entra en un círculo crítico, del cual se intenta salir con la intervención gubernamental, mediante exenciones fiscales a los industriales y la generación de nuevos empleos con el gasto público, para reactivar el mercado interno, lo cual provoca una aguda inflación y una mayor penuria para las clases explotadas. Hasta 1924, con la aplicación del Plan Dawes, la economía alemana encuentra un punto de recuperación, alcanzando su crecimiento los niveles de la preguerra, pero sólo temporal y ligado a las condiciones generales de la economía capitalista mundial, misma que entra en crisis en 1929. La dinámica de la economía corre paralela y ligada a la lucha de clases. En los años de crisis se exageran las contradicciones políticas, expresión de las sociales. Podríamos decir que se desarrollan tres periodos de lucha en ese contexto de crisis: a) 1920-23, ascenso revolucionario; b) 1924-28,

estabilización republicana; c) 1929-34, ascenso y triunfo fascista. Estos tres periodos corresponden a la dinámica de "defensa de la democracia" frente al "totalitarismo", caracterizados por la política burguesa de defensa, esta sí real, de las condiciones de acumulación capitalista de los monopolios a costa de las clases oprimidas en el mundo entero; dinámica desarrollada por los diferentes partidos de la burguesía, desde los tradicionales demócratas (liberales, conservadores, radicales, etc.), pasando por la socialdemocracia, hasta los derechistas, frente a la lucha del proletariado revolucionario y las clases oprimidas. Es en Alemania donde se bate el futuro de la humanidad, es allí donde se define la alternativa "socialismo o barbarie" planteada por Rosa Luxemburgo. Veamos brevemente, en lo pertinente, estas tres fases de la lucha de clases en Alemania.

En la despiadada lucha de clases por el poder de la sociedad que es la revolución, triunfa el partido más decidido ganando para sus posiciones a la mayoría de la población. Organizando tras de sí a la mayor fuerza social posible, enfrenta las tareas de la construcción de su propio poder, de su propio estado. Esta es, desde luego, una afirmación esquemática, pues la decisión está en relación directa con el carácter de clase del partido y, en consecuencia, con el programa histórico que comporta. Entonces, el debate político acerca de la democracia planteado por la revolución rusa, mejor dicho, planteado

por los bolcheviques de manera práctica al instaurar la dictadura del proletariado sólo es inteligible en esos términos.

"Los socialistas gubernamentales alemanes pueden gritar todo lo que quieran que el poder de los bolcheviques en Rusia es una caricatura de la dictadura del proletariado. Que lo haya sido o que lo sea es algo que se debe únicamente a la actitud del proletariado alemán, que fue una caricatura de la lucha de clases socialista. Todos vivimos sometidos a la ley de la historia y la sociedad socialista sólo es realizable internacionalmente", escribió Rosa Luxemburgo (79), a propósito de los argumentos socialdemócratas en contra de la victoria del proletariado ruso. Para los comunistas alemanes era indispensable el poder obrero en Alemania para la construcción del socialismo, impensable en un contexto nacional. La socialdemocracia, como vimos, al reprimir la insurrección obrera, encarnó su proyecto histórico, el de la burguesía, pero tenía la necesidad de enmascararlo, por lo cual se convirtió en paladín de la democracia, a secas. Se oponía, por tanto, a cualquier régimen dictatorial, fuese proletario o monárquico. Cayó en su propia trampa, haciendo de su carácter socialista una caricatura de socialismo. Se convirtió en el "regente" de la burguesía y, como tal, en el centro de la lucha de clases en esos tres periodos que arriba indicamos.

A) Ascenso revolucionario.

La resistencia de los patrones a las reformas sociales, al cumplimiento de los acuerdos firmados en noviembre de 1918, así como la hostilidad de los terratenientes y militares a la república, empujaban al PSA a apoyarse en el movimiento obrero, dando mayor beligerancia a los dirigentes sindicales. Sin embargo, sus métodos conciliadores hacían prácticamente imposible el éxito de las demandas obreras. Se deterioraba su papel de dirigentes burgueses de la clase obrera. En esas condiciones, la desesperación obrera crecía. En marzo de 1921 el proletariado se insurrecciona en Sajonia, Prusia y Hamburgo pero es fácilmente reprimido por el ejército, al mantenerse localizado el movimiento. El PCUA se mostró inconsistente en esta intentona y el PSA mantuvo coherencia al impedir la extensión del movimiento. Era una nueva victoria de los dirigentes reformistas. Podría considerarse que en su flanco izquierdo estaban bien cubiertos: la república no peligraba frente al totalitarismo obrero. Defendían bien el régimen frente a la revolución, contando con el apoyo del ejército, pero en éste se gestaban movimientos golpistas.

Mientras, el gobierno de la coalición de Weimar avanzaba en la estabilización de Alemania en la política mundial. Firmó el 25 de agosto de 1921 la paz por separado con Estados Unidos y el 16 de abril de 1922 el Tratado de Rapallo con la República Soviética Rusa. Este tratado establece la renuncia a las indemnizaciones de guerra y formaliza las relaciones germano-soviéticas; para Alemania

es un alivio, pues no agravará las duras condiciones que le impusieron los vencedores; para Rusia es una victoria, pues se abre la perspectiva del reconocimiento al poder soviético por parte de los gobiernos burgueses, reduciendo el aislamiento, aunque ya había firmado acuerdos de intercambio económico con Inglaterra y Francia. El problema internacional más agudo de la República de Weimar seguía siendo la cuestión de las reparaciones de guerra, en otras palabras, la paz imperialista. A principios de 1921 se intensifica la presión de los aliados para el cumplimiento del Tratado de Versalles. La Conferencia de París fija el total de las reparaciones en 269 mil millones de marcos oro, pagaderos en 42 anualidades, pero el gobierno alemán considera excesiva la cantidad, por lo cual los aliados dictan el "ultimátum de Londres" con objeto de hacer efectivo el tratado de paz. Alemania deberá proceder al cumplimiento del tratado en lo que se refiere a la reducción del ejército y de su armamento, a cambio de lo cual se reduce la cantidad de las reparaciones a 132 mil millones de marcos oro, de los cuales deberá entregar mil millones en un plazo de 25 días. La presión de las "democracias" amenaza con ahogar la maltrecha economía alemana, incapaz de recuperarse y ahora sometida, prácticamente, a un embargo de su producción de carbón y madera. El gobierno de la Coalición de Weimar, ahora encabezado por Wilhelm Cuno, se ve obligado a aceptar el ultimátum, pero propone una moratoria que es rechazada por

los aliados. Estos deciden, como represalia por el incumplimiento del pago inicial, ocupar la cuenca del Ruhr, principal zona industrial y minera de Alemania. La ocupación la ejecutan tropas de Francia y Bélgica en enero de 1923. Parece que los defensores internacionales de la democracia quieren ahogar la de Alemania. Esto produce una situación crítica, con plena efervescencia del nacionalismo y de resistencia frente a las medidas de los aliados. El gobierno de Cuno promueve la resistencia pasiva en la zona ocupada. Los partidos orientan a sus militantes según su propia política, haciendo fracasar la de Cuno.

La situación económica de Alemania, para 1923, ha entrado en franca depresión. El paro forzoso se ha incrementado y el marco ha descendido a niveles alarmantes, llegando en febrero de ese año a cotizarse en 18 mil marcos por dólar y para fines del año llegará a la inaudita cifra de 2.4 billones de marcos por un dólar (80). La ocupación del Ruhr es catastrófica. Insoportable para todas las clases sociales alemanas. Se genera un clima de guerra internacional y, también, de guerra civil. El gobierno dirigido por los socialdemócratas se ve sometido a las presiones de las fuerzas extremas del país. La resistencia popular a la ocupación extranjera es creciente, dirigida por el PCA, se convierte en detonante de la revolución. El PCA había resuelto en su Congreso de Leipzig (enero de 1923) intensificar la lucha de masas con vistas a la constitución del gobierno obrero, por lo que sus 300 mil

militantes organizan manifestaciones y huelgas, a la vez que promueven la participación de todos los trabajadores, independientemente de militancia partidaria, en la resistencia a la ocupación extranjera y a la ofensiva del capital contra las condiciones de vida del proletariado. La movilización de masas entra rápidamente en conflicto con la acción de las bandas nazis y de los cuerpos paramilitares nacionalistas de los partidos derechistas, chocando en las calles. Las manifestaciones obreras son agredidas por los nazis. La organización obrera se desarrolla en un sentido defensivo que, dotado de una política correcta, se convertiría en ofensivo. Se crean comités de fábrica, comités de desempleados y "centurias proletarias", organizaciones de autodefensa obrera.

En agosto de 1923 la organización obrera ha alcanzado un nivel nacional, a diferencia de las organizaciones derechistas, aún fragmentadas y concentradas principalmente en Baviera. El 11 de agosto, el comité revolucionario de obreros de Berlín convoca a una huelga general, que es ratificada por el Comité Fabril Nacional. El gobierno de Cuno es obligado a renunciar por esta circunstancia, por lo que se concreta una "Gran Coalición" de los partidos burgueses, encabezada por Gustav Stresemann del Partido Popular Alemán, quien es nombrado canciller. Ante la crítica situación, el nuevo gobierno decreta el estado de emergencia el 27 de septiembre, pasando de hecho el control del país al ejército, dirigido por oficiales monárquicos.

Es en este marco que la derecha intenta un nuevo putsch, encabezado por el exmayor de la Reichswehr Buchrucker, quien intenta una marcha sobre Berlín el 29 de septiembre, pero es rechazado fácilmente por tropas del gobierno. Los golpistas ocupan Krustin y Spandau el 1 de octubre, pero también son sometidos por tropas de la Reichswehr. El comandante del ejército, von Seeckt, aunque simpatiza con los objetivos de los golpistas, considera que la "causa nacional" no será alcanzada mediante la guerra civil (81).

La acción del ejército tiene un resultado doble. De una parte, convence de la lealtad del mismo a la república a los partidos demócratas. De otra parte, da un espacio para la preparación de una insurrección obrera. H. Blander, dirigente del PCA estaba convencido de la perspectiva victoriosa de una insurrección proletaria, lo cual comunica a la Comintern que, basándose en los informes del mismo, apoya el proyecto revolucionario. Al interior de Alemania los obreros efectivamente habían avanzado en su organización, pero se encontraban muy localizados. Su fuerza estaba en Sajonia, Turingia y Hamburgo. El 14 de octubre, el PCA convoca al proletariado a prepararse para "una batalla que establecería un gobierno de todo el pueblo trabajador en el Reich y en el exterior" (82). De hecho anunciaba su intención insurreccional, por lo cual el gobierno se adelantó a los planes comunistas. Había otra debilidad importante, pues el PCA estaba aliado en esos estados a los socialdemócratas de izquierda y, en gran

medida, dependía de estos el curso de los acontecimientos. En estas condiciones, el 21 de octubre, luego de la sustitución, en Sajonia y Turingia, de los gobiernos de coalición PC-PS por comisarios del estado, el ejército se dirigió a Sajonia en una manibra tendiente a la represión. El PCA convocó a una huelga general, pero los socialdemócratas de izquierda, ante la perspectiva tan difícil, se negaron a secundar el plan, obligando a los comunistas a abandonarlo. La insurrección se redujo a Hamburgo, donde el proletariado enfrentó una violenta represión del 23 al 25 de octubre. Fracasaba el último intento proletario de hacerse del poder. Se cerraba un capítulo en la revolución mundial con una derrota que habria de costar al movimiento comunista la pérdida de la mayoría obrera en los países industrializados de "occidente", durante décadas.

La república burguesa se levantaba con un triunfo, esta vez definitivo, sobre su ala izquierda. Sin embargo, era también una pérdida, pues el proletariado había sido la principal garantía democrática frente al totalitarismo de derecha. En Baviera, gobernada por un Comisario del Estado en sustitución del gobierno electo, se desarrollaban planes golpistas. El mismo comisario, Gustav von Kahr, encabezaba el proyecto de instaurar una dictadura nacional sin parlamento, capaz de eliminar las turbas socialistas, lo cual comunicó al comandante en jefe del ejército, von Seeckt. Este, reconociendo su identificación con el plan,

se opuso con la misma lógica que lo enfrentó al putsch de Buchrucker: no debería propiciarse la guerra civil. Es decir, el jefe del ejército consideraba que no contarían con el consenso necesario para estabilizarse en el poder. Kahr vaciló, pero no así el jefe del Partido Obrero Nacional-socialista Alemán, Adolf Hitler. El 8 de noviembre, armado de una pistola, Hitler interrumpió un discurso de Kahr ante los burgueses bávaros en Munich, proclamando que había llegado la hora de la "revolución nacional". Se proponía la integración de un nuevo gobierno en el cual él sería el "dirigente político", Ludendorff ministro de defensa y Kahr regente de Baviera. Al día siguiente, suponiendo que se le dejaría hacer, se dirigió al mando de sus fuerzas nazis, apoyadas por "grupos patrióticos" del ejército, al centro de Munich. Las tropas regulares dispararon sobre los golpistas, dispersándolos. El líder de la asonada fue detenido y encarcelado, dos años después su partido postularía al mismo Ludendorff a la presidencia. La república, con el apoyo del ejército, se enderezaba de la crisis política con la victoria de la democracia burguesa. Victoria temporal, como la que se obtendría en la economía con el Plan Dawes.

B) Estabilización de la República.

Al parecer, la situación tan conflictiva de Alemania, precipitada por la ocupación del Ruhr, hizo ver a los imperialistas la necesidad de facilitar la estabilización reduciendo las presiones. El gobierno de Estados Unidos propuso el Plan Dawes, mediante el cual se regularía el pago de las reparaciones, reduciéndose inmediatamente los pagos exigidos, de 3.14 mil millones de marcos oro a sólo 1.08 mil millones anuales, los cuales aumentarían, desde 1926 a 2.5 mil millones. Se le facilita a Alemania un préstamo de 300 millones de marcos oro para efectuar el primer pago. La Conferencia de Londres acepta el plan. El apoyo de la burguesía imperialista era indispensable para la estabilización alemana. Inmediatamente el gobierno desarrolla ampliamente la política de intervención estatal para lograr la recuperación, reducir el paro y detener la inflación. Esto último se logra con un nuevo marco. En los siguientes cuatro años hay una expansión productiva que se verá agotada durante la crisis de 1929.

El gobierno de la gran coalición conduce la política alemana en el terreno de la democracia, luego de los acontecimientos de 1923. Sin embargo, la socialdemocracia se retira en noviembre de 1923 de la gran coalición, en vista de la política de Stressemann: dureza contra la izquierda y benévolo con la derecha. Pero la característica del período de estabilidad republicana es el fortalecimiento de la derecha, tanto en el terreno electoral, que es sólo

reflejo, como en el del consenso popular. Poco a poco, la victoria de la democracia se transforma en victoria de la reacción nacionalista. Progresivamente la derecha va predominando, dándose la paradoja de que la república se estabiliza presidida por un monárquico! Precisamente el artifice de este periodo es Stresseman, líder del Partido Popular, partido de la burguesía, al punto que los sucesivos gabinetes del periodo incluyen siempre al dirigente burgués y, también, al PSA. La primera prueba de estos rasgos se presenta en las elecciones de 1925.

Obligados a una segunda vuelta electoral, los partidos se coaligan para sostener candidaturas presidenciales viables. Celebradas el 26 de abril de 1925, las elecciones presidenciales arrojan estos resultados: Coalición de Weimar (PSA, Z y PDA), 13.75 millones de votos, apoyando al Dr. Wilhelm Marx, miembro del Centro Católico (Z); coalición derechista (PPNA, PPE, PPA y PONS -nazi-), 14.65 millones de votos, apoyando al general Paul von Hindenburg; Partido Comunista, 1.93 millones de votos, apoyando a Ernest Thalmann. La derecha sale victoriosa, pero las elecciones del Reichstag de diciembre de 1924 hablan dado a la Coalición de Weimar mayoría parlamentaria, lo cual genera una relación inestable de partidos que culmina en 1928 con la elección del cuarto Reichstag, en el cual los partidos de derecha alcanzan casi la mitad, una vez que el Zentrum abandona la coalición con el PSA. Este es el partido mayoritario en todo el periodo, pero no puede gobernar solo

y, en todos los casos, se alia a los partidos burgueses. Hay un permanente enfrentamiento entre comunistas y socialdemócratas, pese a las iniciativas comunistas de construir un frente único proletario. La socialdemocracia cumple, durante todo el periodo su papel de guardián de la república. Será despedida en cuanto los nazis estén en posición de dominar, a los cuales se entregará la burguesía "democrática" alemana sin luchar.

La estabilidad de la república burguesa era imposible sin asegurarse internacionalmente. Stressemann cumple muy adecuadamente su papel de "estabilizador", mediante una política de conciliación con las "democracias occidentales", lo que concita la irritación de los nacionalistas. Esa política permite que Alemania encuentre un periodo de paz, hábilmente manejado para lograr mantener su situación de potencia, pese a ser vencida y responsable de la guerra, desde luego en el marco de los intereses del imperialismo. Así, Alemania participa en la Conferencia de Locarno en 1925, cuyos acuerdos comprometen a esta nación a la solución pacífica de los problemas con sus vecinos, mediante el Pacto de seguridad del Rin con Francia, Gran Bretaña, Italia y Bélgica, asegurando la inviolabilidad de las fronteras existentes, así como los acuerdos bilaterales de arbitraje con Francia, Bélgica, Polonia y Checoslovaquia. Celebra, en 1926, el Tratado de Berlín con la URSS, acordando la neutralidad en caso de ataque de terceros y ratificando las fronteras fijadas en

Rapallo. Ese mismo año ingresa a la Sociedad de Naciones. Finalmente, ya en el proceso de dominio derechista, Stressemann apoya la iniciativa de Aristide Briand, en la SDN, de crear los Estados Unidos de Europa.

La política de acercamiento con los antiguos enemigos hace que la derecha adopte una posición nacionalista a ultranza, desatando un creciente revanchismo, basado en el desarrollo de doctrinas militaristas, cuyo exponente máximo es el Partido Obrero Nacional-socialista Alemán (PONSA). A la vez, el proceso imperialista, del cual Alemania es en esta época un elemento oprimido, cobija la recuperación alemana mientras se encuentra en expansión. Los límites de esta política se encuentran, al igual que para las otras potencias, en la dinámica capitalista que desembocará en la gran crisis de 1929, condición determinante de la II Guerra Mundial.

C) Ascenso y triunfo nazi.

La República de Weimar había resistido dos intentos insurreccionales del proletariado y tres asonadas de los nacionalistas reaccionarios. En las elecciones para el Reichstag, en mayo de 1928, los partidos socialdemócrata y comunista, presentándose independientes, alcanzan el 42% de la representación, 207 de 491 diputados. Esta circunstancia, sin embargo, no pudo ser capitalizada en favor de las clases oprimidas, dada la oposición radical entre los programas de uno y otro partido; al PCA no se le ocurriría la posibilidad de integrar un gobierno con el

PSA, sobre la base en que este lo constituiría: la colaboración con la burguesía. La posibilidad más adecuada sería una plataforma de gobierno que condujera al poder obrero, pero esta era una perspectiva imposible para el PSA. La política de frente único proletario, propugnada por la Comintern, era impracticable en Alemania. La socialdemocracia se había constituido en un irreconciliable enemigo, además de formidable. Empero, este partido reformista estaba siendo desplazado de las tareas gubernamentales; llegaba a su fin su misión en defensa de la república. La derrota del proletariado implicaba el giro del poder hacia la alianza de la burguesía y los terratenientes, a cuyo lado correría la pequeñaburguesía. Este era el resultado de fondo de la gestión de la Coalición de Weimar en la defensa de la democracia: se la entregaban a los partidos derechistas, enemigos de la misma democracia burguesa.

La crisis económica capitalista mundial agrava la crisis de la democracia. Las quiebras, el paro forzoso, la contracción del crédito y el descenso del nivel de vida de los trabajadores aceleran al inestabilidad gubernamental. Es evidente la necesidad de enfrentar la depresión con medidas excepcionales, pero las alianzas gubernamentales de los partidos demócratas son incapaces de efectuarlas. Los obreros luchan en las calles contra el paro y la inflación, demandando mejoras salariales. Los patrones requieren de crédito para mantener activa la producción. Los pequeños

campesinos requieren protección del gobierno, mediante subsidios. La depresión también acelera la proletarianización de los pequeños patronos, comerciantes e intelectuales, acostumbrados a niveles de vida mejores que los de los obreros, pero son amenazados por la miseria del desempleo, lo cual los radicaliza. Los prejuicios y el atraso político crean una "clientela" política ávida de encontrar a los "culpables" de los males nacionales. Este es un excelente caldo de cultivo para la propaganda nacionalista. Para ésta es el tratado de paz, son las potencias occidentales y el capitalismo con su desigualdad, los culpables directos de la situación de postración de la nación alemana. Pero también son responsables de que la "gran nación aria" esté subordinada los autores de la política de conciliación con los aliados. Estos han aprovechado la política de sometimiento desarrollado por los socialdemócratas y sus aliados. El PONSÁ tiene la solución adecuada: la creación de la sociedad corporativa, el pleno empleo y el desarrollo económico en plena armonía sin lucha de clases, la recuperación de la nación como gran potencia.

Nuevamente una situación internacional conflictiva conduce a la definición de la lucha por el poder en Alemania. Los aliados, en la Conferencia de la Haya de 1929, adoptan el Plan Young, que reclama a Alemania 34.5 mil millones de marcos de reparaciones de guerra pagaderos en 59 años, con derecho a moratorias bianuales y el compromiso, en

este caso, de entregar la tercera parte de la cuota correspondiente; los aliados desocuparán Renania (noviembre). En Alemania se someterá a plebiscito la aceptación del plan. Los partidos nacionalistas reivindican la cancelación de toda reclamación. En contra del plan se concreta una alianza temporal entre el Partido Popular Nacional y el Partido Nazi (PONGSA), lo que da a éste una gran fuerza propagandística al ser financiado por los grandes propietarios industriales de aquel partido, especialmente el líder del PPNA, Alfred Hugenberg, propietario de una cadena de periódicos. La campaña nacionalista, basada en descargar la responsabilidad de la situación crítica en los aliados, fracasa. El plan es aceptado por el gobierno alemán. Sin embargo, de esta derrota se levantará el proyecto nazi. El último gobierno socialdemócrata, encabezado por Hermann Muller, cae en marzo de 1930. En las elecciones de ese año el PONGSA alcanza 107 escaños en el Reichstag, convirtiéndose en la segunda fuerza política. Su ascenso, desde ese momento, es irresistible.

En una cadena de acontecimientos característicos de la inestable democracia parlamentaria, los nazis ven abonado el terreno para su avance. Ligado a ello está el poder alcanzado por la camarilla reaccionaria de von Hindenburg, que es capaz de concertar las alianzas más amplias del espectro político democrático-burgués. Para enfrentar la crisis, el nuevo gobierno, encabezado por el Centro

Católico, actúa con poderes extraordinarios, concedidos por la constitución, lo que le permite mantener fuera de acción la oposición parlamentaria de nazis y comunistas, que representan las opciones más radicales, antagónicas entre sí. Sin embargo, este gobierno oscila, adoptando primero medidas perjudiciales a los trabajadores, en tanto reducen el empleo y los salarios; posteriormente, ante el inmenso paro forzoso, adopta un plan de nacionalización y reparto de tierras, previa indemnización, que le trae el repudio de los terratenientes, a los cuales no importa que también proponga la monarquía constitucional. Este es ya un claro proyecto restaurador. Para los derechistas ha permanecido el derecho a armarse, existiendo los "cascos de acero" (milicia del PPNA) y las guardias nazis (las SA, milicia de choque de composición proletaria -desempleados y ocupados- dirigida por Ernst Rohm, y las SS, sección de la anterior, destinada, originalmente a la guardia personal de Hitler). Para los comunistas se ha agotado, después de la derrota de 1923, el esquema de la organización de autodefensa obrera, pese a que permanece y el partido tiene una fuerza social comparable a la de los nazis. De esta manera, en una eventual guerra civil, la reacción está más preparada.

La derecha, ante el programa del canciller Heinrich Brüning, se lanza a la ofensiva, pero aún dividida. En las elecciones presidenciales de marzo de 1932 se presentan: el Partido Nacionalsocialista con Hitler como candidato;

Duesterberg, jefe de los "cascos de acero", como candidato del Partido Nacional Alemán; Hindenburg, monárquico y reaccionario, candidato de la "Gran Coalición"; y Thalmann por el Partido Comunista. En la primera vuelta, el primero obtiene 11.34 millones de votos (30.12%); el segundo, 2.56 millones (6.8%); el tercero, 18.65 millones (49.54%) y el comunista, 4.98 millones (13.23%). Por una pequeña diferencia Hindenburg no alcanzó la mayoría "absoluta" y fue necesario pasar a una nueva ronda electoral. En la segunda disminuyó la afluencia de votos y se retiró el candidato del PPNA, plegándose a la gran coalición. Hitler obtuvo 13.42 millones de votos, Hindenburg 19.36 millones de votos y Thalmann 3.71 (83). Setecientos mil votantes, aproximadamente, se decidieron por la gran coalición, dándole la victoria al alcanzar más del 50% del total de votos válidos. Sin embargo, el avance logrado por los nazis, fue notable, más de dos millones de electores. A la vez, los comunistas perdieron más de un millón de votos. Estos elementos juntos, sin ser definitivos en la lucha de clases, indicaron claramente la tendencia dominante en el pueblo alemán. Era cuestión de tiempo para que la derecha se definiera por el golpe de gracia a la democracia burguesa. En realidad, dió el golpe definitivo al proletariado. Después de esta elección, en la que son las personalidades más reaccionarias las más populares, los partidos de la burguesía y la pequeña burguesía serán

incapaces de detener la escalada restauradora. La única clase revolucionaria había caído derrotada.

Los sucesivos gobiernos, defensores de la "causa nacional", quedan en manos de una derecha sin proyecto coherente. Aunque Franz von Papen y Kurt von Schleicher, monárquicos, desean reivindicar la gran Alemania, carecen de proyectos coherentes y, sobre todo, base social. Por ello, el período de 1930-1933 bajo ambos gobiernos, fue el del crecimiento del partido nazi. Después de derrotar al proletariado, la burguesía sólo podía entregarse al autoritarismo. Las reivindicaciones nacionalistas alemanas, más bien expresiones vulgares de la política imperialista de los grandes monopolios, eran absolutamente incompatibles con la democracia. La organización de combate de la pequeña burguesía nacionalista, cuya composición social era eminentemente campesina (84), llegaba al poder para realizar el proyecto histórico de la gran burguesía monopolista. Hugenberg y Krupp no podían considerar una mala inversión su empresa política. Ante Europa ofrecían su alternativa a la revolución: el fascismo.

Hindenburg, en realidad la camarilla que actúa detrás de él, acepta, frente a la eventualidad de un golpe de estado de Schleicher, quien pretende resolver el problema del paro ubicando a los desempleados en el campo y busca apoyarse en los sindicatos dirigidos por el PSA, decide que sea Hitler canciller. El 30 de enero de 1933 Hitler nombra gobierno. Su primer paso, modesto y negociado con el "clan

Hindenburg", es ocupar el ministerio del interior nacional y el de Prusia, nombrando a Frick y Goering: la policia era clave para el estado policiaico. Los monopolistas y la camarilla de Hindenburg, así como los nacionalistas, suponían controlable a Hitler, ignorando el paso histórico y de trascendencia mundial que habían dado. En menos de un año los nazis se habían convertido en el único partido legal. Entre enero y julio de 1933, sólo se les habían opuesto el PCA y el PSA. El primero fue prohibido en marzo y el segundo en junio de 1933. Las otras formaciones políticas de la burguesía se desbandaron, integrándose sus militantes al PONSÁ. Posteriormente, las fuerzas de choque nazis, los SA o guardias de asalto, se expandían hasta encuadrar a millones de hombres, convirtiéndose en una organización capaz de forzar la política del gobierno nazi. Peor, sus dirigentes, especialmente Rohm, hablaban de la "segunda revolución": la integración del ejército en las SA, la eliminación de los maganates y la realización del programa social del partido, mediante la estatización de la economía. Imposible, el poder de Alemania se basaría en el desarrollo industrial para recuperar su papel de potencia mundial y ni el propio Hitler podría tener una opción diferente, por lo tanto debería eliminar al ala izquierda de su propio partido, arriesgando la base social alcanzada. Las SS, selectas, purgarían a las SA: el 30 de junio de 1934 se efectuó la "noche de los cuchillos largos" asesinandose a los dirigentes de las SA, empezando

por

Rohm, a Gregor Strasser, también dirigente del ala izquierda del PCNSA aunque no de las SA, a Schleichner y a Kahr. La purga no fue costosa y concentró más el poder en el Führer. Alemania recuperaba su tradicional gobierno autoritario y se enfilaba a ser una de las potencias imperialistas más importantes.

Paralelamente, la situación internacional venía modificándose y creaba circunstancias en las que la dictadura nazi podría desarrollar sus proyectos imperialistas. Pese a que, en julio de 1932, los países acreedores, reunidos en la Conferencia de Lausana, fijaban en sólo tres mil millones de marcos oro la cantidad total por reparaciones para resolver definitivamente la cuestión y decidían la desocupación del Ruhr, los nacionalistas alemanes no quedarían satisfechos. En la Conferencia del Desarme, también iniciada en 1932, Alemania planteó que las demás naciones se desarmaran o permitieran el rearme germano. La real posición de guerra de las potencias imperialistas condujo al fracaso de la conferencia en 1934. Los nacionalistas "democráticos" habían dejado un terreno en el exterior favorable a los nazis. Su objetivo inmediato: la anulación del Tratado de Versalles para alcanzar el "espacio vital". Los nazis trabajarían empeñosamente por esa reivindicación, preparando la guerra. Unilateralmente revisaban la parte referente al desarme alemán en la práctica: el rearme era una solución a la crisis. En el mismo año de la consolidación en Alemania del poder

autoritario, del totalitarismo más descarnado del gran capital, se desata el rearme en Europa. La guerra estaba en curso.

Tal como Lenin lo había previsto en su Informe acerca de las concesiones de 1920, la paz imperialista impuesta a Alemania desarrollaría las condiciones para la guerra. En el mismo texto Lenin preveía el choque entre el Japón, los Estados Unidos. Se equivocó en cuanto al curso de la contradicción entre Estados Unidos y Europa occidental, que se redujo al cese del pago de deudas de guerra de los últimos a aquél y el distanciamiento estadounidense de los europeos, pero, sin duda, era perspicaz!

CAPITULO 6. REVOLUCION Y FASCISMO EN ITALIA.

Democracia y lucha de clases.

Como Rusia, Italia era un país atrasado a fines del siglo XIX. Alcanzó su unidad nacional apenas en 1870, conquistando así un mercado interno, indispensable para el desarrollo capitalista. En el norte de la Italia unida, el Piamonte, se había desarrollado industria, pero fue hasta la década de 1880 que se impulsó un desarrollo ampliado, mediante el proteccionismo y la inversión de capital extranjero. Sin embargo, en esta década se inicia ya la política colonialista de la burguesía italiana en Africa. De este modo, en el período de preparación de la Primera Guerra, la monarquía parlamentaria italiana tiene una activa intervención. Involucrada en el proceso bélico al lado de la Entente, los resultados obtenidos fueron desastrosos. La industrialización acelerada que conoció, se ve menguada, más de 500 mil heridos de guerra y más de 700 mil muertos fue su cuota de sangre y una deuda de guerra enorme: 1500 millones de dólares a Estados Unidos y 2500 millones a Inglaterra. La lucha de clases se exacerbó naturalmente.

La gran burguesía, apoyada en los pequeños propietarios y profesionistas liberales (pequeña burguesía en conjunto), impulsa el movimiento nacionalista, toda vez que han ganado la guerra, acaudillado por el Partido Nacionalista (fundado en 1910) y encarnado por excombatientes, ahora desempleados.

En

realidad

desea

el

desplazamiento de los líderes terratenientes del poder. Por su parte, los proletarios de la ciudad y del campo ven empeorar sus condiciones de vida, pasando a la actividad política, estimulados por la revolución rusa y la agitación revolucionaria en Alemania. El Partido Socialista de Italia (fundado en 1892), promotor, durante la guerra, de la neutralidad italiana, desarrolla desde 1917 una activa propaganda por el socialismo. Las condiciones para el asalto a la democracia parlamentaria están preparadas.

Cabe destacar que la democracia italiana no fue, precisamente, un dechado de virtudes. En primer lugar, no pudo imponerse frente al derecho dinástico, es decir, se trataba de un compromiso entre la burguesía y la nobleza terrateniente. Incorporada a su carácter "intermedio", la corrupción convertía la "política de los políticos" en un negocio, que en su época se llamó "transformismo". Giovanni Giolitti, líder liberal, fue la "gran personalidad" del período previo a la guerra, encabezando el gobierno durante más de diez años (1903-1914), mediante la manipulación de las elecciones. Finalmente, el derecho al voto, caracterizado por todos los defensores de la democracia parlamentaria como su esencia, hasta 1912 fue restringido, decretándose en este año universal para los hombres, excluyendo a los analfabetos, es decir, a un gran número de italianos.

El movimiento obrero revolucionario se desarrolló rápidamente. Con el crecimiento de la industria aparecieron

las organizaciones obreras, con un rasgo característico: primero se organizó un partido socialista que una central obrera. Fue hasta 1906 que se fundó la Confederación General del Trabajo (CGL). Así, el desarrollo político de los proletarios italianos fue, digamos, precoz, pero no el más avanzado de Europa. En su seno, como en otros países, se desarrollaron corrientes oportunistas. Los rasgos de la democracia italiana antes descritos facilitaban esa situación. En el PSI había dos corrientes básicas a principios de siglo: los reformistas y la izquierda. Los primeros apoyaban las medidas "progresistas" del gobierno, mientras los segundos promovían la revolución. Como el resto del movimiento socialista, en 1914 se presentó una diferenciación interna. La adaptación italiana de la resolución de Basilea contra la guerra, se convirtió en la consigna de la neutralidad absoluta. Avanti!, órgano de prensa central del PSI, publicó el 14 de octubre de 1914 un artículo de su director, Benito Mussolini, en el que se defendía la "neutralidad relativa" de Italia en la guerra, un virtual apoyo a la Entente. Esto provocó la destitución del director del periódico, en aras de que se respetara la consigna de la neutralidad absoluta. Sin embargo, el 31 de octubre de ese año, un joven militante del partido, apenas ingresado un año antes, escribe en Il Grido del Popolo, órgano turinés del PSI, un artículo titulado "Neutralidad activa y operante", en el cual plantea la obligación del PSI de desarrollar en sí mismo el estado del futuro

socialista, para explotar la posibilidad de que la crisis de la guerra haga al proletariado la clase dirigente de Italia. Esta posición era, evidentemente, más cercana a la resolución de la II Internacional y a la posición de Lenin. El autor era el estudiante Antonio Gramsci (85). Estos dos artículos revelaban la existencia de diferentes concepciones políticas al interior del PSI, de todas conocidas, pero estas dos tendencias en particular habrían de protagonizar la lucha por el poder en pocos años. Mussolini iniciaba su carrera oportunista a las pocas semanas: el 15 de noviembre publicaba su propio periódico Il Popolo d' Italia, proponiendo la intervención de su país en la guerra imperialista. Unos meses después, el 24 de mayo de 1915, Italia entraría en la guerra, con la activa oposición del proletariado italiano que había realizado una huelga general contra la guerra el 17 de mayo. Cumplía así su deber la clase obrera.

Mientras la matanza internacional proseguía, el trabajo de los socialistas iba madurando. En agosto de 1917, los obreros de Turín reciben a los representantes del gobierno provisional de Rusia con vivas a Lenin, demostrando la fuerza de la tendencia comunista del PSI. Durante ese mes se desarrollan diversas manifestaciones populares contra la guerra. El proletariado se prepara para las jornadas de posguerra. Pese a la derrota del ejército italiano en Caporetto frente a los austrohúngaros, el gobierno mantiene su disposición a cumplir los compromisos contraídos en el

Tratado de Londres. Por fin, los italianos vencen a los ejércitos de la monarquía danubiana el 1 de octubre de 1918 y el 3 de noviembre se firma el armisticio.

A partir de 1919 se desarrollará con mucha intensidad y rapidez la lucha de clases en Italia. El movimiento revolucionario toma cuerpo y las organizaciones políticas crecen. En enero se funda el Partido Popular, dirigido por Luigi Sturzo, de orientación católica y base social campesina. El PSI se adhiere a la Internacional Comunista, mientras la Federación Italiana de Obreros Metalúrgicos (FIOM), de orientación socialista, conquista la jornada de ocho horas. Al mismo tiempo, en abril, comienzan las agresiones fascistas: una banda ataca las oficinas de la redacción de Avanti! en Milán, destruyendo material. El 23 de marzo se había fundado el Movimiento Fascista Italiano, integrado por "fasci di combattimento" y "squadre d'azione", con una composición social de desclásados, del lumpenproletariado, y de desempleados, especialmente excombatientes, composición disputada a los nacionalistas. El programa del MFI "era decididamente revolucionario" (86), pero con un contenido de clase reaccionario y un dirigente más que oportunista, quien declaró en septiembre de 1920: "Soy reaccionario y revolucionario según las circunstancias" (87). Claro que habrá quien diga que era un político "pragmático".

El movimiento comunista.

Al interior del PSI se venía desarrollando una línea política revolucionaria. Por un lado, comienza a publicarse en Turín el semanario L'Ordine Nuovo (LON), dirigido por Gramsci, Palmiro Togliatti, Umberto Terracini y Angelo Tasca, en busca de una mayor identificación entre el partido y la clase obrera. Turín, en el norte de Italia, es una de las ciudades de mayor concentración industrial del país, además de las industrias llamadas "de punta", por lo cual es una localidad de alta concentración proletaria. En el semanario se publica, el 21 de junio de 1919, un artículo de Gramsci: "Democracia obrera". Este artículo reviste una particular importancia: inicia la agitación por los consejos de fábrica, la consigna central del proceso revolucionario italiano. En el artículo se plantea que la clase obrera, en su propia vida, en su labor cotidiana, contiene en germen el socialismo. Es en la producción industrial donde se concentra lo más avanzado de la sociedad y su carácter colectivo, cooperativo, revela el futuro de la humanidad. Los obreros, desposeídos, producen la riqueza en forma colectiva, misma que es apropiada en forma individual. Por tanto, es en la producción misma donde se encuentra el poder de la sociedad. Los obreros, los productores, deben controlarla. He aquí el germen del estado socialista. "El Estado socialista existe ya potencialmente en las instituciones de vida social características de la clase obrera explotada. Relacionar esos institutos entre ellos, coordinarlos y subordinarlos a

una jerarquía de competencias y de poderes, concentrarlos intensamente, aún respetando las necesarias autonomías y articulaciones, significa crear ya desde ahora una verdadera y propia democracia obrera en contraposición eficiente y activa con el Estado burgués en todas sus funciones esenciales de gestión y de dominio del patrimonio nacional." (88). Seguidamente, se propone la creación de los órganos de control obrero: los consejos de fábrica. Las comisiones internas de los talleres existentes en ese momento deberían ser convertidas, de órganos que limitan el poder del capitalista, en órganos que lo sustituyan. Las comisiones deberían elegir delegados a asambleas de la fábrica, al consejo propiamente dicho; los trabajadores deberían proceder análogamente en los barrios y comunidades campesinas y, he aquí la consigna revolucionaria: "todo el poder de la fábrica a los comités de fábrica" en relación con esta otra: "todo el poder del Estado a los consejos obreros y campesinos" (89). Las consignas parecen repetir el eco de la lucha en Rusia. Sin embargo, hay una definitiva originalidad en este proyecto: los consejos de fábrica como unidades básicas del poder obrero. Tampoco, si se escatimara esa originalidad, se había reunido el II Congreso de la Internacional Comunista, en el que se adoptó la resolución de que los partidos comunistas deberían impulsar la dictadura proletaria, la dictadura de obreros y campesinos. Por otro lado, el 6 de julio, un mes después de "Democracia obrera", se crea en

Roma la fracción comunista del PSI, dirigida por Amadeo Bordiga.

De una manera precoz se presentan rasgos análogos a los que caracterizaron el curso de la revolución alemana y de la posterior reacción. La conducta de las clases sociales y de los partidos políticos será, como veremos, también análoga, sólo que en período de lucha menor, más rápido y con una trascendencia, para la revolución, menos espectacular, para la restauración, dramática. La democracia parlamentaria, de todas maneras, evidencia su incapacidad para resolver la problemática social en momentos de máxima tensión. La democracia parlamentaria, basada en el fetichismo de las elecciones, basada en las formas y no en el fondo, se desnuda siempre frente al cuestionamiento del poder. No puede persistir en los momentos en que las masas desposeídas la reclaman para sus intereses, es por definición una forma política de clase. Sólo otra forma política de clase puede funcionar para los intereses de los desposeídos.

La situación revolucionaria en Rusia y Hungría reclama del proletariado mundial apoyo. En Turín estalla una huelga de solidaridad con los soviets rusos y húngaros, el 20 de julio de 1919, que declina poco después. Pero su efecto en los patronos, los terratenientes y, en general, en la monarquía, es de terror. Las clases dominantes se convencen de la proximidad de la revolución. Las acciones que se sucederán después confirmarán ese temor. Por su

parte, los dirigentes socialistas se ufanan, pese al reformismo de la mayoría de ellos, de la inminente instauración de la dictadura del proletariado, contribuyendo a los preparativos defensivos de la monarquía.

En septiembre de 1919 se funda en la Fiat de Turín el primer consejo obrero. Tres meses han sido suficientes para que avance la consigna de El Nuevo Orden. El 1 de noviembre, la FIOM, por mayoría de votos, se adhiere a la lucha por los consejos obreros; el 17 del mismo mes, la Cámara del Trabajo de Turín se pronuncia por los consejos de fábrica. Por su parte, los nacionalistas también pasan a la acción. El poeta Gabriele D' Annunzio, caudillo del Partido Nacionalista, dirige, también en septiembre, una expedición a Fiume, Dalmacia, y la ocupa. Se trata de un cuestionamiento del poder estatal, ya que las tropas italianas de ocupación consienten en la acción (90). En noviembre se realizan elecciones generales, las primeras con voto proporcional. En ellas resultan electos 156 socialistas y cerca de 100 "popolari", ambos partidos de masas, con apoyo en obreros y campesinos; no obstante no alcanzan mayoría. Los católicos del PPI son, más bien, proclives al fortalecimiento del estado, pero exigen medidas favorables a las masas, son populistas. Ellos también pasan a la acción y el 17 de noviembre, dirigidos por el diputado Migliori, los campesinos invaden y toman las tierras de los latifundistas del Valle del río Po.

Durante 1920 la lucha se acelera. Los primeros seis meses de este año el gobierno es dirigido por el liberal F.S. Nitti. El gobierno es confiado, por la coalición del orden de los partidos burgueses, nuevamente a Giolitti en junio. Este adopta una posición de conciliación. Promete que se van a aumentar los impuestos sobre el derecho sucesorio y los beneficios del capital, así como mejorar los salarios. El gobierno liberal teme a los populares, dado que en un periodo muy corto alcanzaron una gran influencia de masas y, además, representan el apoyo de los católicos y son dirigidos por un sacerdote, Sturzo, quien, desde el punto de vista liberal, no debiera intervenir en política. A este partido estarán dirigidos algunos intentos de incorporación al gobierno. A la vez, después de que los soldados que deberían partir a Albania se sublevaran negándose a partir, Giolitti reconoce en la guerra el origen del peligro que corre la democracia parlamentaria y, por tanto, es urgente resolver la situación internacional. Se reconoce la independencia de Albania, se acuerda con Yugoslavia un Tratado en Rapallo, con el cual se cede Istria a Italia, Dalmacia a Yugoslavia y Fiume se convierte en ciudad libre. D'Annunzio es expulsado de esta ciudad. Esto que es un éxito para los liberales, no agrada en absoluto a los nacionalistas, que ven traición en ello. Se inicia la ruptura de los partidos burgueses. El temor a la revolución ha operado estas decisiones, y aunque la lucha es inminente, no hay aún un poder obrero suficientemente

desarrollado y extendido que plantee la dualidad de poderes.

Los consejos obreros.

El movimiento obrero prosigue su desarrollo. Los consejos dirigen la ocupación de las fábricas a partir de febrero de 1920, en Turin, por un objetivo mínimo: fijar el horario según la hora solar y no la oficial. De hecho se inicia la expropiación de los industriales. Los obreros pasan a controlar las fábricas: son problemas totalmente nuevos. La policía desaloja a los obreros. El 7 de marzo los patronos fundan la Confederación de Industriales (Cofindustria). Al mismo tiempo que los comunistas llaman a la celebración del Congreso de los consejos obreros, la Cofindustria declara el lock-out y exige que no haya elecciones de comisiones internas para reabrir. Se ha desatado una lucha sin precedentes. "Por primera vez en la historia se dio efectivamente el caso de un proletariado que se lanza a la lucha por el control de la producción sin ser movido a esa acción por el hambre ni por el paro. Además, no fue sólo una minoría, una vanguardia de la clase obrera, la que emprendió la lucha, sino la masa entera de los trabajadores de Turin, que entró en liza y llevó adelante la lucha, sin preocuparse por las privaciones y los sacrificios, hasta el final." (91). Los obreros disputan el poder a la burguesía en las fábricas, pero carecen del poder del estado, carecen de la alianza campesina, pese a que los campesinos están movilizados y proceden, también,

a disputar el poder a los terratenientes en los propios campos de cultivo. Es el momento de plantearse la toma del poder. Es un momento decisivo en la historia de Italia. Toca a los dirigentes del PSI, a los que han asegurado que se instauraría la dictadura del proletariado, adoptar las medidas que la situación exige. Gramsci, Togliatti y los demás miembros de la sección turinesa del PSI, proponen la concentración de los obreros mediante el Congreso de los Consejos. Los soldados han rodeado la zona industrial de Turin y amenazan con intervenir contra los proletarios. El 13 de abril se declara la huelga general en Turin, 500 mil proletarios urbanos y rurales de la región participan. La fuerza obrera está en marcha. El gobierno de Giolitti teme ordenar la intervención del ejército, teme que los soldados se pasen con los huelguistas, pues entre los militares se ha desarrollado propaganda socialista y está muy reciente la experiencia de la expedición a Albania. Los partidos reaccionarios ven con alarma, pero impotentes, el desarrollo de los acontecimientos. Finalmente, la responsabilidad recae en el PSI. Sus dirigentes rehuyen el problema. Rápidamente se ponen en evidencia: debería celebrarse el XVI Congreso del PSI en Turin del 18 al 22 de abril, los dirigentes derechistas, encabezados por Filippo Turati, así como los centristas, dirigidos por Giacinto Serrati, decidieron trasladarlo a Milán, lejos de la lucha obrera. Hasta ahí fueron los delegados de la sección turinesa a proponer la intervención del partido a nivel

nacional, pero fue inútil. La dirección del PSI se negó a asumir su responsabilidad, dejándola en manos de la sección turinesa. Esta se vió obligada a reconocer la imposibilidad de que Turín, pese a ser el centro del proletariado italiano, pudiese sola vencer el poder de los capitalistas. "Mientras la masa obrera defendía valerosamente en Turín los Consejos de fábrica, la primera organización basada en la democracia obrera, encarnación del poder proletario, en Milán charlaban (los del PSI) de proyectos y métodos teóricos para la formación de los Consejos como forma de poder político que el proletariado habría de conquistar" (92), demostrando su impotencia los reformistas. Una vez más, la socialdemocracia demostraba su incorregible posición de defensora de la burguesía. La experiencia de los consejos era clave para el desarrollo de la revolución, y bien lo comprendían los patrones, pues por eso decidieron el lock out: para destruir los consejos. Además se desarrollaron en la zona industrial donde el proletariado había alcanzado un alto grado de organización, experiencia revolucionaria y combatividad. En efecto, en Turín se habían desarrollado ya dos insurrecciones armadas. En mayo de 1915, durante la huelga contra la entrada de Italia en la guerra, los obreros de Turín lucharon contra la policía y destruyeron la Casa del Pueblo. En agosto de 1917, estimulados por la experiencia rusa, luego de la visita de los delegados del Soviet de Petrogrado, se desarrolló una insurrección; durante

días los insurrectos tomaron varios barrios y trataron de hacerse del centro de la ciudad, sede de las instituciones de gobierno y de los mandos militares, resistieron heroicamente, pero fueron derrotados, dada su inferioridad en armas. Los soldados, de los cuales los insurrectos esperaban apoyo, habían sido engañados por los oficiales con la historia de que el movimiento, dirigido por la sección turinesa del PSI, había sido preparado por los alemanes, impidiendo la unión de los proletarios uniformados y los de las barricadas (93). Con toda razón Gramsci decía que los obreros de Turín eran la "gula espiritual" del proletariado italiano.

La dirección del PSI hizo que la CGT ordenara que no se apoyara la huelga de Turín. De las disquisiciones sobre el poder obrero, los reformistas pasaron a la oposición activa. "Los ferroviarios de Pisa, Livorno y Florencia se negaron a transportar las tropas destinadas a Turín; los trabajadores portuarios y los marineros de Livorno y Génova sabotearon el movimiento en los puertos; el proletariado de muchas ciudades se lanzó a la huelga a pesar de las órdenes de los sindicatos en contra de ella." (94). De este modo, los dirigentes oportunistas del PSI entregaban al proletariado e iniciaban su bancarrota política. Esta decisión sería muy costosa, históricamente, para la revolución mundial como veremos.

La huelga fue derrotada. Bajo los auspicios del gobierno se logró un acuerdo el 24 de abril. Habría

comisiones obreras con autonomía en su constitución y se volvería al trabajo.

Pese a esta experiencia, la evolución política italiana parecía seguir un curso revolucionario. Seguidamente, los católicos pasaban a organizar una milicia de excombatientes, los "arditi del popolo", el 27 de junio de 1920, dirigidos por Arrigo Benedetti. El temor de los liberales a los populistas aumentaba. Peor sería en 1921, con el acercamiento e intento de encuadramiento de los comunistas en los arditi, dirigido por Gramsci. Pero es nuevamente el proletariado industrial el que toma la iniciativa en septiembre del mismo año. En Milán se produce un lock out en una fábrica el 31 de agosto. En respuesta, los obreros ocupan 300 talleres en la misma ciudad, entre el 1 y el 4 de septiembre. Se inicia un período de nuevas huelgas. La FIOM organiza la lucha de 500 mil metalúrgicos en todo el país. Las huelgas son con ocupación de fábricas: virtualmente se confiscan las empresas a los capitalistas. Se trata de la lucha por el control de la producción. Esta vez, Gramsci ve con pesimismo la perspectiva de la huelga: no existe partido comunista capaz de conducir a la victoria el movimiento. Hay un terrible retraso en la dirección frente a las urgentes tareas presentadas por el desarrollo espontáneo del movimiento, retraso dramático. En efecto, el gobierno de Giolitti promueve un acuerdo para terminar con las huelgas: se reconocerá legalmente el derecho de participación de los

obreros en la dirección de las empresas (95). El movimiento culmina el 28 de septiembre. Nuevamente el PSI ha mostrado su incapacidad para afrontar las necesidades de la revolución, pero mantiene su lenguaje radical.

El Partido Comunista de Italia.

Del 13 al 21 de enero de 1921 se celebró en Livorno el XVII Congreso Nacional del PSI. En el mismo se habrían de ajustar cuentas. El II Congreso de la Comintern había establecido las 21 condiciones para pertenecer a la misma y el PSI había votado a favor de adherirse. Una de esas condiciones era luchar por la eliminación de los reformistas y centristas de los partidos revolucionarios. La política defendida por los reformistas era la misma que los había llevado a oponerse al movimiento de los consejos, por tanto deberían ser expulsados, pero surgió una corriente mayoritaria que defendía la unidad del partido, pese a estar de acuerdo con las condiciones de la IC. Esta corriente estaba dirigida por el delegado del partido a la IC, Serrati, que al asumir esa posición claudicaba, convirtiéndose en centrista. Los resultados de los escrutinios internos daban esta composición: por la corriente dirigida por Turati, reformistas, 14,695 votos; por la corriente de los "comunistas unitarios" dirigidos por Serrati, 93,038 votos; por los "comunistas puros", dirigidos por Bordiga y L'Ordine Nuovo, 58,783 votos. Ante la actitud de los centristas, la izquierda decide la escisión y el 21 de enero se inicia en la misma ciudad el I Congreso (de fundación) del Partido Comunista de Italia. Aunque se atendía la necesidad de contar con el partido de la vanguardia revolucionaria de la clase obrera, permanecía el retraso que tan costoso había resultado el año anterior.

Este retraso no se podría superar. Era una lucha indispensable, pero la coyuntura revolucionaria empezaba a cerrarse. En efecto, por una parte, los consejos entraban en una crisis, definitiva, en marzo del mismo año y, por otra parte, la derecha iniciaba su ofensiva: la violencia fascista se desataba en abril. Si bien existían antecedentes de violencia política de los fascistas, estos habían quedado más como provocaciones que como una campaña en forma. El movimiento revolucionario italiano se enfrentaba a una situación muy difícil y, peor, habría de superar una serie de problemas, entre otros, la consolidación de su propia dirección, la dirección del Partido Comunista, que quedaba en lo inmediato en manos de los elementos más izquierdistas, propugnadores de la revolución como obra voluntaria y exclusiva del PC. La realidad política habría de poner a cada uno en su lugar.

Crisis económica y lucha política.

El 15 de mayo de 1921 se celebraron elecciones para la Cámara de Diputados. Había una novedad: los fascistas ganaban 35 representantes. En las anteriores elecciones (noviembre de 1919), los fascistas habían intentado inútilmente hacer un frente con los socialistas y al presentarse por su cuenta no habían obtenido representantes. Esta vez fue diferente: estaban incluidos en el bloque del orden. Este bloque (demócratas, liberales, nacionalistas y fascistas) obtuvo 275 diputados; los populares (PPI) 107; los socialistas 122 diputados y los

comunistas sólo 15 diputados. Para este mes los obreros desempleados alcanzan el número de 400 mil, significativo dato de las dificultades económicas enfrentadas, especialmente por los trabajadores.

El gobierno de Giolitti es sustituido en junio por el de otro liberal, Ivanhoe Bonomi, quien promueve un pacto de pacificación entre los líderes de la CGT, el PSI y el MFI, mismo que se concreta en agosto. Hipócrita acuerdo de Mussolini, cuyas bandas mantendrán sus actividades de violencia sistemática, debilitando las organizaciones políticas opositoras. Por su parte, Gramsci y El Nuevo Orden promueven un acercamiento con la milicia de los arditi en julio, pero el Comité Ejecutivo del partido, encabezado por Bordiga, se opone y en agosto prohíbe estrictamente la participación de los comunistas en los arditi, con el argumento de que sólo el partido debe desarrollar el encuadramiento militar del proletariado, aunque no realice nada práctico para ello. La resolución del III Congreso de la Comintern, en julio, de formar el frente único obrero frente a la agresión del capital, encuentra la situación italiana muy compleja. Sin embargo, el PCI decide una fórmula intermedia en lo inmediato: luchar por ese frente en el terreno estrictamente sindical. En marzo de 1923, el II Congreso del PCI decide rechazar por completo la política del frente único, tanto a nivel de la lucha por el poder político como sindicalmente.

De esta manera, la política sectaria de Bordiga aisla al PCI, a la vez que los arditi también quedan aislados, toda vez que los "popolari" pasan a formar parte de la defensa del orden. Los arditi declinan y a fines del año desaparecen, pasando sus elementos, aparentemente, a militar en los fasci. La derecha, encabezada por el oportunista Mussolini inicia su fortalecimiento definitivo, ahora apoyada abiertamente por los burgueses y los monárquicos. Estos temen más al movimiento revolucionario que al fascismo, finalmente entregado al mejor postor. Acerca de ese temor a los comunistas, resulta muy ilustrativa la experiencia de Gramsci. En 1927, cuando lo llevaban detenido los policías fascistas, en la estación de Palermo conoció a un siciliano, mafioso, con quien sostuvo este diálogo: "¿Gramsci, Antonio?. SI, Antonio, contesté. No puede ser, repuso él, porque Antonio Gramsci tiene que ser un gigante, y no un hombre tan bajito"; en el mismo tren, un oficial de policía, al pasar lista, le preguntó si era pariente del "famoso diputado Gramsci" y al recibir como respuesta la autoidentificación del "famoso diputado" se quedó sorprendido y, poco después, se lo comunicó a otro oficial, el cual fue a visitar al detenido, quien narra: "me dijo que siempre había imaginado mi persona con dimensión 'ciclòpea', y que desde ese punto de vista se sentía muy desilusionado" (96). Esta visión, hasta cierto punto provinciana, de la estatura de Gramsci, es reveladora del temor que suscitaba, entre los estratos conservadores, la

extraordinaria e incansable labor del dirigente comunista. Llevada al extremo de la falsedad por la propaganda fascista, lo convertía en un demonio.

Para 1922, el movimiento de la izquierda italiana había retrocedido notoriamente como consecuencia de la derrota de 1920. Los resultados electorales dieron una visión distorsionada de la correlación de las clases sociales y los partidos. Dividido y agredido, el movimiento socialista se enfrentaba a un descenso muy marcado de su apoyo social. La crisis continuaba en ascenso y los parados llegaban a 600 mil en enero de 1922, habiéndose incrementado un 50% desde mayo de 1921. Los salarios se redujeron en un 30% durante 1922. La clase obrera había sido duramente golpeada, lo que se reflejaba en la militancia de las organizaciones de izquierda. Bueno, el PSI entró en una franca bancarrota, pues de 216 mil miembros en enero de 1921, llegó a tener 73 mil en octubre de 1922 y, en abril de 1923, solamente 10 mil participaban en él; el XVIII Congreso en Milán, en octubre de 1921, destinado a lograr la expulsión de los reformistas terminó en fracaso, ya que los internacionalistas no pudieron lograr ese objetivo, manteniéndose una unidad ficticia en el PSI, sin que tampoco la mayoría se decidiera por unificarse con el PC. Por fin, esa unidad ficticia terminó con la decisión de los reformistas de escindirse, en octubre de 1922, y fundar el Partido Socialista Unitario. Por su parte, el Partido Comunista vió reducida su militancia de 42,956 en

octubre de 1921 a sólo 7 mil en octubre de 1922. Lo mismo sucedió con las organizaciones de masas, en proporciones mayores: la CGT tenía 2 millones de afiliados en 1921, llegando en diciembre de 1922 a 800 mil. La federación campesina, Federterra, orientada por los socialistas y los populares, descendió en su membresía de 1 millón y medio a sólo 200 mil campesinos.

Exactamente al contrario, el Movimiento Fascista, que en noviembre de 1921 tomó el nombre de partido, incrementó su fuerza y capacidad de acción en el mismo período. Por una parte, aprovechando el pacto de pacificación y el descenso de los arditi, incrementó su campaña de violencia, amedrentando a las bases sociales de los partidos de izquierda e impidiendo, con esas agresiones, que los socialistas y los populares alcanzaran su objetivo de integrar, con los demócratas burgueses (en la eventualidad de que éstos aceptaran), un gobierno antifascista. Ante el incremento de la campaña fascista de 1922, tolerada descaradamente por los mandos policíacos y militares, así como por el gobierno de Facta, integrado en febrero, se desarrolló una de las últimas acciones del proletariado italiano en agosto: huelga general. Mussolini lanzó un arrogante ultimátum al gobierno, exigiendo que restableciera el orden o lo haría el Partido Fascista. La huelga se desgastó con una demanda que el gobierno no cumpliría. Es el momento de avance de los fascistas. El proletariado ha sido derrotado. Ninguna fuerza se les puede

operar para alcanzar el poder. La burguesía y los monárquicos están ansiosos por detener el espectro de la revolución. Mussolini proyecta su "marcha sobre Roma" para el 28 de octubre, que es inmediatamente respondida con medidas de defensa, reuniéndose el gabinete y girando órdenes al ejército de rechazar a los fascistas. La madrugada del 28, el rey se niega a firmar el decreto del estado de emergencia, tratando de pactar aún con Mussolini, pero éste exige la rendición del gobierno burgués. El día 29 el rey, Víctor Manuel III, convoca a Mussolini (97). Al día siguiente se forma el gobierno fascista. En el mismo se incluye a los partidos del régimen, agregando al PPI, que ha pasado al bloque de la democracia parlamentaria en el momento en que ésta es destrozada. Los partidos denominados demócratas entregan la democracia a los autoritarios. Frente a la democracia revolucionaria de la clase obrera, los demócratas burgueses sólo pueden escoger, para salvar su régimen de clase, el sacrificio de su propia forma de gobierno en el ara del autoritarismo reaccionario.

La dictadura fascista.

Apenas se ha iniciado su gobierno y ya crea sus instrumentos de dominación. En noviembre Mussolini se presenta ante el Parlamento sólo para anunciar que gobernará sin él. Con la oposición de los socialistas y los comunistas, la Cámara da un voto de confianza al nuevo gobierno. El 12 de diciembre se instituye el Gran Consejo

del Fascismo, primer instrumento del poder dictatorial. De este momento en adelante, se ocupa del desarrollo de las acciones fascistas destinadas a articular su poder. De hecho cuenta con un amplio consenso. Es una necesidad de Italia, como de los demás países involucrados en la guerra, encontrar una salida a la profunda crisis que obtuvieron como premio por haber eliminado a tantos seres productivos. La revolución ofrecía la posibilidad, desde luego no sin sacrificios, de superar las condiciones que generaron y volverían a generar la guerra, pero era requisito indispensable la correspondencia de desarrollo entre el movimiento de masas y la dirección revolucionaria. Italia asistía en 1922 a la clausura de esa posibilidad mediante el único expediente que podía usar la burguesía: el estado policiaco, la dictadura descarnada de los grandes monopolistas.

Durante los años siguientes, los partidos burgueses fueron sucesivamente eliminados del gobierno, excepto el Partido Nacionalista que se fusionó en diciembre de 1923 con el Fascista para crear el Partido Nacional Fascista, dándose con ello la integración clasista de los elementos más reaccionarios de la burguesía y los terratenientes y la masa de lumpenproletarios. Los partidos de izquierda fueron prohibidos y sus elementos más decididos e importantes reprimidos, mediante la cárcel o el destierro. El proletariado fue sometido al control estatal y subordinado completamente a los intereses del capital. La

sociedad fue reordenada militarmente y con la promoción del estado de las obras públicas, así como del armamentismo y la expansión imperialista, se halló un mecanismo de reactivación económica. Desde luego, no fue una política enteramente racional de los fascistas, mucho menos de Mussolini, sino un desarrollo empírico, forzado por las necesidades de la dinámica de la acumulación capitalista. Al contrario, fue precisamente esa dinámica la que dirigió el curso de la historia italiana y, combinada como lo estaba, con un estado policíaco, siguió el camino ciego, necesario e inevitable de la guerra. La democracia parlamentaria, entregada a los autoritarios, huyendo del terror de la revolución, cayó en el infinitamente mayor terror de la guerra imperialista.

El estado policíaco se comenzó a conformar con la creación de la Milicia Voluntaria para la Seguridad Nacional bajo las órdenes directas de Mussolini, en enero de 1923, que era realmente la institucionalización de las bandas fascistas de "camisas negras". En noviembre de 1926 crea su órgano jurídico de represión: el Tribunal Especial para la Defensa del Estado. Culmina la labor con la creación de la policía secreta fascista en enero de 1927. Al tiempo que realizaba esta "creación", Mussolini desarrollaba la represión sin miramientos ni reparos legales. La legalidad se iría construyendo a posteriori.

El gobierno de Mussolini da curso a los temores de la burguesía. Los populares, en su Congreso de abril de 1923,

apoyaron la posición del secretario político, Sturzo, condenando la colaboración con los fascistas y la política de estos. Mussolini contestó expulsando a los ministros "popolari" del gobierno y lanzando ataques al PPI y a la Iglesia. El Vaticano presionó eficazmente y, en julio, Sturzo renunció a su cargo en el partido. Se abría el camino de conciliación entre la Iglesia y el Estado; su convivencia difícil durante los gobiernos liberales se convertiría en armoniosa relación: el 11 de febrero de 1929 se firmarían los Pactos de Letrán, mediante los cuales se reconocía el Estado Vaticano y el poder temporal del Papa, mientras éste bendecía la misión del Duce. Este resolvió así, pacíficamente, una amenaza al poder de las clases dominantes. La monarquía seguiría respirando tranquila. El máximo peligro del régimen, los comunistas, fue tratado rápidamente. En febrero de 1923 fueron detenidos cinco mil comunistas, entre ellos el secretario general del partido y los más destacados dirigentes locales y provinciales, sembrando la confusión en el partido obrero. Posteriormente fue detenido Serrati, dirigente internacionalista del PSI.

La purga de los partidos continuó en 1924. El parlamento discutió y aprobó una nueva ley electoral entre julio y noviembre de 1923. En esta ley se establecía que la lista de candidatos que obtuviera la mayoría de los votos, contando con un mínimo de 25% de los sufragios, obtendría las dos terceras partes del total de representantes. Era,

pues, una mayoría automática, trampa "democrática" del régimen fascista. Pese a ello, sólo los socialistas y comunistas se opusieron. Las elecciones se celebraron en abril de 1924, obteniendo el "listone" presentado por el Partido Nacional Fascista, el 65% de los votos, equivalentes a 374 diputados de un total de 535. El PPI, el PSI y el PSU, con candidatos propios cada uno, juntos, obtuvieron 142 escaños y el PC 19. Estaba decidido el destino de la democracia parlamentaria. Sin embargo, Giacomo Matteotti, dirigente del PSU, valientemente, denunció en el mismo parlamento que las agresiones y crímenes de los fascistas definieron el resultado, invalidándolo. "Habló el 30 de mayo; el 10 de junio fue asesinado." (98). La evidente responsabilidad de los dirigentes fascistas condujo a diputados de oposición, unos 150, a "presionar" retirándose del Parlamento, "hasta que el imperio de la ley fuera restablecido". Era, realmente, una posición ingenua, pues aunque muchos fascistas titubearon, la decisión última de eliminar a Mussolini era del rey. ¿Iba el monarca reaccionario a castigar a sus correligionarios y entregar el gobierno a los socialistas, demócratas, populares y comunistas? La respuesta era obvia. Los diputados se retiraron al Aventino, siendo reprobados por los liberales Giolitti, Orlando y otros. En julio se desarrolló, en el marco de esta situación, una huelga general antifascista que fue reprimida. La fuerza política no es sólo moral y, por tanto, los del Aventino carecían de fuerza, sus bases

sociales estaban neutralizadas. El cinismo alcanzado por Mussolini se reveló en su declaración sobre el asunto, en enero de 1925: "Asumo, yo solo, la responsabilidad política, moral e histórica por todo lo que ha sucedido... Si el fascismo es una asociación de delincuentes, yo soy el jefe de esa asociación de delincuentes" (99). La suerte de la democracia parlamentaria estaba decidida. Sólo los comunistas intentaron un último esfuerzo, proponiendo en octubre de 1924 convertir al Aventino en un antiparlamento, lo cual fue rechazado. Poco después, los comunistas volvían al parlamento para usarlo como tribuna. Ante todo esto, los liberales salen del gobierno a fines del 24. Al año siguiente se aprueba una ley por el Gran Consejo del Fascismo que otorga plenos poderes al Duce. En noviembre de 1926 el gobierno decreta la disolución de los partidos y la supresión de las garantías constitucionales y el parlamento -si se le podía seguir llamando así- decide la anulación de los mandatos de los diputados del Aventino y de los comunistas. Dos años después el régimen fija su nueva ley electoral, que establece la lista única. La dictadura se ha asegurado con una caricatura de parlamentarismo.

El proletariado había sido derrotado, pero el gobierno fascista aseguró su control. Su acción de julio del 24 sería la última independiente. En octubre de 1925, la Cofindustria firmaba un pacto con las corporaciones fascistas. En virtud del mismo, se suprimían las comisiones

obreras de las fábricas. El Gran Consejo prohibió los sindicatos y la huelga. Patronos y obreros quedaban encuadrados en las mismas organizaciones, que pretendían la anulación de la lucha de clases. El fascismo no sólo subordinó al movimiento obrero, sino otorgó concesiones con objeto de obtener consenso, aunque fuera pasivo: implantación del seguro contra el paro, por enfermedades y por retiro, así como el derecho de indemnización por despido injustificado.

El Partido Comunista, perseguido desde la instauración del régimen, y sumido en una crisis después de la derrota de 1921, vivió un proceso de depuración complejo. Desde la cárcel, su secretario general en 1923, Bordiga, insiste en una política opuesta a la del frente único, promovida por la Comintern. Esta resuelve una nueva integración del Comité Ejecutivo del PCI, el 23 de junio, por lo que Bordiga y Grieco renuncian al Comité Central. Tres meses después, el nuevo Comité es detenido. Posteriormente son liberados todos los encarcelados. Pese a la represión, el PCI continúa su trabajo de organización y, de los siete mil militantes de fines de 1922, llega a los 12 mil en enero de 1924. Publica en Milán L'Unità y mantiene una actividad continua en el movimiento obrero, participando activamente en la última huelga general antifascista. Precisamente antes de esa huelga el PC tiene más de veinte mil militantes. Su crecimiento se mantiene, pero además su dirección política recae en las manos de los militantes

más brillantes y combativos, dirigentes del movimiento de los consejos de fábrica: Antonio Gramsci es elegido secretario general en agosto de ese año. El III Congreso del partido, celebrado en Lyon del 20 al 26 de enero de 1926, ratifica las orientaciones leninistas de la dictadura del proletariado, la alianza de obreros y campesinos y la socialización de los medios de producción, magistralmente desarrolladas en las "Tesis de Lyon" escritas por Gramsci (100); asimismo ratifica la adhesión a las resoluciones de la IC y a Gramsci como secretario general. Para el Congreso el PC ha llegado a los 27 mil militantes, a pesar de la represión. Sin embargo es demasiado tarde para tomar la iniciativa y revertir el proceso político, pero la labor del partido dará a los proletarios italianos nuevos recursos de lucha, esenciales para su recuperación, en los años futuros. Aunque la estructura del partido pasó a la clandestinidad desde marzo de 1925, la represión lo hará nuevamente su presa, esta vez de manera definitiva. Gramsci es detenido en noviembre de 1926, un día antes de la anulación de los mandatos de los diputados comunistas, entre ellos el propio secretario general del PC. El 4 de junio de 1928, después de casi dos años de cárcel y torturas, termina el proceso de 22 comunistas, entre ellos Terracini, Scocimarro y Gramsci, dirigentes nacionales, a quienes se decretan 22 y 20 años de cárcel. Gramsci saldrá directamente al hospital, para morir el 27 de abril de 1937. Los máximos enemigos de la democracia burguesa fueron

eliminados así, mientras gobernaban los máximos enemigos de la democracia parlamentaria.

Fascismo y política internacional.

En la década de 1930, el fascismo desarrolla la última fase de su proceso de poder: la expansión imperialista. De la dialéctica de la revolución y la restauración en Italia, surge la negación de la democracia y la necesidad de la opresión internacional. Desde 1922 Mussolini ha reclamado la revisión de los tratados de paz de 1919, reivindicando las aspiraciones de expansión italianas. La Conferencia de Lausana confirma la anexión de las islas del Dodecaneso a Italia, en 1923. Italia ganará un espacio en el concierto internacional. En enero de 1924, mediante un pacto de amistad con Yugoslavia, el fascismo obtiene Fiume. En febrero establece relaciones diplomáticas con la URSS. Italia participa en la Conferencia de Locarno, en 1925, siendo signatario del Pacto del Rin, que fija las fronteras de los países occidentales, a pesar de sus planes expansionistas. En 1927, mediante el Pacto de Tirana y empréstitos convierte a Albania en un protectorado y, posteriormente, ya en 1934, defenderá a Austria del expansionismo alemán, con la amenaza de usar la fuerza, de donde consolidará su influencia en el sur de Europa mediante el Pacto Tripartito con Austria y Hungría. El Duce se acerca a la política del Reich, fijando el "statu quo" de la Europa fascistizada. Lo anterior no será óbice para que Italia acuerde con Francia e Inglaterra la condena del

expansionismo alemán, ratificando el espíritu de Locarno. También en política internacional es útil el oportunismo y la hipocresía.

Precisamente, en el "espíritu de Locarno", con el pacifismo en Europa de las potencias occidentales, Italia vuelve a su aspiración de dominar Abisinia, lográndolo en 1936. Finalmente, en ese territorio no entra en contradicción con ninguna otra potencia. En el período de máximo esplendor de las dictaduras, Italia se convierte en un punto de confluencia del agresivo imperialismo. En 1936, en colaboración con el gobierno de Alemania nazi, los italianos brindan apoyo y tropas a los nacionalistas de Franco, reaccionarios a ultranza. Esta colaboración fue el paso inicial de la alianza militarista, misma que es reafirmada por el acuerdo Italo-alemán constitutivo del Eje Roma-Berlín en el mismo año. La alianza imperialista de los gobiernos autoritarios tiene mayores alcances con la adhesión italiana al Pacto Anticomintern en 1937 y es sellada con el Pacto de Acero de 1939. El compromiso es único: subvertir el status de 1919 y pasar a ser las potencias hegemónicas en el mundo. De la restauración reaccionaria en Italia y Alemania surgió el proyecto de la subversión mundial.

CAPITULO 7. EL MUNDO SUBVERTIDO.

Versalleses y subversivos.

Al terminar la guerra, como habia sucedido en los siglos precedentes, las potencias victoriosas pretendieron en Versalles fijar un "equilibrio de poder" que fuera permanente y, desde luego, garantizara las ventajas del mismo para ellas. La Sociedad de Naciones seria ese "sistema". Los tiempos habian cambiado y debia adecuarse esa pretensión a la situación presente. Inmediatamente trabajaron los ideólogos y teorizaron sobre el nuevo orden, decidiendo que era el triunfo de la democracia. Y, claro, el triunfo definitivo. Santificaron la hegemonia alcanzada por la Entente, anatematizando todo intento por modificar ese estatus.

Era la misma conducta de la Santa Alianza, cien años después. La paz imperialista impuesta por los vencedores, injusta por definición, hizo victimas tanto a los vencidos como a los socios menores, Italia en especial. Las ventajas del desarrollo económico de las potencias occidentales les aseguraban la hegemonia de las nuevas alianzas. Estas nuevas alianzas pronto se mostraron inestables: el Senado de Estados Unidos se negó a la ratificación del Tratado de Versalles en marzo de 1920. Sin embargo, el gobierno de Washington se mantendria fiel a la distribución del poder ahí acordada. También fue necesario hacer concesiones a las victimas del sistema. Todo en aras de conservarlo. De este modo, toda acción que amenazara la estabilidad del

sistema de hegemonía imperialista era subversiva. Obviamente hablamos desde el punto de vista conservador. En todos los países los partidos se alinearon según su posición frente al sistema internacional surgido de la guerra. Así, los ideólogos y teóricos de la supremacía del imperialismo anglosajón pudieron reputar los movimientos tendientes a eliminarla como subversivos. De esta suerte habría una subversión proveniente de la derecha y otra desde la izquierda. Ya vimos como se enfrentaron ambas contra la democracia y entre sí en algunos casos concretos, aquéllos en que ambas tuvieron oportunidad de hacerse del poder.

La caracterización conservadora es realmente válida sólo en parte. La conservación del sistema internacional surgido de la guerra, en el que se incluía el supuesto triunfo de la democracia, equivalía a la defensa del régimen capitalista. A nivel nacional hubo un alineamiento de los partidos frente al sistema internacional, pero entrecruzado con el alineamiento frente al capitalismo. De tal manera que la subversión tenía dos sentidos, uno revolucionario y otro reaccionario. El despertar político de las multitudes populares confirió un carácter dramático a la lucha entre las grandes tendencias. Era una novedad en el fenómeno del estado.

Ambas formas subversivas surcaron el mundo y dieron una dimensión superior a las organizaciones políticas. El movimiento comunista, desde sus orígenes, adoptó una

internacional. Frente a él, aunque bajo una apariencia nacional, el poder de la burguesía, democrática o monárquica, se mantenía en su carácter naturalmente internacional, mediante las alianzas estatales. De modo semejante, pero más bien pragmático, el movimiento reaccionario alcanzó una concertación internacional. De esta manera, las contradicciones de clase se mezclaron en una forma inédita en la historia. Para el demócrata burgués, se trataba de una lucha por hacer preservar la democracia frente a los totalitarismos. Para los fascistas se trataba de una lucha por hacer prevalecer la superioridad de "su" nación, lo que no impedía las alianzas inmediatas con otras naciones; quizá inferiores. Para los proletarios revolucionarios se trataba de la lucha frente al imperialismo, dividido en dos campos, uno más brutal y directo que el otro, uno militarista y otro pacifista. Una lucha a tres era, entonces, el campo internacional después de 1930. Antes de la segunda guerra, enfrentamiento internacional global, estas tendencias se enfrentaron en un nivel nacional con todas sus determinaciones internacionales: España. Veamos, en sus rasgos más generales, el desarrollo de cada una de estas fuerzas en la política mundial, desde el ascenso del fascismo en Italia hasta la guerra civil en España.

A) El movimiento comunista.

Esta subversión del régimen capitalista, radical negación de la opresión de clase, se enfrentó a las

formas políticas de esa opresión, tanto a la monarquía como a la dictadura militar y a la democracia parlamentaria. Lenin, artífice de la política de poder de los comunistas en Rusia, planteó como objetivo más general convertir al comunismo en la fuerza más influyente de la política internacional. El triunfo bolchevique en Rusia y la fundación de la Internacional Comunista fueron las bases materiales para realizar ese objetivo, que sólo era un medio para la transformación del mundo entero. En efecto, en los primeros años del triunfo todos los bolcheviques estaban de acuerdo en la necesidad del triunfo de la revolución mundial, sin el cual sería imposible la edificación del socialismo, en tanto éste sólo era concebible como forma histórico mundial. Para organizar las energías revolucionarias de las masas proletarias del mundo era necesaria la construcción del partido mundial: la Internacional. Para la lucha revolucionaria de la clase obrera no era determinante el régimen político que impusiera la burguesía en cada país, al mismo se adaptarían las directrices esenciales que el II Congreso de la IC aprobó: dictadura del proletariado, alianza obrera y campesina, socialización de los medios de producción y lucha despiadada contra todas las formas políticas de la burguesía, especialmente la socialdemocracia.

La base material para tal tarea estaba siendo construida en Rusia por el proletariado pionero en la revolución. El primer estado obrero sería la base de

operaciones del ejército proletario mundial en su asalto al capital. Para todos los comunistas del mundo así aparecía. La sede del partido mundial estaba ahí, los ojos y las esperanzas de millones de obreros y campesinos se concentraban en el país de los soviets. Sin embargo, el contrataque de la burguesía y los terratenientes rusos, respaldados por el imperialismo internacional, depredaría esa base de operaciones a tal punto que los máximos exponentes de la revolución mundial tenían que concentrar la mayor parte de sus energías a la defensa y reconstrucción de su propio país. De ahí surgió una contradicción muy pesada: las tareas que demandaba el heroico proletariado soviético para su propia sobrevivencia, es decir, nacionalmente, no eran idénticas a las tareas que demandaba la revolución mundial. La lucha de clases en sus dos dimensiones era un reto demasiado grande hasta para los más abnegados revolucionarios.

Los proletarios de Rusia no podían realizar la revolución en lugar de los alemanes, franceses, lituanos, chinos, etc. Era evidente que en cada país el proletariado debería construir su propio futuro. "La liberación de la clase obrera debe ser obra de la clase obrera misma" dijo Marx. El proletariado, a pesar de su carácter internacional, se desarrollaba en ciertos lugares concretos, con problemas y características específicas. El optimismo de 1917-1921, reforzado por la efervescencia revolucionaria que se desplegaba en Europa, pronto cedió su lugar a un

análisis más sereno y, consiguientemente, al desarrollo de directrices políticas adecuadas a las condiciones nuevas de la lucha de clases.

El III Congreso de la IC, en este sentido, enfrentó esas nuevas condiciones. Se realizó del 22 de junio al 12 de julio de 1921 en Moscú; contó con la participación de 605 delegados de 103 organizaciones, provenientes de 52 países, representantes de 1,963,000 comunistas (101). El debate central se refirió a la política para la toma del poder. Una parte de los delegados, los representantes de los partidos de Italia, Hungría y del Partido Obrero Comunista Alemán (escisión de izquierda del PCA) propusieron la necesidad de adoptar la política de la ofensiva, es decir, proponerse la toma del poder directamente en el período inmediato. Por el contrario, Lenin, sensible a los resultados de la lucha de clases, especialmente las derrotas en Hungría, Alemania e Italia, señaló que la burguesía pasaba a la ofensiva, en tanto el ascenso del proletariado había perdido ya su impulso principal. Esta posición se impuso finalmente, adoptando el congreso la línea del "frente único" obrero, que suponía la alianza con los socialdemócratas. Este giro era difícil de aceptar por los militantes comunistas de diversos países. Apenas en el congreso anterior era el enemigo a vencer en el seno de la clase obrera y, a un año de semejante decisión que había costado muchos esfuerzos que aún se desarrollaban, debería buscarse otra vez la alianza con ellos, los socialtraidores.

Lenin muchas veces argumentó sobre la necesidad de los compromisos y de los repliegues, pero este giro era excesivamente rápido y, por ende, muy difícil de adoptar. Mucho habría de costar al movimiento.

Hay otro aspecto a destacar, la adopción de la NEP (Nueva Política Económica) en Rusia, base de operaciones de los partidos de la revolución mundial. Esta política era un retorno al mercado libre, resultado de un recrudescimiento de la lucha de clases en Rusia. La guerra civil había significado a obreros y campesinos, ahora dominantes, múltiples sacrificios y miseria. Habían derrocado al gobierno provisional y dado el poder a los soviets por demandas que requerían soluciones inmediatas, lo mismo sucedía esta vez: el abastecimiento de alimentos debería ser resuelto por su gobierno. Las limitaciones se habían hecho insoportables. Los obreros se oponían al gobierno y los campesinos, exaccionados sin límite durante la guerra civil, lo hacían con mayor razón. Los partidos antibolcheviques se reactivaban. En marzo de 1921 el gobierno comunista se enfrentó a una huelga general en las ciudades, combinada con la oposición armada de campesinos en diferentes regiones, llegando a su punto máximo con el levantamiento de los marineros y soldados de Kronstadt en el mismo mes: el gobierno soviético estaba en grave peligro. Este, como respuesta, reprimió la insurrección y concedió en la demanda: se dió vuelta atrás permitiendo el mercado

libre, instaurando una política económica que permitía la iniciativa privada temporalmente.

La revolución mundial.

Como puede verse, las condiciones de la lucha de clases a nivel europeo coincidían con las que privaban en Rusia. Así había sido desde el estallido de la revolución. La vinculación del partido mundial con el primer estado obrero era, y sería, indisoluble. Las condiciones nacionales y las mundiales se determinaban mutuamente. Mientras el partido bolchevique fuera el único en el poder, los demás partidos comunistas estarían influidos e, incluso, supeditados a las necesidades de la dictadura del proletariado y del período de transición en Rusia. Lo que había parecido inminente, la revolución en los países industrializados de Europa, se convertía en una imperiosa necesidad y Lenin, como la mayoría de los dirigentes de la IC, advertía la mutua dependencia entre la revolución en Rusia y la revolución mundial para su desarrollo futuro. Precisamente en este punto, al definir si una era preminente sobre la otra, el movimiento comunista determinaba, en tanto factor subjetivo, esencial, el curso de los acontecimientos. De la política adoptada frente a este problema nació una escisión del movimiento. En este período, final de su vida, Lenin adoptó la posición de que el futuro de la revolución socialista en Rusia dependía del curso de la revolución mundial, aunque reconocía la necesidad de asegurar la consolidación del estado soviético ruso (102).

"Es absolutamente indiscutible que la lucha revolucionaria del proletariado por el poder evidencia en la actualidad, a escala mundial, un cierto debilitamiento, una cierta lentitud. (...) El enemigo no es pasivo sino que también combate. Si el ataque del proletariado no es coronado por el éxito, la burguesía pasa en la primera ocasión al contrataque" decían las tesis de la IC (103), aprobadas por el III Congreso y escritas por Trotsky, reconociendo las derrotas que recientemente se habían vivido. Era necesario un repliegue táctico.

La política de la IC ya no sería totalmente beligerante. Incluso intentó un acuerdo internacional con las otras tendencias del movimiento obrero. Entre el 2 y el 5 de abril de 1922 se celebró una conferencia de representantes de las Internacionales (II socialista, II 1/2 centrista y III comunista) para preparar un congreso obrero mundial. Los primeros acuerdos se refirieron a la unidad de acción inmediata para el 20 de abril y el 1 de mayo de ese año. El día del trabajo, millones de trabajadores de todas las tendencias se manifestaron, exhibiendo una enorme fuerza, muestra de la potencialidad de la clase obrera unida. Sin embargo, los dirigentes de las Internacionales reformistas decidieron, a fines de ese mes, realizar una reunión sin los comunistas, argumentando que la política de frente único era de utilidad para la Rusia soviética, por lo que ellos no deberían prestarse a ese juego, haciendo prevalecer sus puntos de vista

nacionalistas. De hecho, determinaron el rompimiento de la alternativa unitaria, de interés para el proletariado de todos los países. El nacionalismo pequeñoburgués se imponía al internacionalismo, prefigurando el curso de la lucha política de las décadas siguientes.

Como se había reconocido en este congreso, el movimiento revolucionario comunista experimentaba un reflujo, motivado esencialmente por las derrotas sufridas en Italia y Alemania. Para el IV Congreso Mundial, celebrado del 5 de noviembre al 5 de diciembre de 1922 en Petrogrado y Moscú, hubo una reducción en el número de militantes comunistas, siendo para esta fecha de 1,253,000. La discusión central giró en torno a la elaboración del programa de la IC, pero las consignas del momento predominaban sobre la perspectiva de largo plazo, impidiéndose la adopción de tal programa. Realmente, había sobrevenido un importante cambio en la lucha de clases y la revolución mundial había dejado de ser una perspectiva inmediata, incluso la posición de Zinóviev en el sentido de que se abría una crisis del dominio de la burguesía fue fuertemente criticada: había que continuar en el esfuerzo de crear las condiciones para que el proletariado accediera al poder. Pese al fallido intento de colaboración internacional con las otras tendencias del movimiento obrero, el congreso se orientó a insistir en la necesidad del frente único, promoviendo, incluso, la unificación de los partidos comunistas con los socialistas

de izquierda, tratando de generalizar la experiencia del Partido Comunista Alemán. En ese mismo sentido se adoptó la consigna del gobierno obrero, el cual podría formarse en alianza con los socialistas a condición de una lucha efectiva contra la burguesía, siendo una mediación para impulsar la revolución socialista. Este gobierno obrero no sería aún la dictadura proletaria, sino un régimen apoyado, si en el proletariado, pero en alianza con la media y pequeña burguesía, urbana y rural. También, al analizar la experiencia reciente en Italia, se consideró al fascismo como alternativa de la burguesía para enfrentar la crisis revolucionaria, por lo cual se reforzaba la necesidad del frente único.

En 30 de diciembre de 1922, el X Congreso Panruso de los Soviets, decidió la creación de la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas. Avanzaba la constitución de una potencia nacida de la revolución que cuestionaba, con su sola existencia, el desarrollo del capitalismo y era potencialmente un peligro para el sistema surgido de Versalles. Ya había logrado un entendimiento político con la Alemania de Weimar y acuerdos comerciales con Inglaterra y Francia. Con mayor razón aparecía la Internacional Comunista, para los políticos imperialistas, como un instrumento de esa potencia. La relación que las circunstancias históricas habían determinado entre los partidos comunistas de los países capitalistas y el soviético, cobraba una dimensión inesperada: la lucha por

la revolución mundial aparecía como el servicio a una potencia extranjera. Poco tiempo después, en la lucha interna de los comunistas, la misma situación habría de ser determinante para el desarrollo efectivo de la revolución y de las luchas de liberación nacional. Finalmente, la URSS sería una potencia mundial.

Las condiciones de la paz imperialista crearon una situación de preguerra en 1923. La ocupación del Ruhr por Francia y Bélgica para lograr que Alemania cumpliera sus compromisos, realmente era un golpe más a las difíciles condiciones de vida del proletariado alemán. La posición de principios del movimiento comunista era la de oponerse a cualquier reivindicación nacionalista que supusiera la opresión y sojuzgamiento de los pueblos, tanto como a la guerra imperialista. Las potencias de la Entente podían estar seguras de la neutralidad rusa, pero no así de la actividad de los partidos comunistas. Precisamente en este punto internacionalismo y política exterior de la URSS, revolución mundial y acción estatal nacional, se identificaban. La reacción de los proletarios de Europa se expresó en las manifestaciones contra la ocupación y en la resistencia del proletariado alemán, en las que intervinieron los comunistas activamente. Fueron insuficientes. Pero a raíz de esta situación se desarrolló un intento insurreccional proletario en Alemania que concluyó en una derrota total. El movimiento se sumió en un reflujo mayor.

Estalinismo y lucha de clases.

Paralelamente, en la URSS se desató una lucha en la dirección del partido. Los esfuerzos por lograr una recuperación económica, centrados en esa época en la NEP, así como la aplicación del comunismo de guerra en los años de la guerra civil, habían significado un enorme desgaste para la vanguardia revolucionaria y, a la vez, el desarrollo de un enorme aparato gubernamental, burocrático. El costo de esto era enorme. Políticamente se manifestó en la lucha por la dirección del partido y del estado, simultánea al retiro de Lenin por la hemiplejía que lo paralizó. En noviembre de 1923 se desarrolló el debate sobre la burocratización del partido que inició la lucha abierta. Su primer resultado fue el reconocimiento de la existencia del problema por parte del Comité Central, que adoptó la política del "nuevo curso". La autocrítica fue sólo un enmascaramiento de la ofensiva que desataría la vieja guardia, encabezada por Stalin.

Trotsky, el líder de más reconocidos méritos en el bando crítico, fue sucesivamente derrotado. La Oposición de Izquierda, agrupación dirigida por Trotsky, pretendía la eliminación de la burocracia mediante el ejercicio directo de la democracia en el partido y del desarrollo acelerado de la hegemonía proletaria sobre el campesinado propietario, los aliados en el poder. Apelaba a los obreros para realizar su programa. La hegemonía proletaria quería decir, en términos de la economía, en términos de la

construcción del socialismo, la colectivización de la tierra y el desarrollo acelerado de la industria, especialmente la pesada, mediante la planificación centralizada; en otras palabras, la rápida eliminación de la NEP.

Stalin, secretario general del partido, había concentrado un enorme poder al acceder a la presidencia del Consejo de Comisarios. Mantenía, en las palabras, una posición similar a la de Trotsky, pero se apoyaba en el aparato burocrático y, realmente, aspiraba a mantener un liderazgo indiscutido. En términos de la lucha de clases en la URSS, esto significaba el sostenimiento de la acumulación privada, de la NEP, apoyándose, por tanto en la pequeña burguesía, constituida por los campesinos propietarios medios y la enorme capa de técnicos, administradores y funcionarios de todo género. La lucha entre estas tendencias expresaba, realmente, la crisis del comunismo soviético. En la clase obrera había recalcado todo el esfuerzo revolucionario de 1917, el esfuerzo de la guerra civil. En las espaldas del proletariado se había recargado toda la enorme movilización que había generado el estado soviético y a coste de su sacrificio en el trabajo, en el frente militar y en la arena política existía el primer estado obrero del mundo. El proletariado soviético, en 1923, estaba exhausto. La movilización revolucionaria de una clase, enseñaba el propio Trotsky, tiene sus periodos de ascenso y de repliegue. Cuando se

desató la lucha por el poder en la URSS, el proletariado no podía emprender con éxito el nuevo reto.

Esta lucha, muy activa entre 1923 y 1927, se trasladó a la IC, como era natural. Sus términos en ese nivel fueron los de la estrategia. El punto de flexión consistió en el problema de la revolución mundial. Frente al retroceso que se observaba en el movimiento revolucionario de Europa, particularmente, debería adoptarse una política definida. Para ello, Trotsky, como en el problema de la economía soviética, proponía la estrategia de la ofensiva, de la aceleración de la revolución desde el cuartel general que era la URSS, aunque se arriesgara a ésta, sintetizada en su teoría de la revolución permanente. Según esta estrategia, la revolución mundial debería ser impulsada permanentemente por los partidos comunistas, a cuya imaginación y audacia se remitía el éxito de la empresa proletaria, de ella dependía la suerte del socialismo en la URSS y, por tanto, la definición de la lucha de clases en el país de los soviets entre la pequeñaburguesía, encabezada por la burocracia del partido y del estado, y el proletariado, encabezado por la Oposición. Por su parte, Stalin, también coherentemente, impulsaba, en los hechos, la estrategia de fortalecer la URSS, la estrategia del repliegue. Frente a los avances del capital y el retroceso de la revolución, se imponía asegurar la posición tan difícilmente ganada. De su firmeza como fortaleza del socialismo dependían los éxitos eventuales del

proletariado en otros países. No fue fácil para los comunistas del mundo tomar partido. En realidad se trataba de la crisis del movimiento.

En el V Congreso Mundial, en plena lucha de las tendencias del comunismo soviético, se caracterizó el periodo histórico que se vivía como el de "estabilización parcial del capitalismo". En efecto, entre los congresos V y VI (1924-1928), se vivió un periodo de recuperación del capitalismo en Europa: los "alegres veintes". Realizado del 17 de junio al 8 de julio de 1924, una vez muerto Lenin el 21 de enero de ese año, el V Congreso de la IC se caracteriza por la falta de planteamientos nuevos, realmente es neutralizado por la dura lucha que se vive en la URSS. Ratifica la línea adoptada en el congreso previo.

Como ya lo mencioné, la lucha del proletariado en el mundo, especialmente en Europa, entra en un reflujo y el capitalismo se fortalece. Es precisamente por ello que, después de la derrota de la última insurrección proletaria en Alemania, reducida a Hamburgo, los comunistas pueden centrarse en una lucha interna; mientras, avanza el fascismo. Precisamente porque el proletariado, pese a todas las advertencias, proclamas y desesperados llamados de Trotsky, ha concluido un periodo de lucha y retorna al sometimiento del poder capitalista, el destino de la Oposición de Izquierda es la derrota. Incluso en el nombre del agrupamiento de Trotsky podemos identificar la razón de

su fracaso: el izquierdismo. Su planteamiento se basaba en la necesidad de la intervención activa, consciente, audaz y radical del proletariado. La realidad del movimiento lo impedía, sin negar el papel jugado por las organizaciones comunistas: la clase obrera estaba exhausta. En los únicos países donde la clase obrera actuó con energía revolucionaria, China y España, la política de Trotsky no era influyente. La recuperación revolucionaria del proletariado volverá después de los sacrificios de la segunda guerra imperialista y Trotsky no la verá. Por ello, resultó relativamente lógico -sin entrar a considerar las características de la actividad política de Trotsky en el período, que podrían modificar esta conclusión- el éxito de los sucesivos golpes a su papel de dirigente: en 1925 es expulsado del Comité Ejecutivo de la IC, al año siguiente es expulsado del Comité Ejecutivo del PCUS y en 1927 expulsado del partido, posteriormente desterrado y, ante la persistencia de su actividad antiestalinista, asesinado en 1940.

Desde la derrota de Trotsky, Stalin avanza en su estrategia. En primer lugar, la IC queda supeditada a las decisiones del PCUS. En segundo lugar, el repliegue del movimiento revolucionario mundial, justifica plenamente la política de la construcción del "socialismo en un sólo país". De esta suerte, se liga definitivamente la política de la IC a la política de la URSS como potencia mundial. Las tendencias opuestas a Stalin son reprimidas en tanto no

tienen una base social superior a la que este tiene, apoyándose ocasionalmente en el proletariado y en la pequeña burguesía, hasta la puesta en práctica de la colectivización forzosa y la industrialización acelerada, que liquida a la pequeña burguesía agraria y somete a la urbana a la hegemonía proletaria, en tanto es la clase obrera el componente social fundamental en la Unión Soviética y la burocracia su empleado y, a la vez, su "tutor". Pero todo esto no es una obra "genial", ya que a Stalin se le debe aplicar el criterio que Marx expusiera acerca de Luis Bonaparte: son las condiciones creadas por la lucha de clases las que permiten a un personaje mediocre y grotesco jugar el papel de héroe (104). El socialismo en un solo país es un producto de la dialéctica revolución-restauración, es la encarnación histórico concreta de una necesidad histórico mundial, es una monstruosidad en la dialéctica de Sartre: "Esta monstruosidad, ininteligible como idea verbal o principio teórico-práctico, era comprensible como acto de totalización que reunía y unificaba, en ese momento específico de acción, la teoría y la práctica; las honduras tradicionales de una historia todavía enajenada y el movimiento de liberación cultural; el movimiento negativo de retracción y el movimiento positivo de esperanza." (105).

El triunfo estalinista no trajo una aplicación lineal de su política, sino supuso el desarrollo problemático de

la misma, más bien dicho un curso de derrota. El problema esencial que se presentó fue el de las orientaciones de la IC al joven Partido Comunista de China durante la revolución de 1925-1927. El análisis de la misma lo presento aparte. Las directrices del frente único antimperialista, derivadas de la caracterización equivocada de la lucha de los pueblos coloniales como una revolución democrático-burguesa en la que no era posible, por sus tareas, impulsar la revolución socialista y, menos, imponer la dirección proletaria desde el principio, llevaron a la IC a adoptar la táctica de la integración del PCC en el Kuomintang, al cual se le venia dando apoyo militar y político. La dirección de la IC, encabezada ahora por Bujarin que habia sustituido a Zinóviev, se empeñaba en la identificación total del PCC con el KMT. Empeñaba la independencia del comunismo a los esfuerzos nacionalistas, encabezados por la burguesía nacional, representada por Chiang Kaishek. El resultado fue que éste capitalizó el esfuerzo común, dando un golpe de estado en 1927, mediante el cual diezmó al PCC, asesinando a miles de militantes. El error cometido fue mayúsculo, pero peor fue después al orientar al PC a organizar soviets y pasar inmediatamente a la lucha revolucionaria por la dictadura del proletariado. El nuevo fracaso marcó el rompimiento, en la práctica, con la política de la IC y el desarrollo autónomo del movimiento comunista chino, aunque formalmente se mantenía ligado a la Comintern.

mantenía la supremacía del movimiento, en tanto el único estado socialista, sus necesidades nacionales se fueron imponiendo a las del movimiento mundial, por lo que se retrajo más aún la lucha. Sin embargo, al llegar al VII Congreso, siete años después del anterior (julio-agosto de 1935), último en la historia de la Comintern, la URSS había empezado a salir del aislamiento a partir de la creciente actividad del imperialismo japonés, rival del estadounidense y de la política revanchista de Italia, así como del ascenso del nazismo en Alemania. Francia, Estados Unidos e Inglaterra vieron en la URSS, para entonces ya una potencia industrial, un virtual aliado, más bien circunstancial que firme, pero posiblemente útil. Empero, la crisis de 1929 había reactivado la lucha popular y los comunistas nuevamente entraban en liza en los países adelantados. De este modo fue posible practicar el frente único, aunque contando con las "cumbres" socialdemócratas y sus veleidades: se adoptó la política de apoyo a los frentes populares. Esta política era realmente la sanción formal a la práctica que ya desarrollaban los partidos en Francia y España.

En los frentes populares ocurrió lo que en China, se seguía la orientación de adoptar la lucha contra el fascismo como lo central, posponiendo la lucha por la revolución proletaria. Este aspecto permitió la concreción de los frentes, pero también provocó, en gran medida, su fracaso. El más grande de estos fracasos fue,

sin duda, la experiencia española. Sería injusto, empero, atribuir esa sangrienta experiencia solamente a los errores de la IC y de los comunistas. De cualquier forma, durante la Guerra Civil Española se desplegó con todas sus contradicciones el nivel alcanzado por el movimiento comunista en el plano mundial. Así como el estalinismo fue un producto de una dialéctica superior a los planes comunistas, el socialismo se convirtió en una de las fuerzas más influyentes de la política internacional como quería Lenin, pero muy lejos de ese proyecto: el factor subjetivo no dirigía la acción de los partidos comunistas, peor aún, las condiciones se le imponían de tal manera que, cuando la URSS llegó a ser una potencia y el comunismo una determinante de la política mundial, el partido mundial de la revolución socialista estaba en proceso de descomposición.

B) La política de las potencias imperialistas.

Nos centramos en el curso de la política europea no por un afán de ignorar a las naciones de otros continentes, sino porque la situación del mundo se definía en ese continente, en cuanto era el centro del poder internacional, a tal punto que las dos potencias mundiales extraeuropeas, Japón y Estados Unidos, en curso de colisión en "sus" terrenos, adaptaban sus planes al rumbo de la política europea. El resultado de sus conflictos trasladó el eje de la política mundial hacia los continentes colonizados, pero eso corresponde a una época que aquí no estudiaremos.

En el período que estudiamos los estados capitalistas estaban divididos en dos categorías, las democracias y las dictaduras. Tanto en las potencias mayores como en los estados pequeños se había desarrollado la lucha de clases por el poder político entre las tres grandes tendencias que dominaban la escena mundial. Antes de 1930, las fallidas intentonas revolucionarias dieron curso a gobiernos nacionalistas y autoritarios en Italia, Turquía, Albania, España, Portugal, Polonia, Letonia y Yugoslavia. Japón, por su parte, había entrado en el curso nacionalista desde principios del siglo y, en este período, la influencia de los círculos militaristas e imperialistas se vió acrecentada hasta definirse el poder en sus manos durante el gobierno de Konoye Fumimaro en 1937. En la década del 30 esa tendencia se vió fortalecida al incorporarse una potencia de primer orden: Alemania. Esta situación fue

definitiva para el curso de la subversión del orden de Versalles. La política de los estados nacionalistas estaba encaminada a modificar el sistema internacional en el que se sustentaba la hegemonía anglosajona. Conviene señalar aquí que Francia había resultado beneficiada de la paz imperialista, pero era realmente un estado débil y dependía de Inglaterra y Estados Unidos. Es en este proceso donde se prepara la II Guerra Mundial.

Generalmente se analiza el proceso político internacional en términos de la acción de las naciones, así, se dice: "Polonia decidió..." "para Francia era inaceptable...", etc. El argumento básico para hacer estas afirmaciones es que los gobiernos representan a las naciones, pero eso ignora que esa representación está matizada por las preferencias y tendencias de los "representantes" que muchas veces son opuestas a las de las "naciones", que, además, no son monolíticas. Por ende, estas formulaciones no son exactas, pues los diferentes gobiernos, de una misma nación o de las diversas naciones, están dirigidos por organizaciones políticas específicas o coaliciones de esas organizaciones. Los partidos políticos expresan posiciones determinadas por las clases sociales, fracciones de clase o alianzas de clases, e, incluso, hay diferencias entre las posiciones de determinadas personalidades.

También es muy extendido en ese enfoque pretender la concreción del análisis reduciendo a la voluntad de las

personalidades dirigentes el curso de los acontecimientos. De mi parte, para evitar semejante reduccionismo, utilizo la definición clasista de las organizaciones políticas, determinantes del accionar de las personalidades, cuya claridad, brillantez, tozudez, estrechez, etc., modula la efectividad de las orientaciones políticas que un bloque de clases dominante dicta a una nación determinada. De este modo, cuando digo que "Alemania se incorpora a la corriente nacionalista" es una síntesis del análisis previo en el que ya se identificó al partido nazi y a la burguesía monopolista como dominantes, cuya "prima voce" es Hitler. Esta disgresión tiene sentido para señalar que son las determinaciones de clase, la actuación de los pueblos en un periodo determinado, las que definen a una nación como unidad de acción de la política mundial.

Halcones y palomas.

Precisamente en la década que siguió a la guerra, el pacifismo mostrado por los dirigentes de las potencias europeas, sintetizado en el "espíritu de Locarno", estuvo determinado por la aspiración popular, ampliamente extendida, a la paz. Incluso, la mayoría de los gobiernos beligerantes se vió en peligro ante el descontento, más o menos intenso, de las poblaciones por el prolongado esfuerzo bélico.

El ascenso de los partidos y corrientes nacionalistas que aspiraban a la revisión de las condiciones de la paz, se debió básicamente a la profunda crisis que azotó a los

pueblos del mundo. En primera instancia, son los trabajadores los que van a la guerra, los que producen los alimentos y pertrechos, los que elaboran las armas y, finalmente, los que padecen la miseria y el hambre. Por ello, sus esperanzas de un mundo mejor se transformaron en votos y acciones a favor de las organizaciones que mejor ganaron sus impulsos. En los países vencedores la crisis se pudo enfrentar con relativa facilidad, dada su condición de ganadores. Inglaterra, Francia, Estados Unidos y Japón también vivieron el descontento popular, pero los gobiernos de las clases dominantes en esos países lo pudieron superar. Ganaron, por tanto, consenso popular en la medida que pudieron evitar el colapso de sus economías. De ahí que disfrutaran de una mayor estabilidad política, no sin las luchas que caracterizaron la época. Por eso, los aliados pudieron seguir siendo las democracias, los países más libres frente a los totalitarios. Sin embargo, el deseo de mantener el estatus ganado condujo a los gobiernos de esos países a una errática política de contemporalización con sus rivales autoritarios, dispuestos, como "democráticos", a compartir su poder imperialista.

Durante todo el período que estudiamos, en las democracias imperialistas, los partidos burgueses, pese a sus diferencias, pretendidas o reales, tanto en Estados Unidos (republicanos y demócratas), como en Francia (demócratas, liberales, radicales y socialistas) e Inglaterra (conservadores, liberales y laboristas),

mantuvieron una continuidad en su política internacional: mantener y, en su oportunidad, acrecentar su poder como potencias imperialistas. Los gobiernos ingleses defendieron su imperio colonial y lo perfeccionaron. En Estados Unidos, tanto los republicanos como los demócratas, mantuvieron su "aislamiento" de Europa, pero defendieron su control semicolonial en América y su expansión "estratégica" en el Pacífico y Asia. Los gobiernos franceses, en sus varias coaliciones, también defendieron su cuota colonial en África, cercano Oriente y Asia. Ni siquiera el gobierno de Frente Popular modificó esa orientación imperialista.

En tales condiciones, durante la década de los veinte, ~~por~~ la presión pacifista popular se adoptó una política de "moderación y entendimiento". Se llegó a creer que la "filosofía" del presidente de Estados Unidos, Wilson, había calado muy hondo en las conciencias de los estadistas europeos. Después de la creación de la Sociedad de Naciones los gobiernos de las potencias continuaron por el camino de la prevención de una nueva guerra, claro, siempre y cuando esa prevención supusiera la preservación de sus conquistas y dominación mundial. En el Pacto de la misma SDN se contemplaba la facultad del Consejo para el control del comercio de armas y municiones y el sometimiento al mismo de información militar, así como se reconocía la necesidad del desarme (arts 8 y 23). La SDN creó una Comisión mixta temporal para el estudio del desarme que funcionó entre 1920 y 1924, presentó un proyecto de

Tratado de Asistencia Mutua en caso de agresión en 1923, el cual fue rechazado por la asamblea. La seguridad colectiva que el marco de la SDN ofrecería se complementó con la política de desarme, en los términos que en la época se entendía: desarme equivalía a control de armamentos con ventaja para las potencias vencedoras de la guerra. Esto se reveló claramente en la Conferencia de Washington de 1922, en la cual se adoptó un pacto naval de limitación del tonelaje de las escuadras de guerra de Estados Unidos, Inglaterra, Japón, Francia e Italia, en 535 mil toneladas para los dos primeros países, 315 mil para el tercero y 175 mil para los dos últimos. La misma conferencia acordó, con excepción de Italia, garantizar la situación del Pacífico de interés especial para las potencias extraeuropeas. Asimismo se decidió "garantizar" la independencia de China, bajo la política de puertas abiertas, adoptándose el Tratado de Shantung, en virtud del cual Japón devuelve las excolonias alemanas de Shantung y Kiaochow a China y desocupa Siberia. En realidad "desarme" era un reparto, proporcional a la capacidad militar, de las "zonas de influencia".

La política pacifista recibió un "reforzamiento" con la ocupación del Ruhr en 1923, a la que siguió la asistencia del Plan Dawes y la moderación de la Conferencia de Locarno. En este marco, Alemania, declarada responsable de la guerra, es admitida en la SDN en 1926, cuando era gobernada por los nacionalistas moderados. Y como si fuera

toda una fiebre se firmó, en 1929, el Pacto Briand-Kellogg que estipula la renuncia a la guerra como medio de solución a los conflictos internacionales, impulsado por los gobiernos de Estados Unidos y Francia, el cual es signado por Alemania, Japón, Inglaterra / la mayoría de los gobiernos. Toda esta campaña de esfuerzos diplomáticos, atenta a la presión popular y a la innovación diplomática del gobierno soviético con la demanda de la paz sin anexiones, democrática, y la denuncia de los tratados secretos, decae con la crisis económica. La Conferencia de desarme en Ginebra en 1933 concluye sin acuerdos, dada la imposibilidad de que se acepte el rearme de Alemania o el desarme de los otros países, evidenciando el real sentido de la política de las grandes potencias. No afectaba grandemente a los gobiernos de las "democracias" imperialistas este fracaso, mientras mantuvieran a sus rivales sujetos a control. También este relativo control se quebraba: se reiniciaba el rearme.

Los años que siguieron a la crisis demostraron la imposibilidad de la paz en la época del imperialismo. En 1930 se realizó la Conferencia naval de Londres que ratificaba la relación del potencial marítimo de guerra, en cierto modo garante de la superioridad anglosajona, como símbolo de esta superioridad. Nada más frágil. En 1931 el intento alemán-austriaco de unidad aduanera fue impedido, para Francia sería la guerra, declaró Briand el pacifista (106), considerando que la realización de tal proyecto

pondría a su país, en realidad a la burguesía francesa, en situación desventajosa en el reparto del poder internacional. Prácticamente al mismo tiempo, el ejército japonés desarrolló maniobras en China, como resultado de una provocación, ocupando el territorio de Manchuria, donde se crearía el año siguiente el estado del Manchukuo, lo cual contradecía abiertamente el acuerdo de la Conferencia de Washington. Se iniciaba el rompimiento del equilibrio de Versalles, los villanos eran los gobiernos nacionalistas.

Apenas había ascendido al poder el partido nazi y, al igual que en su política nacional, rápidamente rompió con los marcos democráticos de las potencias imperialistas: los representantes de Alemania abandonaron la Conferencia de desarme y la Sociedad de Naciones a fines de 1933. Aunque se discuta si realmente Hitler tenía planes previos de guerra o actuó pragmáticamente (107), el hecho es que su política del "espacio vital" y su doctrina militarista para la "reconquista del poder político", propugnadas desde su período inicial diez años antes, así como su doctrina reaccionaria de la superioridad racial y el irracionalismo del que, superando a Mussolini, hacia gala, necesariamente conducirían a la colisión con las otras potencias. Las necesidades del desarrollo capitalista, en todo caso, exigían la competencia internacional, especialmente cuando la política económica de recuperación en Alemania se basaba en el rearme. De cualquier modo, los partidos militaristas de Alemania, Italia y Japón despreciaban los

medios diplomáticos utilizados por sus rivales y la década de los treinta atestigua el ascenso de una política agresiva.

En 1934 la alianza italo-germana era prácticamente imposible. Austria era un objetivo para ambos gobiernos. El golpe nazi contra el austrofascismo provocó una violenta reacción italiana, en momentos que el ejército alemán estaba muy debilitado, dando un momentáneo triunfo al nacionalismo italiano. Sin embargo, el rápido curso de la política expansionista italiana, acercó a ambos gobiernos. Los gobernantes franceses e ingleses estaban acostumbrados a los compromisos y utilizaron esa experiencia para capear el temporal, pues aunque era clara la perspectiva de una difícil convivencia y competencia con los totalitarios, podían, mediante concesiones, empujarlos a la lucha contra el enemigo común: la URSS. De esta suerte, las condiciones permitieron al gobierno fascista firmar el acuerdo de Stresa contra Alemania en 1935, convenciéndose de que tal acercamiento obligaría a los franceses a permitir las reivindicaciones italianas en el Africa: en octubre se iniciaron las operaciones del general Badoglio para invadir Abisinia. Cumplida la misión imperialista en 1936, la SDN, es decir, el pacto de dominación anglosajón-francés, se conformó con condenar la acción. Airado, el gobierno de Mussolini se retiró de la SDN, en otras palabras, mantenía el reto subversivo de derecha contra el estatus imperialista. Entretanto, el gobierno soviético percibiendo

la amenaza alemana, logró un acercamiento al pacto imperialista, ingresando a la SDN en 1934 y firmando en 1935 un pacto con Francia de ayuda mutua, en una maniobra típica de los estados burgueses: aislar al enemigo. Previamente el gobierno de la URSS había firmado acuerdos con las naciones limítrofes, en 1929, reconociendo las fronteras y en 1932 de no agresión. A la vez, la actividad japonesa en Asia, de franca expansión, empujó a los Estados Unidos a reconocer al gobierno de Stalin.

Los nazis tuvieron también una activa práctica diplomática: el papado les dió su bendición, como a los fascistas italianos, mediante el Concordato de julio de 1933. Al año siguiente, fuera de la SDN, es decir, de la estabilidad imperialista, lograron un tratado con Polonia de no agresión, en el que los polacos confiaban para impedir un ataque alemán. El gobierno de Polonia podía creerla segura, con la URSS, Francia, Gran Bretaña y, ahora, con Alemania tenía tratados que le garantizaban sus fronteras, ligados a los previos con Letonia, Rumania y Checoslovaquia había construido un sistema de alianzas envidiable...en el papel. Para el fascismo de Alemania era un paso en su política de reparación de sus fronteras. Uno de los efectos de la acción impune del ejército italiano en Africa fue la remilitarización de Renania por parte del gobierno nazi y la denuncia del Pacto de Locarno. La nula reacción francesa y la experiencia italiana convencieron a

los nacionalistas en el poder en Alemania e Italia de poder realizar sus propósitos expansionistas.

La guerra civil en España dará la prueba definitiva de la conducta de los gobiernos imperialistas. Mientras los gobiernos autoritarios impulsan decididamente la agresión a la democracia parlamentaria, los gobiernos de las democracias imperialistas, supuestos defensores de tal régimen, se enconchan promoviendo el Comité de no intervención, en el que participan ilos intervencionistas! Esa fue la medida que definió el curso del fin del "equilibrio de Versalles". A fines de octubre de 1936 se consuma la alianza fascista: se crea el "eje Roma-Berlin"; seguidamente, en noviembre, el gobierno militarista de Japón y el gobierno nazi crean el Pacto Anticomintern, preparándose a la lucha contra el comunismo, que era lo que deseaban las democracias imperialistas, al cual se une Italia en enero de 1937. Sin embargo, no son los comunistas los priemros objetivos del "espacio vital", sino los vecinos. Nada impidió la anexión de Austria a Alemania y las reclamaciones nazis sobre los Sudetes, fueron respondidas con la concesión: la Conferencia de Munich. En ésta los dirigentes de las democracias obligan al gobierno checo a la cesión del territorio de los Sudetes y vuelven a la política de contemporización, mediante la declaración anglo-alemana de no agresión y la franco-alemana de reconocimiento de las fronteras francesas. En realidad, la política de los líderes de la SDN convence a los nazis del

temor de aquellos a la guerra, en consecuencia, sus acciones reivindicativas podrán realizarse sin impedimento. Al igual que en la lucha nacional al interior de Alemania e Italia, la burguesía, en este caso internacional, prefiere conceder frente a la subversión reaccionaria de su democracia que defenderla consecuentemente.

Aquí hemos usado un contrasentido: las "democracias imperialistas" pues, como vemos, Lenin tenía absoluta razón al decir: "Tanto en política exterior como interior, el imperialismo tiende hacia la violación de la democracia, hacia la reacción. En este sentido el imperialismo es, indiscutiblemente, la 'negación de la democracia en general, de toda la democracia y no sólo de -una de sus reivindicaciones, la autodeterminación de las naciones." (108).

CAPITULO 8. DEMOCRACIA Y REVOLUCION EN CHINA.

Colonialismo, dictadura y democracia.

La dialéctica entre la revolución y la restauración mundiales se desplegó en China con todas sus determinaciones por las características de este país, semicolonial y semifeudal, como lo definió Mao Tse-tung. Como ya lo señalé, China era un campo de lucha interimperialista, civilizadamente repartido entre las potencias. Como en éstas, el siglo XX también comenzaba en China con la irrupción de las multitudes miserables y desheredadas: la rebelión Taiping. Largamente larvadas, las contradicciones del campo chino estallaban en violentas insurrecciones. La penetración imperialista mediante los enclaves aportaba un elemento revolucionario en el conjunto de las clases de la vieja sociedad china: el proletariado industrial. De tal manera que se conjuntaban en China los ingredientes de un complejo proceso revolucionario de significación mundial.

El movimiento que derrocó a la dinastía manchú provenía fundamentalmente de la descomposición del propio imperio. Su fuerza central estuvo en los levantamientos de los ejércitos dirigidos por los generales corruptos, pero desarrollados por los soldados de origen campesino. Esta revolución de 1911 se redujo a la eliminación de la monarquía; su pretendido programa democrático, respaldado por la burguesía nacional en alianza con los campesinos, obreros y pequeña burguesía urbana, fracasó. La

designación de Sun Yatsen como presidente provisional tuvo un carácter simbólico: fue forzado a ceder el poder a uno de los jefes militares. Simbolizó el futuro de la democracia en China.

No se trataba de pasar el poder político de las manos de los terratenientes a la burguesía, sino de legitimar a los propios terratenientes. Yuan Shi-kai, caudillo militar, representante de esta clase y funcionario del antiguo régimen fue el "sucesor", designado entre los propios militares que impulsaron la caída del imperio. La burguesía nacional, democrática, fue desplazada. Los negocios seguirían igual: los imperialistas continuarían con la exacción de los recursos y la explotación de los obreros chinos; la "burguesía compradora", intermediaria de los capitalistas extranjeros, y los terratenientes, se mantendrían en sus posesiones y privilegios, apoyados en su aparato burocrático y militar, conocidos en su conjunto como "shenshi malvados"; los militares ejercerían el poder político; las clases subordinadas, desde la pequeña burguesía urbana hasta los campesinos pobres, seguirían sujetas al régimen de miseria, cada día más agobiante. La revolución había sido un símbolo. Sólo que ahora era para las clases oprimidas un estímulo en la lucha. Seguía vigente la tarea de una revolución democrática.

El nuevo poder tuvo serios éxitos: la disgregación de China, la dilución del poder del estado y la descomposición del mismo. Dividida entre las camarillas

militares, China era un botín para las potencias imperialistas. Sin embargo, precisamente la guerra entre estas por el reparto del mundo, permitió la sobrevivencia temporal del poder de los "señores de la guerra". Al entrar Japón en guerra con Alemania ocupó las "concesiones" de ésta en China. En enero de 1915 inició su escalada imperialista: presentó al gobierno de Yuan sus "veintiún peticiones". Estas exigían la transferencia de los derechos de Alemania en Shantung, la concesión de Manchuria, el compromiso de China de no arrendar islas o puertos de su litoral a una tercera potencia y la de reorganizar la empresa siderúrgica de Janyeping como empresa mixta chino-japonesa, entre otras. Con estas demandas Yuan temporizó, considerando su debilidad como potencia y la perspectiva de restaurar la monarquía con él mismo como emperador. Hubo otra sección de peticiones que pidió "negociar" posteriormente: Japón quería controlar los asuntos políticos, financieros, militares y policiales de China y construir ferrocarriles en el sur del país, someterla como protectorado.

La población se opuso a semejante plan colonialista y la actitud de Yuan le ganó el repudio de parte de los militares. Un levantamiento militar en Yunnan contra el plan monárquico fue secundado rápidamente, cayendo Yuan en marzo de 1916. Tres meses después murió (109). La república no ganó con ello, pues se sucedieron gabinetes determinados por la suerte de las guerras intestinas de las

camarillas militares, entre las que destacó la del ejército Peiyang, o de los caudillos del norte, encabezada por Tsao Kun, luego por Wu Pei-fu, enfrentados a otros cabecillas, como Chang Tso-lin, Feng Yu-siang y otros.

Entretanto, apoyado precisamente por uno de tantos jefes militares, Chen Chiung-ming, Sun Yatsen se estableció en Cantón en 1918, dedicándose a la reorganización del Kuomintang. A la vez, la fuerza nacionalista, naturalmente impulsada por la intervención japonesa, permite que China participe en la guerra al lado de los aliados, por ende de Japón. Una delegación china va a Versalles buscando se incluyan sus reivindicaciones: eliminar los tratados iníquos, especialmente las 21 demandas. Las potencias resuelven a su modo "democrático" el asunto y conceden a Japón las concesiones que antes tenían los alemanes. No es un trato de aliados. La delegación no firma el tratado de paz.

Ante semejante arrogancia del imperialismo, como protesta, los estudiantes de Pekín se lanzan a una manifestación el 4 de mayo de 1919. Las consignas centrales son: por la integridad de China, antimperialistas, y contra el confucianismo. Es un momento clave del desarrollo revolucionario chino. Se vinculan dos orientaciones, aparentemente opuestas, el nacionalismo chino y la lucha contra la tradición china. Es la introducción del nacionalismo moderno (110). En realidad, la lucha contra las tradiciones de sojuzgamiento es un avance en la cultura,

un grito modernizador, que toma de occidente lo más progresivo de sus aportaciones filosóficas como arma teórica de liberación. El inspirador del movimiento es el director de la revista "La nueva juventud", Chen Tu-siu, marxista educado en Japón.

La experiencia de Versalles revela con toda claridad la clase de "paz democrática" que ofrecen Wilson, Lloyd George y Clemenceau. Las potencias occidentales aparecen con sus garras, como las del gobierno de Yoshihito, tal cual son. "Para 1920 estaba claro que la democracia occidental no era la solución y, tácitamente, fue abandonada por los elementos revolucionarios." (iii). Simultáneamente, la victoria del gobierno soviético sobre los ejércitos blancos y la intervención extranjera se levantaba como una esperanza para los pueblos oprimidos por el régimen colonial. Hacia ella se orientaron las esperanzas de los demócratas chinos dirigidos por Sun, que en ese año es expulsado de Cantón. El enviado ruso a China, Adolf Joffe, anuncia la posición de su gobierno: renuncia voluntaria a los derechos y privilegios que el gobierno zarista había arrancado al emperador chino y ofrecimiento de una relación amistosa y trato de igualdad. Una relación democrática, simplemente, basada, sin hipocresías ni dobleces, en el derecho de las naciones a la autodeterminación. Al contrario de la actitud demagógica de los imperialistas, los soviéticos ofrecían actos.

De esta impresión de los chinos resultará una colaboración histórica. La política del frente único antimperialista se realizará por primera vez. Se aplicarán las resoluciones del II Congreso de la IC en cuanto al problema nacional y colonial, de manera deliberada, por primera vez. La lucha en una semicolonía por la democracia y la independencia nacional, en la época del imperialismo, contará con la participación de los cuadros comunistas. La política aplicada por los comunistas en el curso de la lucha de clases en China resultará aleccionadora.

La alianza entre nacionalistas y comunistas.

En 1921 fue fundado el Partido Comunista de China -Chen Tustu fue su primer secretario general-, que inmediatamente pasó a la acción (112). Desarrolló su actividad principalmente entre los ferroviarios, destacamento proletario de vanguardia en tanto laboraba en la industria más compleja de la época y en cuanto a su combatividad. En 1922 y 1923 se realizaron, bajo su dirección, algunas huelgas. La más conocida fue la de la línea Pekín-Jankou, que culminó en febrero de 1923 con la masacre de los obreros, perpetrada por los caudillos del norte. El desarrollo del PC, en una sociedad fundamentalmente agraria, no fue, de ninguna manera, espectacular. Para 1922 contaba con algunos centenares de intelectuales (113).

En 1923 se concreta la alianza entre el Partido Nacionalista del Pueblo (Kuomintang) y el Partido Comunista de China (Kungchantang). Por medio de ésta, los soviéticos

asesoran a los militantes revolucionarios chinos y reorganizar el KMT según los lineamientos del PCUS: centralismo, disciplina rígida, organización de cuadros. Dada la particular situación de China, se funda, en las afueras de Cantón, la Academia Militar de Wampoa, cuya dirección militar es confiada a Chiang Kai-shek y la dirección política a Chou En-lai, provenientes del KMT y del KCT respectivamente. En enero de 1924, el I Congreso del KMT, adopta la nueva línea. A los "tres principios", nacionalismo, democracia y bienestar popular, se añaden las "tres políticas": apoyo al movimiento obrero y campesino, fusión con el KCT y colaboración con la URSS. Se abre un período revolucionario conciente. El objetivo: la instauración de la democracia y el restablecimiento de China como nación soberana, independiente. La posición de Lenin acerca de que el imperialismo es absolutamente incompatible con la democracia, de que es la negación general de la democracia, estaba a prueba. A la vez, la lucha revolucionaria por la democracia en los países coloniales era concebida por la IC, en 1920, como sólo un paso, inevitable, en la lucha por la revolución socialista mundial, cuyo éxito dependía de la dirección de la revolución: debía asegurarse la hegemonía de la vanguardia del proletariado. Sin embargo, los comunistas ingresaban en el KMT a título individual, lo que no debería ser obstáculo para que mantuvieran su propia organización. En este acto, Trotsky ve un error, pese a que

El mismo estuvo de acuerdo en las orientaciones de 1920 y en las negociaciones establecidas entre la IC y Sun, durante 1921-1923, en tanto miembro del Comité Ejecutivo de la Comintern.

De cualquier forma, la colaboración entre el partido obrero y el partido burgués parece efectiva: en 1925 los revolucionarios, nacionalistas y comunistas, están alistándose para la lucha contra el gobierno de los señores de la guerra, de los terratenientes y de la burguesía compradora, contra el gobierno aliado del imperialismo. Sun Yatsen ya no verá el resultado de sus últimas decisiones políticas: muere en marzo de 1925. En el mismo mes los aliados enfrentan su primer reto: Chen Chiung-ming quiere expulsarlos del territorio de la provincia de Kuangtung, donde se localiza Cantón. El resultado de esa lucha es la expulsión del militarista y el establecimiento en Cantón de un gobierno nacional. El ascenso de la revolución entraba en su apogeo. La clase obrera china se encontraba en lucha por reivindicaciones económicas. Las huelgas de las empresas textiles japonesas en Chingtao y Shanghai, iniciadas a principios de mayo, fueron reprimidas por los patrones y los soldados del gobierno de los caudillos del norte. A consecuencia de la feroz represión, en la que murieron varios obreros, se desató una protesta, encabezada por los estudiantes de Shanghai, quienes realizaron acciones de agitación en las concesiones y fueron reprimidos por la policía de la concesión británica, matando a muchos de

los manifestantes el 30 de mayo. Poco después, la policía franco-británica reprimió a manifestantes en Cantón desencadenando un gran movimiento antimperialista. La reacción de los chinos se extendió rápidamente, alcanzando un nivel nacional. El proletariado encabezó el movimiento mediante huelgas, especialmente las de Cantón y Hong Kong contra los ingleses que duraron más de quince meses, seguidas de una extensa movilización de las demás clases. De hecho, el movimiento antimperialista del 30 de mayo de 1925 significó el inicio de la segunda revolución china.

El carácter de la revolución se determinó por el programa que inmediatamente enarbolaron las clases trabajadoras: antimperialista, antifeudal y democrática. Tal como la habían previsto los comunistas en el II Congreso de la Comintern en 1920. El problema central estaba en la dirección política de la revolución. "En China el proletariado es aún muy débil, por eso no existe una clase de vanguardia, capaz de luchar decidida y concientemente para llevar hasta el fin la revolución democrática", escribió Lenin en 1913 (114). Esta consideración era admitida como válida por los comunistas chinos en 1925, lo que los llevaba, de común acuerdo con la IC, a asumir la posición de los mencheviques en la Rusia de 1917: la burguesía debería tomar la dirección de la revolución ... aún contra su voluntad. De ahí que la alianza con el Kuomintang fuera considerada necesaria, imprescindible.

Trotsky se oponía a esta interpretación y defendía, en esa época de lucha contra la burocracia estalinista dentro y fuera de la URSS, la posición de los bolcheviques, más bien su posición, con respecto al gobierno que debería constituirse: "la dictadura del proletariado arrastrando tras de sí a los campesinos pobres." (115). Esta concepción la había desarrollado en 1905, en oposición a la de Lenin ("dictadura democrática de obreros y campesinos"), durante la primera revolución rusa y forma parte integrante de su teoría de la revolución permanente. En los momentos de ascenso de la segunda revolución china, la dirección del Partido Comunista Chino se orientaba por las formulaciones de la IC y la teoría de Trotsky no era convalidada. Sin embargo, a partir de su crítica llegaría a constituirse una tendencia en el PCC después de 1927.

La segunda revolución democrática (1925).

En plena efervescencia revolucionaria, acelerada por la revolución en el campo, el Kuomintang organiza la Pai-fa, expedición al norte, contra los señores de la guerra. Chiang Kai-shek encabeza el ejército revolucionario, integrado por - militantes comunistas y nacionalistas, que sale de Cantón a conquistar China en julio de 1926. Precedido de la agitación de los propagandistas y de la incontenible ola revolucionaria de las masas campesinas, el ejército revolucionario avanza con seguridad de victoria en victoria, ocupando Nankin, Hankou y Shanghai, controlando prácticamente el sur y centro de China. En su arrollador

avance, el KMT estableció su gobierno en Wu Han, dirigido por el ala izquierda del partido y los asesores soviéticos.

Durante el proceso, el carácter antimperialista de la revolución impulsó muchos actos contra los extranjeros de las concesiones, haciendo temblar a los gobiernos imperialistas por los imprevisibles resultados de la imposición de los cantoneses, como llamaban a las fuerzas revolucionarias unificadas. Estos temores se vieron confirmados por los sucesos de Shanghai. Esta ciudad era el centro industrial de China, estaba bajo el control de uno de los señores de la guerra, en manos de Chang Tsun-chang, realmente testaferro de la burguesía compradora y de los imperialistas, que tenían como capital a la misma Shanghai. Cuando se acercaron las tropas de la expedición del norte, la ciudad cayó presa de la febril actividad revolucionaria del proletariado, sólidamente organizado y dirigido por el PC desde los meses posteriores al 30 de mayo. A la llegada de las tropas revolucionarias, los ejércitos del norte estaban prácticamente vencidos y la ciudad en manos del proletariado chino, que recibió al ejército del KMT con vivas a Chiang Kai-shek.

Los gobiernos imperialistas quedaron totalmente convencidos de que se trataba de una "gigantesca maquinación del Kremlin", recurriendo, quizá por primera vez, a este argumento, hoy tan manido, para desconocer los legítimos derechos del pueblo chino. Una guerra de intervención era, tal vez, la solución a la amenaza que se

cernía sobre los intereses de la "avanzada Europa". Sin embargo, "el prospecto era ruinoso para los comerciantes extranjeros, espantoso para los misioneros y rechazado por los gobiernos metropolitanos. 1927 era una época de paz en Europa, no se deseaba una guerra en la distante China. Esta sería muy mal recibida por las clases dominantes chinas. Los comerciantes y los banqueros, los terratenientes y los rentistas, podrían unirse incondicionalmente al Kuomintang para reivindicar los derechos de China, afirmar su justa independencia y estorbar la penetración extranjera. Pero la guerra significaba mucho más que eso. Significaba, primero que todo, la revolución social. Todos podían ver eso después de los acontecimientos de Shanghai y el avance a lo largo del sur de China. La guerra significaría el armamento del campesinado, la pérdida de las ciudades costeras, la eliminación de la influencia del progreso y el triunfo del Partido Comunista y los extremistas de izquierda." (116)

Había que acabar con la amenaza para el progreso. La democracia en China significaba la revolución. Hasta ese momento los señores de la guerra habían sido los únicos defensores del régimen de opresión semicolonial. No se veía en perspectiva solución. Chiang Kai-shek, líder nacionalista burgués, era considerado por las clases dominantes un revolucionario. Sin embargo, había llegado su hora como militarista y la supo distinguir. Era ya el líder de China prácticamente sin oposición, excepto la de los comunistas. Pero estos eran una minoría insignificante,

bloque de clases en que se fundaba el nuevo estado chino significaba que el nacionalismo era derrotado por su "heredero", quien, a la vez, eliminó la democracia que defendió Sun: "Se trataba, en definitiva, de una verdadera dictadura, a la que sólo faltaba la eficacia -pero no la intención totalitaria- para asemejarse a los Estados fascistas de la Europa contemporánea, regímenes muy apreciados por el 'Generalísimo'" (118). Sucedia, como puede verse, lo mismo que en Europa: la democracia era impedida por sus pretendidos defensores. El aserto de Lenin palmariamente confirmado: el imperialismo es la negación de la democracia. Precisamente el imperialismo japonés sería un factor que modificaría el resultado con el paso del tiempo.

Pese a la apariencia, la revolución no había sido derrotada. Los líderes más importantes del PC habían salido ilesos de la matanza, preservándose la dirección revolucionaria; la revolución en el campo estaba muy lejos de ser liquidada, pues los campesinos, por primera vez en muchos siglos, tomaban en sus manos los asuntos de la política y la economía agrarias; el amotinamiento en agosto de 1927, después de la defección del ala izquierda del KMT, de la mayor parte del 4º ejército, dirigido por Chu Teh, para reforzar las guerrillas de Mao y crear el Ejército Rojo; todo ello daba un hábito de vida a la revolución, debilitada, pero no derrotada.

El debate y la reorganización revolucionaria.

Actualmente existe un consenso, que abarca a historiadores liberales, eurocomunistas, troskistas y socialdemócratas, sobre la responsabilidad o "culpabilidad" si así quiere llamársele, de la IC y de Stalin y los estalinistas en la derrota de 1927. Se dice que la dirección de la IC, especialmente Bujarin, a la sazón presidente del Comité Ejecutivo, "impuso" a los comunistas chinos la política de frente único antimperialista y la lucha por la democracia burguesa, alejándolos de la lucha por la dictadura del proletariado. Hay quienes, desde la izquierda, consideran tal imposición como un crimen. Hay quienes, desde la derecha, ven en la derrota la prueba de la estupidez y el maquiavelismo de "Moscú". En ambos casos se mantiene, finalmente, una posición que confirma el aserto reaccionario de que las revoluciones posteriores a la rusa son "una maquinación del Kremlin" o, para confundir más, "una maquinación de Stalin" personalmente. Considero, en cualesquiera de estos casos, que incurren en un error, intencional o inconciente, claro que siempre interesado, de unilateralidad. No niego la responsabilidad de la IC, mucho menos de Stalin, pero creo que en toda esa maraña de tesis acerca del dominio monolítico de Moscú en los partidos comunistas y de su absoluta responsabilidad en los fracasos del periodo que va de 1920 -Stalin no era aún el "fausto soviético" (119)- al inicio de la segunda guerra mundial, hay un elemento común: ignoran a los dirigentes locales y, peor, a los pueblos, como sujetos históricos. Hay, pues, un

desprecio profundo hacia la capacidad de la clase proletaria para generar sus propias alternativas y procrear a sus dirigentes. Se incurre en interpretaciones antidialécticas. Es perfectamente lógico, y hasta justificado, en quienes niegan la dialéctica. Pero es un tremendo error de quienes se pretenden dialécticos. Empezando por Trotsky, quien apeló a la iniciativa del proletariado para llevar adelante el programa de la "Oposición de izquierda". Como no obtuvo una respuesta masiva y exitosa, dió un bandazo implícito, concentrando su atención en las acciones e inacciones de la dirección, lo cual es un rasgo burgocrático, definiendo todo error o acierto como un problema de dirección e ignorando la fuerza y el nivel de conciencia y organización de las masas, que en última instancia son las que más cuentan para el curso de la revolución (desde una perspectiva marxista y no blanquista), pues desprecia la creatividad de la clase revolucionaria, el proletariado, de la cual él se alimentó. En todo caso, como elemento de dirección, Lev Davidovich también era responsable de la situación del movimiento. En 1928, a la par que criticaba como se reseña, hacia esta autocrítica: "los obreros y los campesinos no hubieran seguido a la burguesía indígena si no les hubiéramos obligado prácticamente a hacerlo." (120)

Para los dirigentes chinos el consenso era el contrario. No se dudaba de la corrección de la línea seguida. La revolución democrática debería realizarse en alianza con la burguesía, pero también cuenta en política la acción del enemigo abierto o embozado: la traición era inesperada. La crítica de Trotsky va precisamente en el sentido de que los comunistas chinos no supieron actuar previsoriamente frente a esta eventualidad, su juventud era un elemento de descargo, pero entonces los responsables eran los dirigentes de la IC, especialmente la burocracia estalinista que no era consecuente con las enseñanzas de la revolución rusa.

Para los chinos, la traición sólo podía ser impedida si hubieran contado con la fuerza mayoritaria de la revolución, lo que evidentemente no tenían. El problema lo encontraban en la valoración, más bien dicho, en la subvaloración de la alianza entre obreros y campesinos. Al contrario de Trotsky, y a pesar de los errores de los estalinistas, algunos dirigentes chinos consideraban que el futuro de la revolución dependía de la conducción del proletariado, pero no "arrastrando tras de sí a los campesinos", sino en alianza con ellos, tal como lo concebía Lenin.

Mao veía, en marzo de 1927, un mes antes del golpe de Chiang, lo incorrecto de la dirección del PCC al despreciar a los campesinos por "pequeñoburgueses" que al aspirar a la propiedad de la tierra eran, realmente, reaccionarios. En su

informe del movimiento campesino en Junán, Mao encuentra, en la realidad, las bases materiales del poder de los comunistas: las asociaciones campesinas. Esta posición es, por cierto, muy diferente de la que, después de la derrota, impulsó la IC: organizar soviets y pasar a la ofensiva, inmediatamente, por el poder. Mao escribió: "Dentro de poco, centenares de millones de campesinos en las provincias del centro, el Sur y el Norte de China se levantarán como una tempestad, un huracán, con una fuerza tan impetuosa y violenta que nada, por poderoso que sea, los podrá contener" (121), constituyéndose en el centro de la revolución, "la realidad es que las grandes masas campesinas se han alzado para cumplir su misión histórica, que las fuerzas democráticas del campo se han levantado para derribar a las fuerzas feudales rurales. La clase patriarco-feudal de los déspotas locales, shenshi malvados y terratenientes sin ley, constituye la base de la autocracia milenaria y es la piedra angular de los imperialistas, caudillos militares y funcionarios corruptos. Derribar a estas fuerzas feudales es el verdadero objetivo de la revolución nacional. En unos pocos meses, los campesinos han realizado lo que el Dr. Sun Yat-sen quiso pero no logró cumplir en los cuarenta años que consagró a la revolución nacional." (122). Además, la dirección del proceso revolucionario que había dado el poder en el campo a la masa campesina estaba en manos de los campesinos pobres. "Esta dirección de los campesinos pobres

absolutamente necesaria. Sin los campesinos pobres, no hay revolución. Negar su papel es negar la revolución. Atacarlos es atacar a la revolución. Ellos nunca se han equivocado en su orientación revolucionaria fundamental." (123)

El descubrimiento de Mao estaba destinado a contribuir al desarrollo de la política del Partido Comunista, pero al hilo de los acontecimientos, se convertía en un elemento central de significación mundial. Ya no sólo serviría para combatir la política de Chen Tu-siu, considerada por Mao insuficiente y oportunista, ahora también serviría para una reorientación estratégica de la política del partido. Al interior del PCC se desarrolló una dura polémica que concluyó con la exclusión de Chen de la secretaría general. Sin embargo, la posición de Mao no se imponía aún, sino después de duros y aleccionadores combates. Pasaba la dirección del partido a elementos que propugnaban la ofensiva inmediata. La crítica y exclusión de Chen lo llevó a asumir una posición radical, basándose en la crítica de Trotsky, frente a la IC, a la cual responsabilizó de la derrota. La cuestión quedaba zanjada en lo inmediato con los cambios en la dirección del partido y la adopción de una política opuesta a la del periodo anterior: ahora contra el KMT. No sería una solución definitiva y, menos, la recuperación de la derrota. Esta vida la eliminaba y, en efecto, era resultado de la errónea política de contemperizar con la burguesía.

Dictadura y poder rojo.

Para 1928 el Kuomintang se consideraba triunfador absoluto. Las alianzas establecidas por Chiang le daban estabilidad al gobierno de Nankin, reconocido por las potencias imperialistas, aliado servil de las mismas. Sin embargo, el éxito era una simple apariencia. Las contradicciones entre los nuevos aliados militaristas, derivadas de su relativa integración nacional, dado el respeto a las hegemonías locales de los caudillos, se entrecruzaban con las contradicciones interimperialistas por el dominio de China. El gobierno de Japón deseaba el control de China, sin compartirlo. Sus bases de penetración establecidas desde la guerra imperialista de 1914, crecían continua y silenciosamente, contando con la colaboración de caudillos militares en competencia con Chiang. Pero para el gobierno de Nankin esos eran asuntos menores, el problema principal era la sobrevivencia de la revolución campesina encabezada por los comunistas en las montañas de Chingking.

Todavía a fines de 1927 los comunistas intentaron acciones revolucionarias radicales urbanas. En agosto 1, la sublevación en Nanachang, Kiangsi, dirigida por Chu Teh, Chou En-lai, Lin Piao, y otros, fracasa, pero que origina a la fundación del Ejército Rojo, y, en diciembre, del 11 al 14, la sublevación de la comuna de Cantón, salvajemente reprimida. Ambas impulsadas por la política de la ofensiva, recién adoptada. En septiembre, se desata la "insurrección de la cosecha de otoño" en Junán, encabezada por Mao

Tsetung, ya en práctica de las concepciones que manifestó en marzo, que también fracasa.

Mao establece una base revolucionaria armada en Chinkang en octubre, hasta donde llegan las fuerzas dirigidas por Chu Teh a principios del año siguiente. En 1928, los comunistas habían sido expulsados de las ciudades y privados de su base social natural, pero mantenían, en la clandestinidad bajo la dictadura, sus actividades de propaganda, agitación y organización. Su fuerza radicaba ahora en las zonas controladas por las fuerzas rojas. Estas desarrollan una activa organización revolucionaria en los límites de las provincias de Kiangsi y Fukien, expropiando a los terratenientes y repartiendo las tierras entre los campesinos, organizando la producción colectiva y la autodefensa de las zonas rurales. El poder rojo es sólidamente establecido entre 1928 y 1929, creciendo continuamente.

Según Mao, la causa de que pueda existir y, eventualmente extenderse el poder rojo, está en la división que vive el campo burgués, tanto por las luchas entre las camarillas militares, como por la lucha entre las potencias imperialistas. Sin embargo, pese a que en la práctica se está construyendo un poder popular, a fines de 1928 Mao concibe así la revolución: "China necesita con urgencia una revolución democrático-burguesa y esta revolución sólo puede ser llevada a cabo bajo la dirección del proletariado. Debido a que el proletariado no

ejerció firmemente su hegemonía en la revolución de 1926-1927, que desde Kuangtung se extendió hasta el río Yangtsé, la burguesía compradora y la clase de los déspotas locales y shenshi malvados se apoderaron de la dirección, y la revolución fue sustituida por la contrarrevolución", agregando más adelante que "el contenido de la revolución democrática china, según las directivas de la Internacional Comunista y del Comité Central de nuestro partido, consiste en derrocar la dominación en China del imperialismo y de sus instrumentos, los caudillos militares, para dar cima a la revolución nacional, y en realizar la revolución agraria para eliminar la explotación feudal de los campesinos por la clase terrateniente" (124).

Mientras el poder rojo se afianza y crece, entre 1928 y 1934, llegando a establecer quince bases rurales diseminadas por el territorio de China central y meridional, las contradicciones entre las clases dominantes se van acentuando. En 1928 el imperialismo japonés se enfrenta a Chiang Kaishek en la provincia de Shantung, para evitar la expansión del dominio anglo-estadunidense que, apoya la campaña de Chiang contra Chang Tso-lin, caudillo que controlaba la zona norte de China en alianza con el ejército japonés. El "generalísimo" decide entrar en componendas con los japoneses: sus zonas de influencia serán respetadas. Chang Tso-lin deja de ser necesario y es eliminado por los propios japoneses. Sin embargo, esto

genera la confianza de los imperialistas de Tokyo que, entre 1929 y 1931, ampliarán sus actividades invasoras en Manchuria, anexionándose esta provincia como Manchukuo.

La eliminación del caudillo del norte, genera también la lucha entre las camarillas de Feng Yu-siang y Yen Si-shan, por un lado, y el gobierno de Nankin, por el otro, derivándose en todo el país divisiones y luchas entre los despotas locales. Todo ello facilita la existencia y extensión del poder rojo. Ante ello, el gobierno del generalísimo emprende, luego de negociar con sus compinches rivales, campañas de "exterminio y aniquilación" de los comunistas. Las cuatro primeras campañas, de 1929 a 1932, fracasan, con un considerable aumento de la seguridad del poder rojo. En consecuencia un debilitamiento del control de Chiang Kaishek, que se enfrenta, en el curso de estas campañas, con su rival dentro del KMT, Wang Chin-wei, resultando triunfador el generalísimo, pero a costa de entregarse cada vez más a los imperialistas. El "gobierno educador" de Nankin, en otras palabras, es un fracaso en sus tareas constructivas, más empeñado en mantener el equilibrio precario entre las diferentes facciones y clases en el poder, que en la solución de los ingentes problemas de China.

El soviétismo chino y la Gran Marcha.

El poderío del Ejército Rojo permite en las zonas bajo su control el desarrollo de la revolución agraria y democrática, pero sobre bases comunistas. En 1931 se funda

la República Soviética de Kiangsi, con capital en Juichin, donde se resisten las campañas de los ejércitos de Nankin. A lo largo de la lucha contra el "gobierno educador", se desarrollan las bases económicas, políticas y militares de la revolución china. Destaca el desarrollo de la estrategia de la Guerra Popular Prolongada, expuesta posteriormente, en 1936, en Problemas estratégicos de la guerra revolucionaria de China, trabajo en el que Mao resume la experiencia de la guerra revolucionaria y de la construcción de las bases para desarrollar la revolución democrática, en un proceso ininterrumpido, hasta transformarla en revolución socialista.

Durante los años de la lucha en las montañas Ching kang, la política de Mao se va afianzando en el partido, cuya dirección pretende subordinarle al principio, pero para 1930, replicaba: "es indudablemente correcta la política adoptada por Chu Teh y Mao Tsetung, y también por Fang Chi-min, que consiste en crear bases de apoyo, establecer el poder de manera sistemática, realizar en profundidad la revolución agraria, engrosar las fuerzas armadas populares siguiendo el proceso de formar primero destacamentos cantonales de guardias rojos, luego territoriales, después distritales, posteriormente fuerzas locales del Ejército Rojo y, por último, un Ejército Rojo regular, y extender el poder a modo de oleadas, etc." (125).

El objetivo del PCC era "promover el auge de la revolución" para lograr el asalto al poder. Mao planteaba

que eso era posible, en contra del pesimismo de muchos de sus camaradas, si se desarrollaba sistemáticamente la política que ellos aplicaban en las montañas de la provincia de Kiangsi, limítrofe con Fukien. Para ello era indispensable saber aprovechar los periodos de división del enemigo, rehuendo la lucha en los periodos de conciliación. Esta táctica se aplicaba en general en la lucha de clases, pero en las acciones militares de las guerrillas era vital, "como manejar una red; debemos ser capaces de tenderla o recogerla en cualquier momento. La tendemos para ganarnos a las masas y la recogemos para hacer frente al enemigo."

(126)

Sin embargo, la situación del gobierno de Nankin, después de permitir la ampliación de la zona japonesa, en consecuencia con el marco de contemporalización con los imperialistas totalitarios desarrollado por las "democracias" en la década de los treinta, logró una estabilización relativa. De esta forma, desarrolló su quinta campaña de "aniquilación y exterminio" en 1933 y 1934, campaña que ya no pudo ser resistida por el Ejército Rojo. Los dirigentes revolucionarios decidieron, entonces, retirarse de la zona. Comenzó una epopeya sin paralelo en la historia: la Larga Marcha. El cuerpo principal del Ejército Rojo, compuesto por 230 mil hombres, encabezado por Mao Tsetung, recorrió más de diez mil kilómetros, durante un año, enfrentándose en múltiples ocasiones a los ejércitos de Nankin que efectivamente querían

aniquillarlo. Llegaron a Yenán, en la provincia de Shensi, al noroeste de China, solamente 50 mil sobrevivientes. Ahí existían bases revolucionarias rurales a partir de las cuales se fundó nuevamente el poder rojo. Desde esta trincherera los comunistas chinos habrían de emprender nuevas tareas revolucionarias frente al imperialismo, en primer lugar, y sus lacayos de Nankín, seudonacionalistas. Seguirían empeñados en su objetivo de lograr el triunfo de la revolución democrática, porque sólo por medio de ella, "se podrá asentar una verdadera base para la transición al socialismo." (127)

La Larga Marcha, que debería representar la victoria de los kuomintanistas, se transformó en una epopeya revolucionaria que dió nuevos elementos a los comunistas. Mao valoró el resultado así: "Con el término de la Gran Marcha, ha surgido una situación nueva. En la batalla de Chiluocheh, el Ejército Rojo Central y el Ejército Rojo del Noroeste, unidos fraternalmente, desbarataron la campaña de cerco y aniquilamiento' lanzada por el vendepatria Chiang Kai-shek contra la región fronteriza de Shensi-Kansú, y asentaron así la piedra angular para la tarea emprendida por el Comité Central del Partido: establecer en el Noroeste el cuartel general nacional de la revolución." A la vez, consideraba la "Gran Marcha", más conocida en nuestro país como "Larga marcha", como un manifiesto, un destacamento de propaganda y una máquina sembradora. "La Gran Marcha es un manifiesto. Ha proclamado

ante el mundo entero que el Ejército Rojo es un ejército de héroes, mientras que los imperialistas y sus lacayos, Chiang Kai-shek y compañía, son totalmente impotentes. (...) La Gran Marcha es también un destacamento de propaganda. Ha dado a conocer a unos doscientos millones de habitantes de las once provincias recorridas que el camino del Ejército Rojo es el único que los conduce a la liberación. (...) La Gran Marcha es también una máquina sembradora. Ha esparcido por las once provincias gran cantidad de semillas, que germinarán, echarán hojas, florecerán y darán frutos: rendirán cosecha en el futuro. En una palabra, la Gran Marcha ha terminado con la victoria nuestra y la derrota del enemigo." (128)

El Partido Comunista y el antimperialismo.

Mientras Chiang se empeñaba en derrotar a los comunistas, los imperialistas japoneses penetraban cada vez más en territorio chino. El compromiso con los capitalistas anglo-americanos era insuficiente para hacer que Nankin enfrentara decididamente a los ejércitos japoneses. Después de la firma del Pacto Anticomintern, parecía más que razonable, desde la perspectiva de Chiang, que los japoneses le apoyaran en su lucha contra el PCC. Sin embargo, la rivalidad entre los signatarios del pacto anticomunista y las "democracias" en todo el mundo, hacían incómoda, muy incómoda, la situación del gobierno del Kuominlang. Para estas fechas, 1935-1937, en el PCC se había operado un importante cambio de dirigentes, recayendo

la máxima responsabilidad en Mao Tsetung. De este modo, el PCC asumía plenamente las orientaciones de Mao, quien se había revelado durante la ya larga guerra civil como un muy competente estratega y excelente dirigente político. Vendría, con ello, un nuevo giro en la política del PCC para enfrentar al imperialismo japonés y aislar al gobierno de Nankín, y, al mismo tiempo, un nuevo esfuerzo para el pueblo chino.

Esa posición incómoda resultará, hasta cierto punto, catastrófica para el gobierno de Nankín. Los japoneses quieren llevar a la práctica, con o sin el consentimiento del gobierno nacional, el proyecto de controlar todo el norte de China. Sus avances provocan una reacción nacionalista real en el campo de los kuomintanistas. Ya Mao Tsetung había previsto en 1935 esa tendencia a la ruptura de la alianza de clases en la que se apoyaba Chiang Kaishek, por lo cual propugnaba la creación del frente único nacional revolucionario (129).

Por otra parte, el afianzamiento del imperialismo japonés en China se realizaría a costa de los intereses de las otras potencias que se disputaban China, especialmente los yanquis, quienes se encontraban en contradicción con los nipones. En consecuencia, dado el apoyo estadounidense a Chiang, era perfectamente posible que se obligara al gobierno del KMT a pactar una nueva alianza con el PCC; de lo contrario, los días de Chiang Kaishek y su camarilla estaban contados.

La intervención cada vez más imprudente de los ejércitos japoneses en el norte de China, con la cual estaba de acuerdo Chiang y no hacía nada por impedirlo, impulsaron un radical cambio de actitud de sus propios correligionarios. El PCC, por su parte, lanzó a mediados de 1936, una propuesta pública al gobierno, invitándolo a integrar una alianza antijaponesa, el frente Único nacional. La política de "pacificación interior primero, resistencia a la agresión extranjera después" con la que Nankín enmascaraba su capitulacionismo, llegaba a su fin.

En diciembre de 1936 llegó Chiang Kaishek a Sian, capital de la provincia de Shensi, punto intermedio entre los territorios controlados, de una parte por el KMT, de otra por los japoneses y de una tercera por el PCC, para organizar una nueva campaña de "cerco y exterminio" contra los últimos. En este punto de confluencia de los protagonistas de la lucha a tres que se libraba, el Presidente se encontró con una situación que culminó con un giro total de la política china. Los generales Chang Sue-liang y Yang Ju-cheng, encargados de la lucha anticomunista en el norte del país, se encontraban muy permeados de la propaganda por el frente único, promovida por los comunistas y por la oposición nacionalista a Chiang agrupada en la Unión para la Salvación Nacional, además de sumamente indignados con el "generalísimo" por haber aceptado la exigencia nipona, formulada en 1935, de retirar las tropas chinas de la región noreste. Para imponer una

orientación nacionalista y transformar la guerra civil en guerra nacional, estos jefes militares detuvieron a Chiang. Un acuerdo político libró al líder del KMT de la muerte. Chou En-lai intervino en este acuerdo, del cual salió el compromiso de suspender toda campaña contra los comunistas y enfrentar a los japoneses.

En julio de 1937, los japoneses atacan el puente Marco Polo, cerca de Pekín, desatándose oficialmente la guerra chino-japonesa. El KMT y el PCC establecen una nueva alianza mediante la cual se integra el frente único antijaponés, para librar la guerra frente al invasor, cuya dirección militar es confiada a Chiang Kaishek. En esta nueva alianza los comunistas no caerán en los errores del pasado. "Esta guerra no sólo es la bandera de la liberación de China, sino que también tiene significación revolucionaria internacional. Los pueblos revolucionarios del mundo entero dirigen su mirada hacia nosotros. En la nueva etapa, etapa de la guerra revolucionaria nacional contra el Japón, conduciremos la revolución china a su culminación y ejerceremos una profunda influencia sobre la revolución en Oriente y en el mundo entero. Nuestra guerra revolucionaria ha demostrado que no sólo necesitamos una justa línea política marxista, sino también una correcta línea militar marxista. Quince años de revolución y de guerra han forjado ya esta línea política y esta línea militar", escribió Mao Tsetung en diciembre de 1936 (130). Para él, al comprobarse lo acertado de su política de obligar a los

antagonistas nacionales a una alianza planeada, decidida y dirigida por el Partido Comunista, no había duda, se había establecido la hegemonía de los comunistas, del proletariado en la nueva etapa de la revolución.

Se abría un nuevo período de sacrificios y esfuerzos del pueblo chino en su camino de liberación. Esta vez, había ya una dirección revolucionaria conciente, experimentada y duramente probada en la lucha frente a enemigos de toda laya. "El auge revolucionario es como un barco en el mar, del cual se divisa ya desde la costa la punta del mástil; es como el sol naciente, cuyos rayos luminosos se ven a lo lejos en el Oriente desde la cumbre de una alta montaña; es como una criatura que va a nacer y se agita impaciente en el vientre de la madre." (131) Así se veía la primera revolución en un país sometido por el imperialismo, revolución y democracia como dos partes de un mismo movimiento.

CAPITULO 9. ESPAÑA: LA DIALECTICA MUNDIAL CONCENTRADA.

Introducción.

"No hemos arrebatado el poder; lo hemos recogido del arroyo, donde estaba", declaró Miguel Maura, uno de los líderes de la Derecha Liberal Republicana e hijo de uno de los más destacados políticos monárquicos, en abril de 1931 (132). En efecto, sin combatir, se había derrumbado la monarquía. La monarquía que tan duramente habían disputado legitimistas y carlistas en tres guerras, caía sin presentar batalla ante la democracia burguesa. Sin embargo, era sólo una apariencia. Apenas cinco meses antes se había realizado un alzamiento militar por la república en Jaca, respaldado por los obreros en huelga. Estos tres hechos son significativamente representativos de las características de la lucha por la democracia en España. La burguesía no luchó decididamente por la república, sino que se encontró el poder "en el arroyo". Fue necesaria la intervención de una parte del ejército, así como de la movilización obrera para que la monarquía cayera, pero se reprimió el movimiento a sangre y fuego, escamoteando el triunfo al elemento popular.

Así fue en el siglo XIX y así continuaría la lucha después de este pasaje, pues con República y todo, la situación social permaneció estática. De ahí que la pugna en torno por la democracia adquiriera contornos muy específicos en España. En primer lugar, la sobrevivencia de la monarquía hasta bien entrado el siglo XX se basaba en la

sobrevivencia de la gran propiedad territorial, del latifundismo, así como de las condiciones de atraso de la industria. De tal manera que los interesados por la democracia fuesen, en primer lugar, los trabajadores.

En Europa occidental, la "civilizada" Europa, también existían países atrasados, cuyas condiciones históricas ponían en el orden del día la revolución, ligada a la democracia, tantos años impedida. La guerra civil fue una guerra de clases llena de episodios dramáticos, en los cuales se manifestaron miles de actos de heroísmo, pero también de traición. En este análisis nos concentraremos en el despliegue de las contradicciones de clase, reparando apenas en los aspectos relativos a la descripción de la guerra, destacando, por el contrario la manifestación política del curso de la guerra. Pues al fin y al cabo, "la guerra es la continuación de la política por otros medios". Especialmente clara en el caso de la guerra de clases, de la guerra civil.

La democracia burguesa.

Fue con la invasión napoleónica que se desarrolló en España la primera revolución democrática, derrotada por el absolutismo. La aristocracia terrateniente resultó ser suficientemente fuerte para mantenerse en el poder. Al hilo de las luchas de independencia de las colonias americanas, la intentona por la monarquía parlamentaria de 1820, inicialmente aceptada, es derrotada por la aristocracia, con ayuda de la Santa Alianza, tres años después. En 1836,

en medio de la lucha entre la Regencia de María Cristina y Don Carlos de Borbón (Carlos VII), aquella, para ganarse el apoyo popular frente a sus rivales dinásticos, concede en la integración de un parlamento, basando la monarquía en la Constitución de 1812. Es decir, por una contradicción entre facciones de la aristocracia terrateniente, se coló el parlamentarismo. Empero, ese parlamentarismo fue tutelado por los militares.

Posteriormente, otra vez entre la lucha dinástica ("segunda guerra carlista"), reaparece la revolución democrática. En junio de 1854, se desarrolla la "Vicalvarada", sublevación militar encabezada por el general Leopoldo O' Donnell, cuyos objetivos se contenían en el "manifiesto de Manzanares": pretendía la eliminación de la monarquía, la convocatoria a las Cortes y la creación de una milicia nacional. El movimiento fue apoyado por los demócratas pequeñoburgueses y amplias capas populares, que combatieron en las barricadas, y el partido progresista, cuyo dirigente, el general Baldomero Espartero, llamado por la reina, negocia con los sublevados. Resuelven la instalación de un nuevo gobierno, de acuerdo con el manifiesto, pero el pueblo demandaba la anulación del Concordato de 1851, la confiscación de los bienes de los contrarrevolucionarios y el enjuiciamiento de la reina. Los militares no incluyeron esas demandas, pues en la situación "había un peligro": los demócratas y el espíritu de clase que comenzaba a manifestarse entre los obreros. Ahora bien,

éstos se hallaban armados y por ello la revolución iniciada por O'Donnell podría convertirse en una revolución social. (...) Espartero y O'Donnell decidieron coaligarse para salvar el trono, impidiendo que los demócratas se impusieran, ya fuese por la violencia o por la vía legal" (133). De este modo, se desata un conflicto entre los militares y el pueblo, aquéllos por conservar la monarquía y éste por cambios radicales.

En este contexto, en junio de 1855 estalla una huelga general en Barcelona, que involucró a más de 40,000 obreros durante diez días; fue contestada con lock-outs, iniciándose una lucha violenta entre patronos y obreros, muriendo algunos patronos y concluyendo con la represión del movimiento. En el periodo posterior al triunfo de la insurrección, se desarrollaron diversos movimientos políticos, creciendo la agitación social, especialmente en Zaragoza y Valencia.

En julio de 1856, O'Donnell, decidido a reprimir la agitación, da un golpe de estado restaurador a favor de Isabel II. Los progresistas, liberales burgueses seguidores de Espartero, se unieron al pueblo trabajador en la resistencia al golpe. Las Cortes, prácticamente sin lucha se disolvieron. La milicia nacional se levantó en Madrid y hubo otros focos antigolpistas en algunas provincias. Pero, Espartero abandonó a sus partidarios, quienes a su vez abandonaron la lucha y, al día siguiente, solamente los trabajadores resistían.

"Existe por una parte la industria moderna y el comercio, cuyas cabezas naturales, las clases medias, son contrarias al despotismo militar; por otra parte, cuando empiezan su batalla contra ese despotismo, arrastran consigo a los obreros, producto de la moderna organización del trabajo, los cuales reclaman la parte que les corresponde del resultado de la victoria. Aterrados por las consecuencias de tal alianza involuntariamente puesta sobre sus hombros, las clases medias retroceden hasta ponerse bajo las protectoras baterías del odiado despotismo", escribió Marx a propósito de la reacción burguesa frente al golpe, constatando que se trataba de una actitud propia de esas clases en Europa.

La reacción al golpe había mostrado la oposición popular a la monarquía y la inconsecuencia de la burguesía (clase media). Por ello, Marx concluía que la "nueva revolución europea hallará a España madura para cooperar con ella. Los años 1854 y 1856 fueron fases de transición por las que tuvo que pasar para llegar a esta madurez" (134). La siguiente oleada revolucionaria en Europa llegaría en el siglo XX.

La restauración de O'Donnell, no obstante, hubo de conceder en la monarquía parlamentaria. La revolución democrática seguía siendo una tarea de las clases oprimidas. Se renovarían los esfuerzos, pero sin falta volvían al camino trazado. La clase burguesa se conformaba con su papel subalterno. Así lo demostró la revolución de

1868, llamada "Gloriosa". Los jefes militares de la sublevación terminaron por restaurar la monarquía, arrebatándosela a Isabel II e inaugurando, con ello, una nueva lucha dinástica entre 1869 y 1873. La desafortunada decisión de imponer a Amadeo de Saboya, las pretensiones legitimistas, por un lado carlista y, por otro, de Isabel, desembocaron en una inestable República de vida efímera. Otra vez la guerra carlista, la última afortunadamente, obligaría a la unificación del bloque del orden para lograr una fórmula "nueva" del viejo principio dinástico: Alfonso XII al poder. De esta suerte, la burguesía estaba felizmente apoltronada, sin conflictos, al lado de la aristocracia terrateniente. En tan alegre romance, supuesto por sus detentadores, "por los siglos de los siglos" con la bendición de la Santa Iglesia Católica, los sorprendió la crisis económica mundial de 1929. Se habían dado el lujo, incluso, de entregar el ejercicio del poder a los militares, mediante la dictadura del general Miguel Primo de Rivera, dictadura que también cayó por que le retiraron su apoyo los jefes militares y el rey. Era cierto, los políticos burgueses se encontraron en la calle al poder. Porque literalmente estaba en la calle. El despertar sería terrible: la lucha de clases era una realidad despiadada.

Las clases sociales en 1930.

Tal pareciera que España se había mantenido al margen de los cambios fundamentales experimentados por las naciones europeas en los recientes cincuenta años. El conservadurismo

de sus dirigentes daba esa impresión. En 1930 España era aún una potencia colonial, por lo menos lo pretendía. Desde principios de siglo sus principales cuadros militares se habían entrenado en la guerra que desarrollaba el colonialismo español en complicidad con el imperialismo francés. Estaban empeñados en la expansión de "su" territorio marroquí, aunque, a la vez, reclamaran la salida de los ingleses del peñón de Gibraltar. Esta contradicción era privativa de España. No así la asociación de los capitales extranjeros con los nativos hispanos, rasgo muy extendido en la época del imperialismo. Desde mediados del siglo XIX las potencias capitalistas más avanzadas exportaban capitales, vía la inversión en las economías atrasadas. Después de la Primera Guerra, era más común que hubiese combinaciones de capitales de diversos países en otro. A la vez, los que alguna vez fueron exportadores de capital, también se convirtieron en receptores, por efecto de las necesidades bélicas.

España se había mantenido al margen de la guerra, lo que le había permitido crecer en un 50 a 100% en algunas industrias, dada la necesidad de complementar la producción de los países beligerantes, así como "hispanizar" el capital de otras industrias. Sin mantener un equilibrio en su producción industrial, poseía ya industria pesada. Los centros industriales estaban ubicados en Cataluña, Vizcaya, Asturias, Valencia y Madrid. De este modo, en realidad España estaba inscrita en el curso del proceso capitalista,

el cual modificaba grandemente su situación social. El crecimiento industrial traía consigo un crecimiento del proletariado. La clase obrera se convertía, por tanto en una fuerza fundamental de la realidad política española.

La situación antedicha suponía, a su vez, una modificación en el peso específico de las clases dominantes, correspondiendo uno mayor a la burguesía que a la aristocracia. No obstante, este mayor peso de la burguesía no se traduce directamente en una posición política más avanzada. Además, el crecimiento urbano supone un crecimiento concomitante de la pequeñaburguesía, ligada a las actividades comerciales y a los servicios. En el aspecto agrario, la estructura de la propiedad mantenía las tendencias seculares: el 0.1% de los propietarios rurales poseía 12,488 fincas, con extensiones mayores de 250 hectáreas, cubriendo el 33 % del total de la tierra cultivable; 16,305 fincas con extensiones entre 100 y 250 hectáreas, cubrían el 10.42% del total y pertenecían al 0.1% de los propietarios; el 26.69% del total de la tierra estaba dividido en 375,256 propiedades de entre 5 y 100 hectáreas, correspondientes al 3.6% de los propietarios; finalmente, 9,810,331 propietarios, el 96%, poseían extensiones menores a 5 hectáreas, correspondientes al 19.57% de la tierra (135).

Por tanto, "el campesinado" estaba dividido entre los minifundistas, evidentemente empobrecidos por el rendimiento que puede obtenerse de semejantes parcelas, en consecuencia

semiproletarios que constitulan la enorme mayoría de la población rural y del país, junto con los braceros y asalariados rurales o proletarios, dado que había un total de 23 millones de habitantes en la época; los pequeños propietarios, en número muy reducido, con la cuarta parte de la tierra; finalmente, con poco menos de la mitad del total de la tierra, la burguesía agraria, la aristocracia terrateniente, la minoría extremadamente conservadora. Como puede verse, la demanda de una reforma agraria constituía un punto programático de mucha importancia. El conjunto de estos elementos nos permite entender la existencia del vendaval que latía debajo del conservadurismo y la inmovilidad de siglos en España.

Las expresiones políticas de estas clases sociales aparecían muy deformadas bajo la monarquía. Excepto la actividad del proletariado, las demás clases aparecían representadas indistintamente por los partidos de los políticos burgueses y pequeñosburgueses, los "políticos profesionales". En el seno de la clase obrera venían desarrollándose las tendencias revolucionarias desde fines del siglo XIX y la fundación de la Confederación Nacional de Trabajadores (CNT), en 1907, es sólo un punto de avance en una larga lucha de huelgas. La mayoría de la clase obrera española estaba educada en el combate huelguístico, pero no en la arena política, sometida como estaba a la influencia del anarcosindicalismo, enemigo por principio de las actividades políticas y promotor de la acción directa

que en la huelga general alcanzaba su máxima expresión. Incluso en esta acción el anarcosindicalismo no veía el potencial expropiador que tenía, por los prejuicios que le caracterizaban.

De este modo, la lucha por la democracia parecería de poco interés para los obreros... no era así. No solamente el anarquismo existía como corriente política en el movimiento obrero. El Partido Socialista Obrero Español (PSOE) también tenía una fuerte influencia, al punto de orientar la Unión General de Trabajadores (UGT), segunda central en importancia, con base fundamental en los mineros. Los socialistas, vinculados a las tradiciones de la socialdemocracia, ponían especial interés en las actividades políticas, pero con la limitación propia de estos partidos: confiar totalmente en la acción legal y parlamentaria. Precisamente en contra de esa orientación y a raíz de que la mayoría del PSOE decidió no ingresar en la III Internacional, hubo una escisión y surgió en 1921 el Partido Comunista Español. Al mismo tiempo, la CNT retiró su adhesión a la III Internacional y se afilió a la Asociación Internacional de Trabajadores. En el proletariado crecían y se desarrollaban las principales tendencias revolucionarias de la época contemporánea. Las demandas democráticas eran una causa sólidamente arraigada en el movimiento obrero.

La II República.

Como lo he descrito antes, la democracia es un problema de importancia mundial. Aunque se presenta nacionalmente, está cruzado por las fuerzas internacionales que se mueven en el capitalismo, formación económica mundial. Las fuerzas internacionales que se entrecruzaban y chocaban en el mundo, encontrando concreción espectacular en Europa, tendrían un encuentro de valor mundial en España .

La monarquía española había dejado de ser un factor de poder en la escena internacional desde principios del siglo XIX. A fines del mismo siglo tuvo una singular experiencia colonial. Había contenido las aspiraciones independentistas de los pueblos de las Antillas y de las Filipinas, que no habían escapado a la influencia liberadora de las revoluciones del siglo XIX. En 1895 se enfrentó al doble movimiento de independencia en Cuba y Filipinas, movimiento de fuerza redoblada. Un poder imperial superior, so pretexto de apoyar esa independencia, le arrebató las colonias, en nombre de "la democracia". El gobierno español, perdedor, cuando menos era coherente, nunca había permitido el desarrollo de la democracia en su territorio. Estados Unidos, por el contrario, se enderezaba como campeón de la democracia, hipócritamente. Dentro del desarrollo máximo del imperialismo, en el nuevo reparto del poder internacional, la España colonial perdía territorios en 1898, acentuándose su marginación del concierto de las potencias. Se convertía, por tanto, en un socio menor de su vecino, el imperialismo francés. Como tal, actuó en la

represión de la "rebeldía" de Abd-el Krim, entrenando a su ejército en la lucha contra los bereberes o moros, a la vez que expandía las zonas de control en el territorio africano de Marruecos que le correspondía. Finalmente, reclamaba al imperialismo inglés le devolviera el peñón de Gibraltar, víctima se consideraba el gobierno español de una agresión colonialista. Simplemente era una pieza secundaria en el juego del poder internacional. Precisamente en ese tenor iba a ser abordada la problemática planteada por la guerra civil.

La monarquía española, el poder de la aristocracia, estaba pudriéndose. Sólo requería un empujón para caerse. La burguesía, como ya vimos, no se atrevía a luchar decididamente contra la monarquía. Sin embargo, en agosto de 1930, los dirigentes liberales de varios de los muchos partidos que había en España, se reunieron en San Sebastián para acordar la ofensiva contra la monarquía. La causa de una República estaba bien madura en la conciencia política de la mayoría de los españoles. Participaron en San Sebastián los representantes de los partidos Unión Republicana, Alianza Republicana, Partido Republicano Radical Socialista, Derecha Liberal Republicana, Acción Catalana, Acción Republicana de Cataluña, Estat Català y la Federación Republicana Gallega, acordando en el llamado Pacto de San Sebastián, la concesión de la autonomía a las provincias, la instauración de la república y la convocatoria a cortes constituyentes; como órgano ejecutivo

se creó el "comité revolucionario". De hecho este acuerdo era la llamada a la sublevación antimonárquica. Se revela en el pacto la participación de políticos conservadores, incluso de ex-ministros del rey, lo que le da un carácter frentista, y la pulverización de los partidos burgueses, la mayoría de ellos de carácter local o caudillesco, incapaces por sí mismos de dar un impulso definitivo a la república. Aparte de estas formaciones, existía la Comunidad Tradicionalista, de raigambre local, monárquica carlista y católica; el Partido Comunista Español, muy pequeño en ese momento; sólo el Partido Socialista Obrero Español era una formación de alcance nacional y de verdadero apoyo popular. Evidentemente los dos últimos partidos estaban por la causa de la república, pero no asistieron al encuentro, excepto Indalecio Prieto del PSOE, "a título personal".

Al impulso democrático contestaron con la acción los miembros de la Asociación Militar Republicana, que ya habían realizado agitación en los mandos medios y la tropa, en coordinación con los dirigentes de la CMT, que respaldarían una sublevación con la huelga general, concebida como arma definitiva por los anarquistas. En efecto, el 12 de diciembre de 1930 se realiza el alzamiento de Jaca, seguido de una huelga general. Las tropas, dirigidas por los altos mandos reprimen rápidamente la sedición, imponiendo el orden y arrestando a algunos miembros del comité revolucionario.

La acción revolucionaria había fracasado. Es de notar la disposición obrera a la acción revolucionaria. Al calor de los acontecimientos revolucionarios de Rusia, también en España se había realizado una huelga general revolucionaria encabezada por el CNT y la UGT, con demandas democráticas y socialistas, pero fue también reprimida por el ejército, destacándose en esta labor las tropas coloniales. Evidentemente, en la conciencia de los obreros españoles estaba perfectamente arraigada la revolución social.

Realmente la sublevación se convirtió en un indicador de la situación explosiva que se había creado. Impedir la revolución era, por tanto, de la mayor importancia estratégica para la conservación de la sociedad capitalista. Además, las movilizaciones estudiantiles crecían oponiéndose a la monarquía, como ya lo habían hecho frente a la dictadura. Indicador importante del consenso democrático fue la intervención de los intelectuales que crearon la "agrupación al servicio de la República", cuyo manifiesto fue dado a conocer el 10 de febrero de 1931, en el cual se proponía la integración en la agrupación de los "españoles de oficio intelectual para que formen un copioso contingente de propagandistas y defensores de la República" llamando a los profesores, escritores, artistas, médicos, abogados, notarios, etc. y a la juventud para tal contingente, cuyos objetivos serían la realización de elecciones constituyentes y la "sólida instauración y el ejemplar funcionamiento del nuevo estado

republicano", apareciendo como firmantes Gregorio Marañón, Ramón Pérez de Ayala y José Ortega y Gasset (136). Había llegado, pues, la hora de un relevo que cambiara el gobierno para mantener las condiciones sociales del régimen capitalista.

Queriendo cumplir este propósito, los monárquicos resuelven convocar a elecciones municipales, en las cuales obtienen una mayoría. La prensa republicana niega ese resultado argumentando la manipulación caciquil, a lo que la monarquía responde con la pretensión de convertir el resultado en constituyente. El comité revolucionario exige la salida del rey. El 14 de abril de 1931 se cerraba un ciclo de la historia española. La monarquía caía. El poder de la aristocracia terrateniente se derrumbaba. El relevo de la burguesía era el indicado. Esta debería resolver su composición, para lo cual debería funcionar "el comité de fuerzas políticas coaligadas para la instauración del nuevo régimen". A partir de éste, inmediatamente se integra el gobierno provisional; prácticamente son los mismos hombres que habían elaborado el Pacto de San Sebastián. Declaran: "El gobierno provisional de la República ha tomado el Poder sin tramitación y sin resistencia ni oposición protocolaria alguna; es el pueblo quien le ha elevado a la posición en que se halla, y es él quien en toda España le rinde acatamiento e inviste de autoridad" (137). Integran el comité de fuerzas, etc., Alejandro Lerroux, Fernando de los Ríos, Manuel Azaña,

Santiago Casares Quiroga, Miguel Maura, Alvaro de Albornoz, Niceto Alcalá Zamora y Francisco Largo Caballero. Este último da al nuevo gobierno un aval bien importante, en tanto líder de la UGT y del PSOE, que de hecho quedan incorporados a la coalición. El comité nombra a Alcalá Zamora presidente. Estos hombres habrán de protagonizar largamente la escena política de España los próximos años. Rápidamente el gobierno se dispone a ejercer su mandato, dedicándose a ganar la confianza de los capitalistas para salvar la situación e impedir un colapso; finalmente, la revolución ha sido contenida. También debe ganar consenso popular y decreta la amnistía a todos los presos por delitos políticos. Apenas comienza una dura lucha.

En el nuevo régimen se daba por sentado el respeto a los acuerdos del Pacto. En Cataluña, por tanto, se declaró la República. Los partidos políticos pasaron a desarrollar sus actividades ampliamente. Las libertades democráticas eran practicadas en los hechos por los trabajadores. El nuevo régimen debería cumplir las tareas democráticas postergadas por tanto tiempo. Una de ellas era la de la separación de la iglesia y el estado. La iglesia era una fuerza política de gran importancia en la España aristocrática y la instauración de la República no significaba el fin de los privilegios de las instituciones tradicionales, por tanto, había una cuenta que saldar con la iglesia, que gravitaba pesadamente sobre la conciencia y la economía de los trabajadores. El ejército fue depurado

por el método del retiro voluntario, acatándolo los oficiales monárquicos, pero tampoco significaba el fin de una institución de casta, en la cual se encuadraban los herederos de la aristocracia. Las condiciones de explotación permanecían iguales a las de la víspera, por más republicanas que fuesen. La propiedad territorial seguía concentrada en pocas manos y la demanda campesina fundamental, la reforma agraria latía fuertemente en el agro hispano. No fueron precisamente estos últimos asuntos los que ocuparon la atención de los políticos republicanos que se toparon con el poder. Era entonces necesario que los partidos atendieran estas cuestiones, a la vez que frente al reto de la naciente república se reorganizaran, pues su antigua integración era realmente inoperante. En consecuencia, hubo un reagrupamiento de fuerzas que dió como resultado un nuevo mapa político, pero dominado por las mismas tendencias políticas y clases sociales del período anterior.

Partidos políticos y clases sociales.

La elección a las cortes constituyentes, el 28 de junio, en la que se disputaron 457 escaños entre más de 15 partidos, arrojó el siguiente resultado: PSOE 117 bancas, la mayoría, pero era apenas el 25% de la cámara; Radical 93 diputados; Radical Socialista 59; Esquerra Catalana 32; Acción Republicana 27; Progresista 27; Agrario 26; y 8 partidos con menos de 20 representantes, entre los cuales estaba el monárquico con sólo un diputado. Resultó reveladora de la escena política española esta composición de las cortes.

En primer lugar, resalta la pulverización de los partidos, que impedía la integración de una mayoría estable, la cual pudiera imprimir al gobierno una política coherente. Desde el punto de vista de la necesaria eficacia parlamentaria burguesa, esta era una limitación clave, misma que debería eliminarse. Esta pulverización obligaba, naturalmente, al establecimiento de coaliciones y alianzas que, al principio, eran relativamente sencillas de integrar, pero cuyo resultado a la larga, siempre, es la creación de camarillas que copan el gobierno impidiendo la eficacia real de la democracia. En segundo lugar, no aparecían las tendencias políticas principales que, al igual que en el resto del mundo, habrían de disputar la dirección del país: el fascismo y el comunismo.

La constitución elaborada en 1931 dió a España un régimen republicano, laico y descentralizado. Sus

disposiciones, insuficientes para resolver los problemas que aquejaban a las clases populares, fueron asumidas por las tendencias conservadoras, ligadas a la aristocracia terrateniente cuyo poder estaba intacto, como un ataque a sus sagrados derechos. Desde el momento mismo de la publicación de la constitución se rompía el aparente consenso nacional por la república. Entendido por la aristocracia y la burguesía como el esfuerzo por salvar el régimen capitalista, parecíale a estos perfilarse como una nueva amenaza revolucionaria. Al contrario, para la clase obrera y el campesinado sus medidas políticas eran definitivamente limitadas y tímidas para las demandas de las clases oprimidas. En consecuencia, una nueva lucha habría de desatarse inmediatamente. La única clase que vela en esa república la solución a los problemas de España era la pequeñaburguesía. Por fin se había conseguido la anhelada democracia parlamentaria, pero el siglo de retraso en su conquista la hacían anacrónica, ya habían surgido en el mundo nuevas formas de poder.

Efectivamente, la lucha de clases, lejos de descender con la instauración de la república, se exacerbó. En realidad, la caída de la monarquía solamente marcaba el inicio del curso revolucionario en España. El curso de la revolución social del siglo XX: la revolución socialista. Por sus rasgos típicos, ya anotados, en España se presentó con retraso el fenómeno revolucionario que caracterizó las primeras décadas del siglo. A la aprobación de la nueva

constitución y la elección del presidente de la república, siguió un periodo de agitación campesina y obrera, simultánea a los primeros procesos conspirativos y golpistas. La una generó los otros. Se desplegaba la dialéctica de la revolución. Solamente que en esta época habían madurado en el mundo las formas estatales de las alternativas que se disputaban el poder en el mundo, por lo cual intervendrían, necesariamente, en el conflicto local.

El espectro político de España a fines de 1931 se había modificado. Los partidos comenzaban el proceso de centralización por tendencias frente a la república. En el poder se alineaban los partidos republicanos en alianza con los socialdemócratas del PSOE, en la oposición de derecha alineábanse los monárquicos y conservadores católicos. A la izquierda del poder, sin constituir un polo opositor aún, se encontraban los anarquistas, por su lado, y los comunistas, por el suyo. En términos de clases, la distribución sería la siguiente: en el poder, la pequeñaburguesía apoyada por un importante sector de la clase obrera, el cual seguía a los socialdemócratas, dirigentes de la UGT, es decir, era un bloque defensor del capital, en el que participaba sólo una parte de la burguesía industrial, señaladamente la catalana. En la oposición de derecha los terratenientes, seguidos de las capas de pequeñoburgueses agrarios, y la burguesía industrial, financiera y agraria, respaldados por sus aparatos de poder, el ejército y la iglesia. La mayoría de

la clase obrera y de los campesinos constitula la base social potencial de la izquierda revolucionaria, pero también era, en el marco de la democracia parlamentaria, una clientela electoral disputada por las otras tendencias. Cabe, por tanto, destacar que la designación, muy extendida por cierto, de que la lucha política desplegada en esa época era entre "las izquierdas y las derechas", no corresponde a la realidad, como puede verse en este cuadro de fuerzas políticas, esquemático y por ello no definitivo ya que en el curso de la liza los partidos van adquiriendo otras combinaciones. Estas, en lo esencial corresponden a la alineación de las clases sociales.

Las contradicciones sociales empiezan a manifestarse muy pronto. Al mismo tiempo que se van constituyendo nuevas organizaciones políticas, se desarrolla la agitación popular. En diciembre de 1931 y en enero de 1932, la Guardia Civil reprime movilizaciones locales de campesinos primero, y de obreros después. En agosto de 1932 fracasa, detenida por una huelga general, la primera sublevación militar contra la república, encabezada por el "jefe histórico" de la oposición militar, el general José Sanjurjo. Son los preliminares de la guerra civil. Poco después de esta asonada, se aprueba el estatuto de Cataluña que le reconoce autonomía, luego se promulga la ley de reforma agraria y se crea la institución encargada de ejecutarla, destinada a la expropiación de las tierras de señorío y su reparto entre los braceros.

Esto es una llamada para la reacción, que inicia un proceso de reorganización, empezando por la recientemente creada organización católica Acción Nacional, luego Acción Popular, dirigida por José María Gil Robles, a partir de la cual se nuclean las fuerzas conservadoras y constituyen la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA). También los monárquicos se reagrupan creando Renovación Española, dirigida por José Calvo Sotelo, tendencia distinta de la ya existente carlista Comunión Tradicionalista. Para completar el cuadro, en octubre de 1933, se funda la Falange Española, organización nacionalista y autoritaria de claro corte fascista, dirigida por José Antonio Primo de Rivera, hijo del dictador.

De acuerdo con la tendencia general de los partidos, la FE se fusiona en febrero de 1934 con las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista, organización reaccionaria de escasa significación en el movimiento obrero, con lo cual la organización derechista adquiere un perfil fascista indiscutible. La fusión evidencia el oportunismo y la "demagogia propios de semejantes engendros de la reacción burguesa, cuyos rasgos típicos pueden verse en las siete "bases" de fusión, en las cuales destacan las siguientes:

"2a. Se considera imprescindible que el nuevo movimiento insista en forjarse una personalidad política que no se preste a confusionismos con los grupos derechistas (sic).

"3a. Encaje de las jerarquías de F.E. y J.O.N.S. Recusación en los mandos del nuevo movimiento de los camaradas mayores de cuarenta y cinco años."

"7a. Elaboración de un programa concreto nacional sindicalista donde aparezcan defendidas y justificadas las bases fundamentales del nuevo movimiento: Unidad, acción directa, antimarxismo y una línea económica y revolucionaria que asegure la redención de la población obrera, campesina y de pequeños industriales." (138)

El gobierno derechista.

El año de 1933 es el de la revancha de la reacción burguesa y terrateniente, encabezada por sus abogados. Las elecciones municipales dan mayoría a los republicanos, pero crece la representación derechista. La lucha parlamentaria adquiere un gran encenso, provocando la convocatoria a elecciones generales, prueba de fuerza con la cual pretenden los republicanos neutralizar los ataques derechistas. Estas elecciones se realizan en noviembre. La votación otorga mayoría a la derecha. Hay un importante cambio en las alianzas políticas: el Partido Radical, encabezado por Lerroux, miembro de aquel "comité revolucionario" del 30 y gobernante con los republicanos, en un acto de oportunismo se pasa al bando de las agrupaciones reaccionarias, pactando con la CEDA, en cuya virtud Lerroux encabeza el nuevo gobierno, apoyado por los monárquicos y la CEDA. Sus decisiones inmediatas son las de suspender la ley de reforma

agraria y las medidas autonomistas, acercándose nuevamente a la iglesia.

Además, en abril de 1934, decreta una amnistía para los involucrados en el golpe de Sanjurjo. La respuesta popular es inmediata. Más allá de las declaraciones de los republicanos, la clase obrera, verdadera fuerza social de la república en tanto no avanza a formas propias de poder, se lanza a la huelga general convocada por la CNT en Zaragoza, en protesta por las decisiones gubernamentales. Después, en junio, las centrales sindicales CNT / UGT convocan a una huelga campesina que es reprimida por la tropa, deportando a los campesinos y deteniendo a diputados socialistas. Las condiciones de enfrentamiento de clases han alcanzado un nivel revolucionario.

La CEDA avanza en sus posiciones al interior del gobierno, incorporándose tres de sus miembros como ministros, amenazando seriamente las reformas decididas por el gobierno de la coalición republicana. Los socialistas convocan a una huelga general el 5 de octubre de 1934, seguida de la declaración de independencia de Cataluña por el jefe de la Esquerra Catalana, Luis Companys. Estos actos inician la "revolución de octubre", que estalla en Madrid, Cataluña, León, Aragón, las Vascongadas, Andalucía y Asturias. La debilidad central de la revolución está en su carácter localizado, pero su fortaleza estriba en la unidad de los partidos obreros que crean las "alianzas obreras", en las que participan militantes de la UGT (socialistas), la

CNT (anarquistas) y comunistas. El frente único obrero con objetivos revolucionarios, consigna adoptada por la Comintern se realiza efectivamente.

La represión sobre el movimiento es definitiva, en la cual participan tropas coloniales. El general Francisco Franco tuvo una destacada actuación en la represión, como asesor especial del ministerio de Guerra. Los acontecimientos de octubre de 1934 son el ensayo general de 1936. Los actores principales están en la escena.

Sin embargo, las creaciones de este ensayo en el campo revolucionario obrero no serán recreadas en la puesta definitiva. Especialmente la unidad obrera, bajo el mando de los dirigentes proletarios, encarnada en el Comité Revolucionario de Alianza Obrera y Campesina de Asturias, radicado en Oviedo. Este comité tuvo la virtud de encabezar energicamente la revolución y fue allí, en Asturias, donde el proletariado resistió más tiempo y firmemente las ofensivas del ejército burgués. Tomó, en su ámbito geográfico, medidas ejecutivas para asegurar la base revolucionaria, adoptando el papel de poder ejecutivo y creando el Ejército Rojo de muy corta vida.

El 9 de octubre dió a conocer sus decisiones, decretando el control de los alimentos y las armas, en caso de desobediencia amenazaba con juicios "severísimos". Decretó: "6". Los miembros de los partidos y juventudes obreras de la localidad deben presentarse inmediatamente con su correspondiente carnet para constituir la Guardia Roja,

que ha de velar por el orden y la buena marcha de la revolución." En el mismo documento publicó un bando para la creación del Ejército Rojo, del que transcribo los párrafos inicial y final:

"Hacemos saber: Desde la aparición de este bando queda constituido el Ejército Rojo, pudiendo pertenecer a él todos los trabajadores que estén dispuestos a defender con su sangre los intereses de nuestra clase proletaria."

"El aplastamiento de los contrarrevolucionarios, la conservación de nuestras posiciones, exige tener un Ejército invencible, aguerrido y valiente para edificar la sociedad socialista." (139).

La experiencia revolucionaria de menos de un mes fue insuficiente para la creación de órganos de poder proletario que cumplieran la tarea descrita en la última línea del bando transcrito, quedando por ello reducida, en manos de la dirección pequeñoburguesa del movimiento, a una simple lucha por derribar al gobierno derechista en los limitados marcos de la república parlamentaria. Este lineamiento, empero, si se repetiría en la siguiente ronda revolucionaria, siendo el principal obstáculo para el triunfo del proletariado.

La derrota de 1934 no significó, sin embargo, la eliminación definitiva de las fuerzas revolucionarias. Era la expresión radical del nivel alcanzado por la lucha de clases. Para 1935 la república parecía muy saludable. Había pasado la prueba durísima de los intentos de asalto

al poder, tanto de la reacción terrateniente y burguesa frente al gobierno republicano, como de la alianza obrera y campesina frente al gobierno conservador. Parecía posible una feliz sucesión de gobiernos de "derechas" y de "izquierdas", democracia parlamentaria tan civilizada como en Francia e Inglaterra. No habría que preocuparse, pues se salvaban, juntos, la democracia y el capitalismo. Claro, **abstracción** hecha de que una preponderancia derechista suponía la eliminación de las reformas sociales y una agudización de los conflictos populares, lo que conducía inevitablemente a la dictadura militar, verdadero objetivo de los partidos conservadores (Radical y CEDA), monárquicos (Renovación Española y carlista) y fascista (FEJONS). Desde una posición contraria, la preponderancia de los republicanos y socialistas, conduciría, por las reformas sociales, al mismo resultado: golpe militar reaccionario.

La alternativa que salvara al capitalismo y la república sólo era viable mediante un gobierno exclusivamente burgués republicano, es decir, sin alianzas con la aristocracia o la pequeñaburguesía, lo cual era imposible. La burguesía había demostrado su incapacidad histórica para semejante tarea. La democracia y el capitalismo eran definitivamente incompatibles. Sólo la clase obrera podría imponer la democracia, desde luego una democracia clasista que es el ejercicio del poder para garantizar los derechos de la mayoría de la población sobre los de la minoría. La revolución socialista estaba

al poder, tanto de la reacción terrateniente y burguesa frente al gobierno republicano, como de la alianza obrera y campesina frente al gobierno conservador. Parecía posible una feliz sucesión de gobiernos de "derechas" y de "izquierdas", democracia parlamentaria tan civilizada como en Francia e Inglaterra. No habría que preocuparse, pues se salvaban, juntos, la democracia y el capitalismo. Claro, abstracción hecha de que una preponderancia derechista suponía la eliminación de las reformas sociales y una agudización de los conflictos populares, lo que conducía inevitablemente a la dictadura militar, verdadero objetivo de los partidos conservadores (Radical y CEDA), monárquicos (Renovación Española y carlista) y fascista (FEJONS). Desde una posición contraria, la preponderancia de los republicanos y socialistas, conduciría, por las reformas sociales, al mismo resultado: golpe militar reaccionario.

La alternativa que salvara al capitalismo y la república sólo era viable mediante un gobierno exclusivamente burgués republicano, es decir, sin alianzas con la aristocracia o la pequeña burguesía, lo cual era imposible. La burguesía había demostrado su incapacidad histórica para semejante tarea. La democracia y el capitalismo eran definitivamente incompatibles. Sólo la clase obrera podría imponer la democracia, desde luego una democracia clásica que es el ejercicio del poder para garantizar los derechos de la mayoría de la población sobre los de la minoría. La revolución socialista estaba

en el orden del día. Realmente era inevitable la guerra civil. El bloque de clases que mejor se preparara la ganarla.

Los frentes políticos.

La organización política de las clases había cobrado una importancia definitiva. Estaba demostrado que ninguno de los partidos existentes, aislado, podría hacerse del poder. Estaba demostrada la imposibilidad de una república "neutra". El "centro" político había desaparecido, pero los que se aferraban a representarlo, como Alcalá Zamora, estaban destinados a pasar a retiro. Sin embargo, a principios de 1936 ninguno de los protagonistas parecía estar conciente de la perspectiva que se abría. Pese a ello había febriles preparativos ... para las elecciones de las cortes. La rapidez de los acontecimientos tal vez, impedía la reflexión serena de la acumulación de contradicciones y la valoración de la situación.

Era inevitable la formación de frentes políticos ante la polarización creada en los cinco años anteriores. En el ejército también había una intensa vida política. Al intento golpista de Sanjurjo siguió la organización de los militares "leales a España", es decir, los reaccionarios que debían lealtad a la España de los grandes propietarios, la fuerza de choque de la restauración: la Unión Militar Española (UME), creada el 24 de enero de 1933. Entre los suboficiales y la tropa había cierta tendencia, debida a la propaganda, de identificarse con la revolución, por lo cual

varios elementos, aisiados, apoyaron las acciones de octubre. Sin embargo, es hasta abril de 1936 que cristaliza una organización militar correspondiente a la orientación política del Frente Popular: la Unión Militar Republicana Antifascista (UMRA).

El gobierno derechista, conocido como el "bienio negro", había significado una amarga experiencia para el movimiento popular. Para los partidos liberales de clara cepa pequeñoburguesa había sido una amenaza a la república y debían enfrentarla decididamente. Además, la creación, en 1934, del Bloque Nacional por los monárquicos y su acercamiento de fines de 1935 con la CEDA y el Radical, convertía a la derecha en un frente muy fuerte con una perspectiva muy grande de ganar las elecciones. Por tanto, era incuestionable la importancia de formar un frente entre los republicanos y las organizaciones revolucionarias. La amenaza del fascismo era palpable y las orientaciones políticas del momento de las Internacionales (II y III) a ese respecto facilitaban la tarea de integrar un frente amplio. Indalecio Prieto empezó una campaña para lograr el aglutinamiento de todas las fuerzas de izquierda, como las identificó el líder del PSOE. Manuel Azaña, ya dirigente de la Izquierda Republicana -escisión de la Unión Republicana que revelaba la radical polarización de los partidos-, apoyó decidido la idea. Por su parte, para los comunistas era una oportunidad de aplicar la política del frente único antifascista. El VII Congreso de la IC había

lanzado la consigna del Frente Popular. En tales condiciones se estableció la alianza.

El Frente Popular, no obstante, nació limitado. La hegemonía política correspondió a la democracia burguesa que estaba representada por los partidos más numerosos. El Partido Comunista tenía apenas veinte mil miembros y el Partido Obrero de Unificación Marxista era de un alcance provincial en Cataluña. Este último era mucho más decidido y francamente revolucionario, a diferencia del PCE, que se empeñaba en ver la revolución en su forma democrática. De hecho estos partidos representaban en la escena española la polémica internacional del movimiento comunista, en plena ebullición en esa época, entre Trotsky y la dirección estalinista de la Comintern. Esta insistía en sus esquemas de la revolución democrático-burguesa en los países atrasados, a la que, correctamente, Trotsky calificaba de retroceso político a las posiciones del menchevismo, planteando por su lado la tesis de la revolución permanente que en España, como en cualquier otro país en curso revolucionario, se traducía en la necesidad de consolidar la hegemonía proletaria en el campo revolucionario, única manera de llevar la revolución democrática hasta sus últimas consecuencias, abriendo la inmediata perspectiva de la transformación del proceso en revolución socialista (140). Empero, Trotsky y los troskistas nada significaban en la lucha política española, dada su nula influencia en el movimiento obrero.

Es necesario destacar que la afirmación sobre la hegemonía burguesa en el Frente Popular es una caracterización política, dado que su base social alcanzaba, más bien, a la pequeña burguesía y a solamente los sectores autonomistas de la burguesía en Cataluña y Vizcaya, encontrándose, por el contrario, sólidamente extendida entre el proletariado industrial y rural y los semiproletarios campesinos. Pese a esa desproporción de fuerza social, el hecho de que la dirección de la UGT, base obrera principal, fuese socialdemócrata, daba un peso definitivo a las posiciones burguesas. Desde la formulación del Frente Popular se puede apreciar esta característica tan costosa para la revolución en el curso de la guerra civil.

El 18 de enero de 1936 se publicaron las ocho bases del Frente Popular, firmadas por la Izquierda Republicana, la Unión Republicana, el Partido Socialista, la Unión General de Trabajadores, la Federación Nacional de Juventudes Socialistas, el Partido Comunista, el Partido Sindicalista y el Partido Obrero de Unificación Marxista que, "sin perjuicio de dejar a salvo los postulados de sus doctrinas", hacían este plan para "la coalición de sus respectivas fuerzas en la inmediata contienda electoral y de normas de gobierno que habrán de desarrollar los partidos republicanos de izquierda, con el apoyo de las fuerzas obreras, en el caso de victoria" (141. Subrayado mio). Se invitaba a otras organizaciones republicanas y obreras "a

integrar en tales condiciones el bloque de izquierdas que debe luchar frente a la reacción".

Las bases explicitaban los compromisos adquiridos, entre los cuales destacan: en la base primera, sobre la paz pública, "1° Conceder por ley una amplia amnistía de los delitos políticos sociales cometidos después de noviembre de 1933", los siguientes compromisos de la misma base consistían en reparar daños derivados de la represión de 1934, anunciando la reinstalación de los empleados públicos cesados por ese motivo y la indemnización a las familias de las víctimas de las acciones revolucionarias o la represión.

La base "II, sobre la libertad y la justicia declaraba, "1° Restablecerá el Imperio de la constitución" y "3° Se declara en todo su vigor el principio de autoridad; pero se compromete su ejercicio sin mengua de las razones de libertad y justicia."

Se leía en la base "III. Los republicanos no aceptan el principio de nacionalización de la tierra y su entrega gratuita a los campesinos, solicitada por los delegados del Partido Socialista."

En las siguientes bases se establecían las medidas principales que adoptaría el gobierno de Frente Popular: "IV. Nuestra industria no se podrá levantar de la depresión en que se encuentra si no se procede a ordenar todo el complejo sistema de protecciones que el Estado

dispensa según un criterio estricto de coordinada subordinación al interés general de la economía.

"V. Los republicanos consideran la obra pública no sólo como modo de realizar los servicios habituales del Estado (...), sino como medio potente para encauzar el ahorro hacia las más poderosas fuentes de riqueza y progreso desatendidas por la iniciativa de los empresarios.

"VI. (...) No aceptan los partidos republicanos las medidas de nacionalización de la Banca propuestas por los partidos obreros (...)

"VII. La República que conciben los partidos republicanos no es una República dirigida por motivos sociales o económicos de clase, sino un régimen de libertad democrática, (...) por esa definida razón, la política republicana tiene el deber de elevar las condiciones morales y materiales de los trabajadores hasta el límite máximo que permita el interés general de la producción (...)

"No aceptan los partidos republicanos el control obrero solicitado por la representación del Partido Socialista." (subrayado mío).

La base VIII establecía la exclusividad de la educación para el estado, el compromiso de reponer los principios constitucionales de autonomía regional, así como la decisión de que se "orientar& la política internacional en un sentido de adhesión a los principios y métodos de la Sociedad de Naciones", es decir, al concierto imperialista, de tal modo que la flamante República quería

mantener la posición colonialista de la monarquía. Evidentemente este programa estaba muy lejos, pero muy lejos de constituir una amenaza para el régimen capitalista. Por medio del mismo, por el contrario, el proletariado quedaba subordinado a la burguesía en un acto de total oportunismo de las organizaciones obreras, presuntamente llamadas a defender los intereses históricos de la clase obrera, mismos que se sacrificaban en aras de la lucha "antifascista".

Por el contrario, ese inocuo programa aparecía como peligroso precisamente a la organización fascista de la FEJONS, aislada en ese momento de las alianzas establecidas, y que escandalizada lo denunciaba. El líder fascista Primo de Rivera, explotando los prejuicios de las clases opresoras profundamente conservadores y religiosos, declaraba frente a las elecciones en las que no tenían ninguna oportunidad de ganar: "¿Quiénes les han dicho que la revolución se gana con candidaturas? Aunque triunfaran en España todas las candidaturas socialistas, vosotros, padres españoles, a cuyas hijas van a decir que el pudor es un prejuicio burgués; vosdótro, militares españoles, a quienes van a decir que la patria no existe, que váis a ver a vuestros soldados en indisciplina; vosotros, religiosos, católicos españoles, que váis a ver convertidas las iglesias en museos de los sin Dios; vosotros, ¿acataríais el resultado electoral? Pues la Falange tampoco; la Falange no acataría el resultado electoral." (142)

Los fascistas combatían, éstos sí, decididamente por su proyecto corporativo. Desde el punto de vista de lo que se proponía el Frente Popular combatía a un fantasma, el fantasma del comunismo, pero su prédica era eficaz. Evidentemente la reacción sí se preparaba para la guerra civil, para subvertir la democracia burguesa en nombre de la "revolución nacional". Los partidos obreros, al contrario, combatían ineficazmente al fascismo, entregando sus arreos a la burguesía.

Los preparativos de la guerra civil.

Las elecciones de febrero de 1936 fueron una prueba de fuerza electoral extraordinaria. Luego de años de opresión, las clases oprimidas veían perspectivas de superación. Enemigas realmente de la democracia burguesa, centrada en las elecciones, las clases dominantes votaron por suprimirlas. El resultado fue el triunfo del Frente Popular con 4,176,156 votos, contra 3,783,601 votos (143). Una exigua mayoría definida por 392,555 votos. Habría, pues, de aplicarse el programa reformista ya reseñado. Ya no importaba. La burguesía mantenía su tradicional impostura democrática y se subordinaba a las orientaciones de la aristocracia. Estaban en marcha los planes de la rebelión pues, como había dicho Primo de Rivera, no se acatarían los resultados, mucho menos cuando la derecha veía con certeza que a su fuerza económica y militar se sumaba un consenso electoral que le apoyaba casi en igualdad que a los republicanos. En términos de los diputados a cortes, el Frente Popular obtenía 277, los partidos no coaligados y centristas, 32, mientras el Frente Nacional quedaba con 132 (144). Las elecciones presidenciales de mayo daban de nuevo el triunfo al Popular, eligiendo presidente a Manuel Azaña. Inmediatamente empezaron los preparativos golpistas. La suerte estaba echada.

Mientras se retrasaba, en virtud de la legalidad, la urgente reforma agraria, la lucha política real, fuera de los estrechos muros de las cortes, se exacerbaba. El general

Emilio Mola, con la representación de la UME, inicia una serie de contactos con los partidos derechistas con vistas al alzamiento. Al hilo de estos, los monárquicos se acercan a Mussolini, quien apoyará la instalación de un régimen autoritario en España, aliado suyo, para dominar el Mar Mediterráneo a costa de Francia. La sublevación se va organizando con celeridad, eficacia y discreción, aunque no tanta. Desde el triunfo del Frente Popular se empezaron a difundir rumores sobre un inminente golpe de estado. Pese a ello, el gobierno sólo acierta a trasladar a los militares reaccionarios a puntos alejados, medida ineficaz que, por el contrario, permite la ampliación de las redes golpistas. Jamás pararon mientes los jefes republicanos en eliminar la subversión de los oficiales reaccionarios pasándolos a retiro, pues aún no tenían organizada la conspiración. Dada la impotencia republicana, para abril estaban listos los mandos de la sublevación, cuyo jefe sería el general Sanjurjo. Precisamente lo que había llevado a los partidos obreros a entregarse a la burguesía, la lucha contra el fascismo, le había dado fuerza a éste, que aparecía como central entre los grupos golpistas. La política provocadora de los falangistas y monárquicos lleva a una cadena de crímenes políticos. La famosa relación entre el asesinato del teniente de las Guardias de Asalto (cuerpo policiaco creado por los republicanos) José Castillo, miembro de las Juventudes Socialistas, con el asesinato del líder monárquico José Calvo Sotelo, es la demostración del

nivel de encorno alcanzado y de la facilidad con que las fuerzas revolucionarias calan en la provocación, a su vez tolerada por el impotente gobierno burgués. El pretexto se había consumado.

El golpe de estado.

El 17 de julio, de acuerdo al plan subversivo, se levanta la guarnición de Melilla, luego de someter a los jefes militares adictos a la república. La información del alzamiento es comunicada inmediatamente al jefe de gobierno, Santiago Casares Quiroga, quien no toma las medidas inmediatas. Al día siguiente es demasiado tarde. Azaña y Casares se pasan el día identificando y cesando en sus funciones, por decreto, a los golpistas. Casares debe abandonar el gobierno ante su manifiesta ineptitud. Se nombra un nuevo jefe, el moderado Diego Martínez Barrio, quien intenta, mediante la intervención del general José Miaja, ministro de la Defensa y republicano convencido, una negociación con los sublevados, inútil por lo demás.

Frente a la indecisión gubernamental los obreros pasan a la acción. La sublevación emerge en todo el país. Los partidos obreros exigen el inmediato armamento del pueblo. Martínez está empeñado en la negociación, rechazada tajantemente por el general Mola, quien se ha hecho fuerte en Pamplona, respaldado ampliamente por las milicias del "requeté", carlistas de la CT. Ante esta incapacidad, el mismo 19 de julio se nombra otro gobierno, el de José Giral quien ordena el armamento de los partidos obreros. La lucha

en Madrid se hace intensa y el valor, decisión, abnegación y heroísmo de los trabajadores pronto derrota a los sublevados en el cuartel de la Montaña. Cae, a los dos días de iniciarse, el núcleo capitalino de los golpistas.

Enmedio de jornadas de heroísmo sin par, mal armados y casi sin organización, pero con más valor y decisión que la tropa, los obreros de las principales zonas industriales del país derrotan la sublevación. Para el día 25 de julio el panorama se ha aclarado. El golpe, planeado para triunfar en unos días, ha fracasado. Sin embargo, España ha quedado dividida en dos campos militares. La sublevación ha pasado a ser una guerra entre dos ejércitos de clase. Es el momento temido por ambos frentes electorales, el momento que convierte la lucha política en una correlación de fuerzas político-militares. En esa correlación las fuerzas de la reacción han tomado la iniciativa, dispuestas a la guerra. Puestas a la defensiva, las fuerzas populares también aprestan sus organizaciones para el combate militar. Es el momento de la revolución.

El día 24 de julio los sublevados, que han ganado para su causa a la mayoría de los oficiales y mantienen un estricto control sobre la tropa, nombran su propio gobierno, la Junta de Defensa Nacional, presidida por el general Miguel Cabanellas, con sede en Burgos. La situación es diferente a la supuesta por los reaccionarios, pasando de las barricadas defensivas de los obreros, a las acciones de grandes contingentes obreros y campesinos en el campo de

batalla, que hacen frente a las ofensivas de los ejércitos profesionales. Los fascistas se han llevado una gran sorpresa ante la resistencia obrera y campesina. Las milicias populares, sin entrenamiento militar, pero con un alto nivel de politización y conciencia revolucionaria, se convierten en formidables ejércitos. La lucha de clases ha pasado de la refriega callejera, en la cual ha vencido la clase obrera en donde se ha enfrentado a los fascistas, a la guerra de posiciones y de movimiento.

Entre julio y septiembre se van definiendo los frentes de la guerra de clases. En el campo de batalla se han batido los obreros y no los pequeñoburgueses republicanos, frente al ejército de línea. Se ha pretendido presentar la agresión militar como una guerra civil, argumentando la presencia en ambos bandos de milicias y, por lo tanto, de elementos populares tanto reaccionarios, mal llamados nacionales, como republicanos. Esto es falso. Se trataba de una guerra de clases y al lado de los ejércitos golpistas se veía a los señoritos monárquicos y a los Jesclasados fascistas. Es verdad que en el requetè militaban campesinos navarros, pero eran una minoría frente al enorme caudal semiproletario de los militantes republicanos. Del lado gubernamental el grueso de las fuerzas militares estaba constituido por los milicianos obreros y campesinos, encabezados por los pocos oficiales del ejército que se mantuvieron fieles a la república. Es una verdad incontrovertible. En tanto esta guerra de clases se va

estabilizando, impidiendo los obreros, la vanguardia democrática y revolucionaria, el avance de las tropas comandadas por los fascistas, se van imponiendo cambios en los mandos y los programas políticos y militares de los frentes de clases enfrentados.

Unidad política y unidad militar: disciplina.

Precisamente en septiembre se da un proceso paralelo de reorganización de las fuerzas contendientes. Paralelismo que seguirá, con mínimas diferencias de tiempo, en las acciones políticas de ambos bandos. El golpe de estado fascista no progresó como lo habían planeado sus estrategias. Su jefe "histórico", Sanjurjo, habla muerto en el intento de viajar a encabezar la rebelión. Las fuerzas proletarias tuvieron una reacción inesperada, resistiendo con éxito el avance reaccionario. Las solas fuerzas del ejército, eficaces en caso de un pueblo inerte, eran insuficientes para dominarlo. El apoyo extranjero era necesario. Los monárquicos habían establecido contacto con Mussolini, quien envió ayuda militar en pertrechos y hombres. Era necesario establecer un mando único, la centralización de los esfuerzos. En consecuencia, la Junta de Defensa Nacional delegó ese poder en el general Franco. Las decisiones del generalísimo deberían ser acatadas por todas las fuerzas del frente "nacional". A la vez, las relaciones con el fascismo italiano y alemán se centralizarían en el mando supremo. Se perfilaba la dictadura.

Entre los republicanos, las relaciones de poder entre los partidos empezaban a cambiar. Las necesidades de la guerra ponían en el orden del día la revolución. En primer lugar la cuestión de la propiedad, toda vez que la cuestión del poder era relativamente secundaria. En este caso, la dirección republicana era algo así como un símbolo, pues las fuerzas armadas de los obreros y los campesinos imponían en los hechos su política. En este sentido, los anarquistas podrían sentir que eran ellos los hegemónicos. No obstante, el gobierno podía exigir acatamiento a los obreros y campesinos en armas. La propiedad, como el poder, habían saltado y caído en las manos de las milicias populares, las cuales pusieron en práctica las demandas campesinas, expropiando y colectivizando las tierras de los aristócratas, a la vez que el poder popular incautaba las fábricas y las orientaba a las necesidades de la guerra civil. La propiedad, pues, pasaba naturalmente a manos de los productores.

En contra de los deseos de la dirección pequeñoburguesa, plasmados en el pacto del Frente Popular, la revolución avanzaba. En consecuencia, se imponía un mando único. En esto los comunistas estaban perfectamente permeados y se orientaban a la concentración del poder. En una alianza natural, los comunistas apoyan a Francisco Largo Caballero como jefe de gobierno. Su trayectoria de dirigente obrero de izquierda es respaldada por su partido. La confianza que inspira su presencia fortalece a las fuerzas

obreras. Correspondiente con los comunistas, Largo exige su ingreso en el gobierno. La actividad del PCE ha sido importante y decisiva en el acoplamiento de la base social de la república. En septiembre, al mando único republicano corresponde un cambio en la integración del gobierno, pasando los dirigentes republicanos a un segundo término. Sin embargo, la política de los partidos obreros sigue presa de la alianza con esos partidos. De hecho se ha iniciado la lucha por la hegemonía política y la conducción de la defensa de la república. El curso seguido por la lucha de clases ha puesto, a pesar de las concepciones de los partidos, la revolución en el orden del día. En adelante se habrán de definir las organizaciones políticas en torno a ello.

A los primeros que toca definirse frente al problema del poder revolucionario es a los anarquistas. La mayor fuerza obrera corresponde a la CNT, cuya dirección radica en la FAI. Por principio opuestos a la participación en política -aunque sea un contrasentido-, se mantuvieron al margen del Frente Popular. Desatada la guerra civil se vieron obligados a intervenir conscientemente en la lucha por el poder. El curso revolucionario los puso a la vanguardia de los más importantes destacamentos obreros. Su programa estaba a prueba. El comunismo libertario, la abolición del estado y de las jerarquías estaba en el orden del día. A los dos días de iniciada la guerra habían logrado imponer su orientación al gobierno burgués de Cataluña. Después

tenían que enfrentar la responsabilidad de encabezar la lucha revolucionaria. Ya no se trataba de declaraciones radicales.

La huelga general revolucionaria había quedado atrás. La acción directa estaba en la cotidianidad y ahora se trataba de construir el nuevo mundo obrero. Los anarquistas no podían ir más allá de la expropiación y las declaraciones sobre la libertad. Su primer problema era la disciplina de las milicias, necesariamente compelidas a mantenerse organizadas para el enfrentamiento de clase: se negaron e "impusieron" la condición de que la disciplina fuera acatada voluntariamente. El segundo problema fue el del gobierno, para ellos enemigos de toda autoridad. No podía dirigirse la guerra revolucionaria, la imposición del comunismo libertario, sin un estado mayor. Tuvieron que recular en toda su teoría: formaron parte del gobierno de Largo Caballero en noviembre de 1936. En realidad, estaba derrotada su posición. Se incorporaron a los ministerios del gobierno frentepopulista, preso de su programa burgués. Afortunadamente serían los comunistas los que los sacarían de la ratonera en que habían caído, pero históricamente habían perdido su oportunidad de hacer práctica su doctrina política. La lucha de clases les daría una nueva ocasión en pocos meses.

La dialéctica de la lucha política y las batallas propiamente dichas, se fue determinando por la primera. La potencia y decisión, la estrategia y la logística, pasaron

a depender de la unidad política de las fuerzas dirigentes. Bien pronto fue comprendida por los altos mandos la necesidad de lograr una unidad política que inyectara la fuerza definitiva a las formaciones militares. Entre septiembre de 1936 y mayo de 1937 se desarrolló en ambos campos la lucha por la hegemonía política. Mientras tanto, se desató otra tormenta consustancial al conflicto español: la posición e intervención de las tendencias en conflicto en la política mundial.

Revolución nacional y política mundial.

Apenas comenzado el conflicto, la ayuda extranjera fue reclamada por los golpistas. Habiendo establecido contactos con Mussolini desde el período conspirativo, la ayuda italiana no tardó en llegar. Las industrias italianas encontraron un mercado. Desde el mismo golpe de julio, las potencias fascistas, en pleno proceso de acercamiento después de sus éxitos en Abisinia y Renania, decidieron conjuntamente apoyar la conjura reaccionaria. A su vez, frente al potencial militar del enemigo, los republicanos decidieron conseguir apoyo en el extranjero. Los gobiernos consultados por los republicanos para conseguir apoyo, fueron, naturalmente, las democracias europeas.

Estas junto con los Estados Unidos, campeones de la democracia en el mundo, resultaron un verdadero fiasco. Lejos de asumir una posición definitiva, plantearon sus temores acerca de que la acción de apoyo, consistente simplemente en la venta de armas bajo las reglas comerciales

imperantes, podría conducir a la guerra. Es decir, las democracias tenían miedo de los fascistas. Esos gobiernos que habían impuesto la paz imperialista, despiadada y cruel, resultaban temerosos ante las consecuencias del apoyo a un gobierno democrático. Realmente lo que pretendían era lograr un acuerdo con los imperialistas autoritario o, por lo menos, empujarlos a agredir a la URSS. Por la misma razón, la negativa de apoyo a la república española, estaba basada en la perspectiva que adquiría el triunfo del gobierno salido de las urnas, supuestamente sagradas para los franceses e ingleses: la revolución. Era imposible para los gobiernos imperialistas apoyar un gobierno de coalición en el que participaran los comunistas, mucho menos si estaba apoyado en los obreros armados.

En consecuencia, toda la farba diplomática encabezada por ese aristócrata reaccionario empedernido, disfrazado de romántico Robin Hood del siglo XX, Anthony Eden -hasta el nombre significaba una burla para los pueblos sojuzgados por el imperialismo inglés!-, estaba encaminada a constituir una cortina de humo "democrática" para el libre estrangulamiento de la revolución española. La prueba evidente de la hipocresía de tales manejos "diplomáticos" estuvo en la incorporación de los gobiernos nazi y fascista en el Comité de no intervención, creado en noviembre de 1936 y sugerido por la cobardía e inconsecuencia del triunfante líder del Frente Popular francés, León Blum. En ninguna cabeza sensata del proletariado podría haber cabido la

idea de que la tarea de frenar la entrada de material bélico a España se dejara en manos de los principales contrabandistas. Pero aún, el gobierno de la URSS, único aliado sincero con que podía contar el proletariado revolucionario de España, dirigido por "el padrecito de los pueblos", se prestaba a ese infame juego e hipotecaba la revolución a cambio de la miseria de mantener una alianza con Francia e Inglaterra, alianza que, por lo demás, era mucho más necesaria para las "democracias" que para la URSS.

Evidentemente, la España revolucionaria estaba presa entre poderes que sólo deseaban su funeral. Los apoyos sinceros estaban muy lejos de constituir bazas importantes en la guerra, como el de México. La enorme estupidez y ceguera que caracterizaba a las direcciones de las potencias imperialistas y a la de la "patria del socialismo" en la búsqueda de una paz imposible, sólo alentaba con mayor fuerza la agresividad de los fascistas. El crimen que se concertaba sobre la España revolucionaria, en el hipócrita nombre de la paz ante los ojos de millones de obreros, esculpía la lápida de los millones de hombres que serían inmolados por la pandilla de asesinos que "honradamente" conducían a los pueblos al matadero. Pero nadie más responsable de semejantes crímenes que la dirección de la revolución. Realmente, las tareas reclamadas por la emancipación de la humanidad estaban muy por encima de la caterva de mediocres que las circunstancias habían elevado

al plano de los dirigentes. La crisis no era sólo económica, sino sobre todo de conciencia.

En estas circunstancias, los esfuerzos del pueblo revolucionario de España hubieron de encontrar miles de dificultades para resolver sus necesidades de defensa. En el concierto internacional campeaba la miseria humana. En la revolución española el heroísmo. Entre uno y otra, la derrota era un fantasma que la inquebrantable fe en la victoria de los combatientes proletarios espantaba. Esa mediocridad internacional bien pronto alcanzaría la lucha por la hegemonía en las fuerzas revolucionarias.

Octubre de 1936: los internacionalistas.

En medio de la podredumbre surgen las fuerzas del futuro. Como efecto de la presión de los comunistas franceses -atenazados por los compromisos gubernamentales del Frente Popular, hegemonizado por los radicales burgueses, como en España-, la IC no tiene más remedio que aceptar el impulso de la solidaridad proletaria directa. Las brigadas internacionales son el mentís al estalinismo. El internacionalismo ha sido traicionado. Son los militantes comunistas de base los que fuerzan a la dirección a realizar la más elemental de las tareas frente al fascismo: apoyar militarmente al proletariado español.

Miles de militantes comunistas y demócratas, moralmente muy superiores a sus dirigentes, concurren a la integración de las brigadas internacionales. Más de 40 mil héroes anónimos y famosos corren a levantar la causa del

proletariado revolucionario, miles de jóvenes de todos los países dan su generosa sangre para impedir que otros millones de personas caigan en las garras de la guerra imperialista. Reticente al principio, el republicano Azaña aprueba finalmente la incorporación de las brigadas internacionales, carne y sangre del internacionalismo proletario, a la defensa de la república.

También ellos, generosos y abnegados, los militantes internacionalistas caerán en los campos españoles bajo la metralla del fascismo y de la estupidez pacifista de los imperialistas y de la dirección soviética. El 7 de noviembre de 1936 se prueban los internacionalistas en la defensa de Madrid. El heroísmo del proletariado mundial ha quedado de manifiesto en el rechazo de la ofensiva fascista. Pero no es suficiente.

La hegemonía política.

Generar la guerra civil supone, naturalmente, imponer una concepción del poder del estado. En los bandos combatientes existían, obviamente, proyectos de diferentes orígenes. Detrás de la guerra civil entre "las derechas" y "las izquierdas", se desplegaba la lucha interna por imponer determinados proyectos de estado. Entre abril y mayo de 1937 se desplegaron las luchas internas por la hegemonía política. Veamos, brevemente, como se resuelve este problema en cada bando. De la solución alcanzada dependía el futuro de la guerra civil.

El gobierno de Largo Caballero se había caracterizado por sostener, frente a los revolucionarios, la política de "ganar la guerra primero, luego la revolución". El PC le había llamado el Lenin español. En realidad, era la posición defendida por la IC, anquilosada en esquemas adecuados a la defensa de su condición de estado nacional. La revolución en España, atrasada pese a ser una nación occidental, era considerada democrática y no podía ir más allá.

Frente a semejante esquematismo se levantaba la acción de la clase obrera y del campesinado. Desde los primeros meses de la guerra se habían adoptado las medidas revolucionarias ya descritas. El PC, sin embargo, seguía preso de los acuerdos de enero de 1936. Su posición era apoyada por el ala derecha del PSOE, así como por las Juventudes Socialistas Unificadas, cuya dirección había pasado prácticamente al PC. La composición del PCE había llegado a 300 mil militantes (145), a costa de las otras organizaciones. Crecía continuamente su influencia, basada en la defensa de la república. Pronto chocó con las posiciones de la FAI, del POUM y de la UGT. El PCE propugnaba la revolución democrática y, por tanto, se oponía a las medidas adoptadas por las masas movilizadas, como la expropiación de la tierra y las fábricas. Pretendía "ganar" a la burguesía con sus posiciones moderadas. Para los anticomunistas, tanto en el campo republicano como en el fascista, esa era una posición

hipócrita, táctica, que escondía su verdadero objetivo de imponer la dictadura del proletariado.

A despecho de estas interpretaciones, el PC se alió al ala derecha del PSOE y a los republicanos pequeñoburgueses, en un afán de ganarse al fantasma de la burguesía, pues ésta estaba con el franquismo desde el principio del conflicto. Es más, desde la conspiración. No en balde, Juan March, el más importante de los financieros españoles apoyó la causa golpista aportando los fondos para la primera compra de aviones a Italia (146), así como Juan Francisco Luca de Tena financió la compra del avión que transportó a Franco en los preliminares del golpe de julio.

La lucha adquirió tintes dramáticos en cuanto el PC se puso a la ofensiva, lanzando una campaña contra el ala izquierda del Frente Popular: los anarquistas, el POUM y la izquierda del PSOE. Entre enero y mayo de 1937, la agitación antifascista se combinaba con el ataque a los mencionados. Finalmente, una vez ganadas a su posición por la revolución democrática la Izquierda Republicana y el ala derecha del PSOE, empezando por las JSU que querían consumir cuanto antes la fusión de los partidos socialista y comunista, el PC atacó el gobierno de Largo Caballero y, seguidamente, las posiciones del POUM, acusado de troskista y, por tanto, traidor a la revolución. Frente a Largo tuvo éxito, eliminándolo del gobierno en mayo, siendo sustituido por el Dr. Juan Negrín.

La ofensiva contra el POUM resultó en un conflicto contra la alianza catalana de este partido y la CNT. Primero se hizo blanco en el POUM, encarcelando a sus dirigentes. La CNT contestó con la huelga general, irreductible por la fuerza, pero sin perspectiva, aislada y defensiva. Fue la última prueba de los anarquistas: eran incapaces de conducir al proletariado hacia la liberación. El PCE conquistó entonces la hegemonía. No era la táctica leninista, pero sí resultó efectiva, temporalmente. El resultado inmediato fue la oposición radical de los dirigentes de la UGT a la unificación de los partidos marxistas, suspendiendo definitivamente el proyecto. El resultado central: el debilitamiento de la fuerza revolucionaria, también definitivamente. En este proceso se definió el curso de la revolución y de la guerra civil. El estalinismo conducía al proletariado a un desastre.

Por el contrario, en el campo del fascismo la hegemonía fue consolidada con relativa facilidad. Los dirigentes de los partidos más fuertes, Gil Robles de Acción Popular, núcleo central de la CEDA, y los jefes de los monárquicos, Goicoechea de Renovación Española y Fal Conde de la Comunión Tradicionalista, cedieron de inmediato a la petición de integrar políticamente a la reacción, bajo la dirección del generalísimo. Sólo el Comité de la Falange, encabezado por Ramón Hedilla, se opuso consecuente con los principios de su organización. Era imposible, la propia estructura vertical de la organización fascista y de

la sedición le impedían cualquier reacción. En abril de 1937 quedó consolidada la fusión de toda la reacción en la Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (FETJONS). Era un decreto del ahora Caudillo, inapelable. Franco se convirtió desde luego en el dirigente máximo de la nueva organización cuyos principios no era necesario discutir ni poner por escrito, eran "voluntad del caudillo". Como puede verse es más fácil una organización vertical, dictatorial, que cualquier organización democrática. Esto definía de hecho el curso de la guerra civil.

Entre mayo de 1937 y marzo de 1939, la república, hegemonizada por el PCE, defensor de la propiedad, se debatió en la agonía. Lenta e inexorablemente avanzaban las tropas fascistas. En noviembre de 1938 son retiradas las brigadas internacionales, en vista de los progresos de la mediación de paz del comité de no intervención. Los fascistas no retiran a las tropas italianas y alemanas hasta alcanzado el triunfo. Situación significativa de la proximidad de la guerra. El comité de no intervención desarma los restos de la república, cuyos dirigentes aún intentan, en febrero de 1939, una insurrección comunista. Demasiado tarde. Al interior de las fuerzas republicanas se organiza una Junta de Defensa, encabezada por el general Casado y los líderes derechistas del PSOE, entre otros Julián Besteiro, que reprimen la exigencia comunista de seguir combatiendo y rinden los ejércitos republicanos, en

rigor, proletarios, a los fascistas. El 1 de abril, Franco emite su último parte: "cautivo y desarmado el ejército rojo, han alcanzado las tropas Nacionales sus últimos objetivos militares. LA GUERRA HA TERMINADO." (147)

Epilogo.

Ese parte de guerra no era exacto, la guerra principiaba. Las potencias imperialistas se empeñaban en una nueva guerra internacional, apenas seis meses después. El gobierno de la URSS había creído hacer equilibrio suficiente para no verse involucrado en el plan de agresión contra el país de los soviets y se equivocaba de medio a medio. Las "democracias" creyeron empujar a los totalitarios a una guerra entre sí y terminaron enredadas en sus propias trampas. Millones de trabajadores habrían de morir presas de la fiebre criminal de los mediocres dirigentes que habían enengendrado en las dos décadas que mediaron entre un conflicto y otro. Otra vez las relaciones internacionales se reestructuraban por la violencia, partera de la historia.

La guerra civil española había sido el núcleo de las esperanzas y pesadumbres de esa época. En el suelo ibérico se dirimió, en escala nacional, el futuro de la humanidad. La burguesía siempre prefirió aliarse o tolerar a los dictadores revolucionarios que consentir en la revolución, tal cual lo previó el Marx. Nunca le han importado los miles de trabajadores muertos ... simplemente la carnicería de la guerra civil española, en la que se creyó enterrar a la revolución, desató otra carnicería a escala mucho

mayor en la que se enterró la ingenua esperanza en la democracia burguesa.

La guerra imperialista cobró por anticipado sus cuotas de sangre. La revolución las pagó. En las décadas de entreguerra la democracia falló como el régimen de la liberación del pueblo. Miles murieron en las jornadas revolucionarias por esa causa. Millones morirían en la guerra imperialista, en esa carnicería sistemática organizada por los fascistas. Aunque los pueblos del mundo los derrotaron y juzgaron, condenaron y ajusticiaron a muchos de los líderes criminales sobrevivientes, otros muchos se escaparon. Nuevamente la paz fue injusta, como en Versalles, sólo que esta vez al dejar vivos y enriquecidos a los verdaderos responsables de las matanzas, los grandes propietarios monopolistas. Aún disfrutan de la sangre de millones de personas y hasta algunos dirigen estados. Injusta paz que resultó de la hoguera inmensa, los rescoldos para iniciarla nuevamente aún permanecen encendidos, son las condiciones de la sociedad basada en la esclavitud asalariada.

CAPITULO 10. REVOLUCION EN LAS RELACIONES INTERNACIONALES.

La cuestión de la teoría.

Al exponer el curso de las relaciones europeas en el periodo 1900-1939, parto de la existencia del imperialismo y trato de exponer el despliegue de la lucha de clases en la cual se conformaron las tendencias políticas que determinaron, y aún determinan, las relaciones internacionales en el mundo. Evidentemente, el estudio se basa en la teoría del materialismo histórico. Desde la perspectiva de la "objetividad científica" se ha afirmado que tal teoría no puede dar cuenta de las relaciones internacionales, en tanto es una ideología. El positivismo es también una ideología desde la cual se pretende tener la medida epistemológica exacta para determinar la científicidad de cualquier esfuerzo explicativo en la ciencia social. Exactamente al contrario, contamos con la capacidad del materialismo histórico para generar una explicación rigurosa de los fenómenos internacionales, una teoría de las relaciones internacionales, cuyo núcleo es la comprensión de la división de la sociedad en clases y la conformación, por tanto, del poder político que permite a una clase apoderarse del producto del trabajo de otras y convertirse, en un solo movimiento, en políticamente dominante. Una teoría que, aplicada consecuentemente, es capaz de lograr "lo concreto pensado" y convertirse en un instrumento práctico.

El dominio que unos pueblos han ejercido sobre otros es una constante en la historia mundial. Desde las depredaciones y posterior sojuzgamiento ejercido por los pueblos guerreros sobre los pastores y agricultores, hasta la instalación y mantenimiento de sistemas internacionales en la época contemporánea, podemos constatar el ejercicio de un poder. ¿Cómo se estructura en la época contemporánea ese poder? es la cuestión central de la teoría de las relaciones internacionales.

Es necesario reconocer que no existe una teoría de las relaciones internacionales, sino muchas. Podemos decir que tantas como entes actuantes en el ámbito mundial. Sin embargo, el núcleo común de tales teorías es el ejercicio real, práctico, del poder. Cualquier gobierno, grupo político o empresarial, así como los organismos, de carácter estatal o no, que intervienen en asuntos internacionales, para realizar sus fines, cualesquiera que estos sean, deben considerar y manejar las condiciones existentes en el medio. Es decir, deben adaptarse a ciertas reglas de acción, convenidas o no, para alcanzar sus objetivos, siempre y cuando estos objetivos sean compatibles con el mantenimiento de la situación general en la que están inmersos esos sujetos de las relaciones internacionales. Por el contrario, si de lo que se trata es de alterar profundamente la situación general, los interesados habrán de realizar sus acciones según sus propias determinaciones, pero, aún en este caso, no podrán

dejar de considerar las reglas prevaletientes en el momento de su acción y, desde luego, calcular el resultado de la alteración de que se trate. En pocas palabras, ningún sujeto internacional puede prescindir de un determinado aparato explicativo de las condiciones generales de la sociedad mundial, de una teoría de las relaciones internacionales.

Simplemente, la conquista -nótese el término- de la sede de una competencia mundial deportiva de interés general, como las Olimpiadas, requiere de los organismos nacionales interesados (confederaciones deportivas, empresas comerciales e industriales de los productos directamente relacionados, agencias publicitarias, empresas de la comunicación, el gobierno, etc.) una determinada planeación de las acciones destinadas a tal efecto. Es decir, deberá elaborar una estrategia general para coronar exitosamente la empresa. En esta estrategia pueden entrar muchas variables e imaginativos planes. Sin embargo, debe partir de una descripción certera de los sujetos a quienes debe convencer, neutralizar o eliminar en la liza. En una palabra, debe ejecutar una política de poder, para la cual debe contar con una teoría de la situación internacional. Todo ello en el marco de las relaciones tal como están.

Aceptar este hecho elemental ha sido difícil. En nuestra Facultad ha habido reticencia a aceptarlo. Serían objeto de un estudio aparte las razones de tal reticencia. Contentémos con la descripción de la razón principal:

precisamente como resultado de la relación subordinada que guarda nuestro país con las potencias mundiales, específicamente con el vecino Estados Unidos, la formación de especialistas en el estudio de las relaciones internacionales ha dependido enteramente del desarrollo de las teorías en ese país. En efecto, la matriz de las interpretaciones prevaletentes hasta hace pocos años y de muchas de las que están vigentes en estos momentos, es la teoría imperialista. Proveniente de las instituciones de investigación y docencia de Estados Unidos, Francia e Inglaterra, la teoría de la dominación imperialista, disfrazada de científica, pasó como la historia natural de las relaciones internacionales. Actualmente hay un esfuerzo crítico en la disciplina, desarrollado por los profesores del Centro de Relaciones Internacionales (148).

Resumiendo: Dar cuenta de las características de la sociedad internacional en un período determinado en función de determinados objetivos constituye una teoría de las relaciones internacionales. No existe la teoría de las relaciones internacionales, sino muchas teorías, parciales e interesadas, que tienen una utilidad práctica. Esto no quiere decir que no exista la posibilidad de elaborar una teoría general, totalizadora y validada completamente.

La cuestión del poder internacional.

Precisamente la discusión que, en el terreno de la generalización, deseo sostener en este trabajo se refiere a la estructuración y desestructuración del poder

internacional. Concebido como la capacidad de imponer a la realidad, cualesquiera variables que la conformen, los cambios necesarios para alcanzar determinados objetivos, independientemente de las motivaciones específicas de los mismos, en un proceso voluntario y consciente de prácticas diversas, el poder internacional se ejerce por hombres concretos, determinados por las condiciones histórico sociales de las que son producto. En consecuencia, el poder internacional no es monolítico, sino disperso y su distribución es desigual, generando una gran diversidad de alcances. Tal como sucede en el ámbito de una localidad o de una nación, en el cual los objetivos conscientes de ciertos hombres en el curso de su realización entran en conflicto con los de otros hombres, derivando resultados que no corresponden a los esperados, sucede en el ámbito mundial, con la variante esencial de que se involucra a millones de personas y al conjunto de sus recursos. Desde luego, la afirmación acerca de los resultados inesperados se ve matizada por diversas condiciones, como el lugar que ocupa cada uno de esos hombres en un sistema determinado de relaciones, por el control que se ejerce sobre los medios para alcanzar los objetivos, entre otras. En consecuencia, las relaciones internacionales están en un constante cambio derivado de la multiplicidad de acciones realizadas por un vasto conjunto de sujetos, por lo cual su aprehensión total sólo es posible como resultado del trabajo de muchos hombres.

Sin embargo, podemos centrar nuestra atención en las corrientes fundamentales del curso histórico, en las cuales se funden esas múltiples acciones y lograr una aprehensión sintética de la realidad mundial. La labor productiva de la humanidad está interrelacionada desde el establecimiento del mercado mundial. El establecimiento de ese mercado le dió un carácter mundial a las relaciones de producción capitalistas, las cuales se entrelazaron con relaciones de producción de sociedades precapitalistas, envolviendo al mundo entero en una sola formación económico-social. Esta formación mundial, por el desigual desarrollo de las fuerzas productivas existentes en las diversas sociedades del mundo, se estructuró a partir de la matriz de las relaciones capitalistas. En el mundo entero se multiplicaron las relaciones de dominación. Sobre la dominación de las clases superiores en las sociedades precapitalistas, se impuso la dominación de la aristocracia terrateniente, primero, y luego la de la burguesía. Con esa dominación se formaron los poderosos Estados colonialistas, los imperios donde se concentraba la producción de millones de hombres del mundo entero. Los jefes de Estado y sus secuaces, las cortes primero y los parlamentos después, concentraban en sus manos la voluntad y la capacidad de hacer la práctica de todos los súbditos.

"Como el Estado es la forma bajo la que los individuos de una clase dominante hacen valer sus intereses comunes y en la que se condensa toda la sociedad civil de una época,

se sigue de aquí que todas las instituciones comunes tienen como mediador al Estado y adquieren a través de él una forma política" (149. El subrayado es mío), escribieron Marx y Engels en 1847, al discutir la forma en que el derecho privado consagraba la propiedad privada. Al mismo tiempo expresaron sintéticamente la concepción que tenían sobre el poder del estado. Condensación de la sociedad civil. En efecto, la fuerza de la sociedad se concentra en el poder del estado. Cuanto mayor sea la fuerza de la sociedad mayor será el poder del estado.

El dominio de un estado sobre otro u otros acrecienta naturalmente el poder que detenta la clase social dominante. La clase dominante ejerce el poder en función de sus intereses, en función de la acumulación de riqueza. Los hombres de las clases dominadas ejercen su poder sobre la naturaleza en función de sus intereses vitales. La condensación del poder de millones de hombres es el sentido del estado. En las relaciones internacionales los estados son los sujetos más importantes, pero también pueden serlo otras entidades que tengan condensada en sus manos la actividad de miles de hombres. No tenemos que hacer mucho esfuerzo para ejemplificar el asunto: el poder que puede ejercer el presidente de México en San Salvador es mucho menor del que puede ejercer Mario Vázquez Raña, presidente y propietario de la agencia UPI. De paso, observemos que el ejercicio del poder no es cuantificable, pero puede

aplicarse un poder en proporciones y alcances diversos, con intensidad variable y en diferentes sentidos.

Porque el poder está disperso, es desigual y hay diversos centros del mismo, sin que se llegue a establecer de manera permanente un centro que concentre el poder de todas las entidades, es decir, un estado mundial, las relaciones internacionales adquieren sus rasgos específicos, distintos a los de las relaciones al interior de un estado nacional o multinacional. Uno de esos rasgos es, ante la inexistencia de un organismo permanente concentrador del poder, la lucha por la hegemonía entre los diferentes estados. Huelga señalar que la política seguida por los distintos estados está determinada por las relaciones de poder entre las clases sociales en su ámbito interno, relaciones en las que suelen intervenir las entidades que también alcanzan un ámbito internacional.

En la exposición histórica de los capítulos precedentes vimos como las condiciones de desarrollo de la economía alemana impulsaron la conquista de colonias en franca competencia con Inglaterra. La dinámica del desarrollo industrial y de la acumulación del capital desataron la guerra. En el periodo posterior a la primera guerra, Italia siguió un camino similar al alemán de principios de siglo. La depresión, resultado de la expansión forzada que la guerra provocó, impulsó nuevamente la competencia por las riquezas. La militarización de Renania y la revancha alemana sobre la

Europa central eran naturales productos de la lucha por la hegemonía europea. Las alianzas, evidentes multiplicadores de poder, así como la intervención militar en la guerra civil española, eran también frutos de la lucha por la hegemonía. Inglaterra y Francia fueron sedes de un gran poder a fines de siglo y, al ganar la guerra, lo vieron multiplicado y establecieron su sistema de defensa del mismo. La hegemonía que ejercían resultó, sin embargo, tan precaria, por opresiva, que hubieron de recurrir al compromiso y la concesión para sostenerla y perderla posteriormente.

La dialéctica mundial.

Como vemos, la humanidad está dividida en formaciones interdependientes, cuya organización interna permite la concentración de la fuerza social en determinados organismos, los cuales constituyen focos de poder, cuya capacidad, cambiante, está determinada por el grado de desarrollo de las fuerzas productivas materiales que poseen. Las relaciones entre esos diversos centros no resultan en un órgano superior que condense permanentemente la fuerza del conjunto. La ausencia de esa forma superior da lugar a una sucesión de movimientos entre las diversas formaciones, cuyo resultado, variable, permite que una o una agrupación de ellas ejerza hegemonía y concentre temporalmente el poder del conjunto o de la mayoría (que por otra parte no es igual a la suma de las partes). Basadas las relaciones al interior de las formaciones en la dominación de clase, la

estructura internacional se basa también en la dominación de clase. El poder internacional, de carácter social, se ejerce, entonces, en función de los intereses de una clase social. En el capitalismo las clases sociales tienen un carácter mundial y la estructura de las relaciones internacionales corresponde a esos caracteres mundial y clasista. Los movimientos de los diversos focos de poder son coyunturales cuando modifican las relaciones de hegemonía y son estructurales cuando, por efecto de la duración y alcance de los movimientos, la estructura entra en un proceso de descomposición.

Las relaciones de poder, basadas en la opresión, dan lugar a conflictos entre las formaciones. La desigualdad entre ellas se va modificando con el desarrollo de las fuerzas productivas, pudiendo profundizarse la superioridad de alguna o, al contrario, ser rebasada la que la víspera era más avanzada. Este hecho da lugar a la lucha por nuevas condiciones y a la modificación de las relaciones hegemónicas. Por otra parte, la opresión ejercida sobre determinadas formaciones puede conducir a un conflicto dirigido a la destrucción de la estructura en su conjunto. De esta suerte, habría tendencias a la conservación de la estructura compartiendo la hegemonía, modificándola, etc. y tendencias a la revolución, a la destrucción de la estructura de relaciones mundiales y, naturalmente, a la reestructuración en otro sentido. De este modo, la lucha por imponer una tendencia u otra daría lugar a una

dialéctica, la dialéctica de la revolución y la restauración: cada vez que una formación modifica las condiciones de la relación de dominación, sacudiéndose la opresión, la formación opresora tenderá a restaurar, bajo diversas formas, la relación de dominación.

La argumentación que se ha expuesto es una generalización abstracta de la teoría de la revolución socialista. No puede haber una reestructuración de las relaciones internacionales actuales sino es por la revolución y la instauración del socialismo, el cual sólo puede existir como formación histórico-mundial. La exposición histórica de los primeros capítulos es la descripción de la dialéctica entre la revolución y la restauración desplegada en el período de entreguerras.

La sociedad internacional actual, resultado de la instauración del capitalismo como fenómeno mundial, está basada en la opresión. La historia de las relaciones entre Alemania, más correctamente dicho, entre la burguesía alemana y las burguesías de Europa occidental es la historia de la lucha por la hegemonía entre los grandes capitalistas alemanes y los grandes capitalistas franceses e ingleses; es la historia de la lucha entre los Krupp y los Rotschild. Durante los primeros cincuenta años del siglo XIX la burguesía revolucionaria francesa se esforzó por imponerse en el continente a los terratenientes del antiguo régimen, chocando al mismo tiempo con la burguesía inglesa, ésta se extendía por el mundo aprisionando más y

más territorios hasta construir el imperio colonial más grande de la historia, estructurándose una hegemonía determinada en las relaciones internacionales. De este modo, así como las relaciones internacionales del siglo XIX fueron las de la estructuración del mundo dominado por los imperialistas, las relaciones internacionales del siglo XX, a partir de octubre de 1917, son las de la reestructuración del mundo por la vía revolucionaria, son las de la lucha del proletariado por acabar con la opresión. Todavía en la actualidad el imperialismo puede recurrir a su forma de violencia, la guerra de agresión, para imponerse, pero se encuentra en claro proceso defensivo. Al contrario, las clases oprimidas, recurren a su violencia, la revolución.

En los casos concretos que estudié se reseña el proceso interno para poder explicar el papel internacional que tuvieron cada uno de los vencedores de las revoluciones que sacudieron el mundo en tanto sacudieron a las metrópolis. Es imposible entender las relaciones internacionales sin entender las condiciones nacionales. La contradicción entre lo nacional y lo internacional es una contradicción secundaria, la contradicción principal está entre el imperialismo y la lucha de liberación de los pueblos, cuyo más evidente ejemplo es la larga revolución del pueblo chino.

Pretender elaborar una teoría de las relaciones internacionales para todo tiempo y todo lugar, absolutamente general es un error. Es tan erróneo como pensar que en la

época presente existen condiciones sociales exclusivamente nacionales. Las condiciones denominadas nacionales son el resultado específico de la particular conjugación de las relaciones capitalistas de producción y las relaciones aborígenes, en el caso de los pueblos coloniales o recientemente liberados. En el caso de las viejas metrópolis, lo nacional está tan permeado de las incursiones en otras tierras que se le denomina cosmopolita.

La teoría de las relaciones internacionales es histórica, es decir es la explicación de procesos concretos. Por eso es siempre parcial e interesada. Es en realidad un instrumento para la acción. Los sofismas de los profesores anglosajones no han sido óbice para la efectiva elaboración de directrices políticas en el concierto de las potencias imperialistas y en el sojuzgamiento de los pueblos oprimidos, así como en la lucha contra la revolución. Cuando la revolución triunfó en Rusia, ninguno de los dirigentes de los gobiernos imperialistas temió desatar una guerra, sus cálculos eran simples: había que impedir a los bolcheviques gobernar y en esa labor tenían miles de aliados entre los blancos, los mencheviques y los socialrevolucionarios. La restauración fracasó y los bolcheviques fundaron el primer estado obrero el mundo. La época de la revolución socialista había comenzado.

Mucho más ilustrativa de la dialéctica de las relaciones internacionales, de la reestructuración del poder

mundial que la revolución impone, haciendo saltar modelos y disposiciones jurídicas, es la guerra civil española. En ella se concentraron todos los factores de la política internacional, en un pequeño lapso y en un mismo territorio, vimos desplegarse el proceso de desestructuración y reestructuración del poder político con la intervención de los representantes de las clases sociales fundamentales de la sociedad contemporánea, organizadas en las tendencias políticas que disputaban el poder internacional. Del conflicto surgió triunfante la restauración, cuya hegemonía llevó, nuevamente, a la guerra internacional, donde fue sepultada. La revolución y la guerra son los factores esenciales de la reestructuración del poder internacional. La valoración de las mismas es siempre concreta y no es un asunto teórico, sino práctico, porque ambas exigen a todos tomar partido.

La revolución rusa y los acontecimientos revolucionarios que le siguieron, constituyen el primer esfuerzo por la reestructuración de las relaciones internacionales. En la medida que la revolución atacaba las relaciones de explotación capitalista y de opresión colonial, atentaba contra la estructura internacional. Donde el proletariado no fue capaz de derrotar definitivamente a los propietarios, la contrarrevolución se impuso. En Alemania, Italia y España, fue más allá. Destruyó las aspiraciones democráticas en su territorio y se lanzó a la disputa por la hegemonía mundial, tratando de restaurar el

poder de la aristocracia terrateniente. La causa de la restauración estaba condenada al fracaso, pero antes cortó muchas vidas y destruyó enormes cantidades de trabajo. Las relaciones internacionales de la entreguerra estuvieron determinadas por la dialéctica revolución-restauración.

NOTAS

CAPITULO I

1. Nèrè, Jacques, Historia Contemporánea, Barcelona, Editorial Labor, 1977, p. 425.
2. Lenin, Vladimir. I., El imperialismo, etapa superior del capitalismo, en Obras completas, Madrid, Akal Editor, 1977, tomo XXIII, p. 310.
3. Marx, Carlos, El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte, en Marx, C. y Engels, F., Obras escogidas, Moscú, Editorial Progreso, 1973, tres tomos, tomo I, pp. 410-411.
4. Palmade, Guy, La época de la burguesía, México, Siglo XXI editores, 1976 (Historia Universal Siglo XXI no. 27), pp. 54-60. Según este autor, la renta nacional per cápita pasó, en Reino Unido, de 750 francos para la década de 1870, a 895 francos para 1880-89; en Francia pasó de 585 francos para el decenio 1871, a 703 francos para 1881-90; en Alemania pasó de 356 francos para la década de 1865-1874 a 562 francos para 1885-1894.
5. Nèrè, op. cit., p. 225.
6. Lenin, op. cit., p. 379.
7. Nèrè, p. 222.
8. Los datos provienen de: Palmade, op. cit., p. 126; Nèrè, op. cit., p. 225; Mommsen, Wolfgang, La época del imperialismo, Europa 1885-1918, Madrid, Siglo XXI editores, 1975 (Historia Universal Siglo XXI no. 28), p. 341.

9. Adams, Willi Paul (comp.), Estados Unidos de América, México, Siglo XXI editores, 1979 (Historia Universal Siglo XXI no. 30), pp. 112-113.
10. Cúe Canovas, Agustín, Historia social y económica de México, 1521-1850, México, Editorial Trillas, 1967, p. 286.
11. Halperin Donghi, Julio, Historia de América Latina, Madrid, Alianza Editorial, 1970, p. 211-216.
12. Lenin, ob. cit., p. 363.
13. Ibid.
14. Bortaux, Pierre, Africa, México, Siglo XXI editores. 1985 (Historia Universal Siglo XXI no. 32). nn. 147-173.
15. Ibid., pp. 174-183.
16. Mommsen, ob. cit., pp. 150-152.
17. Halperin, ob. cit. O. no. 207 y ss.
18. Marx. ob. cit., p. 412.
19. Marx, C. y Engels, F., El manifiesto del Partido Comunista, en Obras escogidas, cit., pp. 114-115.

CAPITULO 2

20. Cfr. Renouvin, Pierre, Historia de las relaciones internacionales, Madrid, Aguilar de ediciones, 1974, tomo II, vol. II.
21. Mommsen, ob. cit., p. 141.
22. Ibid., p. 254.
23. Montgomery, Bernard L., La guerra de 1914 a 1918. en García Cantó, Gastón (comp.), Antología. Textos de

- historia universal, México, UNAM, 1971 (lecturas universitarias no. 10), pp.264-266.
24. Lenin, ob. Cit., p.305.
25. Carr, Edward H., Estudios sobre la revolución, Madrid, Alianza Editorial, 1970, p.85.
26. Cfr. Boffa, Giuseppe. Historia de la revolución rusa, México, Ediciones Era, 1976, 2 vols., t.1, pp. 15-17.
27. Ibid.
28. Ibid. p.20.
29. Citado en ibid., p.34.
30. Worsley, Peter, El tercer mundo: una nueva fuerza vital en los asuntos internacionales, México, Siglo XXI editores, 1966, p. 91.
31. Nèrè, ob. Cit., pp. 531-532.
32. Bianco, Lucien, Asia contemporánea, México, Siglo XXI editores, 1982 (Historia universal Siglo XXI no. 33) p. 56.
33. Nèrè, ob. Cit., p.240.
34. Novack, G., Frankel, D. y Feldman, F., Las tres primeras internacionales: su historia y sus lecciones, Bogotá, Editorial Pluma, 1980, p. 91.
35. Ibid.
36. Ibid., pp. 93-95.
37. Marx, C., Prólogo a la contribución a la crítica de la economía política, en Obras escogidas, cit., t. I, p. 518.

38. Marx, C. y Engels, F., Epistolario, México, Editorial Grijalbo, 1971 (Colección 70 no. 105), p. 13.
39. Citado en Drabkin, J.S., Las revoluciones sociales. México, Ediciones de Cultura Popular, 1975. p. 26.
40. Marx, C. y Engels F., La ideología alemana en Obras escogidas, cit., t. I, p. 36.
41. Drabkin, ob. cit., p. 29.
42. En nuestro país conclula, quizá para siempre. la época de la revolución democrático-burguesa. A la vez se iniciaba la época de la revolución socialista, de ahí que se presentaran algunos aspectos muy singulares del régimen capitalista en México. Para una caracterización de la revolución mexicana véase: Gilly, Adolfo. La revolución interrumpida, México, Ediciones El caballito, 1972; Carrión. Jorge y Aguilar, Alonso. La burguesía, la oligarquía y el estado, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1972; Córdova, A. et al, Interpretaciones de la revolución mexicana, México, UNAM-Editorial Nueva Imagen, 1979.
43. "El nuevo gobierno de Rusia pactará la paz". Excelsior. México, D.F., viernes 9 de noviembre de 1917. año I. tomo I. número 237, p. 1.
44. "Los revolucionarios forman un gabinete". Excelsior. México, D.F., domingo 11 de noviembre de 1917. año I. tomo I, número 239, p. 1.
45. Lenin, Revolución y contrarevolución en Obras Completas. cit., t. XIII, p. 114.

46. Citado por Orozco, José Luis, "La teoría pura del imperialismo norteamericano", Relaciones Internacionales, México, CDPYS-UNAM, vol. XI, número 33-34, julio-diciembre 1984, p.22.
47. Lenin, El programa militar de la revolución proletaria, t.XXIV, p.83.
48. Marx y Engels, La ideología..., loc. cit.
49. Citado por Gromiko, Andrei, "Por el rumbo leninista de la política exterior", Ciencias Sociales, Moscú, Academia de Ciencias de la URSS, No. 4 (62), 1985, p. 15.
50. Véase Boffa, op. cit.
51. Hellmann, Manfred, et al, Rusia, México, Siglo XXI editores, 1983 (Historia universal Siglo XXI no. 31), p. 255.
52. Lenin, Cartas desde lejos, t. XXIV, p. 336-338.
53. Boffa, t. I, pp. 54-84. Hellmann, loc. cit.
54. Luxemburgo, Rosa, Escritos políticos, México, Ediciones Era, 1978, p. 561 y ss.
55. Lenin, t. XXIV, p. 342 y ss.
56. Vid. Lenin, t. XXIV, pp. 436-441.
57. Boffa, op. cit., t. II, pp. 70-71.
58. Ibid., p. 76.
59. Reed, John, Diez días que estremecieron al mundo, Madrid, Akal Editor, 1977, p. 144.
60. Boffa, t. II, p. 190.
61. Gramsci, Antonio, Revolución rusa y Unión Soviética, México, Ediciones Roca, 1974, p. 74.

62. Gramsci, ob. cit., p. 73.
63. Reed, ob. cit., p. 121.
64. Mommsen, ob. cit., p. 332. Sobolev, A. et al, La Internacional Comunista: ensayo histórico sucinto, Moscú, Editorial Progreso, s/f, pp. 36-40.
65. Lenin, t. XXIV, p. 141.
66. Gramsci, ob. cit., p. 88.
67. Elleinstein, Jean, Historia del comunismo. 1917-1945, Barcelona, Editorial Planeta, 1980 (Colección Documento no. 95), p. 40 y ss.
68. Primer Congreso de la Internacional Comunista, México, Grijalbo, 1975 (Teoría y Praxis no. 15), p. 275.
69. Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista. Primera parte, México, Ediciones de Pasado y Presente, 1981 (Cuadernos de pasado y presente no. 43), p. 163 y ss.
70. Lenin, Carta a los obreros norteamericanos en El imperialismo y los imperialistas, Moscú, Editorial Progreso, s/t, p. 155.

CAPITULO 4

71. Ibid., p. 154.
72. Ibid., pp. 162-164.
73. Parker, R. A. C., El siglo XX. Europa 1916-1945, México, Siglo XXI editores, 1978 (Historia universal Siglo XXI no. 34), p. 245.
74. Elleinstein, ob. cit., p. 41.
75. Citado en Sobolev, ob. cit., p. 39.

76. Vid. nota 68.
77. Sobolev, p. 75.

CAPITULO 5

78. Parker, ob. cit., p. 252. Todas las referencias a la composición de los diversos Reichstag se basan en el cuadro presentado por este autor.
79. Luxemburgo, ob. cit., p. 592.
80. Novack et al, ob. cit., p. 158.
81. Parker, ob. cit., pp. 247-248.
82. Citado en ibid.
83. Kinder, Hermann y Hilgemann, Werner, Atlas histórico mundial, Madrid, Ediciones Istmo, 1973 (Colección Fundamentos no. 2), tomo II, p. 212.
84. Parker, pp. 255-257.

CAPITULO 6

85. Gramsci, A. (Sacristán, Manuel comp.). Antología. México, Siglo XXI editores, 1974, pp. 6 y 10-13.
86. Parker, ob. cit., p. 157.
87. Ibid.
88. Gramsci, Antología, p. 59.
89. Ibid.
90. Parker, ob. cit., p. 163.
91. Gramsci, ob. cit., p. 83.
92. Ibid., p. 93.
93. Ibid., p. 87.
94. Ibid., p. 93.

73. Parker, p. 103.
 74. Gramsci, op. cit., pp. 221-222.
 75. Parker, op. cit., pp. 173-174.
 76. ibid., p. 177.
 77. ibid.
 100. Cfr. Gramsci, A., Escritos políticos (1917-1933), México, siglo XXI editores, 1981, pp. 224-259.

CAPITULO 7

101. Sobolev, op. cit., pp. 104 y 115.
 102. Cfr. Claudin, Fernando, La crisis del movimiento comunista, Paris, Rueda Ibérica, 1970; Elleinstein, op. cit., pp. 56-107; Trotsky, León (Mandel, Ernest comp.), Teoría y práctica de la revolución permanente, México, Siglo XXI editores, 1983, caps. IV y V; Deutscher, Isaac, La revolución inconclusa, México, Ediciones Era, 1967, p. 77 y ss.; Carr, E. H., op. cit., pp. 179-223; Novack, op. cit., pp. 105-244; Sobolev, op. cit., pp. 95-445.
 103. Trotsky, op. cit., p. 251.
 104. Marx, El dieciocho brumario ..., cit., t. I, p. 405.
 105. Sartre, Jean Paul, "El socialismo en un solo país", Cuadernos políticos, México, Ediciones Era, número 12, abril-junio 1977, p. 14.
 106. Nèrè, op. cit., p. 539.
 107. Cfr. Nèrè, op. cit., pp. 541-542; Parker, op. cit., p. 293 y ss.
 108. Lenin, t. XXIV, p. 44.

CAPITULO 8

109. Fitzgerald, C. P., The birth of communist China, Suffolk, Penguin Books, 1964, p. 54.
110. Bianco, op. cit., p. 63.
111. Fitzgerald, op. cit., p. 54.
112. Bianco dice que fue en 1922 (p. 64). pero en las Obras escogidas de Mao, editadas en Pekin, se dice que fue en 1921, notas, t. I, p. 17.
113. Bianco, ibid.
114. Lenin, t. XIX, p. 296.
115. Trotsky, León, La revolución china, México, Grialbo Editores, 1970, p. 101.
116. Fitzgerald, op. cit., p. 66.
117. Uso, en toda esta descripción la clasificación de clases definida por Mao Tsetung en su famoso Análisis de las clases en China, incluido en las Obras escogidas, Pekin. Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1971, 4 tomos. tomo I. pp. 9-18, donde identifica a "la gran burguesía" como la burguesía imperialista mundial.
118. Bianco, op. cit., p. 71.
119. Elleinstein, op. cit., p. iii y ss.
120. Trotsky, La revolución china, cit.. p. 29.
121. Mao Tsetung, Informe de una investigación sobre el movimiento campesino de Junán, en Obras escogidas, cit.. t. I, pp. 19-20.
122. Mao, op. cit., p. 23.
123. Ibid., p. 30.

124. Mao, ¿Por qué puede existir el poder rojo?, t. I, p. 64.
125. Mao, Una sola chispa puede incendiar la pradera, t. I, p. 126.
126. Ibid., p. 133.
127. Mao, La lucha en las montañas Chingkans, t. I, p. 102.
128. Mao, Sobre la táctica de lucha contra el imperialismo japonés, t. I, pp. 172-173.
129. Ibid., pp. 175-184.
130. Mao, Problemas estratégicos de la guerra revolucionaria en China, t. I, p. 209.
131. Mao, Una sola chispa..., pp. 136-137.

CAPITULO 9

132. "La luna de miel del nuevo régimen". Crónica de la guerra española, Buenos Aires, Editorial Codex, s/f. número 2, p. 25.
133. Citado por Lowy, Michel, Dialéctica y revolución. México, Siglo XXI editores, 1979, p. 38. Las noticias aquí incorporadas fueron tomadas del mismo texto.
134. Citado en Lowy, op. cit., p. 48.
135. Datos tomados de Kinder y Hilgemann, op. cit., p. 161.
136. "La agrupación al servicio de la República". Crónica de la guerra española, cit., número 1, p. 21.
137. "Empieza la República oficialmente". Crónica de la guerra española, cit., número 2, p. 31.
138. "La Falange y las JONS", Crónica de la guerra española, cit., número 4, p. 77.

139. "Tempestad en Asturias: el Ejército rojo", Crónica de la guerra española, número 4, p. 83.
140. Cfr. Trotsky, L., España: Última advertencia, Barcelona, Editorial Fontamara, 1979 (Colección Aportes no. 14).
141. "Las ocho bases del Frente Popular", Crónica de la guerra española, cit., septiembre de 1966, número 5, p. 99.
142. "La guerra civil en el ambiente", Crónica..., número 5, p. 100.
143. Wiseman, Elizabeth, La Europa de los dictadores. 1919-1945, Madrid, Siglo XXI editores, 1983, p. 155.
144. "Las elecciones", Crónica de la guerra española, cit., número 5, p. 105.
145. Elleinstein, op. cit., p. 103.
146. "Juan March y Ordinas", Crónica de la guerra española, cit., diciembre de 1966, número 17, p. 390.
147. "La guerra ha terminado", Crónica de la guerra española, cit., junio de 1968, número 97, p. 400.

CAPITULO 10

148. Cfr. Relaciones Internacionales, México, FCPyS-UNAM, volumen XI, número 31, enero-marzo de 1984.
149. Marx y Engels, La ideología..., cit., p. 78.

BIBLIOGRAFIA

Aguilar, Alonso, El panamericanismo, México, Cuadernos Americanos, 1965.

- "Vigencia de la teoría leninista del imperialismo", Estrategia, México, Publicaciones Sociales Mexicanas, año III, vol. 3, N° 18, noviembre-diciembre 1977, pp. 31-58.

Arroyo Pichardo, Graciela, "Las relaciones internacionales en la praxis de los países socialistas", Relaciones Internacionales, México, FCPyS-UNAM, vol. XI, número 31, enero-marzo 1984, pp. 141-152.

Batta Fonseca, Victor, "Marxismo y cuestión internacional", Relaciones Internacionales, cit., pp. 75-90.

Beauvoir, Simone de, El pensamiento político de la derecha, Buenos Aires, Editorial Leviatán, 1983.

Beyme, Klaus von (comp.), Marxismo y democracia. Enciclopedia de conceptos básicos, Madrid, Ediciones Rioduero, 1975, tomo 7 de la serie política.

Bianco, Lucien, Asia contemporánea, México, Siglo XXI editores, 1982 (Historia Universal Siglo XXI N° 33).

Boffa, Giuseppe, Historia de la revolución rusa, México, Ediciones Era, 1974, 2 vols.

Braunmühl, Claudia von, "Mercado mundial y Estado nación", Cuadernos Políticos, México, Ediciones Era, número 35, enero-marzo 1983, pp. 4-14.

Calvert, Peter, Análisis de la revolución, México, Fondo de Cultura Económica, 1974.

Cardoso, Ciro F. S. y Pérez Brignoli, H., Los métodos de la historia, México, Editorial Grijalbo, 1979.

Carr, Edward H., Estudios sobre la revolución, Madrid, Alianza Editorial, 1970.

Cerroni, U., Metodología y ciencia social, Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1971.

Cid Capetillo, Ileana y González Olvera, Pedro, "La formación económico social capitalista internacional", Relaciones Internacionales, cit., pp. 91-111.

Claudin, Fernando, La crisis del movimiento comunista, París, Ediciones Ruedo Ibérico, 1970.

Crónica de la guerra española, Buenos Aires, Editorial Codex, números 1-17, 22-59 y 79-100, septiembre 1966 a septiembre 1968.

Deutscher, Isaac, La revolución inconclusa, México, Ediciones Era, 1967.

Drabkin, J. S., Las revoluciones sociales, México, Ediciones de Cultura Popular, 1975.

Duverger, Maurice, Métodos de las ciencias sociales, Barcelona, Editorial Ariel, 1976.

Elleinstein, Jean, Historia del comunismo. 1917-1945, Barcelona, Editorial Planeta, 1980 (Colección Documento N° 95).

Engels, Federico, Revolución y contrarrevolución en Alemania, en Marx, C. y Engels, F., Obras escogidas, Moscú, Editorial Progreso, 1973, 3 tomos, tomo I, pp. 307-396.

- De la autoridad, en Obras escogidas, cit., t. II, pp. 397-400.

El origen de la familia, la propiedad privada, el estado, t. III, pp. 203-352.

- El papel de la violencia en la historia, t. III, pp. 396-449.

- Contribución a la crítica del proyecto de programa socialdemócrata de 1891, t. III, pp. 450-461.

Fitzgerald, C. F., The birth of communist China, Suffolk, Penguin Books, 1964.

Flores Olea, Victor, Política y Dialéctica. Introducción a una metodología de las ciencias sociales, México, ENCPYS-UNAM, 1964.

González Souza, Luis F., "Críticas a algunas concepciones contemporáneas de la realidad mundial", Relaciones Internacionales, cit., pp. 27-73.

Gramsci, Antonio, (Sacristán, Manuel comp.), Antología, México, Siglo XXI editores, 1974.

- Consejos de fábrica y estado de la clase obrera, México, Ediciones Roca, 1973.

- Escritos políticos (1917-1933), México, Siglo XXI editores, 1981.

- La política y el estado moderno, Barcelona, Ediciones Península, 1971.

- Revolución rusa y Unión Soviética, México, Ediciones Roca, 1974.

Hellmann, Manfred, Goshike, Carsten, et al, Rusia, México, Siglo XXI editores, 1983 (Historia Universal Siglo XXI N° 31).

Hoffmann, Stanley H., Teorías contemporáneas sobre las relaciones internacionales, Madrid, Editorial Tecnos, 1963.

Kaplan, Lawrence, Revoluciones. Un estudio comparativo desde Cromwell hasta Castro, México, Editorial Extemporáneos, 1977, 2 vols.

Kinder, Hermann y Hilgemann, Werner, Atlas histórico mundial, Madrid, Ediciones Istmo, 1973 (Colección Fundamentos N° 2), tomo II.

Lenin, V. I., "El congreso socialista internacional de Stuttgart", "La revolución y la contrarrevolución", "Enseñanzas de la Comuna", en Obras completas, Madrid, Akal Editor, 1977, tomo XIII, pp. 76-87, 108-116 y 481-484.

- "Gran triunfo de la República china", "El hambre de petróleo", "La guerra de los Balcanes y el chovinismo burgués", "La lucha de los partidos en China", t. XIX, pp. 213-214, 217-220, 223-224 y 295-297.

- El derecho de las naciones a la autodeterminación, t. XXI, pp. 313-376.

- La revolución socialista y el derecho de las naciones a la autodeterminación, t. XXIII, pp. 241-255.

- El imperialismo, etapa superior del capitalismo, t. XXIII, pp. 298-425.

- "El programa militar de la revolución proletaria", "El imperialismo y la división del socialismo", "Una paz por separado", t. XXIV, pp. 91-93, 114-129 y 133-141.

- Informe de la revolución de 1905, t. XXIV, pp. 257-275.

- Cartas desde lejos, t. XXIV, pp. 335-382.

- Las tareas del proletariado en la actual revolución (Tesis de abril), t. XXIV, pp. 436-441.

- El doble poder, t. XXIV, pp. 453-456.

- Las tareas del proletariado en nuestra revolución, t. XXIV, pp. 475-509.

- Notas de un publicista, t. XXXII, pp. 374-385.

- La revolución proletaria y el renegado Kautsky, México, Editorial Grijalbo, 1975.

- El imperialismo y los imperialistas, Moscú, Editorial Progreso, s/f.

- El Estado y la revolución, Moscú, Editorial Progreso, 1973.

Longo, Luigi, Las brigadas internacionales en España, México, Ediciones Era, 1966.

Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista. Primera parte, México, Ediciones de Pasado y Presente, 1981 (Cuadernos de pasado y presente N° 43).

Lowy, Michel, Dialéctica y revolución, México, Siglo XXI editores, 1979.

Luxemburgo, Rosa, Escritos políticos I, México, Ediciones Era, 1973.

Magdoff, Harry, Ensayos sobre el imperialismo. Historia y teoría, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1977.

Mao Tsetung, Obras escogidas, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1971, 4 tomos, tomo I.

Marx, Carlos, La burguesía y la contrarrevolución en Marx, C. y Engels, F., Obras escogidas, cit., t. I, pp. 141-144.

- Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850, t. I, pp. 190-306.

- El dieciocho brumario de Luis Bonaparte, t. I, pp. 404-498.

- La dominación británica en la India, t. I, pp. 499-505.

- Futuros resultados de la dominación británica en la India, t. I, pp. 506-512.

- La guerra civil en Francia, t. II, pp. 188-256.

- Acotaciones al libro de Bakunin (El estado y la anarquía), t. II, pp. 434-435.

- Crítica del programa de Gotha, t. III, pp. 5-27.

- Crítica de la filosofía del estado de Hegel, México, Editorial Grijalbo, 1968 (Colección 70 N° 27).

Marx, C. y Engels, F., La ideología alemana, en Obras escogidas, cit., t. I, pp. 11-81.

- Manifiesto del Partido Comunista, t. I, pp. 99-140.

- Epistolario, México, Editorial Grijalbo, 1971 (Colección 70 N° 105).

Mommsen, Wolfgang J., La época del imperialismo, Europa 1875-1914, Madrid, Siglo XXI editores, 1975 (Historia Universal Siglo XXI N° 281).

Nèré, Jacques, Historia Contemporánea, Barcelona, Editorial Labor, 1977.

Novack, George, Franckel, Dave y Feldman, Fred, Las tres primeras internacionales: su historia y sus lecciones, Bogotá, Editorial Pluma, 1980.

Grozco, José Luis, "La teoría pura del imperialismo norteamericano", Relaciones Internacionales, México, FCPYS-UNAM, vol XI, número 33-34, julio-diciembre 1984, pp. 9-50.

Palmade, Guy (comp.), La época de la burguesía, México, Siglo XXI editores, 1976 (Historia Universal Siglo XXI N° 27).

Parker, R. A. C., El siglo XX, Europa, 1914-1945, México, Siglo XXI editores, 1978 (Historia Universal Siglo XXI N° 34).

Poulantzas, Nicos, Poder político y clases sociales en el estado capitalista, México, Siglo XXI editores, 1971.

Reed, John, Diez días que estremecieron al mundo, Madrid, Akal editor, 1977.

Renouvin, Pierre, Historia de las relaciones internacionales, Madrid, Aguilar de ediciones, 1974, tomo II, vol. II.

Rico Galán, Victor, Escritos políticos (1966-1971), México, Ediciones Proletariado y Revolución, 1984.

Roy, Manabendra Nath, Revolución y contrarrevolución en China, México, Ediciones Roca, 1970.

Rudenko, Georghi, La metodología leninista en la investigación del imperialismo, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1977.

Sartre, Jean-Paul, "El socialismo en un solo país", Cuadernos Políticos, México, Ediciones Era, número 12, abril-junio 1977, pp. 5-20.

Seara V., Modesto, Paz y conflicto en la sociedad internacional, México, FCPy S-UNAM, 1970.

Sereni, Emilio et al, La categoría de formación económica y social, México, Editorial Roca, 1975.

Sobolev, A. et al, La Internacional Comunista: ensayo histórico sucinto, Moscú, Editorial Progreso, s/f.

Trotsky, León, La oposición de izquierda en la URSS, Barcelona, Editorial Fontamara, 1977.

- Programa de transición en Escritos varios, México, Editorial Cultura Obrera, 1973.

- La revolución china, México, Grijalbo editores, 1970.

- La revolución permanente, México, Juan Pablos Editor, 1977.

- España: última advertencia, Barcelona, Editorial Fontamara, 1979 (Colección: Aportes N° 14).

- Teoría y práctica de la revolución permanente, México, Siglo XXI editores, 1983 (Mandel, Ernest comp.).

Wiskeman, Elizabeth, La Europa de los dictadores: 1919-1945, Madrid, Siglo XXI editores, 1983.

Worsley, Peter, El tercer mundo: una nueva fuerza vital en los asuntos internacionales, México, Siglo XXI editores, 1966.

Zavaleta Mercado, René, El poder dual en América Latina, México, Siglo XXI editores, 1974 (Colección mínima N° 65).